

LA RUINA DEL PARAÍSO

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: "Demonio")

(Saga: "Demonio. Los Caídos", vol.03)

GREG STOLZE

"The Wreckage of Paradise" © 2003

Traducción: Arturo Echevarren

_____ 1 _____

La morena no tenía pistola, pero daba igual. Era corta de vista y solo hacía un mes que su graduación había sido corregida. Ahora llevaba una delicada montura de varillas sobre su anodina nariz chata. Antes tenía unas gafas de beneficencia recogidas por el Club de los *Lions*, con unas lentes que no eran del todo correctas pero que, al menos, le permitían conducir y leer el periódico. Se apoyaban en una prominente nariz aguileña que, antes de la cirugía plástica, era su segundo rasgo facial destacado.

El otro seguía siendo sus penetrantes ojos. A pesar de estar entornados, a pesar de estar tras una montura deslucida e insulsa, los ojos de esa mujer tenían cierta cualidad que hacía que la gente (y algunos animales) se escabullera de ella y rehuyera todo trato.

No tenía pistola, pero daba igual.

Entrar en la casa fue fácil. Tenía una llave. Se la había cogido al hombre de la casa, que ya no vivía allí y no estaba en condiciones de percatarse de su robo. Aquella mujer morena lo amaba con algo más que pasión. Lo amaba con religiosa devoción. Por eso había conducido cientos de kilómetros para ver a su esposa.

Había llegado pronto a la ciudad pero había pasado un par de días limitándose a observar. Observar a la mujer rubia que vivía en esa casa y estaba casada con aquel hombre. Se mordió el labio y entornó los ojos, aunque las nuevas gafas eran perfectas.

Una noche vio que la esposa salía con su hijo y regresaba sola, y la morena pensó, *ajá*. Esperó a que las luces se apagaran y entonces se coló dentro.

La mujer rubia no estaba durmiendo.

No había dormido mucho desde que había dejado a su marido acampado en un desierto a miles de kilómetros de distancia, rodeado de personas trastornadas y con la enajenación escrita en la mirada. Se sentía confusa y enfadada y, sobre todo, sentía una honda culpabilidad. ¿Podría haberle apoyado más? ¿Haber escuchado mejor? ¿Haberse preocupado más? Pero lo había escuchado, apoyado y se había preocupado por él durante casi veinte años. ¿Qué más podía hacer? ¿Qué más podría haber hecho?

Estaba acostada en la cama con tales reflexiones y, cuando escuchó un ruido escaleras abajo, la distracción supuso casi un alivio para ella. Casi.

Abrió los ojos de golpe pero no se levantó. Estaba agotada. Había ansiado como agua de mayo una noche sin las miradas de silencioso reproche de su hijo. Sin embargo, abrió los ojos y entonces escuchó algo más.

Escuchó unos pitidos apenas perceptibles que provenían de uno de los teléfonos de la casa.

Tras pensar mucho en ello, la mujer morena decidió inutilizar el teléfono cuando entrara en la casa para que la rubia no pudiera llamar al 911. No era ninguna experta en electrónica pero sabía que todo lo que tenía que hacer era coger el auricular, marcar un par de números y dejarlo sobre la mesa. La línea estaría ocupada y la otra no podría cortar la llamada y marcar el número de la policía si no colgaba ese teléfono en concreto. Fácil. La morena se coló en la casa, encontró el teléfono de la cocina e hizo lo planeado. Entonces comenzó a buscar un cuchillo ya que no tenía pistola.

La mujer rubia descolgó el teléfono de la mesilla de noche, trató de marcar, intentó cortar la llamada y empezó a sentir pánico. Salió de

la cama y se puso los zapatos; el cómodo calzado negro y liso que llevaba al trabajo.

La morena llevaba mocasines. Le contaron una vez que los indios americanos se movían en silencio porque caminaban con la parte exterior del pie y luego transferían el peso hacia adentro; era un paso mucho más sigiloso que el del hombre blanco, que se apoyaba sobre los dedos del pie. Así que ella caminaba de aquel modo, lentamente.

La mujer de la casa empezó a bajar los escalones con discreción. Había dos escaleras que llevaban al piso superior; una que daba al cuarto de estar y otra que conducía al recibidor de atrás. Como muchas mujeres, ya tenía pensado qué hacer en caso de que un intruso se colara en casa y no pudiera telefonar a la policía. Su plan siempre había sido escabullirse por las escaleras traseras y salir por la puerta de la cocina.

Desgraciadamente, ese plan se basaba en la idea de que cualquier ratero estaría en el cuarto de estar con la televisión, el ordenador y el equipo estéreo. Así que la mujer rubia se deslizó hasta la cocina justo a tiempo para oír cómo alguien revolvía el cajón de los cubiertos. Podría haber subido las escaleras sigilosamente, haber bajado por el otro lado y salido por la puerta principal, si no hubiera chillado involuntariamente.

La morena retrocedió y se volvió hacia el sonido.

La rubia encendió las luces. Ambas mujeres se escudaron los ojos durante unos segundos.

—¡Largo de aquí! —gritó la dueña de la casa, con el pavor convertido en cólera.

Los ojos de la morena se adaptaron a la luz y vio una pila de cuchillos en la fregadera, aún sin fregar. Cogió el más largo, de unos quince centímetros, y la ira de la mujer rubia se trocó de nuevo en pánico. Se dio la vuelta y echó a correr escaleras arriba.

La rubia pesaba fácilmente veinticinco kilos más que la otra y, aun presa del pánico, era más lenta. Pero había emprendido la carrera en primer lugar y tenía la ventaja de que conocía el terreno, así que ya había llegado al piso de arriba antes de que la morena pudiera acercarse lo suficiente para acuchillarla. Cruzó la primera puerta

abierta, se coló dentro y estuvo a punto de cerrarla pero la mujer morena llegó allí y la golpeó con el hombro. Las dos mujeres empujaban la puerta y esta se movía hacia atrás y hacia delante. La morena metió el pie en el umbral pero no sirvió de mucho, ya que, cuando la rubia echó de nuevo todo su peso sobre la puerta, quedó aplastado. La intrusa gritó y empujó una vez más y esta vez no hubo resistencia. La puerta se abrió y entró cojeando en la habitación del hijo de la rubia. El suelo estaba cubierto de pantalones y calzoncillos así que la morena no pudo recuperar el equilibrio antes de que la rubia le asestara un golpe en la cara con un bate de béisbol.

No era un bate de peso reglamentario. El hijo de la rubia lo había utilizado un par de años antes en un campeonato de *softball* y se lo había quedado como recuerdo cuando su equipo llegó a las semifinales. Era más corto que un bate normal pero estaba hecho de aluminio y era más que suficiente para derribar a la morena y hacer que se cayera de espaldas.

Durante un momento, la rubia permaneció allí de pie, respirando pesadamente. Entonces encendió las luces.

La intrusa estaba cubierta de sangre. La rubia dejó caer el bate, cogió el teléfono, se mordió el labio y advirtió que era el terminal de la cocina el que estaba descolgado. Se echó a temblar cuando pasó por encima de su atacante en dirección a las escaleras.

Había bajado la mitad de los escalones cuando oyó pasos detrás de ella. No cometió el error de las películas de terror de darse la vuelta y mirar. Echó a correr. Su pesado trote resonaba en las escaleras (clon, clon, clon), pero la otra mujer, más ligera y rápida, tenía una salida más veloz. El cuchillo se hundió en sus costillas y el bate cayó sobre su hombro.

Las dos mujeres llegaron a la cocina.

La mujer tenía los brazos alzados, tratando de protegerse, y se giró para encararse con su atacante. Se percató de que había sido acuchillada, de que estaba sangrando y de que su hombro estaba magullado, y entonces vio la cara de la morena.

La cara de la mujer había cambiado.

No solo había desaparecido la hinchazón, la hemorragia y el desgarramiento de la piel debido al golpe con el bate; la cara había sido

restablecida a su configuración original. Había asumido la forma que tenía antes de pasar por la costosa cirugía estética. Era un rostro que la rubia conocía y que pertenecía a uno de los chalados del desierto. Una ramera sureña que siempre miraba a su marido con una pasión apenas disimulada. Joellen nosequé.

–¿Tú? –balbuceó la rubia–. ¿Aún sigues detrás de mi marido?

–Oh, ya tengo a tu marido –contestó Joellen–. He venido a por tu hijo.

Birdie Mason (que así se llamaba la mujer rubia) pasó una vez más del miedo a la ira. Había estado completamente aterrorizada por Joellen, que aún parecía más enajenada sujetando un cuchillo ensangrentado en su mano derecha y un bate teñido de sangre en la izquierda, pero la amenaza a su hijo arrinconó el pavor y avivó la cólera, hasta convertirse en algo tan apabullante, puro e intenso que Birdie no podía ponerle nombre. Más tarde podría haberlo denominado «insania» o «furia», pero ninguna palabra podía adecuarse a un frenesí más allá de la razón, más allá del dolor o el miedo, más allá de todo salvo del impulso a actuar; solo que no era un impulso, porque no había ninguna barrera que separara el pensamiento y la acción en aquel estado. Con la mente totalmente en blanco, Birdie atacó.

Cogió un asa, sacó el cajón y lo arrojó al rostro de Joellen. Era un cajón pesado, recio y lleno de cubertería. Una nube tintineante salió despedida hacia la intrusa y, aunque esta se agachó, el cajón se estrelló contra su hombro con la fuerza suficiente para quebrar un hueso. Entonces, tambaleándose, perdió el equilibrio mientras Birdie cogía el extremo del bate y lo arrancaba sin esfuerzo de los dedos de Joellen.

Ella dejó escapar un grito enérgico y quejumbroso al tiempo que se abalanzaba sobre Birdie para asestarle otra puñalada, pero la mujer más grande tenía más alcance, de modo que descargó un fuerte golpe con el bate sobre el brazo de Joellen. El cuchillo, que Birdie había usado para cortar tomates esa misma tarde, se cayó al suelo mientras el brazo que lo sujetaba se rompía.

Joellen se fue rápidamente hacia atrás y comenzó a hurgar en la fregadera en busca de otro cuchillo y, si hubiera sido el típico caso de dos mujeres y un hombre, celos y violencia, allí habría acabado todo.

Imposibilitada para cerrar la mano, Joellen habría revuelto la cocina infructuosamente tratando de hacerse con un cuchillo mientras Birdie, con la conciencia de estar haciendo lo justo, le habría reventado los sesos a golpes, como una cavernícola.

Pero ese no era un típico caso de envidia doméstica.

Había un demonio implicado en el asunto y ese demonio había otorgado a Joellen el don de la cura. También tenía otros dones, pero en esa situación poder sanarse era lo más importante. Así que el brazo de la intrusa se curó y recobró su fuerza, así que pudo coger un cuchillo para pelar fruta, de unos quince centímetros, que aún tenía adherida una mondadura de manzana. Vio la locura en los ojos de Birdie y reconoció esa furia. Le dio la bienvenida y la correspondió con una pasión análoga. Saltó hacia delante recibiendo otro golpe en el brazo izquierdo. ¿Y qué? Solo era dolor, nada más que dolor. Joellen tenía a diosa de su parte y apuñaló a Birdie en el vientre. Entonces comenzaron a forcejear, pecho contra pecho, tratando de derribar a la otra e inmovilizarla pero la cocina era estrecha y obstaculizaba la pelea. Birdie siempre había deseado tener una más grande. Saltaban hacia uno y otro lado de la mesa, mientras Birdie estrellaba el bate en el cráneo de Joellen y Joellen clavaba el cuchillo una y otra vez en la ancha espalda de Birdie. Pero el cuchillo era mejor para eso. Mejor para el cuerpo a cuerpo. Aun presa del frenesí, Birdie comenzó a flaquear por la mera pérdida de sangre. Se sentía desfallecer. Trató de derribar a la otra mujer de un empujón pero solo pudo alzarla un poco, lo suficiente para poder mirar la cara de Joellen, y en ella pudo ver una expresión de triunfo descarnado. Vio el triunfo del perdedor que siempre añoró estar arriba, que siempre quiso ser peor tirano que su opresor.

En ese momento, Birdie se vio reflejada en los ojos de Joellen, rubia, próspera, bien alimentada, y entendió el odio de la intrusa.

Había suficiente espacio entre sus cuerpos para que Joellen pudiera por fin meter el brazo por medio y sajar la garganta de Birdie, con un corte limpio y profundo que seccionó la arteria.

Birdie ya no estaba furiosa cuando levantó de nuevo el bate. Estaba demasiado agotada para golpear. Lo único que podía hacer era oprimir con él el cuello de Joellen. Puso su otra mano en la

espalda de Joellen y sintió tristeza y compasión por aquella mujer, como si todo aquello hubiera sido un terrible malentendido, una tragedia. Pero no podía permitir que esa mujer se llevase a su hijo. No.

Agonizando, Birdie se echó hacia delante, agarró a Joellen y cayó sobre ella con todo su peso. Joellen perdió el equilibrio, cayó hacia atrás y, como Birdie había esperado, la nuca de Joellen se estrelló contra la esquina de la mesa de la cocina. La cabeza se vio impulsada hacia delante, el bate de metal oprimió su mandíbula y su cuello se partió.

Joellen podía curar cualquier herida, pero esta acabó con ella al instante. Ya estaba muerta antes de caer al suelo. Birdie murió dos minutos más tarde, sin ni siquiera moverse.

Una voz grabada que provenía del teléfono decía: «Si desea hacer otra llamada, cuelgue y marque de nuevo». No dejó de repetirse hasta que Lance, el hijo de Birdie, las encontró al día siguiente.

* * *

–Los defensores de la humanidad han regresado.

Mitch Berger parpadeó y trató de seguir la conversación. La mujer que hablaba se había presentado como Mukikel y, a pesar de comportarse como un marine perdido en mitad del territorio enemigo, tenía el aspecto de la típica ama de casa del sur de California, vestida como Laura Ashley. Diez minutos antes, había sido una gloriosa aparición con alas refulgentes, garras como dagas y ojos que resplandecían con los secretos del espacio más oscuro. Ahora estaba conduciendo.

Mitch y su antiguo compañero de trabajo, Chuck, estaban en el asiento de atrás y entre ellos había una niña pequeña. ¿De diez años? ¿De quince y esmirriada? Mitch no sabía nada de niñas y, hasta que no alcanzaban la edad necesaria para poder llevárselas a la cama, no le interesaban mucho. Cuando se subieron al coche, Mitch le recordó que se pusiera el cinturón y ella le dijo:

–¡Qué dulce!

No obstante, no se lo puso. Se llamaba Shadrannat y murmuraba palabras en un lenguaje que Mitch nunca había oído, a

medida que el coche se desplazaba. Como Mukikel, se había transformado ante los ojos atónitos de Mitch; le habían crecido alas y resplandecía con magnificencia y fiereza.

Mitch y Chuck eran hombres. Las otras dos eran demonios.

Estaban en un *Chevrolet Tahoe*, cruzando las calles de Los Ángeles en dirección al océano Pacífico.

Chuck estaba tratando de convencer a Mitch de que no se preocupara por sus posesiones. Se harían cargo de todas sus cosas. Las posesiones eran efímeras, ¿verdad?

–Es que... ¿Por qué tenemos que marcharnos? –preguntó Mitch.

–Los Angeles es territorio en conflicto –dijo Mukikel tajantemente, mientras hacía una maniobra ilegal en mitad de una maraña cacofónica de bocinas–. Los traidores a la causa están atrincherados aquí y tenemos que sacaros de este lugar.

–Buniel está luchando –dijo Shadrannat brevemente. Al ver el semáforo en rojo delante de ella, Mukikel se salió de la calzada y cruzó un césped primorosamente cuidado, pasando a escasos centímetros de los coches que venían en dirección contraria. Mitch sintió cómo la conductora aceleraba a fondo.

–¡Buniel! ¡Déjalo ya! –dijo Mukikel. Frunció el ceño y luego habló de nuevo–. ¡Es una orden! Ya has hecho todo lo que puedes hacer...

–¿A qué se refería con eso de «defensores de la humanidad»?

–A nosotros –dijo Shadrannat.

–Los Elohim –apostilló Chuck–. Los ángeles que construyeron el mundo.

–Y que fueron los únicos que se pusieron de parte de la humanidad contra el tiránico dominador –añadió Mukikel.

El motor del coche estaba a máxima potencia y Mitch trataba de estirar el cuello para comprobar a cuánta velocidad iban. Muy rápido. Lo notaba por la forma en que el deportivo viraba y se inclinaba sobre sus ejes, cuando Mukikel serpenteaba de uno a otro carril.

–Entonces lo que vi era... –Mitch estaba desconcertado. Su atención se dividía entre la carretera, la niña que murmuraba a su lado y las proclamas de la conductora.

–Viste al Lucero del Alba –dijo Mukikel–. Nuestro general y el más grande de nuestra stirpe. –Sus ojos se posaron en el espejo retrovisor. Un momento más tarde, Mitch oyó un ruido de sirenas y vio luces resplandecientes–. Intentamos restaurarlo a su merecido lugar. –Se giró y puso la mano sobre la rodilla de Shadrannat–. Alfiler a las tres.

–Tal vez quieras cerrar los ojos –dijo la niña pequeña a Mitch, pero este no la estaba atendiendo ya que se preguntaba a qué se refería con «alfiler». Shadrannat puso una mano sobre su hombro y la otra sobre el de Chuck, como para tranquilizarlos.

Mientras Mukikel decía «dos», giró en redondo y se subió a la acera, en dirección a una palmera. Mitch cogió aire para gritar...

–Tres.

Y de pronto el coche estaba parado.

No se detuvo. No se desplazó hacia delante por la inercia. No hubo ninguna sensación de sacudida en el oído interno de Mitch. Un segundo antes iban, como mínimo, a 90 kilómetros por hora, probablemente a más, y de pronto el vehículo estaba detenido, sin pasar por el proceso de aminorar la velocidad.

El cerebro de Mitch no podía asimilar lo que estaba viendo.

–Creo que voy a... –Pero tampoco pudo acabar esa frase. Mientras el coche patrulla los pasaba de largo, se agachó hacia delante y vomitó sobre sus zapatos y pantalones. Oyó el chirriar de neumáticos pero no vio qué sucedió con los policías. Mukikel dio marcha atrás, salió de la acera, se reincorporó al tráfico y pronto estaba de nuevo a la carrera en una dirección diferente.

–¡Buniel, infórmanos! –dijo Shadrannat. Después lo repitió–. ¡Infórmanos!

–Lo siento –dijo Mitch.

Mukikel dejó escapar una carcajada sarcástica.

–¡Espero que eso sea lo peor que nos pase hoy!

–Buniel, no, tenemos... –Shadrannat se paró en mitad de la frase y el rugido de una explosión, quizás a un kilómetro de distancia del puerto, sacudió el coche un segundo después.

(Los Ángeles había sufrido un terrible terremoto el año anterior y habían explotado numerosos depósitos de almacenaje de combustible

durante las réplicas. Pero no había vuelto a suceder en meses. Se suponía que las cosas estaban volviendo a la normalidad).

–Mierda –dijo la niña pequeña–. Se ha desmaterializado.

–Le dije que se replegase –dijo Mukikel mientras llegaba a un pequeño puerto deportivo y aparcaba al final del muelle–. Estúpido imbécil de la Victoria...

–Bueno, al menos nos ha conseguido algo de tiempo extra.

Mukikel abrió la puerta mientras Shadrannat saltaba ágilmente sobre el asiento trasero y comenzaba a retirar el panel que daba al maletero.

–Vamos –dicho Chuck, desabrochándose el cinturón y abriendo la puerta–. Tenemos que darnos prisa.

–¿Por qué? –preguntó Mitch con voz quejosa.

–Te han estado vigilando –contestó Chuck–. Los traidores sabían que el Ejército de Lucifer vendría a por ti más pronto o más tarde. Eras su cebo y por fin se lo hemos arrebatado. Ahora se están acercando.

–¿El Ejército de Lucifer? Espera, Chuck, no serás... ¿No te habrás pasado a una secta satánica o algo así, no?

–¡Date prisa! –dijo Shadrannat, empujando a Mitch con el codo y guiándolo a una desangelada lancha motora. En su otra mano tenía una gran caja que parecía demasiado pesada para una niña tan delgada.

Mukikel estaba en la lancha, calentando el motor y soltando la amarra del muelle.

–Subid y meteos aquí debajo –dijo señalando una pequeña pila de mantas de extraña factura.

–¿Qué es eso?

–Es material antibalas, para que no os disparen –contestó–. Tumbaos en el suelo.

Mukikel arrancó tan pronto como Mitch se subió al bote. Tenía una pierna maltrecha y necesitaba un bastón incluso en terreno llano. La embarcación zarpó de la bahía segundos después.

–Lucifer ha tenido mala prensa –dijo Chuck mientras se cubría la cabeza con la manta blindada como si de una capucha se tratase–. Pero fue el único que estuvo de parte de la humanidad durante todo el

jaleo.

–¿Qué jaleo?

–La Guerra del Cielo.

–Se están acercando –dijo Shadrannat, escrutando la bahía.

–Yo también los presiento –señaló Mukikel.

Mitch se asomó; no podía impedirlo y, además, el olor del vómito sobre sus pantalones era insoportable bajo la manta. Vio que su pequeña lancha avanzaba con la velocidad de un cohete, con la proa levantada hacia el cielo e internándose en mar abierto.

Oyó un sonido parecido al de los fuegos artificiales y Shadrannat siseó:

–¡Abajo!

La niña abrió la caja y Mitch se sorprendió al ver cómo se colgaba dos cinturones con sendos machetes envainados alrededor del cuello y sobre el hombro. Quedaban extraños sobre su camiseta de animalitos, pero no menos que el subfusil que sacó a continuación.

Agachó la cabeza cuando vio que apuntaba hacía atrás y abría fuego.

Cuando dejó de disparar, se asomó de nuevo. Estaba recargando.

Se asomó por la popa y vio una esbelta y veloz lancha que los perseguía cortando las olas. Mitch sabía un poco de lanchas; no mucho, pero sabía que una embarcación como aquella podría adelantar fácilmente a su bote. Sin embargo, apenas podía seguir su ritmo. A pesar de estar a plena luz del día, vio luces que centelleaban a través de la espuma que levantaba la proa y se dio cuenta de que alguien les estaba disparando.

Entonces Shadrannat saltó de la lancha y comenzó a correr sobre el agua.

Mitch sabía que debía agachar la cabeza. Y sabía que ver a una niña pequeña trotando en zigzag sobre las olas mientras disparaba un subfusil era del todo imposible. Pero ya había contemplado otras cosas imposibles, así que, ¿qué demonios?

También se percató de que nada más dejar la lancha Shadrannat, su velocidad se había reducido considerablemente, aunque el motor rugía con tanta furia como antes.

La niña corría hacia atrás y hacia delante pero se estaba acercando a la embarcación perseguidora. Entonces Mitch vio cómo era alcanzada por las balas; vio pedazos de carne que volaban de su espalda mientras una nube rosa de sangre se mezclaba con la espuma del océano, pero Shadrannat no aminoró su carrera. Cuando se le agotó el cargador, arrojó el arma, desenvainó un machete con cada mano y se zambulló debajo de las olas.

¿Qué cojones?, pensó Mitch. Fue como si hubiera estado corriendo sobre losas de piedra y hubiera caído al agua...

De manera imperceptible, la otra lancha se estaba aproximando velozmente. Oyó que Mukikel gritaba algo pero estaba abrumado por lo que había visto y parcialmente ensordecido por los disparos, así que no pudo entender lo que decía.

Sintió que la lancha reducía aún más su velocidad y entonces una mano empujó su cabeza hacia abajo con fuerza y lo cubrió con la manta. Después de tres segundos de confusos movimientos a oscuras, Mukikel estaba echada a su lado bajo el cobertor. Parecía que la embarcación iba a la deriva. Ella le susurró al oído:

–Tu cerebro contiene importante información, así que agradecería que no detuvieses ninguna bala con él.

Los tres permanecieron así durante lo que parecieron eones, respirando el vómito de Mitch y sintiendo las olas del océano.

Entonces Mukikel se irguió y apartó las mantas.

–Todo despejado –dijo.

–¿Eh?

–Todo está en orden, por ahora. Podéis levantaros.

Cautelosamente, lo hizo. Miró a su alrededor.

La otra embarcación aún tenía la proa levantada hacia el cielo pero no se movía. Se estaba hundiendo, mientras el motor despedía gruesas columnas de humo. Estaba solo a unos ciento cincuenta metros de distancia y, mientras la observaba, vio que la niña pequeña trepaba ágilmente al borde de la proa y saltaba en su dirección.

Fue a caer grácilmente en mitad de la cubierta. La lancha apenas notó el peso. Su rostro, sus brazos y el pecho estaban cubiertos de sangre y los machetes estaban ensangrentados pero, por la forma en que se movía, Mitch estaba bastante seguro de que la

sangre no era suya.

–¡Vámonos! –dijo jovialmente.

También tenía sangre en los dientes.

* * *

El asesino de Lynn Culver había vuelto a Oswego. Estaba en el hospital de la ciudad, visitando a una mujer llamada Glenda Fielding. Era anciana ya y había caído enferma súbitamente. Los doctores trataban de tranquilizarla el doble de lo normal porque estaba el doble de confusa de lo normal.

El asesino, cuyo nombre era Uziel pero que era conocido como Clive Keene, también estaba enormemente confundido. Quería a Glenda más que a nada en el mundo, excepto quizás a Dios. O quizás no. Dios estaba lejos y no le hablaba, mientras que Glenda era frágil y agradecida y estaba presente físicamente.

Entró en su habitación y el rostro de la mujer se iluminó. Uziel podía sentir su amor, su confianza, su fe.

Había estado a punto de matarla.

Uziel era... ¿Qué era? Ni siquiera él estaba seguro. Una vez había sido llamado el Trono de los Apartados. Ahora lo llamaban el Segador de Almas.

Ya no era un ángel; eso tenía que admitirlo. Había sido condenado por Miguel, la Palabra de Dios, y precipitado al Infierno con el resto, pero, ¿era un demonio? Él nunca se rebeló.

Nunca desobedeció deliberadamente. Incluso cuando le condenaron a ser confinado con aquellos a los que había combatido, aceptó el veredicto sin rechistar.

Ahora, como los caídos de verdad, era libre una vez más. Como estos, podía alimentarse de la fe de los mortales en vez de nutrirse del resplandor del Supremo. Como estos, podía llegar a matar a sus adoradores si demandaba mucho de ellos.

Casi acabó con la vida de Glenda cuando estuvo metido en un aprieto.

Uziel estaba luchando contra un demonio llamado Gaviel, al que podría haber vencido fácilmente. En una pelea limpia, el Segador

habría triunfado. Pero, al ser un demonio artero, la pelea de Gaviel no fue limpia en absoluto. Envió contra él un mortal tras otro, se valió de mentiras y puso a su atacante contra la espada y la pared obligándole a tomar decisiones difíciles. Al final, Gaviel le había hecho huir.

Usiel había fracasado y había drenado la energía de Glenda en su fracaso y, mientras le drenaba la vida, Glenda invocaba su ayuda y salvación.

Irónico, pero el Segador de Almas no le gustaban las ironías.

–¡Has venido! –dijo Glenda. Instintivamente, trató de incorporarse pero estaba demasiado débil. Así que pulsó un botón y la cama se levantó hasta alcanzar una posición sedente.

–Sí –Usiel no sabía qué más decir.

–Oh, gracias a Dios –dijo Glenda–. Sabía que vendrías. Sabía que no me abandonarías.

Él se acercó a su lado y acarició sus cabellos blancos con su negra mano.

–No –dijo.

–¿Qué me ocurrió? ¿Tú lo sabes? ¿Fue...? ¿Fue el fantasma otra vez?

–No. Fui yo.

La frente de Glenda se nubló.

–No comprendo.

Usiel había estado meditando sobre lo que le contaría, pero sabía que solo había una opción posible.

–Estaba luchando contra otro... Luchando contra un demonio. Estaba herido. Podía valerme de ti para sanarme y eso hice. Lo siento.

Glenda permaneció en silencio un momento.

–¿De modo que no fue... un espíritu malvado? ¿Tú me hiciste esto a mí?

Sin decir nada, asintió. Ella frunció el ceño levemente y luego dijo:

–Si tenías que hacerlo, supongo que fue lo acertado.

–No, Glenda...

–Si puedo ayudarte a combatir... demonios... entonces debería hacerlo. ¿No te parece?

Usiel cerró los ojos, con rostro compungido. Glenda aún creía

que él era un ángel. Creía que seguía luchando por Dios contra las legiones del Infierno.

(¿Y no lo eres?, se preguntó).

Ella no sabía nada acerca de su pecado, de su corrupción. No sabía que había sido condenado como ellos y encarcelado como ellos. No sabía que estaba vagando, como ellos, por un mundo en el que ya no quedaban verdaderos ángeles.

(Tampoco te olvides del canibalismo, pensó. Has robado la energía de uno de tu raza, como hacen ellos. Y te gustó, como a ellos).

La introspección no era algo normal para Usiel pero, desde su regreso al mundo humano, una situación que una vez pareció tan sencilla, como era combatir demonios y servir a Dios, se había vuelto confusa y turbadora. Había sentido el poder puro y celestial que emanaba del siervo de un demonio abyecto. Le habían preguntado por qué creía que él podía arrepentirse después de haber pasado por el Infierno mientras juzgaba que los demonios rebeldes no podían hacerlo. Había sido exorcizado. Había matado hombres con agrado. Se había encontrado con Lucifer, que le había pedido ayuda para combatir a los otros demonios. Cuando Usiel rehusó, el Lucero del Alba pudo haberle obligado pero no lo hizo.

Se había tropezado con un demonio que le recordaba a su amor perdido, Haniel. Aún no estaba seguro de si iba a matarla...

–Glenda, no soy yo el que debe decidir quién debe vivir o morir.

(Pero lo decidiste con Gordy Hines, ¿verdad? Lo decidiste con aquellos paletos de Florida...).

–Bueno, la Biblia dice: «No hay amor más grande que entregar tu vida por un amigo». ¿No es así?

Ahora Glenda le estaba ofreciendo la vida para su cruzada. Eso le dolió y le desconcertó profundamente.

–No estés tan segura de que yo sea tu amigo –replicó.

* * *

La peste del vómito de Mitch era menos intensa a cielo abierto pero ahora estaban ocultos de nuevo y era densa. Mukikel y

Shadrannat se habían ido, después de dar unas vagas explicaciones sobre «dar un informe» a alguien llamado la «Princesa».

El océano era un disco liso que llegaba hasta el horizonte y los rodeaba y su pequeña lancha estaba amarrada junto a un enorme barco de carga. Entonces lanzaron una escala de cuerda a Mitch y Chuck. Shadrannat los ayudó a subir mientras trepaba por el costado de la nave como una chica-araña adolescente, sonriendo y dando ánimos todo el tiempo. Sus dientes ya no estaban manchados de sangre. Debía de habérselos limpiado con la lengua.

Una vez sobre el navío, los dos mortales fueron presentados a Becky y a Lawrence, una atípica pareja que los empujó bajo cubierta, para no estar expuestos al viento.

Lawrence era ceñudo y de tez cetrina y vestía ropa sencilla y cómoda. Los había saludado con un gruñido y les había ofrecido la mano mientras bajaban los escalones. Se detuvo cuando Mitch llegó al final de las escaleras y escrutó su mirada atentamente. Luego soltó un bufido pero no dijo nada.

(Le costó unos minutos a Mitch darse cuenta de que su mareo en los barcos se había desvanecido por completo. Solo más tarde lo relacionó con Lawrence).

Mientras que Lawrence era parco en palabras, Becky hablaba por dos personas (o posiblemente más). Mientras descendían, dijo:

–¡Oh! ¡Pobrecitos! Lawrence, ocúpate de ellos. Yo les traeré algunas cosas. ¿Café? Sí, café también y quizás algunas galletas para ti, ¿eh? –dijo señalando a Chuck. Era una mujer negra, rechoncha, de unos cincuenta años, con pelo blanco y un vestido de vivos colores. Su expresión era franca y maternal, pero su rostro revelaba líneas y arrugas más propias del recelo y la amargura. Resultaba desagradable, pero solo un poco.

–Eso sería genial –dijo Chuck con una sonrisa, pero ella ya había desaparecido por una de las dos puertas del camarote.

Había un sofá y dos sillas atornilladas al suelo. Con un movimiento de cabeza, Lawrence les indicó que se podían sentar. Luego se dejó caer sobre el sofá y cogió un número del *Reader's Digest*.

–Este debe de ser el *Longstar* –dijo Chuck contemplando el

corriente camarote como si estuviera en medio del Taj Mahal.

–¿El qué? –preguntó Mitch, mientras se acercaba cuidadosamente al sofá. No quería mancharlo con su vómito.

–La fortaleza flotante del Ejército de Lucifer –dijo Chuck. Dirigió una mirada insegura a Lawrence, que levantó los ojos levemente y asintió. Chuck sonrió rebotante de satisfacción.

–Ya –dijo Mitch–. Sobre todo esto del Ejército de Lucifer...

–Tienes sesenta de cintura, ¿verdad? –dijo Becky, irrumpiendo en el camarote con un par de pantalones color caqui sobre el brazo. En el otro llevaba una bandeja con la seguridad de una camarera, sobre la que había dos humeantes tazas de café y un platito de mantecados Lorna Doone.

–¿Hay algún sitio donde pueda...? –Mitch señaló los pantalones.

Becky soltó una risita y dijo:

–Me daré la vuelta.

Mientras se ponía la ropa, Chuck cogió una galleta. Después de unos momentos de duda, Mitch dio un sorbo al café.

–Muy bueno –dijo–. Justo como me gusta.

–Dos de azúcar y sin leche –dijo Becky mientras se volvía de nuevo.

–¿Nos...? ¿Nos conocemos?

–Qué va. Es que sé lo que quiere la gente.

–¿Ah, sí? ¿Puedes adivinar qué más quiero?

–Respuestas.

–Eres buena.

En el sofá, Lawrence dejó escapar un bufido.

–Empieza a preguntar –le pidió Becky, sacando brevemente la lengua a Lawrence.

Mitch abrió la boca y luego la cerró. No era por falta de preguntas. Tenía tantas que desbordaban su mente.

–Empecemos con... Mukikel. Y Shadrannat.

–Vaya, sabes sus nombres celestiales. Deberías estar agradecido.

–¿Eh?

–¿No conoces el juego de los nombres?

–Dejemos... Dejemos eso a un lado. ¿Cómo pudieron hacer todas esas cosas?

–¿Cosas? Tendrás que ser más específico.

–¿Cómo cambiaron? ¿Cómo pudieron detener el Chevrolet en un segundo y escalar paredes y hacer esos putos saltos estilo Morfeo?

–Son Elohim. –Al ver que su rostro no cambiaba de expresión, añadió–. Demonios, si lo prefieres.

–Así que, entonces, ¿las leyes de la física no se aplican en ellos?

–Las así llamadas leyes de la física son únicamente un conjunto de convenciones comúnmente aceptadas. Si empleas el lenguaje correcto, puedes invalidarlas temporalmente.

La observó atónito.

–¿Estás hablando en serio?

Ella se rió alegremente y asintió.

–Ha pasado mucho tiempo y hemos olvidado muchas cosas, pero recordamos algunos trucos y atajos.

–¿Por qué te resulta tan difícil de creer? –preguntó Chuck–. Tú viste obrar a Lucifer prodigios mil veces más increíbles.

–Vi esas cosas cuando estaba con la cabeza en las nubes.

–¿Viste al Lucero del Alba? –Eran las primeras palabras que pronunciaba Lawrence. Su voz era rasposa, como si fuera por la falta de uso.

–Por eso estamos aquí –dijo Chuck.

–Bueno, eso explica por qué la Guerrera y la Señora fueron asignadas para traeros aquí –dijo Becky.

–¿Quiénes?

–Las que te fueron a buscar. Ya sabes.

–¿Mukikel y Shadrannat?

Con una sonrisa tibia, Becky asintió.

–No es bueno que pronuncies esos nombres continuamente. Cada vez que las invocas, pueden oírte.

–¿Eh?

–¿Hablas la jerga del «ay»? ¿A-lay erga-jay el-day y-ay?

–Laro-cay –contestó Chuck.

Mitch meneó la cabeza.

–Coges el primer sonido de una palabra, lo pones al final y añades «ay». Chuck se dice Uck-chay. Mitch es Itch-may.

–Me he perdido.

–Si dices correctamente el nombre de Ukikel-may o el de Addrannat-shay, pueden escuchar tus palabras e incluso contestarlas. De modo que pronunciar el nombre celestial de un demonio es... poco aconsejable. A menos que sepas lo que haces.

–¿Es este el juego de los nombres del que hablabas?

–Aja. ¿Recuerdas aquella vieja canción? «Let's do Jerry!/ Jerry jerry bo-berry/ banana-fana fo ferry/ me mi mo merry/ Jerry!».

¿Recuerdas?

Un vago recuerdo surcó la mente de Mitch.

–Me suena algo así de la escuela. Pero nunca jugamos a eso con mi nombre. Cosas de la rima.

Lawrence dejó escapar una carcajada.

–Seguro que suena mejor con Chuck.

–Tened cuidado con todos los nombres que aprendáis –dijo Becky–. Los títulos son más seguros.

–¿Como esa Princesa de la que oí hablar?

–Eso es. La Princesa de la Liberación Majestuosa.

–Me tomas el pelo.

–Espera a conocerla. Ya me dirás entonces si te tomo el pelo. Las dos que os han traído aquí son la Guerrera de la Ponzña y la Señora del Otoño. La Guerrera es la niña pequeña.

–¿Por qué todos esos títulos?

–¿Por qué los oficiales de un ejército tienen rango? –preguntó Chuck–. Por la misma razón. Lucifer es el Lucero del Alba, ¿vale?

–O el Rey de este Mundo. –La sonrisa de Becky se arqueó ligeramente–. El Lucero del Alba se usa más, por motivos que podéis imaginar fácilmente.

–No nos olvidemos tampoco de los nombres de los anfitriones.

–Ah, sí. Los usamos generalmente con los mortales –dijo Becky jovialmente–. Pero son fáciles de olvidar. A pesar de todo, me estoy acostumbrando a que la gente me llame Becky. Creo que la Guerrera de la Ponzña es Tabitha y la Señora del Otoño es Sally.

–Sally –dijo Mitch, pasándose la lengua por los dientes y

frunciendo el ceño en señal de confusión—. ¿Pueden oír cuando usas esos nombres? ¿O sus títulos?

—No. Puedes pronunciarlos con total confianza.

Hubo una pausa.

—¿Y qué es el Ejército de Lucifer? —preguntó Mitch finalmente.

—Nosotros. Presumo que no sabes nada acerca de la Guerra del Cielo, ¿verdad?

—Excelente presunción.

—Bueno, nosotros perdimos y la historia la escribieron los ganadores. Dijeron que nos rebelamos por orgullo, celos o lujuria por las hijas de Adán. ¡Cómo puede creerse una tal cosa! Nosotros nunca ocultamos nuestros verdaderos motivos.

—¿Y cuáles eran?

—El Amor —dijo Becky.

Otra pausa.

—No, en serio —dijo él.

—Es en serio. Vamos, Mitch, nos has visto obrar milagros con una minúscula fracción de nuestro antiguo poder. Conozco caídos que pueden convertir arena en plata o inspirar adoración en una multitud con solo tararear un simple cántico. Y pueden hacer todas esas cosas ahora. Antes, desplazábamos estrellas de sus órbitas o podíamos hacerlo, si no las hubiéramos anclado antes allí. ¿Qué podríamos envidiar de la humanidad, débil, triste, ignorante, monos calvos con un potencial enorme y desaprovechado? No era envidia. Nosotros lo teníamos todo. Vosotros no teníais nada. ¿Avaricia? No me hagas reír. ¿Ira? No conocíamos el significado de la cólera, solo la tristeza y la piedad, porque os amábamos. No podíamos tolerar la visión de veros abandonados por vuestro Creador, abandonados a vuestra suerte, ¡sintiendo frío y soledad sin saber que una multitud de ángeles os adoraban!

—Estás desvariando —masculló Lawrence sin apartar los ojos de la revista. Becky lo miró y luego recobró la compostura.

—Hubo una guerra y nosotros perdimos. Y fuimos aprisionados pero no destruidos. Eso habría sido demasiado rápido —dijo ella y, por primera vez, la amargura tiñó su voz y el rencor cruzó sus rasgos. Era como ver una sofisticada maquina adaptándose a su tarea. Era

increíble observar cómo incluso un minúsculo atisbo de maldad cuadraba tan bien con aquel rostro.

–Pero ahora estamos fuera. Estamos fuera, el Ejército Celestial ha desaparecido y Lucifer también ha desaparecido.

Mitch permaneció sentado un momento, cavilando.

–Con Ejército Celestial te refieres a los ángeles de Dios, ¿no? ¿Han desaparecido? ¿Como si fueran los artículos de una tienda? ¿Y por qué no asumís el control?

–Bueno, no todos los rebeldes siguieron siendo fieles a la rebelión –dijo Becky–. La mayoría de los evadidos están de nuestro lado pero hay unos pocos que no pudieron aguantar el confinamiento. Demonios locos. Dioses locos.

–Vimos a Lucifer matar a dos durante el terremoto –dijo Chuck. Mitch dejó caer la cabeza sobre sus manos.

La puerta se abrió.

–La Princesa Nazathor os verá ahora.

Las palabras provenían de la Señora del Otoño, Mukikel. También conocida como Sally.

* * *

Usiel, el Segador de Almas, estaba sentado a solas en la casa de Glenda.

Ella aún estaba en el hospital y había insistido en que aceptara su llave.

–Me sentiría mejor si sé que tú estás allí –dijo–. Más tranquila.

Como muchas otras cosas que decía la anciana, eso le dolió, aunque ella no lo hiciera a propósito ni supiera por qué.

Sin darse cuenta de que lo hacía, desplegó sus sentidos, sentidos que ningún humano podía poseer. Era algo parecido al olfato y al oído y le permitía detectar a otros ángeles caídos.

Nada.

Era el único Elohim de los alrededores.

Indolentemente, se asomó al frigorífico de Glenda. Calentó unas alubias verdes sobrantes que estaban empezando a pasarse, aunque eso no le preocupaba. Ingería comida porque tenía que hacerlo; los

diferentes sabores no le importaban mucho.

En el cuarto de estar había una saca repleta de billetes de diez, veinte y cincuenta. Cuando dejó Italia, abandonó una bolsa llena de liras en el autobús. El dinero no era un problema.

Acabó las alubias verdes y bebió un vaso de agua. Mientras daba vueltas al anillo de su dedo, pensaba en todos los demonios con los que había enfrentado. En todos con los que se habría de enfrentar. Aunque no podía saberlo.

Gaviel.

Al pensar su nombre, una mueca amarga torció los labios de Usiel. Gaviel. Esa maldita rata. Frío, brillante y resplandeciente como un espejo y, como un espejo, siempre mostraba lo que esperabas. Pero cuando intentabas tocarlo, te dabas cuenta de que era únicamente tu imagen lo que palpaba tu mano.

Ese bastardo pasa por el mundo como si fuera un anuncio de Mentos. Los anuncios de esos caramelos eran del mundo de Clive no del de Usiel, pero el Segador ni siquiera se daba cuenta de hasta qué punto las ideas de su anfitrión habían arraigado paulatinamente en su mente.

Una parte de él quería regresar y acabar el trabajo, pero estaba cansado, demasiado cansado y confuso y, tal vez, un poco asustado. Gaviel ya lo había burlado dos veces. ¿Quién sabía qué depararía la tercera vez, ahora que conocía mejor a Usiel?

Usiel se relajó un momento y dejó que el susurro de las invocaciones inundara su mente.

Usiel, bastardo, pedazo de mierda, maricón, voy a salir y voy a joderte. Me cagaré en ti, pondré huevos en las cuencas de tus ojos y observaré cómo mis larvas te...

Usiel el Segador de Almas se ha liberado de su prisión del Pozo...

Usiel, puedo hacer que regreses a Dios...

Usiel, haré que regreses al Infierno...

Usiel, ángel de la noche, aniquila a estos espíritus con tus majestuosas alas...

La mierda de siempre. Usiel solía recibir muchas invocaciones; en su mayoría eran demonios que aún permanecían en el Infierno y

que prometían que iban a hacerle pagar por haberlos enviado allí. A veces eran demonios que trataban de engañarle para que los ayudara o atraparlo para destruirlo.

Cambió su frecuencia mental.

... Segador de Almas está atrapado en la Tormenta de Almas, luchando sin fin contra sombras atormentadas...

... Segador de Almas tiene la tercera herramienta de liberación de los Halaku. Ojalá pudiésemos hacernos con ella. Pero, ¿quién podría emplearla con mayor efectividad que él?

... Segador de Almas se alzaré para destruir lo que queda de Estigia, ¡ilustraré sus huesos con nuestras cenizas!

Estaba ligado a su título no solo a su nombre, de modo que podía escuchar lo que los otros decían de él, sin que ellos se enterasen. Pero tampoco había oído nada de interés o valor. Solo palabrería de denuestos y elucubraciones.

Pensó en hacer él una invocación.

Sabriel.

Al pensar en ella sentía algo tan desagradable como cuando pensaba en Gaviel, pero de una manera diferente. Antes de hablar con ella, las cosas eran sencillas. Él hacía lo correcto, ellos estaban equivocados. Los segaba con su afilada hoja y desprendía sus espíritus malditos de sus cuerpos robados. No es que fuera fácil, pero no era complicado. El bien. El mal. Una fácil ecuación.

Pero Sabriel le había mostrado cuánto se parecía él a ellos.

Sembró la duda en Usiel.

Hizo que recordara un tiempo anterior a la división entre Nosotros y Ellos. Lo recordó, lo añoró y tal vez deseó poder gozarse de nuevo.

Ella lo había confundido con ideas fascinantes. Más tarde descubrió que le había estado tomando el pelo.

Tal vez.

¿Podía asegurarlo? Alguien tenía entre manos un asunto muy feo. Alguien estaba jugando con él. Algunas de sus antiguas creencias debían de ser falsas. Pero, ¿cuáles? Y eso quería decir que algo en lo que creía ahora también podía ser un embuste. ¿Cómo podía saberlo?

Abrió la boca para decir su nombre pero entonces torció el gesto

y la cerró. No. Demasiado doloroso. Demasiado humillante. Aunque fue enviado al Infierno de una patada y pasó allí ocho mil años, aún tenía el suficiente orgullo para no preferir la mentira a la verdad. No sería artífice de su propio embaucamiento.

–Lucifer –dijo.

–¿Usiel?

–Quiero respuestas.

–Hazme preguntas.

Usiel se dio la vuelta. El Lucero del Alba estaba justo detrás de él, cruzando el umbral que conducía al sótano de Glenda. Usiel desplegó sus sentidos y percibió que era el Diablo, con su inconfundible hedor a hollín y su característico sonido de campanas de gloria.

–¿Te importa que me sienta? –preguntó Lucifer.

–Ponte cómodo. ¿Café?

–Té caliente, si tienes.

–Claro.

Usiel, el Segador de Almas, preparó té. Luego dijo:

–Crees que debería matarlos.

–¿A los otros demonios? Sí. Creo que deberías matarlos.

–¿Cómo puedes estar tan seguro?

–¿Cómo puedes estar tan desorientado? Viste lo que hizo Vassago con sus siervos, ¿verdad? Con la gente que le era leal, con la gente que lo amaba. Por no hablar de lo que Bow, Coaler y el resto hicieron a personas inocentes siguiendo órdenes de Vassago. Pregúntale a tu amiga Sabriel acerca de Nate Kowalski o Brenda Gary. A menos que pienses que los seres humanos no son importantes...

–El Segador puso un gesto hosco pero el Lucero del Alba continuó—. En ese caso, deberías ver cómo trata Gaviel a sus aliados, a sus compañeros de armas, como Edasul y Joriel.

–Yo no niego que los demonios hagan el mal. –Lucifer se echó a reír—. No, escucha: los hombres también hacen el mal. Pero no todos. ¿Son todos los demonios irremediabilmente viles? De tus treinta millones de seguidores, ¿no hay ninguno que no esté corrompido?

Lucifer dejó escapar un suspiro y bajó la vista hacia su té.

–No lo sé.

–Y si no lo sabes, ¿cómo puedes decir que tenemos que combatirlos a todos?

–Porque no puedo correr el riesgo. –Lucifer levantó la mirada de nuevo–. Me llaman, Usiel. Pronuncian mi nombre, todo el tiempo. Nazriel... –El Diablo se mordió el labio cuando lo mencionó–. Ahora Nazathor. Cuando se pone el sol, me invoca durante una hora, rogándome que regrese a ella. Lo hace cada noche. Lo lleva haciendo desde la Caída, incluso cuando estaba en el Pozo. Pero, ¿qué puedo decirle? ¿Que estoy preparado para luchar de nuevo? No lo estoy. ¿Que hay un lugar para ella a mi lado? No lo hay. ¿Qué hay un lugar para ella en el mundo? He pasado miles de años desde la Caída asegurándome de que no lo haya. –Bebió un sorbo y dirigió la vista hacia la ventana–. ¿Te acuerdas de Malakh? Me fue leal hasta lo indecible. Lo vi en Los Ángeles. Allí lo rescaté. De todos mis seguidores, creo que solo me sentía en deuda con ese. Pero ya está. Es tan vil como el resto, Usiel. Ya no es un ángel, solo un animal ávido de carne. Ha elegido el bando de los humanos, quizás por la costumbre, pero, cuando lo vi, era una bestia, una criatura que devoraría su propia pierna para poder llegar a su presa –suspiró–. Grifiel también. Lo vi después de evadirse. Es horripilante. Una vez fue mi mejor amigo y ahora es un asesino, un torturador, una abominación que aniquila en mi nombre. Qué ironía; muchos de ellos aún siguen pensando que la guerra continúa y matan, destruyen y cometen violaciones mientras proclaman que lo hacen todo por mí.

–¿Por qué no revelas tu presencia y le dices cuál es tu verdadera voluntad? ¿Por qué no te conviertes en el líder que ellos ansían? Sin duda, si lanzaras a tus leales seguidores contra otros demonios, te obedecerían.

–¿Eso es lo que crees? Se rebelaron contra el Anciano de los Días cuando eran seres perfectos. Ahora, heridos y malditos, ¿qué les impediría lanzarse contra mí si no les gustara lo que les dijese?

–¿Y qué les dirías?

Lucifer estuvo en silencio largo tiempo, luego dijo:

–¿Y si la Rebelión era parte del plan? ¿Y si la existencia en este mundo no fue diseñada para ser fácil, divertida o bella? ¿Y si fuimos

puestos a prueba, todos nosotros, y todos fracasamos? Bueno, tal vez Abel y su tribu pasaron la prueba y quizás tu antigua amada, Haniel, también la superó, y tal vez Lailah y los otros que permanecieron leales a Dios la superaron también. Pero todos ellos han desaparecido. Quizás el universo esté agonizando, quizás todos los demonios del Infierno están siendo liberados para completar el trabajo de la aniquilación. ¿Y si fuera así? ¿Crees que les gustaría? ¿Crees que fue eso lo que pasó en Los Angeles?

–¿Fue así?

–No puedo asegurarlo. Y esa es la única falta que mis adoradores nunca perdonarían: la ignorancia. Si no les doy respuestas o les doy las que no desean, el «Ejército de Lucifer» se desmembrará y comenzará la segunda Guerra de la Cólera.

Permanecieron en silencio un momento.

–¿Es que no te das cuenta de que ya está a punto de comenzar?

* * *

Mitch tragó saliva cuando le hicieron pasar al camarote de la Princesa. No sabía exactamente qué esperar. ¿Suntuosas alfombras orientales y cojines, hombres musculosos bailando lascivamente delante de una degenerada fumando en un narguile? ¿Calaveras y pentáculos y un altar con una virgen desnuda encima dando gritos con esa «Princesa» al lado, con cuernos y alas de murciélago, a punto de ofrendar el sacrificio? ¿O tal vez sería un bicho como el de la película Aliens, baboso, con extremidades de insecto, y con víctimas no del todo muertas apresadas en las telarañas de las paredes?

Dentro había una oficina.

Ostentosa, pero era una oficina. El escritorio era enorme, de algún tipo de madera oscura, y hubiera quedado muy bien delante de un banquero blanco, gordo, corrupto y con un puro en la boca. Las estanterías tenían un vidrio de protección y eran antigüedades restauradas, pero no dejaban de ser estanterías. Había archivos atornillados al suelo por si el barco atravesaba una tormenta. Todo era absolutamente normal hasta que la mujer que estaba detrás del

escritorio primorosamente decorado y ligeramente desordenado giró su sillón, de corte clásico y de cuero, para mirarlos a la cara.

Parecía normal.

Parecía completamente deslumbrante.

Eso le resultó muy extraño a Mitch. Había estado preparado para todo, excepto para una mujer con un exquisito tocado y collares enjorjados, de piel ligeramente oscura y gráciles y delicadas manos. Parecía un busto de Nefertiti; el tipo de dama negra con clase por la que resbalan todos los insultos que se le profieren y que acaban enlodando los pies del arrepentido agraviador.

Pero al mismo tiempo, Mitch se sentía convulsionado por el temor y la admiración. Era muy difícil descubrir de dónde provenía ese sentimiento. Era como cuando era pequeño y vio La Guerra de las Galaxias. También hubo un par de conciertos, uno de R.E.M. en particular, que elevó su alma a un estado de intenso regocijo. Quizás también cuando perdió la virginidad.

Era como si estuviera contemplando un cuadro espectacular de una escena corriente. Miguel Ángel o Van Gogh podían pintar algo normal de modo que la pintura parecía luminosa, mágica, aunque la escena representada no lo fuera. Y la presencia de Nazathor tenía el mismo efecto. Todo lo que la rodeaba era especial y parecía como si se viera por primera vez, solo por tener la buena fortuna de estar a su lado.

Mitchell Berger y Charles Rodríguez –dijo sonriendo. Su voz era corriente. Su voz era más conmovedora que cualquier música humana.

–Sí, señora –dijo Chuck. Mitch asintió.

–Dos testigos del Lucero del Alba.

Chuck asintió. Mitch se encogió de hombros.

–¿Tuvisteis algún problema al dejar Los Ángeles?

Mitch dejó escapar una risita nerviosa antes de darse cuenta de que se estaba dirigiendo a Mukikel y Shadrannat.

–Nada digno de mención –contestó la niña pequeña demoníaca. Tenía una pequeña bolsa de pipas en la mano y se llevaba unas pocas a la boca cada cierto tiempo–. Pero Buniel perdió su anfitrión. Ahora quiere salir.

La Princesa percibió la confusa mirada de Mitch antes de que tuviera tiempo de disimular su confusión ocupado como estaba en tratar de imaginar a qué se refería Shadrannat (la Guerrera de la Ponzofia o Tabhita).

–Quiere decir que desea salir del Infierno –dijo con voz amable.

–Ah –contestó Mitch. ¿Qué más podía decir?

–No es fácil.

–Entiendo.

–Si lo fuera, todos lo harían.

–Le dije que saliera de allí –señaló Mukikel–. Desobedeció mi orden.

–Mmm. Y ahora está pagando por ello –dijo la Princesa–. Al menos, no se puede criticar su coraje.

–Solo su inteligencia.

–Bueno, bueno. Lo discutiremos más tarde.

–La legión de la Victoria no estará contenta. Nos reprocharán que perdimos a uno de sus soldados.

–Déjame a mí la Legión de la Victoria. Lo que ahora necesito es que habléis con Desafío.

Mukikel puso una mueca de disgusto. Quienquiera que fuese Desafío, pensó Mitch, Mukikel no tenía ningunas ganas de hablar con él. O ella. O lo que fuera.

–¿Qué necesitas?

–Una carcasa para nuestro compañero caído, por supuesto.

Las cejas de Mukikel se levantaron.

–¿Crees que merece una? –inquirió sin rodeos, mientras Mitch se preguntaba a qué narices se referían con «carcasa».

–Eso arreglaría las cosas con su señor, ¿no te parece?

–Sí, si su señor lo convoca de nuevo. ¿Realmente crees que la legión del Desafío va a darnos una carcasa solo por eso?

–A mí sí me la darán –dijo la Princesa.

Mukikel se encogió de hombros.

–En fin, si quieres desperdiciarlo...

La Princesa se reclinó en su sillón y se acarició los labios con los dedos de su mano derecha.

–Mmm –dijo–. Tengo un problema de prodigalidad, ¿verdad?

Aunque he oído que últimamente hay una buena remesa de carcasas en el mercado.

–No sé nada de eso –dijo Mukikel.

La Princesa sonrió.

–¿Y por qué ibas a saberlo? –Parecía que había tomado una decisión al levantarse–. Sospecho que la mejor solución es transferir a Buniel a nuestras filas.

–Sobre todo si lo haces ahora –dijo Shadrannat–, mientras sea un espíritu más del Pozo. –Las pipas crujían entre sus dientes.

–Me has leído el pensamiento. Shadrannat, su señor es... Mmmm... Uno de los seis Caminantes Soberbios. Es todo lo que recuerdo.

–Lo averiguaré –dijo Shadrannat y su tono de determinación sonó extraño, viniendo de unos pequeños pulmones de niña.

–Averigúalo, negocia, regatea como sea, pero haz que lo reasignen. Mukikel tendrá un carcasa preparada para cuando soluciones todo el asunto, ¿verdad?

–Sí –dijo Mukikel.

Las tres mujeres intercambiaron miradas de nuevo y luego, sin decir una palabra, las dos subordinadas demoníacas se giraron hacia la puerta.

–Decid que venga la Espina Estelar, por favor –dijo la Princesa mientras se retiraban.

Se quedaron a solas ella y los dos hombres. El demonio sonrió.

–Os envidio –dijo.

–¿Ah, sí? –dijo Mitch tibiamente, mirando por encima de su hombro. La Princesa se había levantado y estaba bordeando el escritorio para mirarlos desde más cerca–. Durante un millón de años he ansiado ver una vez más el rostro que habéis contemplado.

Chuck asintió. La Princesa miraba alternativamente a Mitch y a Chuck.

–Pareces extrañamente indiferente.

Mitch jugueteaba con el bastón, pasándoselo de una mano a otra.

–Bueno, yo... –dijo–. Es que no... No estaba en muy buen estado cuando ocurrió todo.

Ella levantó una ceja con ánimo inquisitivo.

–Tenía la pierna rota por todas partes –intervino Chuck–. Lo drogamos para suavizar el dolor.

–¡Qué me dices! –dijo–. ¿Qué pierna?

Mitch la señaló. Para su sorpresa y asombro, se arrodilló delante de él y puso las manos sobre ella.

–Lawrence debería haberse ocupado de esto –dijo, y de pronto...

Una oleada de calor, de calor dulce y reparador, lo envolvió, fluyó a través de él, atravesando todo su cuerpo, y era como ser un niño en invierno, que llega a casa después de haber jugado con el trineo y coge un tazón de chocolate de manos de su madre. Era así: sentirse reconfortado, caliente y seguro...

Y, de repente, su pierna estaba recuperada.

–¿Cómo lo has hecho? –susurró.

–Es lo que hago –dijo. Se puso en pie–. Es lo que soy.

–Durante un instante posó sus cálidos ojos marrones en los de Mitch y una nube de tristeza los cubrió–. Es lo que era.

–Asharu –dijo Chuck con tono reverencial–. Un ángel del hálito. Un ángel de la curación.

Ella se dio la vuelta.

–Alguien te ha informado bien.

–Mukikel –contestó–. Me habló de las casas de los Sebettu, para que me hiciera una idea de a lo que me enfrentaría si... si ocurría algo.

–Y ocurrió algo, ¿no es así?

Chuck asintió.

–Tuviste la oportunidad de ser su vasallo, ¿verdad? –preguntó la Princesa–. Y de Shadrannat también.

–Sí.

–¿Por qué no lo hiciste?

–Mi adoración se reserva únicamente para Lucifer –dijo Chuck con voz desafiante, magnificente o incluso enajenada.

(Mitch entendía de enajenados. Chuck y él habían trabajado como enfermeros en un manicomio. De modo que Mitch sabía que a menudo los locos parecían perfectamente cuerdos, equilibrados,

francos y sinceros, tal como sucedía ahora con Chuck. Mitch no sabía qué pensar. «Joder» parecía ser la mejor opción).

La puerta se abrió y apareció un hombre extremadamente delgado, más parecido a un espantapájaros. Aquel tipo sí que parecía loco.

–Siento haber tardado tanto –dijo–. Estaba examinando los cabos.

Instintivamente, Mitch se giró para mirar al recién llegado y se le crisparon las manos, porque parecía realmente desquiciado. Vestía vaqueros manchados de combustible y una arrugada camiseta de *Anaheim Angels*. Tenía la cabeza rapada al cero; aparentemente, era un trabajo reciente, porque el cuero cabelludo apenas estaba bronceado, mientras que su rostro era moreno y estaba curtido por los elementos. Se podía ver una clara línea de demarcación donde una vez su cabello había ofrecido protección contra el sol.

Mientras archivaba mentalmente «los cabos» al lado de «anfitrión», «Desafío» y «carcasas» en su lista cada vez más dilatada de palabras por explicar, se dio cuenta de que los ojos de aquella persona eran grandes como los de un lémur y parecían vacíos. Las bronceadas curvas que coronaban las cuencas de sus ojos revelaban que también se había afeitado las cejas.

–Señor Berger, señor Rodríguez, este es la Espina Estelar.

–Podéis llamarme Dennis –masculló el tipo.

–Estos son los hombres que vieron a nuestro líder cuando se manifestó en Los Angeles.

Antes, Mitch habría dicho que los ojos de la Espina Estelar estaban encendidos, pero habría sido una metáfora. Ahora refulgían literalmente, con dos destellos blancos que modificaban las sombras de su rostro con el cambio de dirección de su mirada. Ahora estaban dirigidos hacia ellos y parecían terriblemente vacíos con semejante resplandor.

–¿Son estos? ¿Son los testigos? –Su voz solo no parecía desquiciada; tenía una vehemencia igualmente enajenada. Cuando comenzó a avanzar hacia ellos, los instintos heredados de su trabajo en el sanatorio impulsaron a Mitch a ponerse en pie con los puños en alto.

–Quieto –dijo.

–Quizás sería preferible hacerlo con el señor Rodríguez; él se sentirá más cómodo que el señor Berger –dijo la Princesa.

–Muy bien –dijo Charles, poniéndose en pie, pero con impaciencia, no con recelo.

–Chuck, tío –dijo Mitch, tratando de disuadir a su amigo. Aunque no sabía de qué.

–Mitch. No pasa nada. Quiero hacerlo. –Señaló con un gesto a la espléndida e irreal Princesa y a Dennis, la Espina Estelar, que estaba claramente trastornado–. Confío en ellos.

De modo que Dennis cogió de la mano a la Princesa y alargó la otra hacia Chuck. Cuando estuvieron los tres enlazados, cerraron los ojos.

–Recuerda –dijo Dennis inmediatamente–. ¡Oh! ¡Oh!

–Qué rápido –dijo la Princesa con voz tensa.

–Siempre supe que sería así –dijo Chuck con gran tranquilidad.

–Mantenlo –dijo la Princesa.

Durante un momento, el trío permaneció en silencio. Entonces, paulatinamente, la severidad de la Princesa comenzó a resquebrajarse y empezó a llorar sosegadamente.

–Lucifer –susurró–. Mi amor.

Entonces comenzó a murmurar algo más, en algún otro idioma. Al principio Mitch pensó que era español o algo así, pero entonces empezó a sentir el lenguaje en vez de oírlo. Sintió que la luz cambiaba (aunque no parecía diferente) y sintió que las olas del mar se teñían de melancolía bajo el casco (aunque no se movían con mayor o menor velocidad ni habían ganado o perdido altura). Lo invadió una oleada de tristeza y también él rompió a llorar, aunque no sabía por qué.

–¿Mi señora? –dijo Dennis, con un tono apenas interrogativo.

–Seguimos –dijo ella. Continuaron en silencio unos instantes más y entonces preguntó–. ¿Puedo ver lo que pasó antes?

Más silencio. No había cambio en ellos, excepto por las arrugas que aparecieron momentáneamente en la frente de Dennis. La Princesa se recompuso y, aunque no abrió los ojos, su expresión parecía calmada.

–Una bestia de tierra –dijo–. ¿De quién supones que es? ¿Del

Señor del Humo Oculto?

–Puede ser –dijo Dennis–. No lo sé.

Silencio.

–Y otro más –dijo–. ¿De una Oceanita?

–O de un Salvaje.

–El Corcel de las Profundidades, quizás. O el Cazador del Arco

Iris.

–¿Y El del Cantar Luminoso?

–Mmmm, quizás... Demasiado pronto para saberlo, supongo.

–Y aquí es donde hemos empezado.

–Para –dijo, tal vez con cierta aspereza.

Los tres abrieron los párpados al unísono. Como los de Mitch, los ojos de Chuck estaban húmedos pero sonreía, y Mitch tuvo la incómoda sensación de que eran lágrimas de gozo.

–Es hermoso –dijo Chuck–. Mitch, tienes que recordar con ellos. Es fascinante. Sería... Lo entenderías todo.

–¿Estás...? ¿Quieres que... sigamos? –dijo Dennis mirando a la Princesa.

Por lo general, Mitch no era un hombre muy intuitivo o empático, pero en ese momento se percató de que la Espina Estelar estaba desesperadamente enamorado de la Princesa y que albergaba ninguna esperanza de ser correspondido; probablemente eso hacía que resultase peligroso para todo el mundo salvo para ella. No podía decir cómo se había dado cuenta. Tal vez fue un efecto del propio llanto lastimero de la Princesa. Quizás eso avivó momentáneamente su instinto para captar corazones rotos.

También percibió que ella no lo sabía y eso hacía que Dennis se sintiera, por alguna razón, menos intimidado.

–Vamos a seguir –dijo y Mitch suspiró.

Debería haberme imaginado que no había otra opción, pensó.

* * *

–Me mantuve puro y sobrio durante más de cuatrocientos años, ya me entiendes –dijo Lucifer–. Cuatrocientos veintinueve, para ser exactos. –Bebió un sorbo de té–. Dos meses más y habrían sido

cuatrocientos treinta. Pero la necesitaba.

–La fe humana –dijo Usiel.

El Adversario asintió.

–No solo la humana. ¿Sabes que... antes de caer en la tentación, me acostumbré a no usarla? Durante cuatrocientos años, no ejercité mi poder, durante cuatrocientos años no me serví de mis conocimientos. Trataba a los hombres como uno más, empleando la argumentación razonada. Construía lo que necesitaba con mis propias manos o comerciaba con ello valiéndome únicamente de los afanes de mi mente. Soportaba las inclemencias del viento y la lluvia. Encendía fuegos con yescas o palos. Hay cierta pureza en ello, Usiel. Nunca olvidaba que era un Elohim, nunca pensaba que era uno de ellos, pero vivir sin poderes la única manera que encontré de aliviar la carga del mismo.

–Pero ahora...

Lucifer sonrió, con evidente malicia.

–Bueno, el poder también tiene su atractivo. Al igual que la fe pura, dejando aparte su uso como nutrimento. Imagino que habrás tenido tiempo para llegar a esa conclusión con la señora Fielding, ¿no?

Usiel desvió la mirada.

–Tú me pusiste en contacto con ella.

–¿Sabes? Se me ocurren dos contextos para «poner en contacto». Un criminal que ha sido atrapado acusa a un maldito soplón de haberse puesto en contacto con la policía. O un hombre solitario agradece a un colega que le pusiera en contacto con una amiga suya. ¿Con qué sentido estás usando esa expresión?

–No estoy seguro –dijo Usiel mientras se aclaraba la garganta–. Y ahora, ¿qué? ¿Haces que levanten iglesias en tu nombre? ¿Te sientas en un trono y haces que tus adoradores humanos te llamen Dios y que crean en ti mientras les muestras un ápice de tu gloria?

–Bueno. Supongo que acabaré haciéndolo antes o después.

Hoy, el rostro del Diablo era el de un hombre del Medio Oeste, robusto, impenetrable, propio de un granjero, un camionero o un trabajador de una fábrica. Al hablar de establecer una adoración blasfema, tenía la expresión de un marido o un padre que sabe que va

a tener que volver a pintar el baño tarde o temprano.

–¿Cómo puedes albergar esa idea y sentirte mejor que los caídos?

–¿Cuenta tener la decencia de sentir que está mal?

–¿Y crees que eso les importa a tus víctimas? ¿O las suyas?

–Quizás no funde una Iglesia –dijo Lucifer–. De hecho, creo que, probablemente, me quede con esos «Templos de Satán» o «Iglesias de Baphomet» que hay por California. Por otro lado, he estado haciendo principalmente de Robin Hood.

–¿Es decir?

–Lo de robar a los pobres. Como tú con el viejo Vassago.

Usiel se percató de que se estaba sonrojando y de que se sentía demasiado avergonzado para cruzar la mirada con Lucifer.

–Vamos –dijo el Lucero del Alba–. No tienes porqué avergonzarte. Hiciste lo correcto con él. Robó toda esa pasta a generaciones de primos y pardillos, los mascó como chicle y luego los escupió, una vez que perdieron todo su sabor. El único uso que daba a ese poder era crear más víctimas. Por tanto, ¿qué mal hay en arrebatárselo?

–Estás tratando de tentarme.

–¡Estoy tratando de que vuelvas al campo de juego! Vamos, dime que no te gustó. Dime que no te encantó devorar esa dulce y sabrosa porción del alma de Vassago. –Usiel no quería mirarle a los ojos. Lucifer se reclinó en la silla–. No vas a negarlo porque no puedes. Fue divertido. ¡Claro que es divertido! Castigar a los malhechores es divertido. ¿Por qué crees que Dios lo hace tan a menudo? Y con tanta fiereza.

–Detecto cierta amargura.

–Mmmm. Supongo que la hay. –Los ojos de Lucifer destellearon–. ¿Quieres saber cómo recobré mi poder tan rápido? Te lo revelaré. Lo compartiré contigo.

–No, gracias.

–¿Aún recelas? Esta es la respuesta a tu pregunta, Usiel. Puedo mostrarte cuan diferente soy a ellos, cuan diferentes somos. ¡Lo voy a hacer ahora!

–No...

Pero Lucifer ya estaba revolviendo en un armario. Cogió un bote de sal y comenzó a agitarlo.

–¿Hay alguien en particular al que te gustaría ver? –preguntó, y Usiel estuvo a punto de decir Sabriel. Pero contuvo su lengua–. ¿Qué tal Durnadin? ¿Uno de los tuyos, un Halaku? Me invoca mucho, por cierto. Me cuenta cómo hace mi trabajo. –Mientras hablaba, el Adversario empujó hacia atrás la mesa y vertió un grueso anillo de sal sobre el suelo. Luego dibujó signos y figuras en él. Y si su voz parecía amarga cuando hablaba de Dios, sonaba el doble de amarga cuando hablaba de su leal servidor.

–¡Durnadin! ¡Lucifer, tu señor, te llama!

El demonio hizo una pausa y una mueca de desagrado cruzó su rostro. Entonces abrió la boca y las palabras fluyeron de ella. Era el Nombre Verdadero de Durnadin, su naturaleza real y su lugar en el universo. Pero los tonos eran discordantes, los vocablos rechinaban y chocaban entre sí.

–Tu Nombre Verdadero ha cambiado desde que nos rebelamos codo con codo –dijo Lucifer, guiñando un ojo a Usiel–. ¿Cómo es ahora?

Dirigió una elocuente mirada a Usiel y se estiró el lóbulo de la oreja para indicar al Segador que escuchara. Entonces habló de nuevo y esta vez el Nombre Verdadero sonó grave y melancólico y solo con pronunciarlo parecía absorber la luz de la habitación, espesando las sombras y helando el aire.

Lucifer siguió hablando en la Antigua Lengua; eran palabras de distancia, movimiento y cambio y, de pronto, Durnadin el Halaku estaba allí enfrente, dentro del círculo de sal.

–Así de fácil –susurró Lucifer a Usiel.

–¡Señor!

Durnadin constituía una visión lastimera. Invocado en su forma real, sus alas de cuervo, en otro tiempo brillantes y lustrosas, habían perdido todo esplendor y estaban marchitas. En lugar de dedos tenía garfios de hueso, curvados y delgados, con el extremo afilado, alineados para desgarrar la carne. Su piel era moteada, blanquecina como el moho y grisácea como un cadáver. Estaba muy delgado, famélico, con el vientre hinchado propio de los que sufren inanición,

que era la única parte redonda de todo su huesudo y enjuto cuerpo. Al mirarlos, tenía la cara de un niño muerto de ocho años. Ese rostro pálido mortecino tenía una expresión de esperanza, temor y reverencia. A Usiel se le revolvió el estómago.

–¡Nunca perdí la fe! –dijo Durnadin mientras le corrían lágrimas por las mejillas–. ¡Nunca abandoné tu lucha!

–Lo sé –dijo Lucifer, con voz sedante, balsámica, cálida y llena de compasión–. He escuchado tus plegarias, aunque no respondiera. Pero dime otra vez cómo has cumplido mis designios.

–Hago sacrificios en tu nombre –dijo Durnadin con fervor–. Con tanta asiduidad como puedo; trato de hacerlo cada semana. Les digo que vas a volver, que reinarás de nuevo, les digo que tu poder es real y entonces hago que crean en ti.

–¿Cómo lo haces? –preguntó Usiel sosegadamente, pero temiendo la respuesta.

–Al principio los mataba –dijo Durnadin–. Pero era demasiado rápido. Eran demasiado frágiles, demasiado endebles. No comprendían. –Su voz adquirió un matiz quejumbroso–. Morían antes de acabar mi trabajo. ¡Pero no me rendí! Aprendí, estudié y mejoré. Ahogarlos. Esa es la clave.

–Ahogarlos.

–Sí, es mucho más lento, así que puedes prolongarlo tanto como gustes –dijo Durnadin sin que el luminoso resplandor de amor de sus ojos perdiera brillo–. Los sumerjo en el agua, los saco, los vuelvo a meter y dejo que respiren de nuevo... Tratan de luchar, pero muy pronto se agotan y tengo que sujetarlos para que cojan aliento antes de sumergirlos otra vez, mientras sienten la presión del agua en los oídos, en la cara, en los pulmones... Una y otra vez, hasta que comprenden. Con un tipo tuve que hacerlo doce veces pero al final creyó. Al final lo hizo. ¡Lo consiguió y ya solo creía en ti, señor!

–Y luego lo hiciste otra vez.

–Sí –susurró Durnadin, y su voz parecía una caricia sudorosa–. La decimotercera. Dijo tu nombre con su último hálito vital.

–Lo sentí –dijo Lucifer con voz profunda. Se giró a Usiel–. ¿Ves? Sin demonios que condujeran los servicios, el satanismo sería tan vacuo como cualquier otra religión. La gente hace lo que cree que

está bien. Pero con un seguidor tan resuelto como Durnadin, los mortales pueden ser obligados a creer firmemente.

–Todo por ti, mi señor.

–Todo por mí. Y no podría rechazarlo aunque lo intentase.

De pronto, Lucifer ya no era el compasivo soberano de Durnadin. De pronto, dejó que el desprecio se reflejara en su rostro. Y, de pronto, una lanza llameante apareció en su mano.

–Tú también crees –dijo Lucifer y hundió la punta de su venablo en el pecho de Durnadin. El demonio del círculo pudo haber gritado pero no lo hizo. El desengaño que se percibía en su cara, el miserable sentimiento de traición era demasiado hondo para ser expresado.

–¡Vamos! –dijo Lucifer mirando a Usiel con los ojos iluminados–. ¡Atácale! ¡Comparte su muerte conmigo!

–Yo...

–¡Rápido! ¡Antes de que sea demasiado tarde! ¡Atácale y pronuncia su Nombre Verdadero, devora tú también una parte y conoce su verdadera esencia! Solo si examinas su pasado, su conocimiento, su propia naturaleza, podrás entender por qué no confío en Sabriel, Nazathor, Grifiel y los otros que pronuncian mi nombre en vano. ¡Invoca tu guadaña y rájalo!

Y Usiel lo hizo.

Mientras su herramienta de liberación le aparecía en la mano, se dijo que Durnadin iba a morir de todas formas y que eso era algo positivo, lo mirara como lo mirara.

Mientras la guadaña caía, la tentación de comprender a los caídos (y con ellos a sí mismo) y sobre todo la necesidad de saber si Sabriel lo había engañado imprimió más fuerza a su golpe.

Cuando la hoja cayó sobre el demonio y Usiel salmodió su Nombre Verdadero, el nombre que el diablo había desvelado gustosamente a su señor, pensó que arrebatarse su energía era una buena idea, que le ayudaría a proteger a Glenda. Tal pensamiento fue un bálsamo para él.

Pero quizás lo que más le dominaba era el impulso de sentir esa dulce oleada de poder una vez más. Consumirlo y devorarlo. Desatar y robar una energía que había existido desde el amanecer de los tiempos y hacer que esa energía formara parte de sí mismo.

Cuando absorbió una parte de Vassago, Usiel se concentró únicamente en el poder, pero esta vez, a instancias de Lucifer, también absorbió los recuerdos de Durnadin. Recordó.

Recordó el dulce alivio que supuso para los ángeles caídos descender sobre la humanidad, revelarse por fin a ella, libres, amados y reconocidos.

Recordó el miedo a la guerra, pero también el gozo del valor, el gozo de salvar a un amigo, sensaciones que Usiel también había conocido en el Ejército Celestial, nobles placeres que nunca concibió que los rebeldes pudieran experimentar.

Recordó la amargura de la derrota, la locura del Infierno y la liberadora furia de la venganza.

Usiel contempló cómo Durnadin torturaba a sus víctimas al tiempo que pensaba: Así es como debe de sentirse Dios cuando provoca cáncer en un niño. Sintió que Durnadin era libre para martirizar y aniquilar sin que nadie lo detuviera.

(Atisbo un destello de conciencia: Durnadin había respetado a una señora mayor, que se parecía mucho a la anciana de los Tanenbaum. Era la abuela del cuerpo anfitrión que ocupaba y siempre le había traído regalos en Navidad y había metido barras de caramelo en la cama mientras su nieto dormía. Durnadin había respetado su vida. Quizás lo hizo porque habría muerto demasiado pronto. Fuera como fuese, su actuación fue rica en misericordia).

Y entonces visualizó la reciente traición, cuando Lucifer alzó su lanza. En ese momento, curiosamente, Durnadin sintió más tristeza que cuando Miguel pronunció el castigo para la Casa Postrera. De alguna manera, esa traición fue la peor.

Durante un momento, el Segador y el Diablo permanecieron de pie y en silencio en la cocina de Glenda Fielding.

–¿Ves cómo son? –dijo Lucifer.

–Veo que podría haber cambiado –dijo Usiel.

–Pero no lo hizo.

–¡Pero pudo haberlo hecho!

–Pero no lo hizo –repitió Lucifer–. No lo hizo, no lo haría y ninguno de ellos lo hará. ¡Combatieron a Dios, Usiel! ¿Quién va a contenerlos ahora que los ángeles se han retirado y Dios ha ocultado

su rostro?

–Podrían elegir otro camino.

–Oh, ¿estás hablando de autocontrol? No sé si te has dado cuenta, ¡pero no es una característica común entre aquellos que hicieron la guerra contra el Anciano de los Días! –Sacudió la cabeza–. No creo que les tengas miedo. No creo que seas un iluso. Durante la guerra, ansiabas abatir a cualquier demonio que se pusiera al alcance de tu guadaña. ¿Qué ha cambiado?

–Fui arrojado al Infierno por combatir sin mostrar piedad –dijo Usiel–. Quizás ahora y solo ahora, me estoy dando cuenta de ello.

* * *

–¿Qué va a pasar? –preguntó Mitch.

–Vamos a ayudarte a recordar –dijo la Princesa.

–Sí, lo dijo Chuck, pero, ¿por qué? O sea, ¿con qué fin?

–¿Es que no quieres ver de nuevo el rostro de Lucifer?

–preguntó Chuck, como si la respuesta fuera obvia.

–Bueno, o sea... Ya habéis visto los recuerdos de Chuck, ¿verdad? Y, bueno, él tenía la cabeza mucho más despejada que yo. O sea, si creéis que yo me fijé en algo que él no vio...

–No es eso –dijo la Princesa–. Cada uno experimenta a Lucifer de un modo distinto. La mente humana no fue diseñada para percibir todas las frecuencias de su gloria. Tu experiencia fue completamente diferente de la de Charles y completamente diferente de la de la chica que estaba con vosotros.

–Ah. Y entonces, ¿de qué sirve?

La Princesa parpadeó atónita y su frente, despejada y majestuosa, se oscureció.

–¿De qué sirve?

–Sí. O sea, no te lo tomes a mal, pero, si todos tienen una opinión diferente, ¿que sentido tiene?

–Reunir más y más pedazos –dijo sosegadamente–. Más y más perspectivas. De modo que la imagen del Lucero del Alba se vaya haciendo cada vez más nítida.

Mitch estuvo a punto de preguntar qué utilidad tenía tal cosa,

pero presintió que era una mala idea.

Entonces la Espina Estelar le cogió de la mano, la Princesa le tomó la otra y, de pronto, estaba allí de nuevo.

*

*

El peor día de la vida de Mitch Berger comenzó con la visión de una aparición terrorífica y misteriosa unas pocas horas antes de la medianoche. Entonces un peligroso lunático homicida se escapó durante su turno de vigilancia. Fue suspendido de pago junto con Chuck, que estaba con él. Entonces sobrevino un impresionante terremoto en el que se rompió una pierna. Hubo otras peripecias; un tipo los apuntaba con una pistola y había gritos y algo explotó, pero todo ello, sin duda, estaba nublado por el dolor de su pierna rota y, francamente, a Mitch no le importaban en absoluto tales lagunas. Recordaba vagamente algo enorme y... y... algo enorme... Diferentes cosas enormes, que prefería no recordar.

Cuando la Espina Estelas le tocó, recordó.

--Para.

Era la voz de la Princesa, aunque no estaba allí. Sobre él podía ver una figura pero el dolor de su pierna era tan intenso que solo la elevada dosis de morfina sintética impedía que se volviera loco.

Estaba allí otra vez y, cuando la Princesa dijo «para», todo se congeló. Era como en *Matrix* o esos anuncios de *Gap Kakhi*, un truco digital enormemente caro, solo que esto era real; sus recuerdos se habían congelado y estaban siendo manipulados.

--Mmmm --dijo ella--. Primero desembaracémonos de ese dolor.

Y bingo. El lacerante dolor de tener la tibia asomándose por la piel se desvaneció, abracadabra, ¡puf!, como si estuviera viendo la tele y hubiera cogido el mando para apagar el canal del dolor. Aún podía ver el hueso roto, por supuesto, aún formaba parte de su recuerdo. Pero ya no era un recuerdo doloroso.

--Y el aturdimiento por las drogas. También fuera.

Y desapareció. En cierto modo, era aún más desconcertante que la pérdida del dolor, porque no había cambiado nada visible o sensitivo. Solo sentía que su actitud se reajustaba, que el pesado *Dilaudid* se evaporaba de forma imperceptible, y que, de pronto, podía prestar atención a sus recuerdos de nuevo, podía examinarlos otra vez.

En su recuerdo, sus ojos nublados (que no se aclararon, porque el poder de la Espina Estelar no podía obrar tal proeza) estaban fijos en su pierna fracturada. Estaba en la parte de atrás del Jeep con la chica de la camiseta de la bandera a su izquierda cubriéndose los ojos. A su derecha, podía ver a Charles, pero no claramente. Y sobre él...

--Sí --susurró la Princesa--. En su gloria...

La figura que contemplaba no tenía sentido, incluso con la vista nublada. Lucifer era fuego, una columna de llamas blancas. Pero al mismo tiempo, era sonido. Una canción. Una sinfonía gloriosa, sosegada y cálida como la pieza más suave de jazz pero a la vez tan potente y triunfante como solo puede ser un solo de guitarra delante de un público en directo, iracunda como un tema de *hardcore*, triste como una balada. Lucifer era, para Mitch, música visual y tal concepto hizo que su mente se convulsionara.

--Pásalo de nuevo --dijo la Princesa mientras Mitch se preparaba para verlo todo otra vez, a medida que su mente rebobinaba.

Todo era borroso e incoherente, a pesar de los arreglos de Dennis, pero estaba seguro de que Lucifer combatía contra dos... ¿Dos qué? ¿Dos canciones, una majestuosa, solemne y no tonal, y la otra susurrante, llena de ponzoñosas disonancias? ¿O dos elementos, una enorme columna de roca agrietada y una tormenta sobrecogedora?

Mitch nunca había tomado LSD, pero había oído decir a algunos que podían «ver» música bajo su influencia. Se preguntaba si eso era a lo que se referían. No lo creía. Si era cierto, no podía imaginar cómo iba a querer alguien experimentar algo así. Pero...

Pero Lucifer era glorioso.

Incluso carente de sentidos sobrenaturales, eso era evidente. A pesar de estar drogado, borracho y destruido por el dolor, sintió esa sensación y le gustó. Quería contemplarlo más. Era como el tipo de impulso que se siente cuando se está en la azotea de un edificio y que le impele a uno a saltar. Era la atracción que siente una polilla hacia una llama o un yonqui hacia una jeringuilla. Mitch (de algún modo) lo sabía y aunque quería ver a Lucifer más que a nada en el mundo, apartó la vista. Sintió, oyó o experimentó la destrucción de los dos oponentes a manos del Lucero del Alba y entonces deseó ver a Lucifer triunfante, a pesar de que sabía que eso le marcaría para siempre, escaldaría su cordura, reinventaría su vida...

Pero, no obstante, apartó la cabeza.

*

*

–Ah –dijo Dennis.

Y entonces la sinfonía concluyó y la Princesa lo miró con ojos llenos de compasión.

–Gracias por tu ayuda –dijo.

El mensaje que transmitía la expresión del rostro de Dennis era más claro; desprecio por la cobardía de Mitch.

_____ 2 _____

Gabriel McKenzie tenía de repente mucho más trabajo.

Si Gabe hubiera sido un pequeño hombre de negocios, probablemente eso serían buenas noticias. O si hubiera sido el típico esclavo asalariado que cobra lo mismo trabaje lo que trabaje, habrían sido malas noticias. Pero Gabe McKenzie era un agente del FBI y tenía más intereses que los meramente económicos.

Ese mes, a Gabe le interesaba May Carter.

May tenía unos veinte años, era higienista dental, negra, colaboraba en su parroquia, 1'70, 63 kilos, sin antecedentes criminales, vivía sola, sin amistad con delincuentes, ni arrestos. Y sin ningún indicio de cómo o por qué había desaparecido de la faz de la Tierra.

Sin petición de rescate. Sin nota de suicidio. Sin señales de violencia.

Gabe había comenzado por registrar su apartamento, sin encontrar nada importante, luego su coche, abandonado en Maryland Heights con las llaves puestas, sin huellas de interés, y por último su lugar de trabajo; pero fue una pesadilla. Cientos de personas pensaron lo mismo en el transcurso de una semana, de modo que encontrar algo relevante sena como hallar una aguja en un pajar.

Así que trasladó su atención a su novio, Noah Wallace.

Un tipo atractivo, ese Noah, con buena planta. Conocía a May del instituto. La relación se estrechó en un viaje en autobús para ayudar a las víctimas del terremoto de Los Angeles.

Gabe tenía copias de las cintas de vídeo de ese viaje. Todo había sido grabado y retransmitido por televisión por cable, porque el párroco de May y Noah era Matthew Wallace, un telepredicador y la estrella de La hora del Poder de Jesús.

Matthew también era el padre de Noah.

A primera vista, Noah parecía un tipo excelente. Listo, eso sin duda, y con una buena educación, rasgos que no siempre son sinónimos. Sereno, seguro de sí mismo y encantador. A Gabe le recordaba al chiste aquel de que Will Smith era «el compañero negro de trabajo con el que uno siempre está de acuerdo». Noah era igual. Estaba visiblemente destrozado por el pensamiento de que algo le podría haber ocurrido a May. Sobre todo, se sentía atormentado al pensar que, de algún modo, él podría ser responsable.

Porque a Noah le habían ocurrido cosas muy extrañas desde que se mudó a San Luis y regresó al regazo paterno. Estaba en la escena del crimen cuando una iglesia católica de Mulesburo fue azotada por un incendio; de hecho, entró corriendo y rescató a una mujer que trabajaba allí.

Un hombre llamado George Lasalle se confesó culpable del incendio, después de entregarse, y el párroco de la iglesia habló en su defensa en el juicio. Un juez local, valorando la edad de Lasalle y su confesión, suspendió el procedimiento y Lasalle se convirtió en un miembro asiduo de la parroquia.

La conexión era lejana, pero, ya que sus otras pistas se habían agotado, Gabe comenzó a pensar en Lasalle. Especialmente al descubrir nuevos datos sobre Noah. El más interesante era que dos hombres habían irrumpido en su apartamento y lo habían arrojado por la ventana.

Además de ser guapo e inteligente, Noah también parecía un tipo afortunado. Gabe sabía de personas que habían caído desde diez metros de altura y habían muerto. Noah no tuvo fracturas serias en ningún hueso, solo algunas costillas magulladas y unas pocas contusiones.

Y luego, escasos días después de que Noah fuera atacado, el reverendo Matthew Wallace difundió el retrato de May en su espectáculo televisivo rogando información sobre su paradero.

De pronto, cientos de personas parecían haberla visto. La oficina del FBI se vio colapsada por las llamadas. Fue vista en Dogtown con dos fornidos hombres blancos. Fue divisada en San Luis del Este, corriendo por una parcela sin edificar. Fue vista en la planta de Anheuser Busch, entre un grupo de visitantes a la fábrica.

Gabe había solicitado más personal de secretaría para ayudarle con la marea de llamadas. Recordó a sus superiores que el tiempo era esencial, que encontrarla con vida sería un increíble golpe de suerte. Pero los fondos eran escasos, por todo eso de la nueva red de seguridad de Homeland, por lo que pensó en recurrir a las fuerzas policiales de la zona...

Al día siguiente, se produjo una especie de asalto a la iglesia de Matthew Wallace; se rompió una ventana, ardieron algunos bancos y las paredes aparecieron cubiertas de agujeros de bala. Apareció una editorial en el *Post Dispatch*. Una vez que la prensa escrita mencionó el caso, Gabe tuvo toda la ayuda que necesitaba.

Pero a un precio.

Mientras que antes era el único agente al cargo del secuestro de Carter, ahora formaba parte del Departamento de Investigación de Crímenes de Odio. El agente al cargo era Charles Davidson, que era un tipo agradable a menos que le llamaras «Charlie». El DICO buscaba las conexiones entre la iglesia del Poder de Jesús, el incendio de Mulesburo, los atacantes de Noah Wallace y la reciente desaparición de un miembro de la parroquia de Matthew Wallace. Todo era muy confuso, y tener a ocho agentes tratando de desenredar la maraña no era de mucha ayuda.

La mañana en que recibió la información de Cal Jordan, Gabe ya estaba cansado y malhumorado. Tenía un bebé en casa al que le estaban saliendo los dientes y este era su primer caso después de su permiso de paternidad, un caso que se había convertido en algo muy difícil de manejar.

–Buenos días, Gabe.

–Buenos días, Juanita. ¿Qué tal está el café?

–Malo como un dolor de muelas.

Juanita era analista de datos del equipo y madre de dos niños. Era una persona con una gran simpatía y su inmensa gratitud por no tener que hacer más trabajo de campo confortaba a veces a quienes sí tenían que cumplirlo. Tenía facilidad para escuchar los problemas de los demás con buena disposición y conseguía que estos se sintieran mejor, sin tener la sensación de estar lamentándose, aunque así fuera. Además, era minuciosa y hacía un buen café. En suma, una excelente baza para cualquier cuerpo policial.

–¿Te acuerdas de Lynn Culver?

–Espera, espera... –Gabe cogió su taza de café y, para darse tiempo para pensar, buscó leche en la pequeña nevera del despacho. No les quedaba. Suspiró y usó un sucedáneo desnatado–. Es la mujer que Noah sacó de la iglesia en llamas, ¿verdad?

–Era. Está muerta.

–¿Qué?

–Murió exactamente hace doce días. Se desplomó en el aparcamiento del trabajo cuando salía para casa. El forense diagnosticó ataque al corazón y dijo que no había indicios de homicidio, pero Davidson quiere exhumar el cuerpo.

–¿No se mudó a Illinois?

–A Oswego, sí. Esto cada vez se lía más.

–Ay, caramba. –Lo pronunció mal adrede. Juanita le dirigió una sonrisa condescendiente–. ¿Se ha visto a May en algún otro sitio?

–Solo en alrededor de una docena.

Cuando la gente llamaba al número facilitado, una secretaria atendía la llamada y anotaba la información pertinente. Cada llamada era grabada y transcrita por un ordenador. Entonces la secretaria redactaba un resumen y, basándose en su impresión personal, puntuaba la aparente utilidad de la llamada en una escala de uno a diez. La mayoría de los avisos tenían una calificación de cinco. Las tonterías evidentes y paparruchas recibían un uno. Las llamadas fidedignas con una gran cantidad de información merecían un diez, en el caso de que alguna vez recibieran alguna llamada así.

La llamada de Cal Jordan era de cinco. Su resumen descansaba sobre el escritorio de Gabe junto con otros diez. Gabe bebió un sorbo

de café, les echó un vistazo y tomó unas pocas notas. Con algunas llamadas, leía las transcripciones en su PC, al tiempo que ponía muecas de desagrado ante las confusiones entre homónimos fonéticos que cometía el ordenador y que las secretarias habían pasado por alto (se suponía que ellas releían las transcripciones y corregían los fallos). En algunos de esos casos, a veces descolgaba su teléfono, marcaba unos cuantos números y accedía al vasto banco de mensajes telefónicos del FBI de San Luis, y escuchaba la grabación de la llamada. Eso fue lo que hizo con la de Cal Jordan.

Había algo en la llamada de Jordan que le intrigaba. Disgustado con la transcripción, la fue siguiendo mientras escuchaba la conversación y entonces sonrió.

Era la frase «viejo, pelo blanco, pero grande. Como un culturista».

Después de teclear varios comandos y mover el ratón varias veces, accedió a la descripción que dio Wallace de uno de sus atacantes: «Mayor, con el pelo rubio pero cubierto de canas, de 1'80 más o menos y muy musculoso».

Dejó el ordenador, se dirigió a su teléfono y llamó a Cal Jordan para concertar una entrevista.

* * *

La diablesa Sabriel estaba muy preocupada y la pagaba con el único adorador que le quedaba vivo. Lo hacía a menudo cuando estaba preocupada. Pero, en ocasiones, por la razón que fuera, se sentía mal por maltratar al pobre Thomas Ramone (así se llamaba su acólito), de modo que reparaba su falta inmediatamente después o a veces antes de zaherirlo y atormentarlo. No sabía muy bien cómo explicarlo. Había algo en él que la impulsaba a tratarlo así.

Estaba preocupada porque llevaba semanas sin tener noticias de Usiel. Cuando tuvo intención de matarla, Sabriel consiguió sacárselo de la cabeza recurriendo a los recuerdos de su relación con Haniel (la amada de Usiel e íntima amiga de Sabriel, en los Albores del Tiempo). Ella suponía que ya lo tenía controlado. Contaba con que lo tenía controlado. Pero no respondía a sus invocaciones y eso no

parecía muy propio de alguien controlado.

Arremetió contra Thomas, amenazando con matarlo, amenazando con meterlo en la cárcel, amenazando con aniquilar a toda su familia o volverlos locos. Al final consiguió hacerle llorar. Entonces le dijo que para arreglar las cosas con ella solo tenía que hacer algo muy simple; conseguirle más dinero. Pero para ayudarlo a robarlo, le enseñó cómo transformarse en una nube.

Ahora Thomas estaba fuera, presumiblemente desvalijando una casa en Laduc, que ella le había elegido. La mujer que vivía allí tenía una valiosa colección de joyas, piezas históricas que podían vender fácilmente a una fracción de su valor pero ganando lo suficiente como para salir adelante. Joder, seguro que la vieja esnob daría por bien perdido todo ese dinero por la oportunidad de envanecerse diciendo que su colección era tan llamativa que atrajo la mirada de los ladrones profesionales.

Thomas, evidentemente, no era un profesional. Pero, realmente, un hombre que puede convertirse en vapor cuando deja escapar una risita no tiene necesidad de ser un profesional.

Sabriel había planeado todo el asunto y ahora, sentada en un ático esperando que volviera un batería de rock de la zona, se lamentaba por no haber ido en persona a hacer el maldito trabajo. Pero entonces Thomas no lo habría hecho y era importante mantener al pequeño monito atareado. Para que no olvidara cuál era su puesto.

A Sabriel le preocupaba que Thomas dejara de tenerle miedo. Eso sería malo para ella, pero muchísimo peor para él.

Así que ahora estaba seduciendo a un músico otra vez. Sí, le rompería el corazón, anularía su voluntad y quizás lo convertiría en su esclavo o tal vez lograría que se destruyera a sí mismo. Pero ahora estaba distraída e irritada, al tiempo que ejecutaba sus predecibles «movimientos». Hacía carantoñas y balbuceaba con fingido deleite, mientras en su interior se sentía aburrida, ansiosa y, sobre todo, preocupada.

Estaba preocupada por el demonio Gaviel. ¿Qué estaba haciendo?

Estaba preocupada por la diablesa Avitu. ¿Estaba realmente bajo control?

Pero, sobre todo, estaba preocupada por Usiel. ¿Habían cambiado sus intenciones?

¿Estaba en apuros?

¿Le había hecho daño?

* * *

Al final todo se arregló gracias a un golpe de suerte y un vídeo.

Cal Jordan trabajaba en una gasolinera de la *British Petroleum* por el día e iba a una academia nocturna para convertirse en técnico de rayos x. Compartía el apartamento con cuatro estudiantes, uno de los cuales tenía un «TiVo»; una especie de vídeo digital.

–Sí, nos repartimos las horas para ver la tele –le dijo Cal a Gabe McKenzie, que asintió e hizo como que escribía una nota en su libreta–. A Stewie le tocó el horario de sobremesa, que son muchas horas, pero a mí no me importa. No suelo ver la tele pero sí veo La Hora del Poder de Jesús, porque mi hermana sale en el coro.

–Aja...

–Y resulta que esta semana no vi el programa en directo, o sea a su hora, porque estaba durmiendo, así que no lo vi hasta después de haber visto a la chica.

Eso fue lo del vídeo.

–¿Dices que la viste el quince? –Ese fue el día en que May Carter desapareció.

–Eso es. Yo estaba currando en el turno de noche y llegaron sobre las siete y media u ocho.

–¿Estás seguro de la hora? –May había dejado su apartamento antes de las seis y media. La última llamada que hizo fue a las tres.

–Mmmm... –Cal se encogió de hombros, con expresión desconcertada–. Seguro del todo no. Pero estaba oscureciendo.

–¿Qué te llamó la atención?

–Bueno, ella se parecía mucho a mi prima Emmaline. O sea, se parecía mucho. Por un momento creí que era ella, pero vive en Pensilvania y además está embarazada. ¿Me sigues?

Y ese fue el golpe de suerte.

–Entiendo.

–Y el tipo que estaba echando gasolina al coche era... –Cal se encogió de hombros—. O sea, no se suelen ver tíos con esos músculos y pelo blanco. ¿Me entiendes?

–Sí. –Gabe abrió su portafolios—. ¿Has visto a alguno de estos?

–Sí.

Gabe tenía la irritante sensación de que los policías locales habían hecho un pésimo trabajo con ese testigo. Pero se dio cuenta de que, probablemente, esa era la primera vez que era interrogado. Después de todo, fue él el que nos llamó, no ellos. Anotó en su libreta que debía llamar a la comisaría y preguntarles al respecto.

Era un retrato robot del hombre de pelo cano que atacó a Noah Wallace. Cal lo observaba con interés.

–¿El culturista que viste se parecía a este?

–Mucho, sí.

Bingo.

–Así que cuando te enteraste de la noticia por la tele...

Cal esbozó una tímida y breve sonrisa.

–Me dije: «Joder, esa chica también se parece a Emmaline».

–¿Recuerdas qué vehículo conducía aquel tipo fornido?

Cal se encogió de hombros con aire de impotencia.

–Es que por aquí pasan muchos coches.

–No pasa nada. –Gabe respiró profundamente y se relajó en su silla. Vio que Cal hacía lo mismo.

Las olas azules del mar, pensó Gabe mirando a Cal, mientras se esforzaba por ocultar la excitación de su rostro. *Las olas azules del mar. Relájate. Deja que vengan los recuerdos. No dejes que te ofusque saber que puedes ser la única esperanza de encontrar a esa chica con vida.*

–¿Qué ropa llevaba aquel tipo?

–Pues... ropa. No sé.

–¿Por ejemplo un vestido largo de noche o un frac?

Cal sonrió.

–Vaqueros, yo diría. Sin abrigo. Me pareció raro.

–Un viejo cachas sin abrigo bajo la nieve. Sí, es raro.

–Igual se lo dejó en el coche y tenía la calefacción puesta.

–Es muy posible –dijo Gabe—. ¿Cómo quedaba el viejo de pie

junto al coche?

–¿A qué te refieres?

–O sea, ¿parecía que el coche era del tamaño adecuado para él? ¿Parecía demasiado bajo? ¿Muy grande?

–Eh, sí, le llegaba a la cabeza.

–¿Ah, sí?

–¡Era un todo terreno! –Cal sonrió de nuevo–. Ahora lo recuerdo. Uno de los grandes. Como un *Bronco*, un *Tahoe* o algo así.

–¿Qué coche tiene Emmaline?

–Tiene un *4Runner*, creo.

–¿De qué color?

–Azul púrpura. También por eso supe que no era ella.

Cal abrió la boca y luego la cerró, sacudiendo la cabeza.

–Haz esto –dijo Gabe–. Imagina que no lo ves desde aquí.

–Los dos estaban en la zona de la caja registradora, mirando a los depósitos–. Imagina que estás... mmm... allí donde las bombas de aire y que lo miras de lado.

–Vale. –Cal cerró los ojos.

–No es azul –dijo Gabe.

–No.

–¿Verde?

–No, no...

–La mujer está en el asiento del copiloto, ¿verdad?

–Sí.

–¿Qué ropa lleva?

–Un chaqueta de paño. Oscura, como azul marino o negro o algo así.

–¿El coche es negro?

–No.

–¿Blanco?

–No...

–No es rojo; si no, lo recordarías.

–No es rojo. –Gabe vio que Cal contraía el rostro, concentrándose, y se mordió el labio.

–¿El coche estaba limpio o sucio?

–Sucio, creo.

–¿Crees?

–No puedo asegurarlo.

–¿Era marrón?

–Era dorado. –Los ojos de Cal se abrieron de golpe–. Era, o sea, como de color oro oscuro, por eso no sabía si estaba sucio o no.

–Cal, eres un genio.

–Y había una pegatina en la parte de atrás. Una pegatina roja, una pequeña silueta roja.

El corazón de Gabe se aceleró.

No puede ser tan fácil. Buscó una página en blanco en su libreta y esbozó un pequeño dibujo.

–¿Como esta?

–Eso es.

No me lo puedo creer. El culturista ese tiene que estar senil. Perpetró el crimen en un coche alquilado.

* * *

Más tarde, el agente especial Gabe McKenzie tamborileaba con el bolígrafo sobre su libreta mientras se preguntaba qué tenía que ver George Lasalle en todo ese asunto.

El individuo parecía abatido y eso estaba bien. No es que Gabe quisiera verlo deprimido porque fuera un abyecto racista. Gabe ya había pasado la etapa de alegrarse ante las desdichas de los indeseables. Estaba bien porque encajaba. Pescan a un granuja y se deprime. Causa y consecuencia. A pesar de que se suspendió el procedimiento y acabó formando parte de la familia parroquial de la iglesia que había incendiado.

–Soy afortunado –dijo Lasalle con voz pesada–. Soy un hombre afortunado. Un hombre afortunado de veras. Me siento feliz. Me perdonaron, recibí el perdón de Cristo y todo eso y su bendición y... y soy feliz. ¿Por qué tengo que volver a hablar de esto?

Para ser un tipo afortunado, te quejas mucho, pensó Gabe.

Quizás por eso mismo.

–¿Así que solo vio a Noah Wallace una vez?

–Eso es.

–Vino para hablar con usted sobre el error de su conducta poco piadosa.

–Me hizo ver que ser racista estaba mal, que el más perjudicado de todos era y o –dijo Lasalle como si sus palabras fueran moles de piedra que empujara colina arriba–. Al renunciar a mi odio, se me abrió una nueva vida en Jesucristo.

Vale, pero ni yo me lo trago ni tú te esfuerzas en fingir.

Siguiendo una corazonada, Gabe decidió volver a la carga.

–Hábleme del crimen.

–¿Qué quiere saber? Prendí fuego a la iglesia y... y llegaron y lo apagaron antes de que se extendiera mucho. Gracias al Señor. Y, afortunadamente, nadie salió herido.

–¿Usó algún producto inflamable? ¿Como gasolina, queroseno o algo así?

–Sí. Eh... Gasolina.

–¿Con plomo o sin plomo?

George parecía desconcertado.

–Sin plomo, cr... Sin plomo.

–Ya. ¿Y usó algún tipo de mecanismo de relojería o simplemente le prendió fuego? –Lasalle permanecía en silencio–. ¿Señor Lasalle?

–Le prendí fuego.

Parece acojonado, pensó Gabe con sorpresa.

–¿Y dónde inició el incendio?

–En la cocina de la iglesia. Junto a la puerta de atrás.

–Ya. Un segundo. –Gabe abrió su portafolios y extrajo el informe del incendio. Comenzó a hojearlo–. Solo quiero comprobar una cosa –dijo. El otro parecía impaciente–. Sí, aquí, muy bien. El fuego comenzó en la parte de atrás y luego se propagó por las paredes hacia el tejado. Echó gasolina por arriba, ¿verdad? Luego la fue vertiendo hacia el este, hacia el cuarto de ensayo del coro. Supongo que eso le quedaría a la derecha si miraba hacia la parte de atrás del edificio, ¿no?

–Sí.

–Entró por la puerta de la cocina y salió por el mismo lugar.

–Sí.

–¿Está seguro de todo esto?

Lasalle se encogió de hombros. Gabe abrió la boca y luego la cerró.

Porque no había restos de gasolina en el techo y la puerta de la cocina estaba cerrada a cal y canto y el cuarto del coro está al sur, a su izquierda.

Gabe mantenía el rostro inexpresivo pero no era fácil. No podía creer que nadie hubiera podido desenmascarar antes a Lasalle. Su historia encajaba a primera vista pero no le costó mucho esfuerzo ponerla en entredicho.

¿Por qué iba a ser mentira?, pensó. Y no le gustó. No le gustaba ser cínico, pero todo encajaba. Se comete un crimen por odio, se busca al criminal con denuedo y llega este tipo y confiesa voluntariamente y pide perdón. Un hombre blanco, solitario, con pasado en el Klan, ¿por qué remover más el asunto? Es perfecto.

Demasiado perfecto.

–¿A quién estás encubriendo?

–¡A nadie!

Respondió con demasiada rapidez. Con demasiado enojo. Como si estuviera esperando esa pregunta.

–Es Wallace, ¿verdad?

–No...

–¿Por qué lo encubres? ¿Por qué la hubiera incendiado él?

¿Fue para rescatar a aquella mujer?

Es una locura, pensó. Nadie provoca un incendio para quedar como un héroe. Hay demasiadas cosas que no encajan.

–¡Lo hice yo! ¿Es que...? Mira, lo hice yo y nadie más. ¡Y eso es todo! ¡Esa fue mi declaración y la sigo manteniendo! –El labio inferior de Lasalle comenzó a temblar y, a pesar de las barbaridades que había cometido ese bastardo cuando era joven, Gabe sintió lástima por él–. ¡Fuera de mi casa! –dijo Lasalle y Gabe se dio cuenta de que había dejado traslucir su piedad.

Pobre viejo. Sin amigos, sin familia, solo una iglesia a la que cree que ha prendido fuego y ni siquiera lo hizo.

–Volveré otro día –dijo Gabriel poniéndose en pie.

–¡Tengo mis derechos, oiga! –Parecía que Lasalle iba a

ponerse a llorar.

Una vez en su coche, Gabe se detuvo a hacer una llamada.

–Hola, ¿Tish? Gabe. Quizás quieras contarle a Charles que Lasalle no prendió fuego a la iglesia. Sí, en serio. –Escuchó y cuando habló de nuevo había exasperación en su voz–. En serio. He hablado con él y no sabía tanto del incendio como para haberlo provocado él. No estaba en la escena, eso seguro. Creo que está encubriendo a alguien y creo que es Noah Wallace. No, no sé por qué, pero, ¿puedes llamarlo y concertar otra entrevista? –Sus ojos se abrieron por completo–. ¿Cómo? Vaya. ¿Lo tienes grabado? Sí, ahora voy para allá.

* * *

El reverendo Matthew Wallace, de pie frente a su congregación, dijo:

–Somos un pueblo con problemas. –Se oyeron unos pocos murmullos–. ¿Todos estamos de acuerdo? No me sorprende. Somos un pueblo con problemas. América, el pueblo americano tiene problemas. Los tenemos aquí y en el extranjero, tenemos dificultades económicas, desigualdades educativas, saturación de impuestos y escándalos políticos. Así que cualquier americano estaría de acuerdo, sí, en que somos un pueblo con problemas. Pero no me refiero a América. –Frunció el ceño–. Algunos de los presentes y de los que me veis desde casa, podéis pensar que me refiero a los negros. A los negros americanos, a los negros de todo el mundo. También nosotros somos un pueblo con problemas. Un número desproporcionado de nuestros jóvenes están en la cárcel, un gran número de ellos están injustamente en el corredor de la muerte, tenemos crisis de fe y conflictos dentro de nuestros conflictos. Los negros somos un pueblo con problemas, pero tampoco estoy hablando de los negros. ¿De los cristianos?

–¡Amén! –gritó uno de los fieles.

–Es cierto que los cristianos tenemos problemas. Es difícil vivir una vida devota en América, en una cultura en la que tu elección entre *Coca Cola* o *Pepsi* tiene más relevancia que tu elección entre el bien y

el mal. Tenemos conflictos con el gobierno, nuestra comunidad va decreciendo, tenemos algunos escándalos y algunas personas que se llaman cristianas están más interesadas en señalar con el dedo a otros cristianos y decir: «¡No sois cristianos de verdad!»

–¡Siga, reverendo!

–Pero tampoco me refiero a los problemas de los cristianos.

–Hizo una pausa para que sus oyentes se calmaran–. Podría hablar de nuestra congregación. El Señor sabe que tenemos problemas. Una joven, miembro de la iglesia, ha sido raptada, arrebatada en nuestras mismísimas narices. Este edificio nuestro fue incendiado, fue tiroteado.

–Señaló los agujeros de bala, que se veían diseminados por el altar. Inspiró profundamente y suspiró. Parecía apesadumbrado–. Pero, cuando digo que tenemos problemas, me refiero a mi familia. –Esto provocó algunos murmullos–. Vosotros, vosotros que me escucháis sois como una familia para mí. Os lo conté todo acerca del regreso de mi hijo, de su retorno... Eso es lo que todos creéis.

En la primera hilera de bancos, Noah Wallace enderezó la espalda. Su rostro no revelaba expresión alguna pero por su ademán se veía que estaba expectante.

–Pero no os lo he contado todo. He cometido una gran falta, una penosa falta y estoy aquí para pedir os perdón. –El murmullo de la multitud fue en aumento–. He... –El reverendo bajó la vista, su boca se apartó del micrófono y su voz era débil pero aun y todo pudieron oír su confesión–. He sido infiel a mi esposa. –A continuación sobrevinieron treinta segundos de exclamaciones de asombro y susurros de turbación–. No... No voy a deciros con quién –continuó el reverendo, pero sus palabras se perdieron entre los murmullos de desconcierto de su congregación. Levantó la cabeza y elevó la voz–. No voy a deciros con quién –repitió–. Pero me siento impelido a contaros esto. Estoy... Tengo que revelarlo, tengo que mostrar mi pecado.

–¡Qué vergüenza!

El grito fue tan potente, tan agudo que cortó las palabras de Matthew como un cuchillo.

–¡Qué vergüenza! ¡Ser infiel a una mujer buena como tu esposa!
¡Qué vergüenza!

–Me lo merezco –dijo Matthew–. Soy una vergüenza para mi familia y una vergüenza para mi congregación. Mi garganta ha sido un sepulcro abierto. He sido un hipócrita. Os he mentado y os he engañado... ¡Pero estoy aquí, confesándolo, sacándolo a la luz, porque necesito liberarme de esto! ¡Necesito expiar este pecado!

–¡Fuera! –gritó alguien de la multitud, como si estuviera reprendiendo una mala jugada de béisbol, pero otros se levantaron y pidieron silencio, arguyendo que la congregación debía escuchar lo que tenía que decir. Pero cuando de pronto su esposa se puso en pie, fueron sus palabras las que silenciaron la iglesia.

–¿Cómo os atrevéis a condenarlo? –preguntó.

Zola Wallace no tenía la voz de su esposo. Cuando hablaba en público, era aguda y un poco velada, pero esta vez estaba respaldada por la fuerza de la cólera.

–Durante años ha escuchado vuestros pecados y os ha perdonado, ¿y ahora lo condenáis? Si estáis libres de faltas, ¿por qué no subís y os ponéis a predicar? ¿Por qué no dejáis que la gente os llame a cualquier hora de la noche y os diga: «Oh, reverendo, mi hijo está en la cárcel», «Oh, reverendo, mi esposa me está siendo infiel», «Oh, reverendo, no sé qué hacer»? –Se giró al pulpito–. Me siento tan indignada que podría escupir fuego, y, si alguien va a condenar a este hombre, soy yo. Pero, si no podéis perdonarlo como el siempre os ha perdonado, sois tan viles como él.

Entonces se dio la vuelta y recorrió el pasillo hacia las puertas.

Entonces, Matthew la siguió con la vista y se inclinó hacia delante, como si fuera a seguirla.

–Ve tras ella –le exhortó Noah. No tenía micrófono, solo el poder de su voz.

Los fieles se miraron desconcertados, pegados a sus asientos, se giraron a sus cónyuges y preguntaron:

–¿Qué ha dicho?

Pero las palabras de Matthew fueron vigorosas y claras.

–Te gustaría, ¿verdad?

Noah no dijo nada, pero sus ojos lo miraban fijamente y su rostro tenía la severidad de una roca.

–Te gustaría que me olvidara de ti, ¿verdad? –dijo Matthew.

Noah dijo algo (tal vez «no lo hagas»), pero el micrófono no estaba dirigido hacia él. Solo podía oírse la voz de Matthew.

–Te gustaría que dejara mi congregación en tus manos. Te gustaría que de nuevo fuese demasiado débil para contradecirte. Te gustaría que me retirara, que lo dejara, que saliera de aquí y siguiera embobado, ¿verdad? Pero he confesado por una razón. He confesado porque quiero purificarme. Tal vez esté arruinando mi programa de televisión, tal vez esté perdiendo a mi congregación, ¡pero vale la pena!

Noah se puso en pie y su semblante pétreo se estaba resquebrajando, dejando traslucir una furia salvaje.

–Estoy mostrando la paja de mi ojo para poder señalar una viga y tú eres esa viga. Tú eres la influencia impía de este lugar. Tú eres el fango que habita en la Iglesia de Dios, ¡y te expulso de ella!

Los gritos de sorpresa de la congregación fueron tan vehementes y ofuscados como cuando admitió su adulterio.

La cámara se giró inmediatamente hacia Noah, que estaba de pie, con los puños cerrados y los dientes apretados, pero, cuando el reverendo habló de nuevo y la cámara volvió a enfocararlo, su rostro revelaba idéntica furia.

–¡Por el poder de Nuestro Señor Jesucristo, sal de aquí! ¡Por el poder del Espíritu Santo, aléjate! ¡Por el poder de Dios Todopoderoso, te expulso de aquí!

–¡Te destruiré por esto! –Aunque no tenía micrófono, el grito de Noah fue perfectamente audible. Entonces las cámaras se volvieron hacia él, que cruzó el pasillo corriendo y salió de la iglesia.

Aún enfocaban a Noah cuando Matthew respondió:

–Inténtalo.

* * *

El agente especial Gabe McKenzie contempló el final de la grabación con los ojos abiertos como platos y la boca ligeramente abierta. Entonces rebobinó la cinta y la vio de nuevo.

–¡Qué pasada! –masculló. Posó su bolígrafo sobre la libreta pero no sabía exactamente qué escribir. Después del segundo

visionado hizo una línea en la página y comenzó a anotar los pensamientos que le venían a la cabeza. El encabezamiento rezaba «MATTHEW» y debajo se leía:

«¿Está loco? ¿Lanza un exorcismo contra su propio hijo? Quema iglesias para... ¿Para qué? ¿Para ganar más audiencia? Raptó a May para... ¿Es ella su amante? Quizás es su amante y no tiene nada que ver con su secuestro pero sabe que todo se aireará durante la investigación, así que se adelanta a los acontecimientos. ¿Pero por qué le da una patada a Noah? Matthew estaba presente cuando la iglesia de Mulesburo se incendió. Estaba en la escena del crimen, llamó al 911 antes que nadie. May confiaba en él, aunque no fuera su amante. Podría haberla engañado de algún modo sin emplear la violencia. ¿Tiró su propia iglesia? ¿Dónde estaba él cuando ocurrió eso? ¿Coartada?»

Después de la última línea, garabateó «NOAH» y escribió:

«Estaba en escena en Mulesburo. Lasalle puede estar encubriéndolo. Rescató a Culver, que después murió. Conocía a May, que más tarde desapareció. ¿Qué tiene él que contar de la noche en que la iglesia fue tiroteada? Tal vez Noah está loco, prendió fuego a la iglesia, amenazó a Culver para que no dijera nada, obligó a Lasalle a atribuirse el delito y raptó a May. ¿Su padre lo sabe? ¿Matthew lo encubre y luego no puede ocultarlo por más tiempo? Pero, si es así, ¿por qué confiesa su adulterio? O tal vez Matthew sea el chiflado. Noah lo encubre y trata de paliar los daños; salva a Culver, hace que Lasalle se declare autor del delito de su padre, pero cree que su padre ha ido muy lejos al secuestrar a May. ¿Noah va a acudir a la policía y Matthew lo repudia en un intento de desacreditar sus acusaciones? Pero no las ha hecho. ¿Y quién lo tiró por la ventana?»

Durante casi un minuto, Gabe observó sus notas, mientras mordisqueaba el bolígrafo. Entonces abrió la puerta de su despacho y se asomó por ella.

—¿Juanita? ¿Queda más café?

Era hora de llamar a Noah Wallace otra vez.

–Sí, he encendido el motor y lo he rociado con agua, como si fuera un jardinero. Y se veían chispas por todas partes –dijo el mecánico. Estaba tratando de mirar disimuladamente por el escote de Sabriel pero el ángulo no era bueno. No podía hacerlo sin que resultara demasiado evidente. Casi instintivamente, ella se movió para ponérselo más fácil.

–¿Puede arreglarlo? –le preguntó. Y claro que podía. Cuando le dijo la tarifa, ella dejó escapar un suspiro pero, qué demonios, necesitaba un coche para moverse.

Sabriel la Corruptora tenía una suerte de perros con los coches. Se preguntaba (más bien era Christina, el cuerpo que habitaba, la que lo hacía) si ese tipo estaba tratando de engañarla. Pensó que, probablemente, así era y eso hacía que se sintiera encolerizada, furiosa de veras. Christina deseaba que Sabriel matara a aquel tipo o al menos que se lo follara salvajemente de tal modo que pasara el resto de su vida con una impotencia sexual miserable y atormentada.

Pero a Sabriel no le importaba que el tipo fuera deshonesto. Se imaginaba que lo era, pero casi lo prefería así. Los humanos fraudulentos no la hastiaban. Los veía venir. Lo que la enfurecía era que creyeran que podían ser algo más que timadores, algo más que granujas, algo más que mecánicos mezquinos. Los que creían que podían crear, comunicar y construir algo real sí merecían ser castigados.

Cuando se le averió el coche, estaba volviendo a casa desde el apartamento de una pretendida estrella del rock, y ahora se la iban a meter doblada. No le importaba mucho.

–Sabriel.

Era la voz de Gaviel, que resonaba en su cabeza.

–Disculpe, ¿puedo usar su teléfono? –preguntó. El mecánico asintió y lo señaló. Cuando se alejó caminando hacia él, el mecánico le miró el culo con detenimiento.

Ella hizo como que marcaba un número y dijo:

–Gaviel. Qué suerte. Puedes llevarme a casa en coche.

–Oh, ¿puedo?

–¿Lo harías?

–Claro –dijo y, de pronto, Sabriel sospechó que tal vez tendría

que devolverle el favor.

(Gaviel estaba de mal humor. Se había divertido al hacer una visita a la amante del reverendo Wallace pero no mucho. Se puso histérica, evidentemente; temía que Matthew la abandonara, temía que no lo hiciera, temía que todo cambiara, temía que nada cambiase. Gaviel había señalado, con una sonrisa, que todos adivinarían al instante que ella era la misteriosa amante si huía del lugar. Pero, por supuesto, si se quedaba allí, tenía que soportar el peso de su secreto sin ni siquiera poder reconfortarse en su amor adúltero.

–¿Qué tiene de terrible? –preguntó él–. Eres su segunda mujer favorita. Y eso está muy bien.

Ella replicó algo y él la miró con compasión pero, en realidad, sintió un cruel regocijo. Todo iba a salir bien. La consoló, mostró preocupación por ella y atendió a sus problemas con generosidad y, al salir de su casa, albergaba esperanzas de que se quitase la vida antes del amanecer).

–¿Dónde estás? –preguntó y ella se lo dijo.

Le llevó su tiempo llegar hasta allí y para entonces ella ya estaba charlando con el mecánico como si fueran colegas de toda la vida.

–Oye –dijo Gaviel cuando Sabriel se metió en el coche–. Me gustaría una cara nueva, por favor.

–¿Ah, sí?

–Sí. Esta se está volviendo muy popular. Un agente del FBI me dejó un mensaje en el contestador y estoy ya un poco hartos.

–¿Un agente del FBI? ¿Y qué? Dile que se vaya a tomar por culo.

(Para los demonios, ese era un plan perfectamente viable).

–No solo es él. El pasado de este cuerpo ha resultado ser más problemático que beneficioso. Matthew me exorcizó esta mañana.

–¿En serio?

–En directo. –Gaviel apagó su cigarrillo en el cenicero del coche con mayor vehemencia de la necesaria.

–Vaya, vaya –dijo Sabriel con una sonrisa afectada. Ver a Gaviel, don Estirado, jodido y acorralado era una espectáculo inusitado–. ¿Hiciste que tu cabeza se pusiese a dar vueltas y vomitaste puré de guisantes? Eso pone en el guión, ¿no?

–¿Quieres saber por qué me exorcizó? Porque ayer me vio luchando contra tu puto novio ophanim.

–¿El Segador?

–El mismo, sí. A menos que también te estés cepillando al Ángel del Dolor.

Ella abrió la boca pero la cerró, profundamente sorprendida. Dejó a un lado la pregunta de cómo demonios había logrado sobrevivir y en su lugar preguntó:

–¿Dijo algo?

–¿El Segador? La típica mierda de: «Regresa al Infierno». Nada útil. Solo lo justo para volver a Matthew contra mí.

–Siento mucho oír eso –dijo. Era sincera; sobre todo porque le preocupaba ser su siguiente objetivo.

Gaviel se encogió de hombros.

–Tal vez la identidad de Noah Wallace ya ha dado todo de sí. Quizás me volví un comodón –trataba de ocultar su frustración. Ella casi podía oler cómo lo hacía.

–Siempre mirando el lado positivo, ¿eh?

–No me gusta el pesimismo. No me gusta nada que haga que equivocarse sea algo atractivo. Bueno, ¿y qué hay del cambio de apariencia?

–Muy bien –dijo. Ella había prometido protegerlo de Usiel y, claramente, había fracasado. Una reestructuración corporal era una petición razonable–. ¿Qué tienes en mente? ¿Quieres seguir siendo negro?

–Sí. De hecho, no me importaría ser un poco más oscuro.

–Como desees. –Ella posó su mano sobre la de él mientras cambiaba de carril en la autopista.

–¿Qué tal si haces que parezca más macho? No mucho, solo... Un diez por ciento más de Wesley Snipes.

–Vale.

Cuando se detuvieron en un desvío de la salida, se miró en el espejo retrovisor.

–No está mal pero... eh... Un poco más de cordialidad.

–¿Un poco de Denzel?

–Excelente sugerencia.

Cuando apartaron frente a su apartamento, Gaviel estaba satisfecho con su aspecto.

–Gracias –dijo.

–Sí, bueno, pero que no te la golpeen mucho. Si se deforma y la sanas, volverá a su configuración original.

–Es bueno saberlo. ¿Y el color de la piel?

–Sí, también puede perderse en una cura rápida.

–¿Dejándome lleno de ronchas? Genial. Creo que deberíamos dejarlo como estaba.

–Tú mandas –dijo con una pequeña sonrisa. Hizo ademán de abrir la puerta.

–¿Adónde vas?

–A mi apartamento.

–¿Sin arreglarme esto?

–Creía que ibas a subir.

–Lo siento, es que tengo asuntos que atender.

–Ah. –Con un toque de su mano, se desvaneció el color añadido.

–Gracias –dijo cerrando la puerta.

–Gaviel, ¿estás...? O sea, ¿estamos...?

–No estoy enfadado si es a eso a lo que te refieres. Hiciste una promesa y no pudiste cumplirla. No estoy ansioso por volver a trabajar contigo, pero no le voy a dar mayor importancia. Ahora no digas que nunca te he hecho un favor.

Mientras se alejaba en el coche, Sabriel pronunció su nombre de nuevo pero podía sentir cómo la ignoraba.

Cuando abrió la puerta de su apartamento, Thomas Ramone estaba repantingado sobre el sofá, desnudo. El aire estaba enrarecido por la marihuana y se oía música clásica de fondo.

–¡Buenas! –dijo, drogado como una estrella del rock–. Estoy trabajando en la plena aceptación de mi cuerpo.

–Enternecedor –dijo ella.

–Nunca adivinarías qué tenía esa tía de Laduc en su casa.

Además de todas aquellas joyas, claro.

–Déjame adivinar. ¿María?

(De hecho, era una marihuana modificada genéticamente que

costaba diez veces más que la que fumaba Thomas, porque tenía al menos el doble de THC por gramo. Además, la había bañado en un compuesto químico que, en 1998, había sido retirado del mercado estadounidense como medicamento para el tratamiento de dolencias cardiacas en caballos, pero que aún era legal en algunos países. La razón por la que fue prohibido en los Estados Unidos no era porque la Oficina de Control de Fármacos lo juzgara peligroso para los caballos enfermos sino porque a ciertos individuos les gustaba fumarla; se sentían despiertos, sagaces e invulnerables. Tenía efectos secundarios como náuseas y temblores, pero los consumidores astutos se habían percatado de que la marihuana disminuía considerablemente esos efectos. Thomas había fumado mucha hierba en su día pero no tenía ni idea de la existencia de esa nueva variedad. Por eso el nudismo le había parecido tan buena idea).

Se rió entre dientes despreocupadamente durante unos instantes y dijo:

–Eso no es todo. ¿Qué te parece la música?

–Tu gusto ha mejorado desde Foghat.

–Mira la caja del CD. Está sobre el estéreo.

Cuando miró la cubierta, sintió un helado estremecimiento que le recorría la espalda.

No era una portada impresionante; una foto artística de un piano tomada desde un ángulo inusitado, un poco pretenciosa por el escorzo. Era el logotipo de *Sony Classics*. Y el título: Nathaniel Kowalsky interpreta los Conciertos de Brandenburgo.

–Ese gilipollas –siseó. Detrás de ella, Thomas se rió de nuevo. Ella se giró–. ¿Te parece divertido?

–Este es el tipo aquel, ¿verdad?

–¿Te parece divertido?

–No –dijo haciendo un esfuerzo denodado por reprimir las carcajadas. Pero salieron a borbotones, sin que pudiera controlarlas.

Sabriel cogió el CD y lo estrelló contra la nariz de Thomas. Con la mente nublada por la maría, no pudo levantar las manos a tiempo. Le dolió y giró la cabeza, pero ella lo empujó, forzándolo a hundirse más en el sofá. Finalmente, Thomas consiguió coordinar las manos y apartarla de un empujón.

–Eh –dijo, y sus risitas habían desaparecido por completo–. No me eches a mí la culpa si él es más duro de lo que creías. Es el tipo al que trataste de hundir, ¿verdad? El tío que pensabas que se iba a matar porque le pusiste los cuernos. ¿No es cierto?

–Y te encanta verme fracasar, ¿verdad?

–Eres tú quien no deja de repetir que no eres mi amiga.

–Hay un gran espacio abierto a la cordialidad entre «no amigo» y «enemigo». No cruces la línea.

–¿O qué? Me matarás como a todos tus... tus... ¿Cómo los llamas? ¿«Vasallos»? Soy el último que te queda. Tu último vale de restaurante, ¿no es así? ¿Quieres dar un puñetazo a tu último vale? ¿Eso quieres?

Sabriel le dio un puñetazo.

Ella no era muy fuerte pero él estaba absolutamente falto de reflejos. El golpe no hizo que escupiera sangre o perdiera un diente, pero se le hinchó el labio inferior como señal de su insolencia.

Pero Tom, actuando por instinto, la empujó con fuerza y se puso en pie. Se sorprendió cuando vio una mueca de dolor en su cara al golpearse el codo contra la mesita de café. Tuvo un momento para preguntarse si podía llegar a vencerla y si quería hacerlo antes de que ella cargara contra él. Forcejearon unos segundos antes de que Tom consiguiera agarrarla por las muñecas. Sabriel trató de darle un rodillazo en la ingle pero su vasallo giró la cadera; la había visto venir. Había decidido que le daría una paliza si ella le mordía, cuando la diablesa dijo:

–¿Crees que no te castigaré por esto? ¿Crees que te necesito?

–Y Thomas comenzó a sentirse mareado–. Puedo hacerme con todos los mortales que desee. Puedo devoraros como si fuerais de caramelo. Todos los días son Halloween para mí.

Él intentó mantenerla sujeta pero Sabriel le estaba haciendo algo y podía ver cómo sus manos cambiaban delante de sus ojos.

–Voy a drenarte, Thomas. Voy a hacerte sufrir. Voy a drenarte para conseguir el poder con el que hacerte sufrir. Vas a cambiar.

Sus manos se habían cubierto de furúnculos, llagas, pústulas secas de eccemas rojos, y de pronto no era él el que la tenía sujeta; Sabriel lo había cogido del brazo y lo estaba levantando. Estaba tan

tembloroso y debilitado...

–Tal vez si eres un buen chico te devuelva tu cara. O al menos haré algo para que parezcas humano.

Lo alzó para que se contemplara en un espejo y dio un grito. Al menos intentó hacerlo. Su mandíbula, ahora bulbosa, estaba hinchada, en sintonía con las verrugosas protuberancias que surgían de su frente y de sus mejillas; prácticamente le cubrían los ojos. Era horrible, monstruoso, un Hombre Elefante.

–Puedes ir pensando en lo que has hecho y buscar el modo de disculparte –dijo. Abrió la puerta del piso de golpe y lo arrojó, desnudo y horrendo, al descansillo.

Hubo un momento de silencio después de que cerrara la puerta, una pausa momentánea antes de que Tom comenzara a aporrearla, suplicando que le dejara entrar o que, al menos, le dejara coger su ropa.

Sabriel suspiró y se sentó en el suelo, apoyando su espalda contra la puerta, sintiendo los golpes de Thomas. Los cambios que había obrado en él se desharían tan pronto como se convirtiera en agua o niebla. Ella lo sabía. Y podía recuperar la ropa fluyendo por debajo de la puerta. Pero para cambiar tenía que reír. No creía que fuera a hacerlo muy pronto.

Se sorprendió cuando se descubrió a sí misma llorando.

* * *

Le costó algún tiempo al reverendo Matthew Wallace encontrar a su mujer. Probó primero en casa de su madre y luego en la de su hermana.

La suegra de Matthew le dijo que Zola había estado allí pero se había marchado. Le dirigió palabras de reproche pero ella siempre lo había querido y el párroco, en su fuero interno, podía notar que la anciana pensaba que los chicos siempre serían chicos, aunque fueran hombres. Lo comparó con Jesse Jackson antes de que se fuera.

La hermana de Zola, en cambio, se negó a decirle si Zola estaba allí o no. Cuando intentó desplegar su encanto, lo amenazó con llamar a la policía.

Finalmente la encontró al llamar a la puerta de su antigua compañera de piso. Tuvo suerte; Zola estaba sola en el piso y fue ella quien abrió.

–Lo siento –dijo Matthew.

Su esposa le dio una bofetada. Sus ojos se abrieron por completo por la sorpresa. Entonces le cerró la puerta en las narices.

Él llamó de nuevo.

–Me... Me lo merezco –comenzó a decir al tiempo que ella abría la puerta otra vez. Esta vez tenía un cuenco en las manos y lo estrelló con todas sus fuerzas en lo alto de la cabeza de Matthew.

Vio las estrellas y aulló como un animal. El dolor era intenso, aún más por ser inesperado. Había visto cómo alzaba el cuenco, lo había visto descender, pero el concepto de que su mujer fuera a golpearlo (otra vez) con más fuerza de la apropiada para un acto puramente simbólico... Bueno, no pudo llegar a concebirlo.

Quizás el impacto de la robusta arcilla le refrescó las neuronas.

Cayó de rodillas, se cubrió la cabeza, como si pretendiera protegerla (demasiado tarde) e inspiró profundamente para proferir otro alarido.

–También te merecías esto –dijo Zola, atravesándolo con la mirada. El cuenco seguía en sus manos, sin una grieta, intacto. Lo miró sorprendida.

–¿Podemos... hablar? –alcanzó a pronunciar Matthew, con una mueca de dolor.

–Creo que todos sabemos que puedes hacerlo –contestó con sarcasmo, pero, al verlo allí de rodillas gimiendo de dolor, su expresión perdió fuerza–. Entra, te traeré algo de hielo.

–Muy agradecido.

Para cuando volvió, él estaba sentado en el sofá. Un abultado chichón era ya claramente visible en su cuero cabelludo. Se sintió aliviado al ver que había dejado el cuenco en la cocina.

–Lo siento –dijo de nuevo–. Lo digo en serio. Sabes que es así. Yo... lo siento. Lo diré cuantas veces quieras.

–Una vez ya es demasiado. –Le dio una bolsa de plástico de guisantes congelados que se puso sobre la cabeza con una mueca de dolor.

–Maldita sea –susurró.

Durante un momento, permanecieron en silencio. Él suspiró.

–¿Puedes perdonarme? –preguntó. Ella desvió la mirada–.

Sé... sé que esto habrá sido una sorpresa para ti...

–¿Una sorpresa? Crees que soy idiota o algo así, ¿o qué? –dijo ella. Él parpadeó atónito–. ¿Crees que no lo sabía? –preguntó mientras su aguda voz subía de tono–. ¡Sé cuándo y con quién y con qué frecuencia! ¡Pero mantuve la boca cerrada porque no quería arruinarte, avergonzar a nuestros hijos y quedar como una imbécil!

–Espera; ¿lo sabías? –Ella se limitó a asentir–. ¿Por qué no dijiste nada?

–Porque no quería que los niños lo supieran. –Parecía que estaba tratando de no dirigirle la mirada pero al final lo hizo–. Supongo que creía... Pensé que al final te acabarías aburriendo de ella. –Con cada palabra, parecía que su voz se iba haciendo cada vez más triste y débil–. Y luego, cuando los chicos se fueron a la facultad, ya... Ya era demasiado tarde. Llevaba sucediendo tanto tiempo que estaba... No lo sé. –Le temblaba el labio inferior–. Terminamos por acostumbrarnos a cualquier cosa, supongo.

Cuando rompió a llorar, Matthew se acercó para abrazarla. Ella lo rechazó al instante y el reverendo se echó hacia atrás cuando su esposa alzó la mano.

Él volvió al sofá y ambos suspiraron.

–¿Por qué lo has hecho?

–Oh, Zola...

–No, no... Dime. ¿Por qué lo dijiste delante de todos?

–Tenía que hacerlo.

–¿Y por qué tenías que hacerlo esta mañana y no en los cinco años precedentes?

–Tenía que purificarme –susurró.

Esa respuesta la encolerizó.

–Tenías que purificarte. Tenías que limpiar tu conciencia, ¿eh? ¡Que los cielos se caigan con tal de que el reverendo Wallace se purifique!

–¿Te sentirías mejor si siguiéramos viviendo una mentira? ¡Hice esto por ti, Zola!

–Oh, ¿pensaste que me gustaría una humillación inesperada? Maldita sea, ¡incluso tu generosidad es egoísta! ¡Espero que al menos hayas subido los índices de audiencia con todo esto!

–¡La audiencia no me importa!

–Claro.

–¡No me importa! –Zola se echó hacia atrás en su asiento ante la vociferación de su marido. Ya lo había oído antes; solía gritar en los sermones con su potente chorro de voz. Pero ahora estaba rugiendo, tensando su preciosa voz, mientras sus palabras lo guiaban a él en lugar de él a ellas... Solo lo había visto así una vez o dos. Era serio.

–¡Los índices de audiencia no me importan ni me importa la iglesia ni yo me importo! –aulló. Hizo una pausa. Estaba hiperventilado. Se miró las manos sobre su regazo y habló de nuevo –. Zola, te quiero. Siempre te he querido, a pesar de todo. Si no quieres volver a verme, se me romperá el corazón y esta es la verdad, ante Jesucristo Nuestro Señor. Pero si es lo que quieres, me iré. Si me alejas de ti, me mantendré a distancia, viviré miserable pero al menos sabré que estás a salvo.

–¿A qué te refieres?

–Zola... Hay una influencia impía, diabólica en nuestra iglesia. Una influencia sobre todos nosotros y quizás especialmente sobre mí. Tenía que expulsarla. Tenía que hacerlo. Y mientras... siguiera siendo... impuro, no podía hacerlo. Tenía que purificarme para salvarte, para salvar a todos nuestros fieles. Y si ellos me abandonan y van a otra parroquia, alguien que nunca les falle... Bueno, muy bien. Mejor así que vivir en peligro. Y si tuviera que arruinar mi vida en este mundo y... ser odiado y despreciado e insultado... Muy bien. Quizás es lo que merezco. Mejor caer ahora que conducirlos al pecado.

–Matthew, lo que dices no tiene ningún sentido.

El reverendo inspiró profundamente. Levantó la cabeza y miró a Zola a los ojos.

–Zola, nuestro hijo Noah está poseído por el Diablo.

Hubo un momento de silencio.

–Fuera.

–Zola, yo...

–¡Fuera! –gritó ella señalando a la puerta.

Matthew se puso en pie y abrió la boca pero no brotó ninguna palabra.

Su poderosa voz le había fallado.

En el complejo, Halcón Negro O'Hanlon fue el primero que tuvo noticias de la muerte de su madre. No fue el primero de los adoradores de Avitu que se enteró; fue Pamela Creed, que oyó la noticia en la NPR pero no le dio especial importancia. Conocía a los O'Hanlon pero no conocía ni sus nombres reales ni su pasado. Para ella, solo eran otros desconocidos más que adoraban a la Guardiana de los Vientos Gemelos. Cuando se dio cuenta de que atender a truculentas historias criminales, como el caso de los O'Hanlon o, como un periódico los bautizó, «el Dúo Paleto de la Muerte», era algo impropio de ella, decidió borrar esa información de su mente.

La portadora de las nuevas era conocida como Gwynafra Doakes y no era humana. Parecía humana. De hecho, parecía una actriz porno. Tenía un trabajo vagamente definido pero muy bien remunerado en un casino de Las Vegas; también se tiraba a su jefe. Había sido creada del polvo del desierto por el poder vivificador de Avitu, el Árbol de la Ignorancia. Conocía las verdaderas identidades de Blackie y Joellen muy bien; ella fue quien los atendió a su llegada, les dio dinero para que se compraran ropa y les buscó un cirujano que les hiciera una reestructuración facial.

Encontró al último superviviente de los O'Hanlon en el único edificio acabado del complejo; una pequeña cabaña usada por el Sumo Sacerdote de Avitu. Blackie estaba allí porque tenía aire acondicionado.

–Halcón Negro –dijo–. Traigo malas noticias.

–Es mamá, ¿verdad? –preguntó. Gwynafra asintió. Él hundió la cabeza en los hombros–. Mierda... –farfulló.

Blackie estaba encargado de la enojosa tarea de cuidar de May Carter, razón por la que estaba en el complejo en lugar de pulular por Las Vegas. Mientras Gabe McKenzie imaginaba que había sido violada, asesinada o encadenada en un sótano en alguna parte, su destino real nunca se le había pasado por la cabeza. Esto, quizás, no es sorprendente: el FBI investiga numerosos asesinatos y raptos pero muy pocos casos de lobotomías ilegales. Ahora, mientras Gwyn hablaba con Blackie, May estaba acurrucada en un rincón de la cabaña, murmurando algo en voz baja al tiempo que se metía el dedo en la nariz y en las orejas.

–Ha sido arrestada, ¿verdad? –preguntó Blackie, con semblante preocupado–. Con lo segura que estaba de que el FBI no la encontraría...

–Es peor que eso.

–Oh, no.

–Está muerta, Blackie.

Lentamente, Blackie se sentó en la única cama de la cabaña.

–Oh –dijo. Parecía que, lánguidamente, su robusto cuerpo comenzaba a encoger y a replegarse sobre sí mismo–. Oh.

–Blackie...

–Oh, Mamá...

May eligió ese momento para emitir un chillido inusitadamente agudo.

–¡Cállate! –gritó Blackie. Entonces rompió a llorar tapándose la cara con las manos.

–Si hay algo que pueda hacer... –dijo Gwyn.

–Encuentra a alguien que cuide de esta puta retrasada –dijo encolerizado señalando a May–. ¡Y luego descubre quién mató a mi madre y dame una pistola!

–Eso no será necesario. –Gwyn le explicó que la asesina de Joellen fue, de hecho, la mujer del Sumo Sacerdote, que también murió en la pelea.

En realidad, Halcón Negro no podía sentirse peor, pero descubrió que su sufrimiento se había complicado penosamente.

Teddy Mason estaba con Dios.

Así es como se sentía, de algún modo.

Teddy Mason, marido de Birdie Mason y amante de Joellen, pero ante todo Sumo Sacerdote de Avitu, estaba con su Diosa y todo tenía sentido.

No estaba en la Tierra ni en ningún lugar por encima o por debajo de ella. Estaba en otro lugar; un lugar sin espacio y con un tiempo extraño, un lugar donde las leyes de la materia, la causalidad y la lógica eran más laxas, más borrosas.

Él lo llamaba «el Espacio Divino» o «Espacio Azul», porque, al dejarlo, siempre lo recordaba azul, un azul intenso y luminoso como un cielo de verano, como el corazón de un zafiro, como vislumbrar el sol desde las profundidades del océano. No obstante, cuando estaba allí, no había color; había otras cosas en lugar de color. Pero él lo recordaba siempre azul.

En el Espacio Azul todos sus pensamientos se descomponían, como en el diagrama de una complicada máquina, y, aunque al principio era desconcertante, aprendió a desenvolverse en él, eligiendo los pensamientos con mayor cuidado y eligiendo pensar solo el mejor (el más fiel, el más seguro, el más razonable) y pronto dejó de sentir la conmoción y el estremecimiento que experimentaba antes en aquel lugar, cuando todos sus pensamientos lo arrastraban en distintas direcciones simultáneamente.

–JOELLEN ESTÁ MUERTA –le dijo Avitu.

Una amplia variedad de respuestas se arremolinaron en torno a Teddy, arrojándose sobre él, como si quisieran condensarse en él como la húmeda brisa veraniega en un vaso frío. Podía responder de forma egoísta, lamentando la pérdida de la mujer que compartía su cama. También había descarnados pensamientos de alivio, porque él era infiel a Birdie, la madre de su hijo Lance, en contra de su voluntad. Había una diminuta posibilidad de sentir lástima por Blackie, pero tal eventualidad era caduca e intermitente. Blackie también era hijo de Teddy pero él apenas lo conocía y apenas había intentado hacerlo.

Consideró optar por la furia, pero era baldía, y también pensó en pronunciar un juramento de venganza pero sabía que Avitu no era un

espíritu vengativo. Como una señal de radio que se hace más nítida, la mejor respuesta cobró fuerza y Teddy dijo:

–¿En qué medida afecta a tus planes esa pérdida?

–ES UN DURO GOLPE. DE MI PRINCIPAL ESTAMENTO SACERDOTAL SOLO QUEDÁIS TÚ Y TIM GRADY Y ESTE ÚLTIMO ES UNA HERRAMIENTA POCO EFICAZ SI NO LO MANEJO YO DIRECTAMENTE.

Su siguiente gama de respuestas era menor y la elección fue mucho más rápida:

–¿Y Halcón Negro? Tiene sangre sacerdotal y ha hecho el juramento.

–HALCÓN NEGRO AÚN TIENE QUE HACER UN SACRIFICIO Y SU FE CARECE DE LA FUERZA QUE TÚ Y GRADY POSEÉIS. NO ESTÁ PREPARADO. PODRÁ SER UN GRAN SACERDOTE CON EL TIEMPO, PERO NO AHORA.

–¿Y Gwynafra?

–NO TIENE ALMA. NO PUEDE ELEGIR SEGUIR MIS RITOS. SOLO PUEDE OBEDECER.

–¿Y qué hay de los otros? El sheriff y los otros sacerdotes menores.

–LOS SACERDOTES MENORES APENAS SON DIGNOS DE CUMPLIR MIS SERVICIOS, AUNQUE PUEDEN MADURAR. LOS PONDRÉ A PRUEBA EN OTRO LUGAR, LEJOS DE LA ARBOLEDA. LA PÉRDIDA DE SERES COMO ELLOS ES INSIGNIFICANTE PARA MÍ; NO SON DE SANGRE SACERDOTAL.

–¿Considerarías la posibilidad de buscar más sirvientes, hombres y mujeres que sean más aptos y más fieles?

–CUATRO SACERDOTES SERÍAN SUFICIENTES, SI FUERAN MÍOS REALMENTE. SI LA SANGRE DE MI SACERDOCIO CORRIERA POR SUS VENAS.

Un gran número de respuestas revoloteaban alrededor de Teddy pero ninguna de ellas le complacía verdaderamente. Al final eligió la más simple. La inevitable.

–Mi hijo Lance.

–DEBES ADOCTRINARLO. HA DE CONOCER SU DESTINO.

–¿Cómo voy a apartarla de su madre?

–ELLA YA NO ES UN OBSTÁCULO.

En el Espacio Azul carecía de cuerpo, pero, del mismo modo que luego recordaría ver aunque no tenía ojos, así también recordaría haber sentido un amargo sabor en la boca que no tenía.

–REGRESA. GÁNATE A TU HIJO O TRÁELO AQUÍ A LA FUERZA SI ES NECESARIO, ES HORA DE QUE COMIENZE SU INICIACIÓN.

Había docenas de negativas, desafíos y súplicas pero eran posibilidades efímeras en comparación con la férrea respuesta de Teddy:

–Como deseas.

–ANTES DE QUE EMPRENDAS CAMINO, HAY OTRA COSA MÁS. HA LLEGADO LA HORA DE QUE HAGA UNA SEÑAL.

* * *

El fantasma de Rosemary Nevins observaba. Estaba observando a Tim Grady. Su asesino. Llevaba vigilándolo desde 1957.

Lo observó, acosó y atemorizó hasta que se volvió descuidado y distraído y fue atrapado. Lo observó en la cárcel y en el juzgado, lo observó cuando fue condenado por los brutales asesinatos de ella misma y de otras cuatro hermosas jóvenes. Leyó los titulares de la captura del Picahielos de Hollywood, vio cómo era declarado no culpable por enajenación mental, contempló la cólera y el malestar de la opinión pública. Pero siguió observando, cuando la indignación se calmó y se convirtió en carne de chistes, y más tarde, cuando hicieron una película de serie B sobre sus crímenes y cuando un dibujante hizo un cómic sobre su relación con sus cinco adorables víctimas, y dibujó a cada una de ellas primorosamente, con gran detalle, y representó sus muertes (atadas y con un ojo perforado por un punzón) con la misma morbosidad.

Rosemary observaba.

Siguió observándolo cuando ya había sido completamente olvidado, encerrado en una institución mental, donde fue drogado, fue tratado con la «terapia» de las descargas eléctricas y donde, al final, lo catalogaron como caso incurable y se convirtió en un desecho

humano, condenado a vivir enjaulado.

Lo observó todo.

Cuando tenía una oportunidad, conseguía que su situación empeorara.

Y entonces un día lo ayudó a escapar.

Creía que no tenía otra alternativa. Irónicamente, Grady se había convertido en una de las pocas cosas que la ataban a las tierras de los vivos, de las que no quería separarse, a pesar de llevar décadas siendo un espíritu. Ser recordada la mantenía activa, le permitía disfrutar de la luz y el calor del mundo, hacía que afrontara con mayor coraje la oscuridad y el frío helado de la muerte.

Mientras el Picahielos de Hollywood fuera recordado, ella también lo sería. Si era recordada, podía continuar allí.

Cuando percibió que Grady estaba a punto de ser olvidado, le ayudó a escapar. Imaginaba que su fuga, la fuga de un maníaco de setenta años de un sanatorio de máxima seguridad atraería la atención de los medios. Y cuando le ayudara a matar una y otra vez, aún sería mejor.

Ese era el plan. Y la primera parte, sacarlo del manicomio, había salido a pedir de boca.

Al día siguiente, un violento terremoto asoló Los Angeles. Su sanatorio se resquebrajó como un huevo podrido, esparciendo su fétido contenido por una ciudad asolada por el fuego, los pillajes y el pánico. Una mujer informó de que Grady la había atacado, pero la noticia se perdió en la alarma general del seísmo.

Entonces llegó al desierto. Había algo allí. Algo antiguo y poderoso, algo que existía más allá de los mundos de la vida y de la muerte. Algo distinto.

Era algo que podía aterrorizar incluso a una mujer que recordaba su propio asesinato.

Ahora Rosemary sabía que ese «algo», el árbol del desierto, se llamaba Avitu. Sabía que había reunido a sus adoradores. Sabía que Gwynafra Doakes era su agente y que en realidad no estaba viva, aunque su apariencia parecía desmentir ese hecho. Había llegado a la conclusión de que Teddy Mason era crucial en ese fregado, a pesar de haber caído en una profunda depresión y apatía. Pero, sobre todo,

observaba a Tim.

Tim había llegado al Árbol envejecido y debilitado y ahora era vigoroso y corpulento, aunque visiblemente viejo. Avitu no había reparado su mente (tal vez nada podía hacerlo), pero era evidente que estaba bajo la protección y el cuidado del Árbol, mientras se dedicaba a ejecutar sus planes.

Curiosamente, sus planes incluían tareas como introducir picahielos por los ojos de las personas hasta llegar al cerebro.

Rosemary Nevins tenía mucho en lo que pensar. Mientras trazaba sus propios planes, continuaba observando.

* * *

Algunos habían venido de muy lejos, pero no muchos. La mayoría era de Las Vegas y de pequeñas ciudades de los alrededores.

Circulaban rumores por Las Vegas, como siempre, pero no eran rumores sobre los problemas con los estupefacientes de Siegfried y Roy o rumores sobre que tal o cual restaurante era una tapadera de la mafia. Las nuevas murmuraciones hablaban de una nueva religión.

Por ahora, esa nueva fe carecía de nombre. Se gestó, eso decían, en el desierto, como muchas otras viejas creencias. Pero, supuestamente, esa contaba con dioses reales; una línea directa con Dios; un dios o una diosa, dependiendo de si hablabas con un antiguo cristiano o un hinduista desencantado.

¿Cuáles eran los dogmas centrales de esta fe? La existencia humana es sufrimiento. Los seres humanos no fueron concebidos para ser superiores a los animales. El estado mental del hombre de hoy es monstruoso y perverso.

Como el cristianismo, esta nueva religión prometía consuelo. Como el budismo, decía que la verdadera dicha radicaba en la aniquilación del ego. Pero al contrario que estas religiones, al contrario que cualquier religión tradicional, prometía una solución rápida. Una simple ceremonia, el sacrificio de uno mismo... y todo ese pensamiento insano, toda esa duda y confusión, todo la carga del conocimiento, todo ello podría ser desterrado para siempre.

No obstante, no hay muchas personas a las que les parezca apetecible el olvido de todas las cosas. Pero hay algunas.

Gwynafra Doakes las encontraba en reuniones de Alcohólicos Anónimos, en grupos de apoyo a enfermos terminales, en los numerosos programas rápidos que prometían recuperación y salud a lo ancho y largo de Las Vegas. Asistía a ellos y observaba, elegía al más débil y le ofrecía un programa con un único paso, un programa que le concedería el consuelo que ansiaba.

Pamela Creed seguía el ejemplo de Gwynafra. Había muchos grupos que visitar. Sin embargo, ella no tenía tanto éxito. En los meses que habían pasado desde que se entregara a Avitu, Pamela se había ido convirtiendo en una sombra de sí misma. Escuchimizada, con la mirada atormentada, no parecía una mujer que tuviera todas las respuestas. Más bien era ella la que parecía necesitada de consuelo.

Joeesha Murfee tenía más éxito en Reno. Su habilidad con el saxofón seguía siendo, como mucho, mediocre, pero había diseñado un peculiar juego escénico. Entre los fieros y desafinados acordes de su instrumento, voceaba poesía en verso blanco de desespero y rendición. El jazz nihilista de fusión no tenía mucho público, pero, a los que les gustaba, les gustaba mucho. Y era la clase de personas que veía con buenos ojos la aniquilación de todo pensamiento racional.

Stuart Flaubert lo hacía muy bien, de hecho mejor que Gwynafra, porque era el más osado. No se quedó en Nevada. Decidió marcharse a Los Angeles, que aún era una ciudad peligrosa, un lugar donde la policía siempre tenía mucho que hacer y las ayudas nunca eran suficientes. Con la miseria humana tan próxima a la vista, encontró a muchos deseosos de olvidar. Huérfanos, viudas, lisiados, gente arruinada... Todos ellos lo seguían y él los llevaba en coche al desierto para sacrificar sus mentes en el altar de madera de Avitu.

Pero mientras que muchos estaban deseosos por hacerlo, impacientes incluso, otros eran menos entusiastas. Y esto era, por supuesto, entendible. El principal síntoma de la enfermedad de la consciencia era la indecisión. Avitu lo entendía y preparó una demostración para aquellos que estaban casi convencidos, pero no del todo, aquellos que querían la liberación pero carecían del arrojo para dar el paso definitivo.

Había veinticuatro personas allí. Veinticuatro más Gwynafra. Provenían de Las Vegas, Los Ángeles, Reno y de pequeñas ciudades de los alrededores. Se habían alojado en el complejo y dormían en tiendas de campaña. Habían visto el Árbol y lo habían tocado, pero Avitu no les había hablado ni los había arrastrado a su reino secreto. Era difícil abrir los senderos. No era natural para ella; ese poder había sido robado, le era ajeno. En lugar de eso, decidió obrar un milagro que provenía de su corazón.

Teddy Mason, el Sumo Sacerdote de Avitu, estaba presente. A través de él obraría su milagro. Era un hombre corriente, modesto, que llevaba una camisa negra con alzacuellos.

Creed, Murfee y Flaubert también estaban allí, atendiendo a su grey. Flaubert mantenía su cara perfectamente inexpresiva. Creed parecía a punto de llorar o desmayarse. Murfee tenía una expresión de repugnancia apenas disimulada que, durante los últimos meses, raramente había abandonado su rostro.

Halcón Negro O'Hanlon estaba allí. También Tim Grady.

Los demás eran los indecisos, los temerosos, los de «quizás sí, quizás no», que esperaban una señal de su diosa.

Eran las cuatro de la tarde y eran las únicas personas en el cementerio.

No era un camposanto antiguo y lúgubre, de atmósfera gótica. Era moderno, estaba irrigado y tenía el césped tan bien cuidado como el de un campo de golf. Las lápidas eran bajas y anchas, algunas de ellas de metal herrumbroso. No había tumbas recientes. No había nada que perturbara la llana orografía del terreno excepto algunas austeras estatuas, erigidas aquí y allá. La más cercana era de un fauno de bronce, acurrucado y dormido.

Habían llegado en tres pequeñas furgonetas y cuatro de las grandes, de las que tienen asientos para una docena de personas. Halcón Negro se preguntaba por qué. Parecía un desperdicio. Podrían haber utilizado menos coches.

Gwyn, Teddy y los otros sacerdotes de Avitu sabían la razón. Ningún otro de los pasajeros se planteó aquella cuestión.

Cuando todos los vehículos hubieron llegado (se parecía mucho a un funeral), Teddy se adelantó y alzó los brazos.

–Buenos días –dijo. Se aclaró la garganta–. No soy un buen orador pero espero que pueda., no sé, mostraros aquello en lo que creo y por qué lo hago. Creo que es importante que entendáis dónde os estáis metiendo. Lo que se os está ofreciendo. –Hubo algunos tosidos, pero la gente lo estaba escuchando–. Antes de nada, dejadme que os diga esto: os envidio. Sé... Sé que todos teníais problemas. Algunos de vosotros me los habéis contado o Gwyn o Stuart... Lo sé. Todos vosotros conocéis el dolor. Sabéis que esta vida es dolor. –Frunció el ceño y miró hacia el suelo–. Yo también conozco ese dolor. He perdido a mi esposa... recientemente... y... –Los asistentes arrugaron la frente y se inclinaron hacia delante para oír. Él inspiró profundamente y levantó la cabeza de nuevo–. Avitu... la gran diosa... os ofrece la libertad. Una libertad que no puede ofrecerme a mí. Yo debo... seguir. Debo seguir siendo esclavo de una mente que me encadena y que no fui creado para sufrir. Tengo que... que tolerarla para poder liberaros. No es... no es una carga que desee tener, pero he acordado padecerla. Entiendo que es necesaria. Tengo que... quedarme atrás para que vosotros podáis avanzar. Pero algunos de vosotros tenéis dudas. Eso no puede entenderse. Sois adictos al pensamiento y no podéis abandonarlo, aunque os esté envenenando. Estáis ligados a las cosas materiales, ligados a personas que conocéis y amáis. Y tenéis miedo. Miedo de salir perdiendo. Quizás también tenéis miedo de la muerte, ¿verdad? Estoy aquí para deciros que no hay nada que temer. Todo aquello a lo que estáis ligados, vuestros amores, odios, esperanzas y miedos... Todo ello es una ilusión. ¡Todo está en vuestra cabeza! Avitu puede extirpársela, arrancarla de raíz, arrebatarle el poder de atormentaros. Es difícil de admitir. Es difícil aceptar que nuestro amor se compone de mentiras; es aire, nada real, algo intangible. Como un fantasma. Fantasías. Las personas que amáis son amadas solo como imágenes en vuestra mente. Por eso duele el amor, ¿verdad? Porque vuestra imagen es falsa. Porque la realidad no cumple las expectativas. El... el hombre que considerabas honrado resulta ser un embustero. O el niño que... que quería ser médico crece y se vuelve... no sé, un criminal o algo así. Decepción. Decepción de que las cosas no son como crees que deberían ser, son como son. No es la realidad la que os hace

daño entonces. Es ese «deberían», esa maldita expectativa. He ahí el causante de todo. Mi mujer falleció recientemente pero aún sigue viva en mi mente. Cuando pienso en ella, la... la veo –se le rompió la voz. La gente apartó la vista, incómoda, mientras Teddy derramaba lágrimas–. Mi mujer murió y no pude asistir a su funeral. Pero en mi mente, en mi mente embustera, aún sigue viva ¡Es mentira! Y todos vosotros estáis aferrados a esa mentira, a todas esas mentiras... Lo estáis. Os está destruyendo. No está destruyendo a todos. Pero Avitu tiene la verdad –sacó el pañuelo y se sonó la nariz con fuerza, para despejar la mucosidad–. Avitu tiene la verdad –repitió con voz aún espesa pero más vigorosa.

Guardó el pañuelo e irguió la espalda. Entonces abrió los brazos por completo, y los demás saltaron atemorizados cuando el suelo se abrió en una grieta.

–Avitu es la verdad –dijo, y, como bocas en la piedra, surgieron agujeros en las lápidas–. La muerte que teméis no es nada –dijo calmadamente, mientras todos los oídos se esforzaban por oírlo–. Vivir y morir es exactamente lo mismo. Solo la mentira de la consciencia los juzga cosas diferentes. ¿Qué es el movimiento o el reposo comparados con la verdad?

Hubo un silencio total mientras inspiraba profundamente.

–¡Alzaos! –dijo.

Otro momento de silencio.

Entonces todos oyeron los sonidos, los embates y sacudidas, mientras los ataúdes enterrados eran golpeados desde el interior.

* * *

El fantasma de Rosemary Nevins nunca había visto alzarse los cadáveres. Cuando oyó cómo se lo contaba Teddy a Pamela, no sabía qué pensar, pero siguió a Tim hasta el cementerio. Y ahora no cabía duda; los muertos se estaban levantando.

Los sacerdotes, Pam, Tim, Stuart y el resto de ellos, tenían martillos y palancas que habían cogido de las furgonetas y se pusieron manos a la obra, abriendo los ataúdes. Con visible turbación, los otros los imitaron.

Cuando abrieron la primera caja, los que estaban alrededor de ella se echaron atrás, repugnados por el hedor.

La criatura que se irguió se componía de huesos y piel tensa; los fluidos de embalsamamiento se habían secado. Las uñas y los cabellos eran largos y deslustrados; parecía que habían seguido creciendo algún tiempo después de la muerte. Los dientes no eran más grandes pero parecían más largos porque las encías se habían retraído y los labios habían encogido. La piel era gris y cenicienta o del color del barro, excepto la cara. Allí los restauradores habían usado maquillaje extra fuerte; algo más parecido a pintura, realmente. La carne allí seguía teniendo una tonalidad luminosa. Estaba fuera de contexto y parecía algo grotesco, con los labios arrugados y las mejillas horadadas por los gusanos.

Hombres y mujeres, los cadáveres parecían iguales. La única forma de diferenciarlos era por las vestiduras y por el perfilador que aún era visible en las cuencas de los ojos de algunos cuerpos.

Rosemary comenzó a contar, mientras los vivos retrocedían aterrorizados. Se habían alzado quince cadáveres, desperdigados por todo el cementerio. Si hubiera tenido que expresar un juicio, habría dicho que, de acuerdo con el estado de sus vestiduras, aquellos eran los muertos más recientes.

Al examinarlos con los ojos de un fantasma, Rosemary no podía asegurar que estuvieran vivos de verdad. Se movían, pero solo como lo hace una marioneta de calcetín cuando se le mete una mano. Estaban, en una palabra, poseídos.

Eso no era algo totalmente nuevo para Rosemary. De hecho, ella podía hacer lo mismo, aunque hasta entonces se había limitado a poseer a los vivos. Pero ahora que ese «Avitu» había cometido el error de mostrarle otra opción...

Rosemary revoloteaba entre los zombis, que se dirigían tambaleándose y descalzos hacia las furgonetas grandes. Los sacerdotes estaban quitando los asientos para que los muertos vivientes pudieran echarse unos encima de otros, como una pila de leños.

La más apropiada era una mujer (probablemente) cuya piel floja y curtida indicaban que había sido obesa en vida. Era ancha de

huesos y, al contrario que otros que habían muerto en caídas, accidentes de coche o en la fábrica, estaba entera. Rosemary la envolvió como si fuera niebla y ejerció presión con su voluntad...

Era diferente. Podía colarse dentro y dejarse llevar, eso era bastante fácil. Pero esa cosa muerta solo tenía unos sentidos rudimentarios, principalmente tacto, oído precario, sin vista... No obstante, la visión de Rosemary aún funcionaba bien incluso a través de unos ojos podridos.

Cuando trató de controlar sus músculos, encontró resistencia. Allí ya había algo (Avitu, presumiblemente) y era algo poderoso.

Rosemary salió del cadáver, con la esperanza de que... (¿Cómo llamarla? ¿La Diosa?) no hubiera reparado en ella.

Debe de estar distraída, pensó. Está controlando a varios cuerpos. Y parece que hasta el momento no me ha percibido. Así que siguió pululando por el cementerio. En realidad no sabía cuáles eran las verdaderas capacidades de esa criatura. No sabía si la estaba observando y esperaba hacer algo. Ni qué le haría si la descubriese.

Pero estaba tranquila. Con esfuerzo podría ser capaz de apoderarse de uno de sus zombis. Y eso ya era bastante.

* * *

Ruby Fowler estaba sentado en su ático llorando. No era un llanto profundo ni agridulce. No eran las lágrimas de conflicto de una esposa abandonada o de un amante celoso ni las lágrimas irreflexivas y genuinamente egoístas de un niño desgraciado. Eran lágrimas nacidas de una tristeza madura, en una mente lo suficientemente adulta para comprender una pérdida en su totalidad.

Las madres lloran así por los hijos perdidos. Ruby lloraba y su nariz estaba taponada por la mucosidad, anulando el olor aséptico de la sala de emergencias del hospital. Ya estaba echando de menos a Rob. Se sorprendió al descubrirse a sí misma añorando sus imperfecciones. Se lo imaginaba escapándose de la escuela y fumando hierba con sus impresentables amigos. Se lo imaginaba montando en monopatín sin casco y añoraba regañarlo y discutir con él y oír aquella música tan alta y enervante. Y cómo dejaba siempre el

baño hecho un cisco...

Sin él, su casa estaría tan muerta, silenciosa y vacía como su corazón.

–¿Está usted bien?

Alzó la vista y vio un hombre con alzacuellos y un pañuelo de papel en la mano.

–Sí –murmuró mientras lo cogía. Se sonó las narices con fuerza. Después le ofreció otro.

–No creo que lo esté. Es decir, bien. –Dijo. Ella dejó escapar un suspiro súbito.

–Mi hijo acaba de morir.

Él asintió.

–Entiendo.

–¿Es usted sacerdote?

Él asintió de nuevo.

–¿Su hijo era Robert? ¿El del accidente de tráfico? –dijo. Sus palabras reavivaron sus sollozos espasmódicos. Ella asintió –. ¿Por qué llora por él?

–Oh, Padre –dijo–. Mire. Mire, sé... sé que lo hace con buena intención y todo eso, pero, si empieza a contarme que se ha ido a un lugar mejor, creo que voy ponerme a gritar –su voz sonaba desfallecida. Parecía abatida y desinflada, como si no pudiera chillar aunque se la marcara con un hierro candente.

–No sé adonde ha ido, no sé qué le ha ocurrido. Pero sí sé que tú estás aquí y que tienes un dolor enorme. Enorme. Eso es lo que me importa.

–Mi hijo acaba de morir. Eso duele, ¿sabe? O quizás no lo sepa.

–Sé lo que significa perder a un hijo. Sé cuánto duele que se nos arrebatase un hijo.

Ella lo miró de reojo.

–¿No es usted católico?

–No.

Ella se encogió de hombros. Supuso que sería alguno de esos curas protestantes que pueden casarse.

–Ojalá...

–¿Qué?

–Ojalá pudiera verlo de nuevo. Solo una vez. Para, ya sabe...

–¿Para qué serviría?

–Podría decirle que le quería y... todo eso. Todas esas cosas.

–Si no lo sabía mientras vivía, ya no tiene sentido decírselo ahora.

–Oiga, ¿tiene que ser tan racional? –Elevó la voz y en la última palabra se quebró.

Ella la miró apoyando la barbilla en la mano.

–Puedo ayudarla –dijo.

Ella refunfuñó.

–Padre, ¿para qué? O sea, sé que tiene buenas intenciones pero, ¿para qué? Todo lo que puede ofrecer son... son palabras. Palabras y palmaditas y versículos de la Biblia y mucho ruido. Yo perdí algo real. Algo que podía coger entre mis brazos. Toda su charla sobre Jesús, Dios y todo eso solo son palabras. ¿Cómo puedo creer en algo que está... está hecho de aire?

–Si pudiera devolvérselo, ¿me escucharía?

–Señor...

–No. Hablo en serio. Si yo pudiera hacer que caminara, que se moviera, que hablara de nuevo, ¿me escucharía? ¿Consideraría aceptar mi ayuda?

–Pero no puede hacerlo.

–Venga conmigo. –Se puso en pie y le alargó la mano. Algo en su ademán hizo que lo obedeciera–. Está aquí dentro, ¿verdad?

Ruby se mordió el labio inferior y asintió. El sacerdote empujó la puerta.

Al ver la silueta bajo la sábana, Ruby sintió como un puñetazo en el estómago. Habían limpiado todas las manchas de sangre. Estaba allí, esperando.

Sin vacilar, el hombre caminó hacia la cabecera de la camilla y quitó la sábana de un tirón. Ruby quería apartar la vista pero no pudo. El rostro de su hijo muerto la dejó petrificada.

El hombre alzó su mano izquierda sobre el cadáver y lo roció con algo. ¿Arena? Parecía arena.

Y entonces los ojos de Robbie se abrieron súbitamente.

–¿Mamá?

La voz era ronca y rasposa, impulsada por pulmones entre costillas rotas y emitida a través de una garganta inundada de sangre. Se incorporó, con el rostro impávido como la mirada de una larva.

–¿Robbie? –susurró ella.

Con los ojos vidriosos e inexpresivos, Rob comenzó a levantarse. Una de sus piernas estaba rota, destrozada más bien, y con una ligera presión el sacerdote le convenció para que se sentara en el borde de lo que había sido recientemente su lecho de muerte.

–Robbie –dijo ella y era difícil, muy difícil reprimir una risa histérica. Estaba loca, sin duda. ¿Sí? Sí. Eso debía ser exactamente lo que sienten los locos.

–¿Me escucharás ahora? –dijo el sacerdote.

–Oh... Oh, yo... –Ruby tenía ojos solo para su hijo. Este miraba a su alrededor impasiblemente.

–Tenemos que sacarlo de aquí. –La voz del obrador del milagro era cuerda y calmada. Juntos, cubrieron a Robbie de nuevo con la sábana e hicieron que se estuviera quieto hasta que llegaron al coche de Ruby. El hombre de negro explicó, clara y concisamente, que Ruby tenía marcharse, que suscitaría preguntas entre los no creyentes y que la gente pensaría que había robado el cuerpo de Rob. También le dijo que no podían permitir que la gente lo supiera. No debían ver el milagro.

Fueron a su casa y reunieron cuantos objetos de valor pudieron y extrajeron tanto dinero de su cuenta bancaria como permitían las normativas. Mientras iban en coche, Ruby se dio cuenta de que su hijo no había regresado del todo. Se movía y miraba pero apenas podía hablar y, en realidad, no podía pensar.

Todo era tan irreal, tan inquietante, tan extraño para su vida diaria (Ruby era topógrafa) que comenzó a depender cada vez más de las palabras del sacerdote. Como una mujer que se está ahogando y se aferra a cualquier brizna de hierba, su mente ahogada se aferró a sus asertos y explicaciones. El cura le habló sobre la consciencia. Le aseguró que era un veneno y que Robbie era ahora como debía ser; libre del dolor y la inseguridad, libre de los numerosos avatares de la previsión, las expectativas, los remordimientos y el análisis racional. Ruby, abrumada, asentía una y otra vez y trataba de entender qué

estaba sucediendo, pero solo podía percibir que el sacerdote quería ayudarla. Era bondadoso y podía aliviar su sufrimiento.

Cuando llegaron al árbol, la llevó a tronco y le mostró más milagros. Entonces le preguntó si aceptaba el regalo de Avitu. Lo hizo.

El nombre del sacerdote era Teddy Mason.

* * *

Les llevó cerca de dos semanas trasladar a los zombis de Las Vegas al sur de Illinois. En realidad, solo estuvieron conduciendo dos días pero Teddy juzgó sensato lavar a las criaturas y tratar de eliminar su hedor antes de ponerse en marcha. Fue un proceso más complicado de lo que esperaba. Además, como varios de ellos estaban incompletos, Teddy, Gwyn y Stuart acabaron haciendo rudas prótesis para ellos; patas de palo, brazos de madera con garfios y una cazuela de cerámica para reemplazar una calavera y crear así un perfil más humano. (Stuart era pintor antes de convertirse en sacerdote demoníaco y se había interesado en la alfarería en la escuela de arte).

Tim Grady conducía el camión y no tuvo ningún problema. Tuvo que repostar varias veces pero pagaba el combustible con una de las tarjetas de crédito de Pamela Creed. Llenaba el depósito por la noche o a mediodía, cuando había poca gente cerca y nadie podía percibir el espantoso hedor de los cadáveres, que, aunque algo suavizado, seguía estando presente. Pero Grady no se impacientaba.

Dormía en el asiento del conductor. El olor no le molestaba. No soñaba.

*

*

El sheriff Grant Dagley pasó esas semanas atareado. Recibió órdenes de Avitu (su voz había resonado en su cabeza a medianoche, despertándolo bruscamente) y no tenía más remedio que cumplirlas.

Bueno, supongo que podría enfrentarme a ella y enfermar y morir, pensó. Pero esa no parece una buena alternativa.

El demonio del desierto le había ordenado que preparara un asalto policial. Lo cual, para los no entendidos, parece simple, ¿verdad? Él es un policía, por lo que debería ser capaz de ir y arrestar a un puñado de maleantes,

¿no?

Pues no.

En primer lugar, los maleantes que Avitu quería atrapar estaban en San Luis del Este, a kilómetros de distancia de su jurisdicción. En cuanto a la ley se refería, él era un ciudadano más allá. No, peor, era un policía fuera de su zona, con más restricciones legales en su comportamiento que cualquier civil corriente.

Aunque encontrara alguna forma legal de hacerlo, no tenía ninguna evidencia delictiva para poner a las fuerzas policiales manos a la obra. No había motivos. Sin eso, ni siquiera el juez más retrógrado consentiría un allanamiento de morada. «Una diosa me dijo que lo hiciera» no quedaría muy bien ante el jurado.

Y, por último, el mayor problema: Avitu dijo que le enviaría unos «soldados» para ayudarlo. Arreglar los papeleos para que pasaran por policías sería una auténtica ordalía e incluso entonces cualquier oficial con dos dedos de frente se daría cuenta del fraude rápidamente.

Nada que hacer. Era el equivalente burocrático de separar las aguas del Mar Rojo.

Así que, como había hecho a menudo a lo largo de su vida, Grant decidió engañar y fingir.

Luke y Dean, sus más leales subordinados, podían cubrirle las espaldas mientras él se tomaba un día libre para ir a San Luis del Este. Demonios, a lo largo de los años su oficina al completo había ideado toda clase de planes, excusas y contingencias para todas las veces que había estado ausente de forma inesperada. Entre su afición a la bebida y sus otras actividades extracurriculares, faltaba a su puesto en numerosas ocasiones. Cuando los avisaba, todo era, de hecho, mucho más fácil.

Conseguir uniformes para quince personas iba a ser toda una hazaña y, evidentemente, Avitu no le había dicho las tallas. (Dagley asumía que todos eran hombres). Pero a lo largo de su turbia carrera, había ayudado a medrar a otros pájaros de cuidado y uno de estos oficiales sucios era Mavis Redfern. Mavis era la burócrata que se encargaba de la distribución del equipamiento de las fuerzas policiales. Al haber perdido numerosos artículos a lo largo de los años, de un modo u otro, había decidido trabar contacto con ella e incluirla en su lista de sobornos. Cuando le explicó lo que necesitaba, Mavis le dio el número de un tipo de Springfield.

--Está como un cencerro --explicó ella--. Dile que es una operación encubierta de vigilancia de la Oficina del Fiscal del Distrito y te dará un furgón, uniformes... Te dará todo lo que pidas porque le encanta. No dejes que empiece a hablar de la Declaración de Derechos. Cree que es un complot comunista. --Grant se rió--. No estoy bromeando --insistió Mavis.

Así que Grant habló con el «cencerro», que accedió a conseguirle quince equipos de antidisturbios, con la condición de que Dagley lo devolviera en veinticuatro horas para que no se perdiera nada.

--Puedo disponer de todo solo durante ese tiempo --dijo--. Pero después ya no.

--Eso no será un problema --dijo Grant, sin saber a ciencia cierta si estaba mintiendo o no--. Te daré las tallas del equipo tan pronto como las sepa, ¿vale?

--Claro --dijo el chiflado con los ojos centelleantes.

Fue después de esa charla cuando Grant oyó cómo Avitu le decía que Tim casi había llegado. Grant tenía algunas preguntas más sobre lo que ella quería, ya que, aunque era muy paciente, la diosa no le había explicado con precisión a qué se iba a enfrentar. Pero estaba satisfecho con la manera en que había llevado todo el asunto.

Dagley sugirió que Tim se encontrara con él junto a un viejo cobertizo abandonado en una parcela de su propiedad.

Todo iba bien hasta que Dagley descubrió el tipo de «soldados» que Avitu había enviado.

--Joder --dijo, retrocediendo--. Joder. No. Joder, no. No... Fuera. Ni hablar.

--Sí --dijo Tim.

La espalda de Dagley chocó con la cerca de la porqueriza. Estaba justo en el lugar en el que había asaltado sexualmente a Joellen O'Hanlon, varios meses atrás.

¿Cómo es posible que a una diosa se le haya olvidado decirme que sus «soldados» son cadáveres?, pensó Grant.

Suspiró.

--Joder --dijo una vez más--. Necesitarán cascos antidisturbios.

Tim no dijo nada. Su rostro era inexpresivo.

--No creo que pueda armarlos --advirtió--. Tengo algunas pistolas, pero no tantas.

--No necesitan pistolas --señaló Tim.

Medir a los zombis para pedir los uniformes no fue precisamente coser y cantar, pero, al final, después de aguantar mucho la respiración y reprimir continuas náuseas, Grant y Tim llamaron al contacto para darle las medidas.

--¿Tan flacos están todos o qué? --preguntó el perturbado.

--Podría decirse que sí.

--Es un poco raro, hay... Bueno, la mayoría de los tíos que van a los SWAT están bastante cachas.

--Mira, tú... Tú consigue lo que puedas, ¿vale? Y los cascos. No te olvides de los cascos y los guantes.

*

*

--Avitu puede actuar a través de mí --le dijo Tim--. Si la situación se vuelve desesperada, también puede actuar a través de ti, pero es mejor que sea yo.

--Tú eres el jefe --dijo Grant tratando de ocultar la acritud de su voz. Le irritaba ser la putita de alguien, pero al mismo tiempo, joder, Avitu no era como ese jodido fiscal del distrito chupapollas que se la tenía jurada. Avitu tenía poder real y saber que era excepcionalmente poderosa hacía que acatar las órdenes le resultase mucho más fácil.

Eso y la amenaza de una muerte instantánea, claro.

--Tú conduces --dijo Tim, y Grant condujo.

Los quince apestosos agentes antidisturbios estaban en la parte de atrás de la camioneta sin registrar, con la porra en las manos. Tim estaba sentado en el asiento del copiloto con una gran mochila en el suelo, entre sus pies.

--Entonces, ¿llegamos y... y la liamos? ¿Nos cargamos a todos?

--Solo hay una criatura que debe morir, pero muchos humanos tratarán de protegerla. No importa si mueren o no.

--¿Cuántos?

--Muchos --dijo Tim.

Grant lo maldijo para sus adentros.

--¿Puedes decirme adonde vamos?

--Sentiré el lugar cuando nos acerquemos.

--Entonces, a ver si me queda claro; no sabemos adonde vamos o con quien nos vamos a enfrentar pero nos atacarán y entonces

tenemos que cargarnos a un... un «*critter*» que ni siquiera puedes explicar cómo es.

Tim alzó la cabeza un instante, como si estuviera escuchando algo distante y silencioso.

–Exacto –dijo.

Una vez más la palabra que empieza por jota cruzó los labios de Dagley. No servía de mucho pero seguía repitiéndola.

Cuando cruzaron los límites de la ciudad y entraron en San Luis del Este, Tim dijo:

–Gira a la derecha.

–¿Por dónde?

–Da igual. Es esa dirección. Puedo sentirlo.

–Es genial, Timmy. Asombroso.

Condujeron un par de kilómetros y se encontraron con algo de tráfico, pero Grant se lo estaba tomando con calma, hasta que Tim dijo:

–Se están acercando.

–¿Quiénes?

–Los esclavos de nuestro enemigo. –Se inclinó, abrió la cremallera de la mochila y sacó una escopeta recortada.

–¡Eh! –dijo Dagley–. ¡Qué haces! No puedes disparar a plena luz del día, ni siquiera en San...

Pero no pudo acabar la frase porque tuvo que concentrarse en conducir.

Había dos coches, bien coordinados (suponía que con móviles en modo manos libres), que intentaban acorralarlos como un par de vaqueros. El de delante era grande, un viejo Sedan reconstruido y blindado. No era tan pesado como una camioneta, pero lo suficiente. Tenía capacidad para detener vehículos.

El coche que los perseguía era como un cohete que circulaba a tres centímetros del pavimento, tenía alerones y una mano de pintura de color magenta. Tenía velocidad y capacidad de maniobra y podía adelantar a la camioneta si quería.

Grant se percató de que, probablemente, el coche perseguidor llevaba pistoleros, como mínimo. Su misión consistía en reducir sus opciones de huida y hacer que se pusieran detrás del Sedan; este les

bloquearía el paso y lo retendrían hasta que llegase la caballería. O tal vez querían hacer una maniobra envolvente y barrerlos a disparos.

Ni hablar.

El vehículo perseguidor se estaba acercando por la izquierda. Estaban en una carretera principal de cuatro anchos carriles, dos hacia el norte y dos hacia el sur. Grant pisó a fondo y se lanzó al carril de la izquierda; si tenían un pistolero en el asiento del copiloto, le sería más difícil disparar por encima del conductor. Si también había otro en el asiento de atrás, tendría un ángulo complicado para no volarse su propio parabrisas. De cualquier modo, la gruesa trasera de la camioneta estaría entre Dagley y las balas, como si fuera un muro.

Sintió o más bien oyó el primer impacto de bala en la parte de atrás de su vehículo. Sin problemas.

El Sedan que debía cerrarle el paso estaba en el carril derecho delante de él y ese era ahora su problema real; trataba de acercarse, pero había tráfico.

Oyó una detonación de pistola, vio un resplandor en el Sedan pero erraron el tiro. Tim asomaba su escopeta por la ventana y eso los mantenía a distancia. Grant oyó un coro de bocinazos y echó un vistazo al espejo retrovisor. Maldición. El coche de atrás circulaba por dirección contraria, para dar al copiloto la posibilidad de disparar al conductor de la camioneta: Dagley.

–Imbécil –masculló, mirando de reojo. Lástima, no podía hacer que el maldito bastardo se estampase contra uno de los coches que le venían de frente pero, cuando el cochecito japonés de mierda se puso al lado, dio un volantazo y lo golpeó, no muy fuerte, solo un empujón.

¿Se te mueve el cochecito?, pensó el sheriff, con una ligera sonrisa.

Fue como si un jugador de rugby hiciese una carga contra una de las animadoras. La camioneta rebotó y se desplazó medio metro, volviendo luego a su posición originaria. El coche se desplazó un carril entero mientras le humeaban las llantas pero, vaya, el conductor era bueno. Consiguió recular, bandeó un poco pero tenía buenos neumáticos, anchos y con agarre. Logró ponerse de nuevo detrás de la camioneta sin llegar a perder el control y empotrarse contra un buzón o una farola.

Los disparos de la escopeta de Tim eran ensordecedores en la cabina del vehículo. Mientras Dagley se quitaba de en medio al perseguidor, el de delante hizo su movimiento. Tim había reventado una de las ventanillas y, a juzgar por las manchas rojas en el parabrisas, parecía que había alcanzado al copiloto. Pero el conductor aún estaba ileso. Decidió echar el resto y frenó en seco; no quería ponerse al lado porque sabía que el sheriff era habilidoso con los volantazos. Había optado por colocarse justo delante.

Dagley giró el volante (solo un poco) y pisó el freno hasta el fondo, mientras agradecía que la camioneta no tuviera *airbag*. El sheriff estaba abrazado al volante pero sintió una sacudida cuando el cinturón se tensó. Grady salió disparado hacia delante, la escopeta impactó contra el parabrisas y lo reventó, mientras el coche perseguidor los embestía por atrás.

La inercia del frenazo hizo que Tim y Grant se echaran hacia atrás, contra los asientos. El cuello estaba intacto, afortunadamente. Desde atrás, Dagley oyó una serie de golpes estrepitosos mientras los zombies se caían unos encima de otros. Se preguntó si podían resultar heridos.

Al mirar por el retrovisor, Dagley vio que el perseguidor había chocado de refilón contra su parachoques trasero, como había esperado, viéndose de nuevo proyectado hacia el carril contrario. El coche estaba destrozado; el morro parecía un acordeón. Su parachoques era demasiado bajo para ofrecer protección. Habían perdido el control del vehículo.

El Sedan también se había detenido, el conductor estaba empezando a asomarse por la ventanilla para apuntar cuando Grant pisó el acelerador a fondo. Había observado el tráfico: el semáforo estaba en rojo y no había coches en el otro sentido. Se lanzó al carril contrario rozando el Sedan antes de recordar que estaba en una camioneta con una carga apestosa y no en su potente vehículo de persecución.

Tuvo tiempo de pensar, *Mierda puta*. Tuvo tiempo para percibir que el tipo del coche tenía un viejo revólver de acero negro y que estaba apuntando directamente hacia su cara. Tuvo tiempo para mearse en los pantalones de puro terror.

Y entonces el flanco izquierdo de la camioneta pasó arañando el coche y embistió al conductor, arrancándole el brazo y aplastándole la cabeza. Los dos vehículos se quedaron uno junto a otro como las hojas de una tijera y el tipo nunca pudo llegar a disparar.

Debía de estar demasiado asustado para moverse, pensó Dagley. Rodeó el coche sanguinolento, siguió recto y giró a la izquierda; se había librado.

* * *

Inconscientemente, El sheriff Grant Dagley había dado por supuesto que debían dirigirse al centro de San Luis del Este; esa era la zona que creía asociada a los maleantes, aunque nunca había estado allí. Pero Grady lo estaba guiando por la periferia, al sur, hacia el río.

Iban a una velocidad considerable. Tim le aseguró que estaban lejos de más enemigos... de momento.

Grant olió algo que conseguía sobrepujar el hedor de los zombis y entonces llegaron a una estación de bombeo.

–¿Aquí? –preguntó incrédulo.

–Aquí –dijo Tim, abriendo la puerta–. Puedes quedarte o venir con nosotros.

Grant consideró sus opciones. ¿Quedarse en el coche con un montón de matones violentos pisándoles los talones? ¿O meterse de cabeza en el corazón de las tinieblas con un vejestorio chiflado y demoníaco y quince zombis disfrazados de SWAT?

Era una elección difícil pero Dagley decidió seguir adelante en vez de esperar. En realidad, no era un hombre paciente.

* * *

La cosa en la estación de bombeo no tenía nombre. Gaviel el diablo lo llamaba «el Enemigo», y ese era un nombre como otro cualquiera.

¿Qué era? ¿De dónde venía? Nadie lo sabía. ¿El hijo bastardo de un demonio y una humana, olvidado bajo una roca prehistórica

durante milenios? Quizás. ¿Algún antiguo fantasma trastornado, tan envanecido y deformado por el poder y el odio que ni siquiera necesitaba ser recordado por su nombre, ni necesitaba recordarlo él, ahora alentado por el miedo ancestral de las generaciones que había envenenado y atormentado? Podría ser. ¿O era, quizás, alguna criatura psíquica, la reunión de las malas vibraciones de una ciudad empobrecida, miserable, despreciada e infortunada, que había tomado forma y había desarrollado una voluntad por la rabia impotente y las pesadillas de veinte años de abandono?

Pero, ¿acaso tenía importancia?

El Enemigo era real y no tenía necesidad de recordar su pasado o cavilar sobre su origen. Estaba allí y odiaba y tenía poder. El poder de castigar y herir y controlar. Eso era todo lo que le hacía falta y todo lo que sabía.

Cuando sentía otros poderes, el brillante resplandor de la malsana curiosidad de Gaviel o el viento helado del fariseísmo de Avitu, el ser se ponía en guardia instintivamente.

Pero Dagley y Grady lo habían cogido desprevenido. Tenía ventaja por estar en su terreno pero, por primera vez, tuvo que defenderse a sí mismo. No a sus intereses, ni a sus peones ni a su fuente de poder.

Por vez primera, el Enemigo estaba en peligro de acabar destruido.

* * *

Todos los trabajadores estaban infectados. Tim se lo dijo y Dagley le creyó, aunque no le importaba mucho. Él solo quería entrar, salir, volver a casa y meterse en la ducha. Si la figura con un mono azul que gritaba al teléfono era una persona inocente o el siervo de una rareza mística no le importaba una mierda. Le descerrajó un disparo en la cara y siguió adelante.

Los muertos vivientes fueron un factor decisivo, ahora podía verlo con claridad. Algunos de los trabajadores estaban majaretas y se lanzaban hacia ellos gritando y blandiendo una palanca, una tubería o el palo roto de una fregona. Le metió una bala a una chica esmirriada

pero seguía avanzando, aullando como una loca hasta que uno de los antidisturbios muertos la degolló con la mano izquierda. La sangre brotó de su garganta y Grant se dio cuenta de que era un zombi sin brazo izquierdo; en su lugar tenía un leño con un garfio afilado. Genial.

Otros empleados psicopáticos saltaron sobre los cadáveres y comenzaron a apalearlos, pero los zombis ni se inmutaron. Los golpes con una tubería no los desconcertaban en absoluto; solo retrocedían un paso y asestaban un fuerte porrazo. Era de locos; ni los trabajadores ni los zombis peleaban en condiciones; no intentaban defenderse ni esquivar y no retrocedían ni un ápice. Solo golpe tras golpe, golpe tras golpe, hasta que uno de los dos caía. Normalmente el humano. Claramente eran los más frágiles.

Los agentes de seguridad de la planta no eran tan ineptos; tenían la cordura suficiente para usar armas, pero para los zombis SWAT las balas eran como picaduras de mosquito, de modo que los guardas a menudo se aterrorizaban y salían corriendo.

Los que no lo hicieron, fueron abatidos con porras y garras.

–Abajo –dijo Grady–. Por aquí.

–Vale –contestó Dagley, mientras miraba a su hombro y escuchaba la radio de la policía. Mala cosa. San Luis del Este tenía un cuerpo policial de mierda, con tan pocos fondos como el resto de la ciudad, pero se estaban aproximando rápidamente. Al menos veinte unidades, lo que significaba que pronto establecerían un cordón policial.

Solo cuando Grady abrió una gran puerta de acero del sótano (una puerta con una de esas manivelas que se ven en los submarinos), Dagley entendió cómo una estación de bombeo podía oler tan mal. Después de todo, se suponía que era agua potable, ¿no?

Mierda, debo de estar viendo visiones, pensó y de repente algo helado, húmedo e increíblemente fuerte le envolvió ambos tobillos y lo tiró al suelo.

* * *

El fantasma de Rosemary había presenciado con sumo interés toda la persecución de coches y el tiroteo. Solo intervino una vez;

poseyó al conductor de un coche el tiempo suficiente para apoderarse de él y paralizarlo, provocando así su muerte y salvando la vida a Grant Dagley. No le importaba nada Dagley pero no podía permitir ver a Tim Grady tiroteado en la calle.

Cuando vio que surgía agua helada de un agujero del suelo y derribaba al sheriff, no se alarmó particularmente. Dagley no era nada para ella. Pero cuando Tim y los otros agarraron el tentáculo (o lo que demonios fuera esa cosa) y aquel atrajo la atención de la criatura, decidió involucrarse.

El seudópodo arrojó una carga de inmundicias sobre la boca y la nariz de Grady, mientras este revolvía en su mochila. Ni siquiera trataba de seguir viviendo. Estaba tan enajenado como los trabajadores psicopáticos de la planta que habían muerto a manos de los zombis. Estaba dispuesto a morir (¡deseoso de hacerlo!) con tal de matar al enemigo de Avitu.

Genial.

Rosemary decidió que era su hora. Reclamó el cuerpo de un zombi y le costó un esfuerzo supremo. Era como intentar abrocharse un abrigo en un vendaval de cien kilómetros por hora, pero Rosemary estaba acostumbrada a enfrentarse al viento y, cuando se hizo con el cadáver, agarró a Tim y lo apartó, para librarlo del tentáculo. Sus manos putrefactas presionaron el pecho del anciano y aplicó sus labios arrugados a los de Grady, sorbiendo las heces que cubrían su boca y después escupiéndolas a un lado. ¿Qué más le daba? No tenía lengua ni gusto.

Cuando lo oyó toser y farfullar, levantó la vista.

El tentáculo había envuelto a un zombi y lo estaba usando como un garrote para vapulear a los otros; el sheriff había retrocedido hasta llegar a una pared y había decidido adoptar una actitud pasiva.

–Sal de aquí –le dijo Rosemary a Grady. Al menos lo intentó. Su lengua podrida y sus pulmones agusanados solo podían producir un suave siseo. Señaló la puerta pero Tim estaba mirando de nuevo hacia su mochila y ella sabía qué había dentro.

Le supuso un esfuerzo inhumano pero Rosemary ya no era humana. Invocó todo su poder (el poder con el que había conseguido liberarse de la muerte), y una vez más le mostró a su asesino su rostro

humano.

La odiosa cara de Rosemary se superpuso a la podrida faz del zombi y lo consiguió; los ojos de Grady se desorbitaron de terror. Estaba contemplando la única cosa que podía temer y echó a correr. Dagley parpadeó atónito, masculló un juramento y lo siguió.

Rosemary, que aún poseía al zombi, cogió la mochila y se coló por el agujero.

Moverse a través del tentáculo era difícil, mucho más que nadar, incluso más que hacerlo contra una fuerte corriente, pero sus músculos estaban muertos y no sentían fatiga. No los impulsaba ninguna reacción química sino únicamente su voluntad.

Buceó hacia el Enemigo y entonces se encontró con él, en él, dentro de una oscura charca de agua viviente, helada, llena de desperdicios y que rezumaba odio. La criatura comenzó a desgarrarla pero le daba igual. Descuartizó su cuerpo pero le daba igual. En su furia, despedazó también la mochila y la abultada bolsa de plástico que había en su interior.

La bolsa estaba llena de sodio puro en polvo.

Cuando el sodio toca el agua, arde. Y explota.

* * *

Grant Dagley se tambaleó cuando sintió el suelo temblar bajo sus pies. Oyó un estruendo sordo pero no le dio mucha importancia. Tenía que alcanzar a Tim.

Lo alcanzó inesperadamente, cuando Grady pasó de correr a máxima velocidad a detenerse en seco.

–Hemos ganado –dijo Grady y de pronto volvía a estar calmado. Parecía tan tranquilo como si estuviera pidiendo una segunda ración de tarta de nuez en una cafetería.

–¡Genial! –dijo el sheriff–. ¡Ahora vámonos corriendo!

–No podemos salir por ninguna puerta. Estamos rodeados por la policía.

Dagley, predeciblemente, lanzó un juramento.

–Hay otra salida –dijo Tim, después de levantar la cabeza una vez más, escuchando a la nada–. Por aquí.

Cuando Tim abrió la trampilla de una tubería grande y ancha, Grant dijo:

–Oh, Jesús, no.

–Bucea ciento veinte metros y saldrás a un túnel de acceso a las alcantarillas –dijo.

Dagley puso cara de disgusto pero al menos el agua estaba limpia.

–Mierda –dijo, pero se quitó los zapatos y los ató a su cinturón, desenfundó su porra y golpeó a Tim en la nuca tan fuerte como pudo.

En realidad no fue Dagley el que lo hizo. Fue Rosemary. Del mismo modo, fue Rosemary quien esposó a Tim a una escalerilla de acero y arrojó la llave al agua. Y entonces Dagley volvió a ser él de nuevo. En ese momento oyó ruidos de pisadas en el piso de arriba. Miró a Tim y trató de idear un plan pero, mierda, lo mejor que se le ocurría era: «que el puto viejo pague el pato». Se zambulló en el agua y nadó en pos de la libertad.

Los dientes de oro de Pete el Dulce refulgieron cuando dijo:

–Pagaré un millón de pavos a cualquier hijo de puta que se cargue a esa zorra.

(Se ganó su mote por su afición a los dulces, no por su talante).

–¿Aún tienes un millón de pavos? –preguntó Sal Macellaio.

Pete el Dulce suspiró.

La conversación estaba teniendo lugar antes del ataque de Grady contra el Enemigo, antes de que Avitu y Teddy reclutaran a su tropa de zombis. Sal no sabía nada de eso. Había oído chorradas sobre demonios en Las Vegas y estaba interesado.

Pete estaba detrás de un cristal, vestido de color naranja, con las muñecas esposadas aunque fuera para hablar con una visita a través de un teléfono de cordón corto. Al llevar las esposas, pareciera como

si estuviera cogiendo el auricular con las dos manos, como si no tuviera fuerza para sujetarlo con una mano.

–Ah, todos mis bienes están congelados, todas mis cosas han sido embargadas. Esa puta me jodio pero bien. Yo fui un imbécil. No soy orgulloso. Fui un imbécil y lo admito. *Cherchez la femme*, ¿eh?

–Sí –dijo Sal–. Y esa mujer, ¿cómo se llama? Gwiddy... Gwen...

–Gwynafra –contestó Pete y esas tres sílabas encerraban un profundo significado, digno de una tesis, en el que, por debajo del odio y el rencor, subyacía la añoranza.

–Vosotros no llevabais mucho juntos, ¿no?

–No. Antes de conocerla estaba con Chelsea, que no era ninguna lumbreras pero al menos no me vendió como un judío a los policías.

Sal, cuya abuela materna era profundamente judía, dijo:

–Ya.

–Pero Gwyn, mierda... Perdí la cabeza. O sea, ya sabes cómo son estas cosas, ¿no? ¿Has visto las fotos?

–La verdad es que tiene un polvazo, sí.

–Pero yo no hablo de las tetas... Es una fiera sexual, ¿oyes lo que te digo? Como una de esas ninfómanas. Nunca tenía suficiente. *¿Capisce?*

–Lo pillo.

Pete sacudió la cabeza, pesaroso.

–Y ahora aquí estoy, en la trena. Cascándomela en mi celda. No había tenido que hacerme pajas desde los catorce años pero aquí estoy.

–¿Cómo consiguió hacerte esto?

–No sé. O sea, no es que yo le estuviera todo el día contando mis planes, ¿sabes? Pero ella... No sé. Supongo que tenía acceso a mis cosas. No sé. No podría haberme jodido más ningún poli infiltrado.

–¿Tuviste alguna vez la sensación de que había algo, no sé, raro en ella?

Pete abrió la boca y luego la cerró.

–¿Raro?

–Sí, raro.

Sal notaba que Pete confiaba bastante en él pero el orgullo del

gángster, su pragmatismo o quizás su pudor actuaba de barrera.

–No –dijo.

–¿No?

–Te he dicho que no.

* * *

Hasmed el demonio, también conocido como Harvey Ciullo, una vez denominado Caballero del Azote Maldito y a menudo llamado Maese Fortuna, estaba sentado en un banco junto a Roscoe Paum. Al ser solo un humano, Roscoe únicamente tenía un nombre.

–Mmmm –dijo Roscoe, dando un codazo a Hasmed mientras una mujer pasaba caminando al lado–. Fíjate en eso. Joder, no me importaría nada meter la cuchara ahí, ¿sabes? –se refería al trasero de la mujer, que era del tamaño que le gustaba.

El demonio dirigió una significativa mirada al mortal. Como uno de los ojos de Hasmed era un desecho de sangre y pus, sus miradas tendían a ser excepcionalmente penetrantes.

–¿Sabes que algún día algún tío hablará así de Tina? –Tina era la hija de Harvey pero Roscoe la había estado cuidando durante los últimos jaleos; jaleos que parecían haberse acabado, aunque nunca se sabía.

–Sí, pero... –Ros lo miró, volvió la vista a la mujer que se alejaba (que no se daba cuenta de nada), luego miró de nuevo a Hasmed y suspiró–. Eres un aguafiestas –se quejó.

–Tú estate atento a ese camión de Brinks y deja de pensar con los pantalones –dijo Hasmed–. En cuanto acabemos esto, podrás alquilarte todas las putas de culo gordo que quieras.

–Joder, Harv, ya sabes que yo no soy uno de esos tíos que se pegan toda la vida en burd...

En ese momento el camión dobló la esquina.

–Hora –dijo Hasmed con voz calmada.

–Ocho treinta.

–*Meraviglioso* –contestó Hasmed, escribiendo una nota.

Llevaba un par de semanas cronometrando la ruta del camión, a veces solo, a veces con Roscoe, a veces con alguno de sus otros

«compañeros de negocios».

Hasmed no se encargaba del negocio de los furgones blindados, a menos que uno piense que tales asuntos son propios de los gánsteres, junto con el préstamo, el contrabando, las apuestas y los secuestros.

Porque Hasmed era ahora un mafioso, vinculado a Rico Pudoto, de Atlantic City, y había ido medrando en su organización derramando la sangre de otros. La guerra de Rico con Johnny «Bronco» Vuoto había concluido; una victoria decisiva para las bandas de Atlantic City y solo Rico y sus más cercanos consejeros sabían hasta qué punto la intervención de «Harvey Ciullo» había sido determinante para vencer.

Pero ahora la guerra había acabado y se suponía que Maese Fortuna debía ponerse a trabajar. Cargarse a rivales y hundir los negocios de otros era una buena forma de pasar el tiempo pero eso no servía exactamente para pagar sus gastos.

De modo que, como muchos otros antes de él, Maese Fortuna decidió ir donde estaba el dinero: los furgones blindados. Parecía más fácil que ganarse la vida trabajando.

(Se había hablado de dar a Maese Fortuna un pellizco de las sobras de las ganancias de Johnny Bronco pero a los otros lugartenientes de Rico no les pareció bien. Para ellos, aún era el chico nuevo. Además, un judas seguía siendo un judas por mucho que Bronco mereciera un castigo, *¿capisce?* Querían que ese novato probara su valía y Hasmed estaba perfectamente de acuerdo con ello. Imaginó que estaría bien ser un asaltador, hacer algunos atracos de importancia de vez en cuando. Lo que menos quería era sujetársela a una panda de canallas y rufianes cada vez que quisiesen ir a mear. Ni hablar).

—... más delgado, ¿eh?

Hasmed se giró a Paum y se dio cuenta de que había estado con la cabeza en las nubes. El humano tenía una expresión expectante.

—Sí —dijo Hasmed—. Esas pesas me están poniendo en forma.
—Se pasó la mano por debajo de su mandíbula, donde la piel suelta de la papada se había tensado. Nunca sería una sílfide pero, al menos, ya no le temblaban las carnes cuando caminaba.

–Seguro que te sientes mucho mejor, ¿verdad?
–Al menos tengo mejor aspecto –dijo Hasmed–. Anda. Vamos a ver ese *Chrysler*.

* * *

Sal había conseguido un trabajo en el casino de la Disney. Tenía que estar ojo avizor; tal vez Rico de Atlantic City había puesto precio a su cabeza (o quizás Rico se figuraba que ya no era peligroso) pero aún tenía amigos en Las Vegas que podían buscarle un empleo, incluso en un casino no controlado por la mafia.

No era literalmente un casino de Disney; no había máquinas tragaperras de la Sirenita, los camareros no llevaban disfraces de pirata u orejas de Mickey Mouse, pero era propiedad de una compañía que, a su vez, pertenecía a la Disney, o algo así. Al tratar con la directiva, Sal percibió una seria rigidez que no recordaba en los casinos de la Mafia. No es que los gánsteres fueran más simpáticos ni estuvieran menos interesados en tener controlado cada centavo de su casino. El problema era que en aquel local eran unos nazis con respecto a la apariencia y la actitud de sus empleados.

A la mierda. Él estaba allí para vigilar a Gwynafra Doakes y creía que ya había averiguado todo lo que había podido; pronto se iría; ni siquiera se molestaría en recoger su último cheque.

Había estado vigilando. Vigilándola a ella, principalmente. Solía pasarse por la cabina de seguridad después de su turno, de camino a los vestuarios. Allí charlaba con una de las vigilantes de las cámaras, una chica llamada Janet. Le contaba chismes y le reía las gracias, mientras miraba de refilón el monitor de la última cámara instalada, la del despacho de Gwynafra.

Cuando ese día vio a la odiada y aborrecida ex de Pete el Dulce, comenzó a desentenderse de la conversación de Janet. Insinuó que la llamaría algún día para salir por ahí, tal vez a ver al Circo del Sol, pero que tenía que ir a casa a sacar al perro y eso, así que hasta luego, adiós.

Por tanto, parecía perfectamente normal que se montara en el ascensor con Gwyn, un individuo esmirriado y un sujeto que parecía

un buey trajeado. Había un par de tipos más dentro pero no eran relevantes.

El tipo grande y sin cuello era, obviamente, su guardaespaldas; el «parabalas». No parecía muy despierto pero Sal veía más allá. Los mejores matones siempre procuraban aparentar estulticia. Les daba una excusa para cerrar la boca, escuchar y vigilar. Ese tipo se interpondría entre su protegida y el agresor, detendría un proyectil con su chaleco antibalas y cubriría su huida. Ese era su trabajo. Era predecible y, para Sal, alguien predecible era alguien al que siempre se le podía dar esquinazo.

El pequeño era diferente; un pistolero. Iba delante, exploraba el terreno, se camuflaba entre la gente y, probablemente, neutralizaba amenazas antes de que llegasen a serlo. Con aquel corte de pelo, posiblemente era un antiguo miembro de las Fuerzas Especiales, un boina verde, un marine o algún tipo de explorador militar. Como Vietnam Ham, solo que un par de décadas más joven y sin sentido del humor.

En el curso de alguna charla, Sal se había enterado de que el grandote era Freddie y el pequeño era Phil. Freddie era un guardaespaldas legal. Phil era supuestamente un ejecutivo auxiliar al servicio de la Srta. Doakes, que era vicepresidenta a cargo de los patrones de competitividad. La Srta. Doakes también tenía una secretaria; una don nadie con pinta de ardilla, llamada Pamela Creed, que siempre tenía el aspecto de haber recibido una bofetada y estar esperando el siguiente golpe con el dorso de la mano.

Desde el punto de vista de los otros miembros de la directiva, la Srta. Doakes no hacía una mierda. Bueno, quizás se lo estaba haciendo con Jerry Bogart, el tipo que regentaba el local.

–Eh –dijo Sal, con una amplia sonrisa, al meterse en el ascensor–, hace un calor de la leche, ¿verdad?

Freddie no cambió de expresión. Phil lo miró fijamente unos segundos. Durante un instante Sal temió que fuera de la mafia pero, no, Phil parecía ser uno más. Gwyn le dirigió una sonrisa educada pero no respondió.

Al darse la vuelta para tener de frente las puertas, Sal miró de reojo los evidentes y copiosos encantos físicos de Gwyn. No es que

estuviera excitado por ella (cuando estaba trabajando, no tenía ninguna otra cosa en la cabeza), pero sabía que el tipo de persona que estaba representando echaría un vistazo. Y, francamente, la visión no era mala.

Para cuando llegaron al nivel del aparcamiento, ya había iniciado una discusión con un crupier de retirada sobre si los Cubs iban a ganar o, como siempre, les faltarían pelotas para remontar.

Los Cubs, pensó Sal. Los favoritos de Ciullo.

Siguió conversando con el empleado un tiempo, cambiando impresiones con él, mientras Phil salía a buscar la limusina de Gwyn. Al rato, Freddie cambió el peso de pierna; no mudó de expresión, era demasiado profesional, pero Sal intuía que se estaba incomodando por la tardanza de su compañero; Sal se excusó y fue a ver por qué tardaba tanto Phil.

Llegó a tiempo para ser testigo de la efectiva amenaza que siempre representa una pistola. Phil tenía un arma en una mano y en la otra la solapa arrugada de la gabardina de un tipo. El hombre que la llevaba estaba muerto de miedo. Phil hablaba entre dientes.

–Si te acercas a ella otra vez, si la espías otra vez, si piensas en ella mientras de la machacas, te patearé el culo, te llevaré a rastras hasta el desierto, te pegaré un tiro en la polla y te dejaré con los escorpiones. ¿Está claro?

Por los balbuceos de aquel tipo, Sal era incapaz de determinar si estaba intentando aclarar qué día era o en qué planeta estaba, pero Phil parecía satisfecho, así que le despidió empujándolo contra una puerta y propinándole una patada en el trasero.

Sal, que estaba de pie entre dos enormes todoterrenos, estaba perfectamente inmóvil. Phil miró a su alrededor.

Alguien con menos experiencia habría tratado de ocultarse; es decir, se habría agachado o se habría arrastrado a la derecha o la izquierda, para que sus pies estuvieran detrás de los neumáticos del vehículo. Pero Sal sabía que se le daba bien pasar desapercibido y sabía que el movimiento podía atraer la mirada haciendo visible a un hombre con un traje oscuro envuelto en las sombras entre dos coches; especialmente si provenía mucha luz del exterior. Si se movía para ocultarse, habría una gran cantidad de superficies en las que se

podrían reflejar destellos. Un tipo listo como Phil prestaría atención incluso al ademán de un movimiento, a la intención de hacerlo. Sal no pensaba hacer nada.

Sal esperó a que Phil se metiera en la limusina y entonces se dirigió lentamente a la puerta de salida. No se marchó. La puerta de metal tenía una ventanilla de cristal reforzada con alambre, a través de la cual podía ver al tipo de la gabardina sentado en el bordillo de la acera, que gimoteaba. Instintivamente, Sal torció los labios.

¿Qué pasa, maricona?, pensó. ¿Te duele el coñito o algo así?
Pero entonces, sin poder evitarlo, otro pensamiento cruzó su mente.

Mi hijo lloró así. Antes de que Ciullo lo matara.

Afortunadamente, antes de que su mente siguiera por esos derroteros, la limusina se detuvo al lado del tipo de la gabardina. Este la miró con pavor y trató de apartarse, intentó levantarse pero estaba demasiado asustado, tan amedrentado que solo pudo ponerse en pie y tambalearse. Entonces la puerta de atrás se abrió.

Sal no oyó lo que Gwyn le decía a aquel miserable pero su gesto era claro; le indicaba que se acercase.

El otro se quedó inmóvil unos instantes. Luego se dio la vuelta y echó a correr.

Gwyn vio cómo se alejaba, sin que mudara la expresión de su astuta cara de zorro. Luego cerró la puerta con un golpe. El gran coche blanco salió de allí.

Giró la esquina antes de que el otro llegara a la puerta metálica. Sal la abrió y metió al tipo dentro.

–¡No me haga daño!

–Shhh, no pasa nada. Eh, tranquilo.

De cerca, aquel individuo olía a mierda. Generalmente, cuando Sal decía que alguien olía a mierda se refería a que apestaba de un modo general. Pero en el caso de ese sujeto, olía como si hubiera confundido sus calzoncillos con un pañal de gran capacidad.

Mirando a través de las rendijas de sus dedos, el de la gabardina retrocedió hasta dar con la espalda en una pared y se acurrucó, aún llorando.

Sal lo observó durante un momento y se percató de que, objetivamente, su hijo no había llorado así, ni siquiera al final, a pesar

de estar abrumado por la desgracia, abrumado por el dolor. Pero aquel tipo no sentía ninguna vergüenza y lloriqueaba abiertamente como un niño.

–Vamos. ¿Quieres un trago?

Como un crío al que se le promete una chuchería, los desconsolados sollozos el tipo de la gabardina comenzaron a desvanecerse.

–Te daré algo de beber. Ven conmigo.

Con un suspiro, Sal se percató de que el hedor a excrementos iba a inundar su coche pero dejó que aquel sujeto subiera a él.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Sal.

–Bartholomew –contestó el otro mientras se montaba en el asiento del copiloto y se apartaba de Sal apoyándose contra la cara interna de la puerta.

–¿Te llaman Bart?

–Barney.

–Vaya. ¿No suele ser eso un diminutivo de Barnabás?

–Mi hermano cuando era crío no sabía decir Bart.

–¿Ah, sí? ¿Quieres que llamemos a algún familiar?

–¡No! No, no pueden... ¡No pueden saberlo! ¡Tengo que mantenerme lejos de ellos! –Con cada frase su voz ganaba volumen. Entonces trató de abrir la puerta del coche. Como iban a 80 kms/h, Sal agradeció que estuviera el seguro bajado.

–¡Eh, eh, relájate!

–Mi familia no puede saberlo –dijo Barney. Se pasó la lengua por sus labios agrietados y sus ojos enloquecidos se revolvían como un sismógrafo durante un terremoto—. He sido mancillado. Corrompido. No puedo contagiarlos.

Vaya, pensó Sal. *El maldito loco tiene algo de honor.* Frunció el ceño un instante, mientras pensaba en cómo se propagan los males por las familias. Su hijo. La hermanastra de Ciullo y la anciana madre de Ciullo allí en Florida. Pensó en su sobrina.

–Eso suena bastante duro –dijo.

La respuesta de Bartholomew fue un quejido. Estuvieron en silencio hasta que llegaron al bungalow alquilado de Sal. Sal le ofreció un trago de whisky y le preguntó si quería usar la ducha. Tímidamente,

el chiflado accedió; una vez que estuvo bien seguro de que las intenciones de Sal no eran homosexuales.

(Si Barney hubiera sido un tipo cuerdo, Sal se lo habría tomado como una ofensa. Pero al venir de un chiflado, podía reírse a gusto).

Mientras Barney se frotaba, Sal echó la ropa sucia en la lavadora y puso un par de cervezas sobre la mesa de la cocina. Por fin, el chalado salió del baño limpio, envuelto en un albornoz. Parecía considerablemente más cuerdo, pero Sal pensó: *Joder, Johnny L. me dio ese albornoz y ahora voy a tener que tirarlo.* Sonrió, señaló una cerveza y recibió un gruñido como respuesta.

–¿Por qué me ayudas? –preguntó Bartholomew–. La gente que llora no es algo infrecuente en los casinos.

Sal pensó en mentir pero decidió no hacerlo. *¿Por qué malgastar su lucidez?, pensó. Mejor ir al grano.*

–Gwynafra Doakes –dijo–. ¿Por qué estás interesado en ella? ¿Qué te dijo?

Bartholomew le dirigió una mirada larga y pensativa. Entonces abrió una lata de cerveza.

–Me interesa porque tiene el hedor del Infierno. –Hizo una pausa para ver la reacción de Sal y, al ver que este no se echaba a reír ni se sentía incómodo, los ojos de Barney centellearon–. Has visto a uno, ¿verdad? Has visto a un demonio.

–Tal vez.

–¡Sí! Viste uno, como yo, y te sedujo. ¡Te cubrió con sus nocivos venenos vaginales!

Uy, ya estamos, pensó Sal. Bartholomew apoyó ambas manos en la mesa y se inclinó hacia delante con ansia.

–¿Fue Makiko? –susurró.

Durante la siguiente hora, interrumpida solo para hacer café y poner la ropa de Barney en la secadora, Sal oyó toda la historia.

Bartholomew Hightower era un vendedor de seguros que había ganado un montón de dinero en un viaje de negocios a Las Vegas. Conoció a una chica llamada Makiko que le había hecho algo o había hecho algo con él o algo así. Hightower no podía hablar de ello sin agitarse y demorarse en extraños detalles que Sal ni necesitaba escuchar ni quería hacerlo. Evidentemente, había algo sexual en todo

aquello. Después de aquello, Barney fue derrumbándose gradualmente. Perdió a su mujer. Fue despedido. Comenzó a beber, volvió a Las Vegas en busca de Makiko, no logró encontrarla, se le acabó el dinero, lo echaron del refugio de vagabundos y perdió todos sus trajes excepto uno pero la había visto.

–¿A quién? ¿A Makiko o a Gwyn? –preguntó Sal.

–A Gwyn –dijo Hightower despectivamente–. Ella no es una de ellos. No es una de ellos, ¿no lo notas? ¿No puedes sentirlo?

–Supongo que no.

–Quizás es porque no experimentaste el abandono carnal de...

–Sí –dijo Sal rápidamente–. No lo hice. Pero Gwyn es... O sea, ¿es como tú?

–No –dijo Barney sintiéndose herido–. Yo soy una víctima. Ella es... No lo sé. Algo más. Como esa tal Creed.

–¿Pamela Creed? ¿La secretaria de Doakes?

–También es uno de ellos. Estuve a punto de hablar con ella una vez –frunció el ceño–. Estaba un poco más... entero... por aquel entonces. Pero eso no importa. Ella... Las dos están metidas en esto, de algún modo. Otros... He visto a otros con ellas que tienen la misma polución.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo se te ocurrió que eran... mmm... demonios?

–¿Es que no es obvio?

Al recordar lo que había visto hacer a Ciullo, Sal tuvo que admitir que aquel tipo tenía razón.

–¿Alguien más sabe algo de esto?

–No lo sé –dijo Hightower mordiendo una uña ya mordida–. No he encontrado a ninguna otra víctima, aunque hay muchísimas... Cientos... ¡Quizás miles! Y también está Roark.

–¿Roark? ¿Quién es ese?

–La Dra. Roark. La Dra. Emily Roark. Ella sabe algo. No percibe nada pero ha estudiado. Es profesora de Historia. Sabe cosas pero no cree. Ninguna persona que creyera lo habría estudiado tan bien como ella. Traté de hablar con ella de esto, ver si sabía, pero solo conoce hechos. Textos. Documentos y estudios. Podría haberme ayudado si hubiera querido pero no lo hizo. Me echó. No quería hablar conmigo.

–Tal vez podría hablar conmigo –dijo afilando su mirada–. ¿Y

qué hay de Gwyn? ¿Qué te dijo desde el coche?

–Gwynafra, la que conoces, me... me ofreció consolación.

–¿Ah, sí? Te refieres a... O sea, ¿sexo?

–No lo creo. Creo que quería decir otra cosa. Dijo que podía liberarme de mi dolor –Hightower se llevó la mano a la boca, se limpió la espuma de la cerveza y susurró–. No sé si podré resistir mucho más.

–Oye, Barney, tú no... No querrás hacerlo. No querrás que te infecten de nuevo, ¿verdad?

–Claro que sí quiero. Más que nada en el mundo.

* * *

El trabajito del furgón blindado de Hasmed resultó un fiasco.

Todo empezó de acuerdo con el plan. Habían conseguido que un joven maleante llamado Tony condujera el *Chrysler*. No tenía antecedentes. Estrelló el coche contra la pared del túnel en el punto exacto. Bloqueó el carril... pero un imbécil que conducía una vieja camioneta se puso entre él y el furgón, de modo que este no quedó inmovilizado. El plan era que estuviera justo detrás del *Chrysler* y quedara atrapado, mientras el flujo de coches del carril de la izquierda impedían que maniobrara. Hasmed y Lee Boyer Jr. «El Lechero» estaban en un *Ford Windstar* detrás del objetivo, con la intención de asaltarlo en ese mismo lugar y vaciarlo. Gracias a aquella camioneta, sin embargo, el vehículo blindado no necesitó detenerse del todo. Frenó pero aún era capaz de cambiar de carril y rodear el coche siniestrado.

La segunda parte del plan, después de que el furgón quedara bloqueado, era que un *Ford Excursion* que iba delante del *Chrysler* vomitara de pronto a cuatro tipos con rifles AR-15 y medias en la cara. Neutralizarían a los dos guardas que estaban delante mientras los de atrás vaciaban el furgón. Todo estaba cronometrado para hacerlo en menos de cuatro minutos y sin un solo disparo.

Pero esa maldita camioneta.

El conductor del *Excursion* era un tipo duro, un mañoso que había conducido vehículos con éxito en un par de atracos a bancos,

pero el tipo de al lado montó en cólera y le ordenó que embistiera al furgón blindado y lo sacara de la carretera. El conductor pensó que era estúpido pero sabía que el copiloto era un maldito desequilibrado de modo que no iba a enfrentarse con él teniendo un rifle en la mano, ni hablar. Así que el *Excursion* embistió al furgón y lo sumergió en mitad de la marea de coches que venían en dirección contraria, reventando su parachoques en el proceso. Los guardas no se sorprendieron cuando las cosas comenzaron a ponerse feas de veras.

La parte secreta del plan, la parte que Hasmed solo había contado a su vasallo Boyer porque nadie más la hubiera creído, era que, con el furgón detenido y los guardas de delante inmovilizados, él se volvería invisible y saldría del coche. Entonces usaría un pequeño truco que aprendió de otro demonio y que le permitiría abrir la cerradura de la trasera del vehículo blindado. Dejaría que los guardas del interior lo vieran únicamente cuando estuviera encañonando a cada uno con una pistola; luego se rendirían, todas las otras cerraduras del interior se rendirían ante su mandato ultraterreno y todos vivirían felices y comerían perdices.

Pero el *Excursion* tuvo que embestir al furgón, poniéndose a tiro de los guardas del interior. Esos vigilantes, naturalmente, en cuanto vieron los rifles, abrieron fuego. Los pistoleros de la mafia se suponía que tenían que tener su propio vehículo y el *Chrysler* como parapeto. Pero el conductor y uno de los del asiento de atrás no tenían nada de eso. El tipo del asiento trasero recibió un balazo en el brazo y el conductor otro en el cuello.

–¡Malditos gilipollas! –masculló Hasmed, pero se hizo invisible y saltó del coche. Boyer se acurrucó justo detrás de la puerta del conductor, con una sonrisa maníaca en los labios. Hasmed podía sentir cuántas ganas tenía el bueno de Boyer de hacer una matanza pero era un tipo listo, un buen soldado y cumpliría las órdenes y trataría de salvar el plan.

Sin ser visto, Hasmed corrió a la parte de atrás del furgón, con una pistola semiautomática del 45 en cada mano. Se tumbó detrás del vehículo, alzó el brazo y golpeó la puerta con la culata de un arma. La puerta se abrió de pronto. Hasmed esperó un momento, durante el cual oyó cómo esos estúpidos vaqueros abrían fuego contra no se

sabía muy bien qué, y luego abrió la puerta del todo.

Como esperaba, al menos uno de los guardas se giró hacia la misteriosa apertura y disparó sobresaltado. Mientras vaciaba el cargador, Hasmed, invisible, subió al interior. El otro guarda, una mujer, con el arma introducida en una ranura especial de la puerta, disparaba meticulosamente a los gánsteres. De cuando en cuando, sus ojos se volvían a los lados asegurándose (eso creía ella) de que nadie se acercara.

Que os jodan, pensó Hasmed mientras se colocaba detrás de la pareja. Envuelto en las sombras, los caños de sus pistolas se aproximaron a los cuellos de los guardas...

No.

En lugar de eso golpeó al tipo con la culata en la nuca, con toda la fuerza que pudo.

–¡Aaaaah! –gritó el vigilante, cayendo hacia delante y levantándose–. ¿Qué coño...?

La otra pistola de Hasmed impactó contra la sien pero seguía sin caer. Una suerte de perros. Entonces los dos comenzaron a escudriñar la furgoneta, buscando un enemigo que no podían ver, de modo que Hasmed abrió fuego contra los dos.

Se acabó la piedad, pensó. Entonces miró por la ranura para rifles de la puerta y vio el interior del *Excursion*. Parecía como si alguien hubiera desollado un buey allí dentro y este a su vez hubiera despedazado al carnicero. Si quedaba con vida alguien del equipo, no estaba en el coche.

Por cierto, ese era el vehículo en el que se suponía que debían huir. Típico.

Hasmed enfundó las pistolas, comenzó a dar patadas y palmadas sobre las cerraduras, abriéndolas con apatía.

–¿Qué está pasando ahí detrás?

No existía ninguna puerta entre los asientos delanteros y la trasera del furgón pero había un interfono allí que había comenzado a graznar.

–Todo en orden –dijo Hasmed.

–Tenemos un montón de luces verdes aquí –dijo la voz y el demonio se percató de que no era el conductor. Estaba hablando con

la base—. Armitage, ¿eres tú? —preguntó la voz mostrándose súbitamente recelosa. Hasmed miró de reojo al guarda muerto y vio que en su etiqueta de identificación ponía Meier.

—Soy Meier —dijo Hasmed, cargando sacas de dinero en ambos brazos.

—¡Y una mierda! —dijo la voz en la radio y Hasmed lanzó un improperio. No pasaba nada. No podían verlo. ¿Qué iban a hacer? Llevó el dinero hacia su Ford y vio que Boyer se había ganado tres puntos; había girado el vehículo por completo, preparado para huir en dirección contraria.

Buena idea, pensó, descargando las sacas en el asiento de atrás. Regresó a coger más pero decidió dejarlo en cuanto oyó aproximarse las sirenas.

Estaban fuera del túnel antes de darse cuenta de que uno de los cuatro tipos del Explorer estaba en el asiento trasero, jadeando y cubierto de sangre. Al parecer, no era suya. Les dijo que ninguno más del Ford había sobrevivido.

Bueno, al menos nadie cantará, pensó Hasmed. Tony parecía un muchacho con agallas; si lograba sobrevivir podría contar la historia del Explorer que se estampó contra el furgón blindado. Si hubiera sido detenido, no habría descubierto a nadie.

—¡Maldita sea! —masculló Hasmed entre dientes—. ¡Putá mierda!

—Tranquilízate —dijo Boyer, girando la cabeza en cuanto llegaron a la autopista.

—¡Nos dejamos la mitad de la pasta en el furgón!

—Bueno, sí, pero míralo por el lado bueno. Solo tenemos que repartirlo en cuatro partes.

* * *

—¿Es usted la Dra. Roark? Encantado de conocerla.

—Oh, el placer es mío, Sr. Turner. —Emily Roark tenía una cara anodina y algo rechoncha. Su pelo, liso, flácido y grisáceo tenía el color de alguna criatura de bosque con buenas dotes de camuflaje. Tenía gafas de varilla y no llevaba maquillaje por sus creencias políticas. Leía novelas románticas en secreto por vergüenza y había

algo en John Turner que hacía que su corazón trepidara.

No es que Turner fuera particularmente agraciado. Tenía una cara interesante, unos ojos fríos pero inteligentes, una boca recia y el tipo de rostro ajado, bronceado y con cicatrices que no se suele ver en las aulas. Cuando se saludaron, él le estrechó la mano con las dos y sus palmas eran rugosas y fuertes.

En una palabra, era rudo y eso la estremecía. Solo un poco.

Le invitó a que entrase en su oficina y dijo:

–Entonces, ¿dice usted que es reportero?

–Sí, recientemente publiqué un artículo en el *Seattle Intelligencer* sobre el crecimiento del interés por lo satánico a raíz de los sucesos de Los Ángeles. ¿Lo leyó?

–No –dijo ella–. Pero tengo que hacerlo.

Buena suerte, pensó él, porque no existe.

En realidad no era John Turner, por supuesto. Era Sal Macellaio. En el transcurso de su vida criminal, había tenido que hablar a menudo con académicos; era una forma sorprendentemente fácil de conseguir información sobre metalurgia, por ejemplo, o sobre métodos de aumento de beneficios empresariales o triquiñuelas legales para perpetrar fraudes. Incluso tenía un permiso de conducir de John Turner y un carné de prensa diseñado para tales ocasiones.

–Encontré mucho material y cedí parte de él a un tipo que conozco para que hiciera un artículo más largo. Escribe para una revista de Toronto llamada *Fleur de Lis*. ¿La conoce?

–Lo siento. Nunca he oído hablar de ella.

–No pasa nada. Tiene una tirada muy limitada. –Sal no fingía modestia muy a menudo pero podía hacerlo muy bien cuando le hacía falta–. De todos modos, me gustaría tener una visión general del... satanismo, si es que se dice así, a lo largo de los siglos. Y su nombre no deja de aparecerme por todas partes.

Su risa era sorprendentemente juvenil. Que pensase que estaba intentando flirtear con ella, daba lo mismo. Lo cierto es que lo habría hecho si le hubiera hecho falta. Ahora estaba abrumada y acalorada y por eso mismo era más difícil que le pidiera sus credenciales.

–Me adula usted.

–Me preguntaba... Bueno, o sea, ¿de qué va todo eso?

–¿Se refiere al satanismo, a la adoración del Diablo o a todo en general? –Al ver su expresión desconcertada, la mujer dijo–. Un adorador del Diablo puede ser tan diferente de otro como un doctor en teología cristiana de un cristiano con crócalos de serpientes de cascabel de Black Hills o un cristiano haitiano con afición al vudú.

–Eso tiene sentido, supongo. En la escala inferior, se encuentran los adolescentes que derriban lápidas y pintan pentáculos en ellas con spray.

–Son los sujetos satánicos del «hágalo usted mismo», que en realidad se rebelan contra sus padres o el status quo o lo que sea y que se inspiran en películas, cómics o periodicuchos baratos y sensacionalistas. Una línea más importante del satanismo es lo que yo llamo «Satanismo reaccionario»; personas que se declaran satánicas en primera instancia como reacción a algo más. Quieren, ya sabe, «tomar el pelo a los carrozas» –dijo con un gorjeo de risa–. Así que pintan un pentáculo y se van tan contentos.

–Ese es el tipo de actuación que ha proliferado desde lo de Los Ángeles y la Noche del Diablo, ¿verdad?

–Exacto. Ha habido una gran oleada, aunque menor de lo que cree. Con la difusión mediática, parecía que ser satánico era casi normal y estos modelos de rebeldía huyen de la normalidad por encima de todo.

Bien, pensó Sal. La familia de Marilyn Manson. No me sirven. Si saben algo de toda esta mierda de demonios es solo cómo meterse en follones.

–¿Hay otra corriente más... sería dentro de los adoradores del Diablo?

–Oh, sí. Hay y siempre ha habido un pequeño núcleo duro de personas que reverencian realmente lo diabólico, del mismo modo que los musulmanes adoran a Alá. Yo lo llamo...

–«Satanismo reverencial», sí. Leí su artículo al respecto.

Ella sonrió.

–Ojalá mis alumnos prestaran tanta atención. De todos modos, estos abundan más de lo que se cree; Antón LaVey, el Templo de Set y otros del estilo son solo la punta del iceberg, la cara pública de los satanistas reverenciales. ¿Ha leído alguno de los escritos de la Página

de la Conciencia del Culto Sangriento? En su mayoría, son producto de la histeria y resultan rimbombantes, pero puedes encontrar algún buen artículo de investigación sobre la confluencia entre el fetichismo sanguinario y el culto demoníaco reverencial.

–Bueno, verás, yo esperaba que me ayudara con eso. No sé si puedo diferenciar un artículo bien documentado de uno malo. O sea, hay mucho material disponible, sin duda, pero mi instinto me dice que la mayoría es basura.

–Su intuición está en lo cierto. Todo lo que encuentre de Barnes y Noble es, probablemente, basura, como sucintamente lo has definido; sensacionalismo barato para crédulos, confeccionado por algún paleta después de mes y medio de investigación. Este es el peor espécimen que he encontrado –dijo sacando un periódico de un estante y poniéndolo sobre la mesa–. *Dies ignam*. Ni siquiera pusieron bien el latín.

Sal comenzó a pasar hojas.

–¿Qué es esto?

–La realización de los deseos, como esos libros cristianos *New Age* que dicen que los Evangelios contienen instrucciones codificadas para ganar la lotería. Hay un mito persistente que dice que el Diablo en persona escribió un texto llamado *Días de Fuego*, que habla del Apocalipsis, de la verdad sobre el pasado y el futuro del mundo. Los típicos disparates solo que con cuernos y tridentes en lugar de arpas y halos.

–Usted no es religiosa, ¿verdad?

Ella se puso tensa.

–No veo qué relevancia pueda tener eso.

–Nada, nada. Lo siento. Es que... –bajó la vista y sacudió la cabeza.

–No pasa nada. Supongo que estoy algo irritable. Parece que en todas las asignaturas que imparto hay algún cristiano pasado de rosca que me dice que voy a ir al Infierno. Me he puesto a la defensiva. Da la casualidad de que soy agnóstica.

–Yo también –mintió Sal–. Pero, en fin, volviendo a nuestro asunto, ¿de veras la gente usa esto como una Biblia?

–Bueno, si algo hemos aprendido del *Heaven's Gate* y *Aum*

Shinryko es que la gente puede creerse lo que sea. Los satanistas reverenciales no son diferentes. Algunos grupos se fundamentan en fiables y detallados documentos históricos. Ritos y máximas de comportamiento. Otros creen que tienen una historia de mil años cuando, en realidad, esta data de los años sesenta.

–¿Cuáles son esos documentos «fiables»?

–En la sección de Libros Especiales que tenemos aquí hay un facsímil de un manuscrito del siglo XIII; el Texto de Wormwood. No sé si habrá oído hablar de él. Es bastante «correcto», si quiere usar esa palabra.

–¿Podría entrar y verlo?

–Claro, creo que podría arreglarlo –dijo batiendo sus pestañas–. Si se porta bien, incluso puedo ayudarle con el texto. Está en antiguo alemán.

–Oh.

–Wormwood ha sido un verdadero... Ha supuesto un enorme avance en mis investigaciones sobre la sociología del satanismo –continuó–. Es como un imán para los infernalistas.

Sal sabía que ella había dejado caer algo para que él hiciera una pregunta, así que, obedientemente, le preguntó:

–¿Infernalistas? ¿Son diferentes de los satanistas reverenciales?

–Oh, sí. Son una raza muy particular. Un infernalista no reverencia necesariamente lo profano. Algunos sí, pero otros adoran a los demonios como un motorista adora las motos. También están los que creen que pueden servirse de los demonios, hacer pactos con ellos para obtener poderes y prerrogativas. Quieren contactar con el Infierno, liberar un demonio y entregar su alma o lo que sea a cambio de poderes infernales; he oído que algunos utilizan el término «inversión».

–Como los corredores de bolsa.

–Naturalmente, todo son tonterías pero le sorprendería descubrir la enorme cantidad de hombres y mujeres inteligentes y cultos que desean por encima de todas las cosas convocar, atar y controlar un demonio. Le sorprendería mucho.

–Estoy seguro de ello –dijo Sal.

* * *

Hasmed del Azote Maldito estaba de compras en un supermercado cuando su señor demoníaco Vodantu lo invocó desde las profundidades del Pozo.

–HASMED. TU SEÑOR TE LLAMA.

Lo que faltaba, pensó Hasmed. Tina estaba con él, correteando por el pasillo de los cereales. Le indicó que se acercara. No lo hizo. Metió la mano en el bolsillo para coger su móvil, con la intención de hacer la tontería de costumbre pero entonces se dio cuenta de que no estaba allí.

Mierda. Se me debió de caer del bolsillo en el coche.

–¿Qué deseas? –preguntó cortésmente.

–*¡Fruity Pebbles!* –gritó Tina, cogiendo una caja de cereales del estante y sacudiéndola.

–DESEO CONOCER EL PROGRESO DE TU INVESTIGACIÓN SOBRE EL FIN DE RABBADÜN.

Hasmed dijo que no con la cabeza a Tina y decidió emplear antiguo sumerio con Vodantu.

–(Lamentablemente, he de informarte de que no he hecho ningún progreso) –mientras hablaba, puso una mueca divertida y Tina se rió alegremente.

–ESTOY REALMENTE INTERESADO EN ESTE ASUNTO. CURAS A UNO DE MIS MÁS FIELES SIRVIENTES Y POCO DESPUÉS ES ANIQUILADO; NO SOLO DESPOJADO DE SU CUERPO ANFITRIÓN SINO ABSOLUTAMENTE DESPEDAZADO.

–¿Qué? –Hasmed se afanó en tratar de aparentar sorpresa y confusión.

–¿Puedo coger un *Trix*?

–¿NO CONOCÍAS EL DESTINO DE TU CAMARADA?

–En absoluto.

–¡Pero tiene premio!

–¿POR QUÉ NO PERMANECISTE CON RABBADÜN?

–(No quería que estuviera allí. Parecía avergonzado por la derrota, ansioso por alejarse de allí y yo tenía que atender a mis...)

–Hasmed se mordió la lengua. Había estado a punto de decir «obligaciones», entendiendo «obligaciones» como actividades humanas y eso no era algo que Vodantu fuera a oír con buena disposición–. (... vasallos, para evitar que se inquietaran o se rebelaran). –Cogió una caja de *Rice Chex* en una mano y una de *Cheerios* en la otra. Tina puso cara de disgusto y dio una patada al suelo.

–Jooooo...

–TUS VASALLOS, SÍ. ESA PARECE SER TU MOTIVACIÓN, TU EXCUSA SIEMPRE QUE TE ENCARGO UNA MISIÓN.

–Solo una –dijo a Tina señalando las cajas con la cabeza. Después se aclaró la garganta y continuó hablando en sumerio–. (Uno de esos vasallos fue el responsable directo de la liberación de Rabbadün. No subestimes su valor. Rabbadün creía que sus captores eran vasallos de alguien o algo o lo habían sido. Es posible que fueran los mismos que lo encontraron y acabaron el trabajo después de que yo me fuera).

–NO ME AGRADA OÍR QUE UNOS MEROS MORTALES HAN DESTRUIDO A UNO DE MIS SIRVIENTES. TÚ, HASMED, DEBES HALLAR A SUS ASESINOS Y ENTREGÁRMELOS.

A Hasmed le invadió una sensación de alivio.

–(Juro que, antes de que acabe el año, el culpable o los culpables de la destrucción de Rabbadün estarán en tu poder). –Una joven pareja que compraba copos de avena se rieron de él, pero no le dio importancia. Ese era un juramento que podía mantener fácilmente. Ya estaba en poder de Vodantu–. (Lo juro por mi Nombre).

–AFÁNATE EN CUMPLIRLO, NO VAYAS A PADECER TÚ LA MISMA DESTRUCCIÓN. TE HAGO RESPONSABLE DE SU PÉRDIDA, HASMED. FUE UN ERROR TUYO Y CASTIGAR A AQUELLOS QUE LO HICIERON APENAS PODRÁ COMPENSAR MÍNIMAMENTE LA PÉRDIDA DE MI COMPAÑERO DE CASA.

Hasmed estaba a punto de contestar pero sintió que Vodantu había roto el contacto. Justo a tiempo para atender una violenta rabieta de Tina.

Gimoteó y se quejó mientras cruzaban la sección de alimentos congelados, quiso meterse dentro de los helados y al lado de la cajera

se produjo otro alboroto, pero las cosas no se pusieron feas de veras hasta llegar al aparcamiento.

Hasmed oyó el chirriar de neumáticos cuando cruzó las puertas automáticas pero no fue un sentido humano el que le advirtió de que había una persona herida.

No es mi problema, pensó, a pesar de que la mujer comenzó a emitir un llanto lastimero.

–Papá, ¿qué le pasa a esa señora?

–No mires, cariño, métete al coche y ya está.

–¡Es una mamá! –Tina había mirado, por supuesto.

–¡Mi hijo! –balbuceó la mujer y, con una mueca de disgusto, Hasmed accedió a girar la cabeza.

Había un niño en la sillita del asiento trasero. Lo suficientemente pequeño para estar vuelto hacia atrás. Su madre, una mujer gordita de unos veinte o treinta años, estaba cargando los comestibles en el maletero cuando alguien la asaltó por detrás. Ahora estaba sentada, con las piernas abiertas, sobre el asfalto negro y mojado, cubierta de productos de una bolsa rota, mientras un hilo de sangre caía de su boca a su cazadora de cuero con la bandera americana. No gritaba porque, en realidad, no podía. Estaba muy malherida.

–Papá...

–No pasa nada, bonita.

El agresor había tratado de forzar la puerta de atrás pero estaba cerrada. El niño lo miró desde dentro con curiosidad.

–¿Qué le va a pasar a ese niño?

–Mira, es...

–Papá, ¡ve a ayudarla!

–Genial –dijo avanzando a grandes zancadas–. Que todo el mundo se aparte, ¡largo! Vamos, déjenle sitio para respirar, por amor de Dios.

Se agachó a su lado y ella lo miró con ojos desorbitados y temerosos.

–Duele –susurró.

–Cálmese –dijo–. Está bien, yo lo vi todo. –Esparció guisantes congelados y panecillos para canapés sobre su pecho. Entonces exhaló su aliento y afiló la mirada. Logró que se recuperara.

Joder. Vodantu se saldría de sus casillas si supiera esto. Uno de sus siervos curando aun mortal en lugar de matarlo, que es lo que se supone que debería hacer. Esto es la leche.

–Oh... ¡Oh, Dios, estoy sangrando! –Ahora que había reparado sus pulmones y su diafragma, tenía aire suficiente para gimotear en serio y ponerse histérica.

Hasmed limpió una gran mancha de sangre de su chaqueta, la olfateó y, tras untar un dedo en ella, se lo llevó a la boca.

–Es salsa de tomate, tonta –dijo–. Así que, vamos, arriba. Estás bien.

Con indecisión, lo hizo. Entonces comenzó a llorar y corrió desesperadamente a abrir la puerta para coger a su hijo pero sus manos temblaban demasiado como para extraer las llaves del bolsillo. Al ver a su madre angustiada, el niño empezó a llorar a gritos y el gerente del establecimiento salió corriendo precipitadamente. Pero para entonces Hasmed estaba de vuelta en su coche con Tina.

–Has salvado a esa señora –dijo ella orgullosa.

–¡No tenía nada! –ladró Hasmed.

Menuda mierda, pensó. Con una mueca de disgusto, se paró a reflexionar.

Vale, la ayudé y es estúpido y deprimente. También podía haberle hecho daño, lo cual es estúpido, vengativo y deprimente. Supongo que podía no haber hecho nada, pero eso es estúpido, deprimente y gandul.

No quería admitirlo, ni siquiera a sí mismo, pero más tarde reconocería que fue en el aparcamiento donde decidió volverse contra Vodantu.

Tres mujeres estaban defendiendo su hogar y no era fácil.
Una de ellas había muerto hacía más de un siglo. Estaba en un

vagón de tren y abrió fuego sobre los indios junto a su marido. Disparó al caballo de un guerrero en el cuello y vio cómo el salvaje moría al ser aplastado por su montura. Eso hizo que la chica se quedara inmóvil un segundo. Entonces otro indio (¿un apache? ¿un navajo? ¿Un choctaw? Nadie averiguó nunca de qué tribu se trataba) disparó a la pared de madera del vagón cubierto y salió despedido un clavo que fue a clavarse en la cuenca del ojo de la muchacha, quitándole la vida.

Su marido y sus tres hijas consiguieron salvarse, llegaron a Oregón y ahora el rifle que había utilizado ella era una atesorada herencia familiar. Su historia había sido narrada (en ocasiones con adornos, en otras ocasiones, sin ellos) cientos de veces. Su nombre era Minerva pero todos la llamaban Minnie.

La condesa Helga von Keudell, que en realidad nunca había sido condesa pero era recordada así, murió de cólera décadas antes de que Minnie hubiera nacido. Murió con asuntos sin zanzar y era recordada, incluso en pleno siglo XXI, porque había seducido a un soldado sin honor, un libertino mediocre, un poeta espantoso y un escritor de diarios compulsivo llamado Giardi Camparanelli. O había sido seducida por él, dependiendo del humor que tuviera cuando contara su historia. Aunque no era tan seductor como Casanova ni tan entretenido como Pepys, los estudiantes de historia aún leían los diarios de Camparanelli; y las dilatadas descripciones de los encantos de la condesa a menudo atraían la atención especialmente en fríos dormitorios y largas noches de invierno.

La tercera mujer era a la vez la mayor y la más joven. Era la mayor porque había llegado a la madura edad de cuarenta años antes de morir en un proyecto científico gubernamental de altísimo secreto dirigido por doctores con más dinero que sentido común y más curiosidad que moralidad. Era la más joven porque había muerto en 1961, mientras le prometían que estaba salvando a su país de los comunistas. Su nombre era Elizabeth pero todos la llamaban Liz.

La casa que luchaban por defender nunca llegó a acabar de construirse; eran las ruinas barrocas y ostentosas de una mansión levantada por un hombre llamado Kurt Stroeder. Stroeder se convirtió en millonario de la noche a la mañana en los años veinte y su bancarrota requirió años de baños de ginebra y tres esposas. Su

perdición fue la tercera de ellas, la más joven, bella y mañosa cazadora de fortunas. Lo abandonó cuando cayó en la bancarrota y este se suicidó. Su palacio inacabado fue ocupado por la soledad durante años, acurrucado en los páramos salvajes de Montana y admirado por turistas estúpidos, hasta que le cayó un rayo en 1977 y quedó reducido a cenizas. Pero aún existía en álbumes marchitos y en unas pocas y valiosas postales y la historia de un hombre que ni amaba con sensatez ni constancia sino con prodigalidad era contada una y otra vez. Así, a pesar de que la casa real no era nada más que polvo, su imagen permanecía en las tierras de la muerte y el recuerdo.

Las tres mujeres fantasma se cruzaron por azar pero fue su voluntad la que las unió. Minnie había oído hablar de los desatinos de Stroeder y, cuando las tierras de los muertos se trastornaron violentamente, las tres se ocultaron allí.

Afuera estaba la tormenta y peores cosas encerraba. Dentro de la casa había tres mujeres con los fantasmas de sus armas. Minnie tenía el fantasma de su Winchester, ya que sus descendientes siempre la representaban con el rifle en las manos. La Condesa se había hecho con un par de pistolas que la viuda de un barón había mandado quemar después de que su esposo muriera en un duelo. Liz tenía un viejo revólver de la Marina que se había oxidado hasta consumirse en un río de China, años antes de que ella hubiera nacido. Disparaban a los espectros de la tormenta, espíritus dementes y codiciosos de la realidad de la mansión, a pesar de ser una falsa realidad... Pero se estaban quedando sin munición y sabían que el fin estaba cerca. Podían ver cómo se arremolinaban las negras sombras.

–Repleguémonos –gritó la Condesa–. Resistamos en el salón de baile.

–No –dijo Minnie–. El dormitorio del señor. Solo hay una entrada.

–Algo está ocurriendo –dijo Liz.

Al volverse, vieron que sus enemigos se dispersaban.

–¿Pero qué demonios...? –susurró Minnie–. Nunca había visto nada igual...

La figura del centro de la tormenta se estaba volviendo más nítida y pronto pudieron distinguir una guadaña y, poco después, unas

alas.

Los muertos también tienen sus mitos; historias de rescates de situaciones que incluso los muertos temen, historias sobre los Barqueros y los Cavadores de zanjas y el gran Gastón Belladotti, que se alzaría de las profundidades del desespero cuando los muertos necesitaran otra vez un héroe; pero aquella figura concordaba más con una historia reciente, que era versión de una de las más antiguas.

El último de los asaltantes huyó, aullando en el viento mientras la demacrada y esquelética figura se acercaba a la mansión.

–El Segador de Almas –susurró Liz. Todas lo habían pensado.

Se sorprendieron sobremanera cuando vieron que se molestaba en llamar a la puerta. La Condesa era la que parecía tener mayor autoridad así que fue ella quien abrió.

–¿Quién llama? –preguntó asomando la nariz.

–EN OTRO TIEMPO FUI UN ÁNGEL DE LA MUERTE –dijo la figura–. ¿PUEDO ENTRAR?

–Por supuesto –dijo la Condesa, tratando de imprimir frescura a su frase y ocultar el temor–. Deberás disculpar nuestro aspecto marcial.

–NATURALMENTE.

–Estamos muy agradecidas, señor –dijo Minnie.

Entonces se quedó boquiabierta. Porque, cuando el fiero Segador dejó los enloquecedores vientos del exterior, se transformó. Respiró profundamente y de pronto un pequeño hombre negro y calvo apareció delante de ellas.

El recién llegado miró a su alrededor.

–Esto me servirá –dijo con voz humana.

–¿Servir para qué? –preguntó Liz. Debería haberse percibido recelo en su voz pero para ser receloso uno tiene que tener la sensación, aunque sea mínima, de que quizás no llegue a ocurrir algo malo. Su tono era de resignación.

–Siento la necesidad de un refugio en estas tierras y este servirá a la perfección. Sin embargo, no deseo expulsaros de vuestro hogar.

¿Sois las únicas que lo habitáis?

–Quizás podamos llegar a un acuerdo –dijo la Condesa.

–Sí –contestó–. Esos jinetes de la tormenta no se mantendrán

alejados eternamente. Puedo indicaros el medio de llamarme en caso de ataque. Me tienen cierto temor.

Parecía demasiado bueno para ser verdad y Liz preguntó:

–¿Y a cambio?

–Viviré aquí. No dejaréis que nadie más cruce sus umbrales, a menos que sea con mi consentimiento.

–Parece razonable –dijo Minnie. Sabía que estaba accediendo con demasiada facilidad pero también sabía que la casa sería destruida en pedazos sin él y que ellas acabarían igual. Era difícil decir que no a alguien que las libraba de ese destino.

–Y una cosa más –dijo–. Es posible que traiga invitados. No deben sufrir daño alguno, por supuesto... Y nunca jamás deben ser liberados.

* * *

–¿Por qué no estuviste en el funeral de mamá? –preguntó Lance Mason.

–No es el momento de hablar de eso –contestó Teddy Mason.

–Asegúrense de que sus bandejas plegables estén hacia arriba –dijo la azafata.

–¿Cuándo hablaremos de ello? –preguntó Lance y los ojos que volvió hacia su padre eran terribles. Tenían el contorno rojo, eran tristes y tenían ojeras. Esos ojos tan ancianos en un rostro tan joven era algo sorprendente. Era como si sus lágrimas hubieran barrido su juventud.

–Cuando lleguemos a Nevada –dijo Teddy.

–¿Por qué vamos a Nevada? ¿Por qué tenemos que mudarnos? ¿Por qué tiene que ser todo tan de repente? ¿Y por qué no estabas tú allí cuando mataron a mamá?

La última frase era un grito, un auténtico gañido que todos los pasajeros de la clase turista pudieron escuchar, a pesar del zumbido de los motores.

Pero Teddy no miró a su alrededor, no prestó atención a nadie salvo a su hijo. Se inclinó hacia él y le cogió por el hombro.

–Hijo, sé que estás dolido. Siento que perdieras a tu madre. Yo

también la perdí y también estoy dolido. Sé que estás asustado y enfadado y... que te sientes perdido. Es algo terrible, una... estupidez, algo sin sentido, no tenía que haber pasado.

–¡Papá! –Lance comenzaba a sentirse molesto por la presión de la mano de su padre.

–Lo siento. –Conscientemente, Teddy se relajó, aflojó los dedos pero no apartó la mano.

Había sido una semana de perros para él. Había supervisado a Tim y a su cuadrilla de muertos vivientes y se había asegurado de que todo estuviera bajo control en el complejo y de que los equipos de construcción hicieran su cometido... y después había volado a casa. Recibió mensajes de condolencia, luego de confusión y al final de sospecha ya que ni llamaba para agradecer el detalle, ni respondía al teléfono ni hablaba con nadie de, su antigua vida. Fue a la audiencia y contestó a un montón de preguntas; por qué se había separado de su mujer, dónde había estado, qué estuvo haciendo, si tenía alguna pista acerca de lo ocurrido... Y todo el tiempo que estuvo allí, mintió, mintió, mintió.

No les dijo que era el sumo sacerdote de una diosa reanimada. No les dijo que había practicado cerca de cincuenta lobotomías no autorizadas. No les dijo que su mujer le había abandonado porque sospechaba que no estaba cuerdo y no admitió que la asesina de su mujer había sido su amante.

Hizo una visita a su antigua psicóloga, la Dra. Ng, y ocultó el efecto que producía en él su ligera semejanza a Joellen. Lo hizo bien; se mostró culpable, confuso y miserable, para lo cual no tuvo que fingir. Le pidió que le enviara a otro especialista y, después de contar su historia una y otra vez, consiguió finalmente que le concedieran la custodia de su hijo. ¿Qué otra cosa podían hacer? No era sospechoso. El crimen fue cometido sin lugar a dudas por Joellen O'Hanlon, una asesina fugitiva en busca y captura que fue hallada muerta en la escena del crimen con el arma homicida en la mano. Caso cerrado. Los detalles eran ciertamente extraños pero aún era el padre del Chico y la ley era muy clara al respecto.

–¿Por qué no viniste a buscarme inmediatamente? –susurró Lance, mirando el pecho de su padre.

–No podía, hijo –contestó Teddy y fue entonces cuando se dio cuenta de que lo había aplazado, había demorado encontrarse con su hijo por cierto miedo infantil. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas–. Pronto lo entenderás todo. Te lo prometo. En cuanto lleguemos a casa.

Pero cuando Lance lo miró a los ojos, Teddy supo que su hijo no estaba yendo a casa. La estaba dejando atrás.

* * *

–ME HAS FALLADO.

Dijo la voz en la cabeza de Grant Dagley. Trató de ignorarla, trató de ahogarla con alcohol pero no funcionó.

–ME HAS FALLADO.

Volvió a casa. Vivía solo desde que murió su mujer. Ni siquiera se molestó en cambiarse de pantalones, que estaban rígidos y mugrientos después de haber nadado con ellos puestos. Fue en línea recta hacia el botiquín de primeros auxilios y cogió la botella de alcohol con sus dulces y relajantes vapores.

–ME... FALLADO...

Pero era un sonido apagado, distante, sin sentido. Sí, los vapores inundaban su cabeza con un cálido zumbido, como amistosas abejas libando dulce miel en su mente. Los vapores le habían salvado de su diosa.

Pero de pronto se estremeció de dolor, presa de convulsiones, y el alcohol comenzó a fluir de su ano en un torrente diarreico y a salir por su garganta como lava ardiente. El aturdimiento de los vapores desapareció. Su cuerpo se estaba inflando a medida que Avitu lo atormentaba, eliminando cualquier otra distracción, haciendo de él un tambor hueco que reverberaba con su voz.

–¡ME FALLASTE!

Grant Dagley rompió a llorar y suplicó misericordia.

–Lo siento, no... no sé qué ocurrió. No quise golpearlo, no quise huir, yo soy un hombre valiente, yo... yo... Tienes que creerme...

–TE CREO, GRANT. NO ERES CULPABLE DE TU DEBILIDAD. NO FUISTE CREADO PARA TALES SITUACIONES.

–¿En... en serio?

–TE PERDONO.

–¡Gracias! –dijo entre sollozos y, gimoteando, se arrodilló, apretó las manos y rezó agradecido. Había visto a gente hacerle eso mismo en su cobertizo, generalmente entre la tortura y la muerte, pero siempre creyó que estaban fingiendo. No conocía esa sensación. No sabía qué profundo sentimiento se genera al suplicar misericordia a una fuerza que uno no puede detener.

–PERO, GRANT, ESO NO SIGNIFICA QUE NO HAYA UN PROBLEMA.

–Lo solucionaré. ¡Lo juro! ¡Lo liberaré aunque sea lo último que haga!

En ese momento, cubierto por sus propios excrementos, era absolutamente sincero.

* * *

Sal se llevó a la boca otro chicle de nicotina y llamó al timbre. Desde que vio que Harvey Ciullo (o, según creía adivinar, el demonio Hasmed) podía hacer que la gente enfermara con un chasquido de dedos, había dejado de fumar. Johnny Bronco llevaba años fumando pero cogió un cáncer de pulmón en un momento muy conveniente para Ciullo. Quizás Hasmed pudiera hacerlo de todos modos pero Sal no pensaba darle ninguna facilidad.

La charla con la Dra. Roark le había ayudado bastante. No mucho, pero algo sí. Le había facilitado el título de algunos libros y la mayoría de ellos estaban en la colección regular de su facultad; ella se había asegurado de ello. Le contó que, «supuestamente», al pronunciar el nombre de un demonio se conseguía atraer su atención. Lo llamó «invocación» y desarrolló el pensamiento de que era una reacción inconsciente a la omnipresencia de la autoridad clerical en la Europa feudal. Él sonreía y asentía mientras imaginaba que ella nunca había pronunciado el nombre de un demonio y había obtenido una respuesta real.

Invocación... A la mierda, pensó.

La mujer le mostró pasajes del Texto de Wormwood que

describían cómo invocar y controlar un demonio («evocación» y «atadura»), pero la pega era que todo el maldito libro solo servía para un demonio en concreto. Y el nombre del demonio ni siquiera se desvelaba; siempre se refería a él como «Wormwood». La Dra. Roark creía que la última página revelaría el nombre pero había sido arrancada; probablemente por algún bibliotecario piadoso que no quería que ningún pagano perdiera su alma.

Había cosas muy llamativas. Le interesó particularmente una traducción del Código de la Lealtad Diabólica; un antiguo texto griego que era, aparentemente, una guía llena de consejos para convocar demonios. Después de todas las otras majaderías, le resultó agradablemente claro y razonado.

El primer punto de tu negociación debe ser siempre: «Nunca me hagas daño». Sal memorizó eso.

Pero quizás lo más importante era que, después de vencer sus reservas con unas copas y promesas de anonimato, había conseguido que ella le facilitara los nombres de algunos «infernistas serios» para su «artículo».

—Han llevado a cabo buenas investigaciones —dijo—. Y la mayoría de esta gente no tendrá reparos en hablar. —Cuando pronunció esas palabras una sombra de inquietud cruzó su frente. Fue solo un segundo pero Sal reparó en ello—. Oh, estaba pensando en... Nada, no importa.

—¿En qué?

—Bueno, hay un hombre... —Frunció el ceño y bebió un trago—. Creo que es realmente peligroso. O sea, la mayoría de la gente que quiere invocar a un demonio y obtener poder es... ¿Cómo decirlo? ¿Excéntrica? Pero este es algo muy distinto. Quería ver el Texto de Wormwood y me amenazó cuando le dije que no. Desde entonces...

—¿Cómo se llama?

—No te lo voy a decir.

—Mira, yo me tomo en serio mi trabajo —dijo Sal—. Pero no estoy dispuesto a hurgar con un palito dentro de una colmena para ver qué pasa. Si me dices que ese tipo está majareta, vale, no hurgaré en su colmena. Pero, ¿es posible que estos otros infernalistas lo conozcan?

—A regañadientes, la Dra. Roark asintió—. En ese caso, me gustaría

saber su nombre no vaya a ser que acabe hablando con él por accidente.

El nombre era inocuo: Marvin Morris. Después de hablar con los otros infernalistas, que a Sal le parecían artistas afectados, fue al piso de Marvin.

Desde fuera no parecía un lugar muy impresionante; otro horroroso edificio más de los años setenta con malas cañerías y un horrible entramado de azulejos con forma de diamante en la fachada.

Frunció el ceño y apretó el botón del timbre. No emitió ningún sonido.

¿Roto?, se preguntó. ¿O desconectado?

Apretó el puño y golpeó la puerta. Entonces esperó, puso la oreja contra la puerta y escuchó.

Sin lugar a dudas, había alguien moviéndose allí dentro.

Comenzó a llamar de nuevo y no se detuvo hasta que una voz dijo:

–¡Largo!

–Soy un vendedor a domicilio de Textos de Wormwood –gritó.

Eso hizo que la puerta se abriera un ápice con la cadena puesta. Un ojo inyectado en sangre lo miró detrás de una cortina de cabellos oscuros.

–Que te den por culo –dijo Marvin Morris.

–Vamos, sea usted educado.

–¿Qué sabes tú del Texto?

–Sé que tú lo quieres y que no lo puedes conseguir.

–¿Y tú puedes?

Le mostró un folio.

Le había preguntado a la Dra. Roark si podía hacer fotografías del libro y de sus ilustraciones y ella le dijo que no, ya que el flash podría dañarlo. De modo que se limitó a hojear el libro hasta que ella se fue al baño.

Entonces sacó su cámara digital y fotografió los dibujos sin su permiso. La foto escaneada que mostró a Morris era de la ilustración más grande.

Morris bizqueó y luego abrió la puerta.

Dentro, el piso estaba completamente oscuro.

No solo era negro, no tenía esquinas. El techo y el suelo estaban recubiertos con trozos de tela, los muebles eran una serie de elevaciones difusas bajo colchas oscuras, las ventanas estaban totalmente cegadas. No había una sola esquina al descubierto en ningún sitio. La única luz provenía de una bombilla solitaria y enormemente ensombrecida.

–Me gusta lo que has hecho con tu apartamento –dijo Sal.

–El Diablo Centelleante –contestó Morris–. Lo enfurecí. Ve a través de los reflejos, a través de las esquinas...

–Ya –dijo Sal y entonces se dio la vuelta. Uno no llega a jefe de banda sin un buen sentido del peligro. Había advertido el movimiento súbito de Marvin. El tipo no era ningún pistolero; aún estaba tratando de quitar el seguro a su arma cuando Sal desenfundó la suya. Morris tampoco era un buen luchador. La pelea fue breve y acabó con el infernalista en el suelo, aullando mientras el gángster le estrujaba los testículos y hundía el caño de su pistola contra el tabique de su nariz.

–Iba a portarme bien contigo –dijo Sal–, pero tuviste que el hacer el gilipollas.

Cinco minutos después, Sal estaba maldiciendo la ausencia de muebles firmes donde atar al otro. Diez minutos después, estaba pensando en volver a fumar de nuevo; los chicles de nicotina estaban bien pero no causaban la misma impresión cuando eran restregados en la frente de alguien.

Después de dos horas de interrogatorio, perpetrado ocasionalmente en la bañera, y un poco de cera ardiente, Sal se convenció de que Morris le había contado todo lo que sabía. No era mucho.

Marvin Morris juraba y perjuraba que cada demonio requería una complicada ceremonia específica antes de poder ser controlado. No era como comprar un traje sin probárselo. Todo tenía que estar perfectamente medido o el proceso se iría al garete. O lo que era peor aún, podía salir bien la invocación pero no así la atadura de la criatura.

Sal no le dijo ni le mostró los nombres de Vodantu o Hasmed, pero se cercioró de que no los conocía por otras fuentes.

Por último, Morris le proporcionó una información que era realmente útil: el Ritual de Rebluhé.

–¿Qué maldito idioma es ese? –preguntó Sal, transcribiendo el texto mientras Morris lo deletreaba.

–Es enoquiano –contestó el infernalista... y cierto destello de entusiasmo por la materia cruzó sus ojos, a pesar de que estar atado en su bañera y bajo coacción.

Joder, pensó Sal. Este tío está tan desesperado por hablar con alguien de esta mierda que está encantado de que le haya torturado para sonsacárselo.

–¿Qué es el enoquiano?

–¡Las palabras sin sonido que pronuncian las estrellas! ¡Es el lenguaje mudo de la creación! El enoquiano, la lengua primigenia, es...

–Vale, el idioma de los demonios, lo pillo. Sigue con el ritual.

Una vez que consiguió abrirse paso a través de las enrevesadas teorías cósmicas de Morris, Sal llegó al meollo de la cuestión. Si has logrado llamar la atención de un demonio, probablemente por medio de una invocación, el Ritual de Rebluhé puede cortar la comunicación. De otro modo, aparentemente, el demonio puede continuar hablándote y oyendo tus palabras todo el tiempo que se moleste en prestarte atención.

Sal desconfiaba de todo lo que le había contado aquel tarado greñudo pero era mejor que nada. Quizás lo probara con Hasmed.

O quizás debería tener cuidado con los trucos de magia dictados por un demonólogo al que he pateado los huevos, pensó mientras se alejaba en su coche.

* * *

La diablesa Mukikel, Señora del Otoño, era miembro de la Legión de la Liberación de Su Majestad. Dirigida por la Princesa Nazathor, su objetivo era encontrar y liberar a Lucifer, su soberano. Su misión actual consistía en proteger a Chuck Rodríguez y Mitch Berger hasta que pudieran ser de utilidad. Muy bien, no le importaba. Era un soldado leal. Se enfrentaría a las tropas enemigas sin titubear y cumpliría las órdenes obedientemente, por muy desagradables que fueran.

Lo que le más le tocaba las narices era soportar las

impertinencias y chorradas de sus propios aliados.

La Legión del Desafío Absoluto estaba encargada de la defensa, abastecimiento, restablecimiento, infraestructuras... Todas las tareas necesarias pero enojosas que las otras dos legiones necesitaban para combatir en condiciones y llevar a cabo su búsqueda. Y era por la muerte de un caballero del Desafío en Taos por lo que Mukikel estaba perdiendo la calma.

–Solo necesito una carcasa –repitió la Señora del Otoño–. Son órdenes de la Princesa.

–Tú necesitas una carcasa, ella necesita una carcasa, el Filo de las Flores allá en San Francisco necesita una carcasa, un Malhechor de Dakota del Norte necesita que le envíe una carcasa... Todos necesitan una carcasa, todos citan a una autoridad más alta y todos parecen olvidar que los cuerpos sin almas son raros. –El caballero caído había poseído el cuerpo de un obeso contratista llamado Hugh Jeffries y había adoptado su agresivo estilo de negociación.

–Mira, me importa una mierda todo eso que me cuentas –dijo Mukikel con dulzura–. Vengo de parte de la Princesa. ¿La recuerdas?

–¿Y por qué no la invocas y le pides confirmación? Entonces te entregaré gustoso la única carcasa que tengo disponible en estos momentos y cuando el Duque al que se lo prometí venga a reclamarlo (un Rabisu salvaje y con mal genio que podría desayunarme sin despeinarse), bueno, entonces le diré dónde puede encontrarla para que ella le explique lo sucedido.

Hubo una pausa.

–No estoy dispuesta a...

–... molestarla con menudencias, claro –dijo Hugh–. Lo entiendo perfectamente. Pero hay una fiera demanda para conseguir esos artículos limitados y yo tengo que obedecer al Elohim de mayor rango. Lo siento pero...

–Sí, ya, lo sientes mucho.

(Las «carcasas», personas sin consciencia, podían «fabricarse» fácilmente pero hacerlo suponía contravenir una orden acatada por todas las legiones. Ya que la consciencia humana era un don de Lucifer y la causa inicial de la rebelión, los seguidores del Lucero del Alba no estaban dispuestos a despojar a los humanos de ella, por

mucho que les conviniera).

Hugh se mordió el labio.

–Oye –dijo–, creo que podría ayudarte con esto después de todo.

Mukikel entornó los ojos.

–¿Ah, sí?

–Claro. Yo te ayudo, tú me ayudas y todos contentos.

–Paz, amor y armonía –dijo con sorna. Él se encogió de hombros.

–¿Quieres una carcasa o no?

–Creía que solo tenías una.

–Y así es. Pero sé dónde hay más. –Se inclinó hacia ella–. En la última operación hemos comprado algunas en Nevada, en los Laboratorios Rothschild.

–¿Quién está al mando?

–Humanos, supongo. –Al ver su expresión, levantó las manos–. ¡En serio! No sé de dónde sacan las carcacas. Oí no sé qué de un manicomio que quería recortar gastos. De todos modos, los usan para probar medicamentos o algo así y un par de ellos que cayeron enfermos fueron puestos en venta. Tú eres una capitana; puedes reunir un escuadrón, asaltar el lugar y llevarte las carcacas. Es perfecto, ¿verdad? Los mortales no se van a quejar. No lo he comprobado pero creo que usar a personas catatónicas para experimentos médicos en contra de su voluntad es ilegal en Nevada. Si algún otro demonio está detrás de todo esto, tienes el poder necesario para hacerle frente.

–Si es una cosa tan fácil, ¿por qué no la haces tú?

–Tengo responsabilidades. Además, yo no soy tan duro. Pero tú eres compañera de la Guerrera de la Ponzña, ¿verdad? Ella podría hacer con ese sitio lo mismo que las termitas con un pino muerto.

–¿Y por qué no podría quedarme yo con todas esas carcacas?

–Hazlo. No puedo impedirte. Considera este soplo como un regalo que te hago. O podrías darme las carcacas después de pescarlas y así no tendrías que preocuparte de alimentarlas, ocultarlas o cuidar de ellas hasta que las necesitaras.

–Y tú estarías en deuda conmigo.

–Sí, bastante. Eso siempre está bien, ¿verdad?

Mukikel frunció el entrecejo.

–Muy bien –dijo al fin–. Estarás en deuda conmigo pero yo decidiré cuándo la habrás de saldar.

* * *

El demonio Gaviel reunió todo su dinero en efectivo, que sumaba poco más de seiscientos dólares. Tenía un Lexus y, aunque le dolía separarse de él, era un vínculo con Noah Wallace. Ese vínculo, como el piso, su rostro y la cuenta bancaria, debía romperse. El teléfono móvil fue abandonado en los servicios de una gasolinera y extrajo cuanto dinero pudo de un cajero automático antes de introducir un código erróneo tres veces seguidas para que se tragara la tarjeta. Partió en dos sus otras tarjetas y las tiró a la basura y ahora estaba en la cola para obtener un nuevo carnet de conducir. Estuvo tentado de ponerse el primero pero sabía que no valía la pena. Podía esperar. Ya había estado esperando una eternidad.

–Hola –dijo a la mujer de detrás del mostrador–. Soy Malcolm Jones y he perdido mi permiso de conducir. Bueno, no lo perdí; estaba dentro de mi cartera cuando me la robaron.

Sonrió mientras desplegaba su encanto y hablaba de las pegas de la burocracia y, cuando ella le pidió los documentos, él la miró fijamente a los ojos y dijo:

–MIS DOCUMENTOS ESTÁN EN ORDEN.

Con eso bastó.

Cuando miró su reloj, se dio cuenta de que ya era tarde para abrir una nueva cuenta bancaria con su nueva licencia, que contenía el número de la Seguridad Social robado a un hombre negro que tendría la edad de Noah si hubiera sobrevivido a las complicaciones pulmonares provocadas por el SIDA; pero, si se daba prisa, podría vender su coche en el mercado negro y comprar otro legalmente.

Cuando encendió la radio de su coche y buscó una emisora de actualidad, se intranquilizó al oír la noticia de varias muertes e importantes destrozos en la planta de tratamiento de aguas de San Luis del Este. ¿Podría estar relacionado con su Enemigo?

Mientras se mordía el labio, decidió que lo investigaría más adelante. Hoy tocaban quehaceres domésticos.

* * *

Mientras Mukikel estaba en Taos buscando un cuerpo, Shadrannat estaba en Burbank, negociando sobre un alma.

–Has elegido un mal momento para solicitar una transferencia.

–La que hablaba era una mujer pelirroja, notablemente hermosa pero pasada ya su primavera. Era Düminor, la Duquesa de Plata y comandante en jefe del demonio Buniel. Estaba encargada de todas las acciones ofensivas del estado de California y había enviado a regañadientes a Buniel para que trabajara con la Princesa.

–¿Es algo tan complicado? –preguntó Shadrannat–. ¿La reubicación de un alma del Infierno? ¿Habiendo miles de ellas?

–Pero es mía. –Düminor dirigió una mirada penetrante a la esmirriada niña que tenía delante–. Ahora que, si la Princesa quiere esa en particular, estaré encantada de canjearla por ti. –Shadrannat se echó a reír–. Hablo en serio. ¿Qué estás haciendo ahora en su legión? Tú eres una guerrera de primera línea de combate. Esa es tu naturaleza. No puedes negarla.

La niña se metió en la boca un puñado más de pipas, que crujieron entre sus dientes. Entonces sonrió.

–La naturaleza cambia. El cambio es la naturaleza de la naturaleza.

–Muy filosófica. Ahora hablas como uno de los oráculos.

–Que va. Pero algunas verdades son ciertas, por muy filosóficas que suenen.

Düminor suspiró.

–Nos serías de mucha ayuda. Sé que Los ángeles oficialmente es vuestra pero en la práctica... Hay dos Antiguos allí y no sabemos lo suficiente para invocarlos. Buniel conoce la ciudad. Retiene esos detalles de su anfitrión, aunque haya perdido su cuerpo. Es un soldado experimentado y eso es algo muy valioso.

–Hablas muy bien de él –dijo Shadrannat–, pero el Caballero de los Rescoldos desobedeció órdenes directas y por eso ha regresado al

Pozo. Si de mí dependiera, dejaría que se quedara allí pero la Princesa quiere que salga. Apuesto a que lo desea más que tú. Si tuvieras un cuerpo listo para ser ocupado, ¿sería él tu primera opción? ¿Mientras el Rey Oso sigue prisionero? ¿O El que camina sobre las Olas? ¿O la Dama del Trono Carmesí?

La Duquesa se encogió de hombros.

–Tal vez tengas razón. Supongo. Muy bien. ¡Pero me debes una! –Se aclaró la garganta–. Buniel, Caballero de los Rescodos, es reasignado a la Legión de la Liberación de Su Majestad y servirá en ella con total obediencia. Que así sea.

–Y servirá bajo el mando de la Señora del Otoño. Mukikel, la Señora del Otoño.

–¡Muy bien, muy bien! Buniel, Caballero de los Rescodos, servirá bajo el mando de Mukikel, la Señora del Otoño. ¿Estás contenta ya? ¿Están ya todos los puntos sobre las íes?

–Observar las formalidades es importante. Ejercita la disciplina.

–Llevas demasiado tiempo en la Liberación. Vente a la Victoria. Te lo pasarás bien con nosotros.

Shadrannat levantó la cabeza.

–¿Qué te parece esto? Una vez que el Lucero del Alba haya sido encontrado, cursaré una solicitud de transferencia y serviré específicamente bajo tus órdenes. ¿Saldaría eso nuestra deuda?

–¡Y tanto! –dijo Düminor con una sonrisa–. Aún veo en ti esa pasión por el combate.

–Oh, sí. Pero hasta que sepa que estoy luchando por las razones adecuadas, la búsqueda es más importante que la lucha.

* * *

–El dinero no va a parar a nosotros, por supuesto –dijo Gwynafra con tono de conferenciante.

–¿Ah, no? –dijo Blackie apoyando la cabeza en el respaldo del asiento de la camioneta. El último grupo de sacrificados, incluyendo a Ruby Fowler y a varias personas más de la experiencia en el cementerio, estaban sentados en la parte de atrás, con los brazos caídos y la boca entreabierta, mirando a la nada o tal vez al que tenían

enfrente.

–Legalmente, el dinero es una donación de la empresa farmacológica Rothschild para la Fundación Drusse, una institución benéfica sin ánimo de lucro. Algunos otros sacerdotes pertenecen al consejo de Drusse pero Oscar Black está inscrito como presidente.

«Oscar Black» era el nombre falso que Halcón Negro había recibido junto con su rostro falso y su trabajo falso. Estaba contento de que al menos «Blackie» siguiera teniendo sentido.

–¿La Fundación Drusse compró el terreno?

–No –dijo Gwyn mientras cogía un desvío–. Esa transacción la hice yo y está a mi nombre. Si algo me sucediera, el Sumo Sacerdote lo heredaría.

–Así que lo compraste con el dinero de tu trabajo. –Su misterioso trabajo. Blackie no tenía idea alguna de qué hacía ella en el casino.

–Mis dividendos extraordinarios pagaron la tierra y mi salario paga las obras de mejoramiento –dijo secamente. Alguien tocó la bocina furiosamente cuando ella cambió de carril mientras aceleraba.

–Entonces, el... «procesamiento»... de esta gente... ¿Es una cosa aparte?

–Sí.

Eso era lo que estaban haciendo. Por eso estaban viajando. Y gracias a una visita inesperada de un inspector de seguros para incendios, iban a llegar a las siete de la tarde en lugar de a las cuatro. Por eso tenían tanta prisa.

–No hay ningún documento que vincule todo esto conmigo. Y no hay ningún medio de relacionarte a ti o a Drusse con la propiedad o conmigo.

–Muy inteligente.

–Me alegro de que lo apruebes. Deberás ir asumiendo cada vez más responsabilidades en Drusse. Yo he estado ejerciendo de tesorera con otra identidad falsa.

–Phyllis Inglewood, ¿verdad?

–Sí –hubo una pausa. La identidad de Phyllis Inglewood había sido creada para el disfrute de Joellen pero ahora... –. En breve, la Srta. Inglewood sufrirá un accidente mortal de coche y Oscar Black

reorganizará la Fundación, haciéndose cargo él mismo de los fondos.

–Estupendo. ¿Y a cuánto ascienden los fondos?

–Actualmente, la Fundación vale un millón cien mil dólares.

–¿Es una coña?

–Ese lenguaje. Se lo prometiste a tu madre –dijo Gwyn secamente–. No todo ese dinero es líquido, evidentemente...

–Pero, ¿de dónde ha salido toda esa pasta? –Miró por encima del hombro–. No pueden valer tanto.

–No, inicialmente era una auténtica inversión inmobiliaria, con capital de un benefactor anónimo: yo. Lo hice a través de varios pasos. La propiedad está cerca de la antigua ciudad de Serro Gordo donde se encontró una pila de lingotes de plata no mucho después de la creación de Drusse.

–¿Qué?

–Serro Gordo era una ciudad minera. Uno de tus antepasados vivió allí durante la fiebre de la plata. –Gwyn sacudió la cabeza–. En los momentos más prósperos de aquella época, había un asesinato a la semana en Serro Gordo. Demasiada consciencia...

–¿Pero de dónde venía toda esa plata?

–Serro Gordo era un yacimiento muy rico. Durante una temporada, la gente vivía en refugios con muros levantados con lingotes de plata mientras esperaban a completar el cargamento. Era más fácil usar la plata que comprar madera y, cuando vendían una carga, volvían a levantar otro tabique. Lo extraían y lo fundían más rápido de lo que podían llegar a transportarlo.

–¿Y ese antepasado mío?

–Ocultó algo de plata por si venían tiempos difíciles. Ahora sus descendientes la utilizan para sacar adelante nuestro proyecto.

–Aminoró la velocidad y giró a la izquierda–. Ya hemos llegado.

Los Laboratorios Farmacológicos Rothschild estaban a las afueras de Las Vegas. La zona estaba ocupada por un polígono industrial que se extendía kilómetros a la redonda, donde anodinos edificios de planchas metálicas u hormigón armado surgían del suelo como escarabajos. Parecían anónimos, detrás de sus altas verjas de hierro, salvo por los pequeños y sencillos letreros que anunciaban sus nombres (Procesadora Morgan, Industrias Keliel, Confecciones

Schwamm S.L.), del mismo modo que los prisioneros muestran sus números de identificación al fotógrafo de la prisión.

El destino al que se dirigía la camioneta era aún más inhóspito que sus vecinos. La cerca que rodeaba el edificio era dos veces más alta; se elevaba siete metros y estaba coronada por una alambrada electrificada. En cada esquina de la verja había una cámara giratoria, que no cesaba de peinar la zona. Había otras cámaras que se movían silenciosamente en el único edificio del interior. Las luces de la valla y del complejo inundaban el aparcamiento que los separaba con un desabrido resplandor amarillo.

Gwyn detuvo el vehículo junto a la entrada y saludó con la mano hacia la cámara estática que había allí. No dijo nada y no se oyó ninguna voz del interfono que estaba a su lado, pero la puerta emitió un chasquido y se abrió.

–Te los presentaré –dijo ella–. Así también te abrirán a ti.

En lugar de ir hacia la puerta de la entrada (que, como Blackie advirtió, tenía una cámara encima, haciendo un total de seis hasta el momento), bordearon el edificio, recorriendo más cámaras de la cerca (siete, ocho) y del complejo (nueve, diez) antes de llegar a la puerta de carga y descarga que, por supuesto, estaba vigilada (once). La parte de la valla que quedaba detrás y a los lados tenía lonas de plástico opaco y un saliente cerraba el espacio por arriba.

Después de que Gwynafra verificara de nuevo su identidad, la puerta metálica comenzó a elevarse con un chirrido.

–Es fácil –dijo–. Los descargamos aquí, se los llevan a otro lugar y nos entregan un cheque.

Blackie se sintió incómodo cuando se bajaron de la camioneta y abrieron las puertas de atrás. Los hombres y mujeres que había dentro (los sacrificados) gemían lánguidamente. Unos pocos miraban a su alrededor espasmódicamente, la mayoría miraba hacia arriba. Uno rompió a llorar.

–Vamos –dijo Gwyn soltando el cinturón a uno y poniéndolo en pie.

Dentro del edificio había un hombre con el imponente uniforme de un guardia de seguridad, que empuñaba un curioso y compacto subfusil.

–Hola –dijo Blackie, mientras soltaba el cinturón a otro.

El guardia respondió con un gruñido. Parecía pálido, sudado... sucio, tal vez. Pero sujetaba el arma con gran seguridad.

–Ah, por fin habéis llegado –dijo otro hombre pálido que salía de las oscuras entrañas del edificio. Llevaba puesta una bata de laboratorio y parecía, si era posible, más demacrado y exhausto que el guardia. También parecía muy nervioso; no dejaba de mirar por encima de su hombro. Blackie empezó a preguntarse qué enfermedad estaban investigando los Laboratorios Rothschild y cuan contagiosa sería.

–Sufrimos un retraso –dijo Blackie.

–Sí, bueno, pero que no vuelva a pasar, ¿vale?

–Sr. Black, este es el Dr. Clark –dijo Gwyn. Los dos hombres asintieron y, en lugar de darse la mano, Blackie empujó a uno de los lobotomizados hacia él.

–He... He tenido que quedarme aquí esperando esta entrega –dijo el Dr. Clark, mirando de reojo hacia la puerta interior. Después detuvo a su nuevo «paciente» con una bofetada–. Tenía entradas para ver... a Penn y Teller.

–Lo siento. Tuvimos un percance –dijo Blackie sin mucha sinceridad. No le gustaba el Dr. Clark, no le gustaban sus pintas, su actitud ni la dureza con la que trataba a los sacrificados.

Desde las lúgubres profundidades del edificio, escucharon un grito. Un alarido, rápidamente amordazado.

–¿Qué tipo de investigación es la que hacéis, por cierto?

–preguntó Blackie. Ahora estaba soltando el cinturón a una mujer. Ruby Fowler, aunque él no sabía su nombre. Ella se resistió débilmente, pero Halcón Negro fue capaz de calmarla y sacarla de la camioneta.

El Dr. Clark hizo una pausa mientras ataba a uno en el suelo.

–Investigaciones médicas –dijo por fin.

–Entendido –contestó Blackie.

–En el futuro, venid a la hora que acordemos.

–Así lo haremos –prometió Gwyn.

A la noche siguiente, Gabe McKenzie dijo:

–Siento llegar tarde. –Nada más cruzar la puerta de su casa. Podía oír al niño llorar.

–No pasa nada –dijo su esposa y sonrió a pesar de sus ojos cansados–. ¿Puedes cogerlo?

–¿Te importa que me ponga algo más cómodo antes?

–Llevo con ganas de ir al baño desde hace media hora.

–Oh. –Gabe cogió al niño, deseando que no le vomitara en el traje. Su mujer le echó una manta sobre los hombros.

–Creo que le está saliendo algún diente –dijo mientras se dirigía al baño–. No veas cuántas babas está soltando.

–Ya.

Gabe llevó al bebé a su dormitorio y lo depositó cuidadosamente sobre el enorme y rudimentario lecho conyugal. Su hijo continuó llorando y meneando sus bracitos, con la cara roja como una langosta, pero sin moverse del sitio.

Gabe se desvistió rápidamente, echó su chaqueta y sus pantalones a una cesta y puso la sobaquera vacía sobre una silla. Desde el momento en que nació su hijo, Gabe había adquirido la costumbre de dejar su pistola en el trabajo.

Mientras se ponía un viejo chándal y levantaba en brazos al bebé, oyó descargarse la cisterna del retrete y fluir el agua del lavabo.

–Tengo las manos agrietadas –dijo su mujer mientras caminaba por el pasillo, aplicándose una loción–. Seguro que me las lavo veinte veces al día.

–¿Qué quieres para cenar?

–No sé. ¿Qué tal una pizza del congelador?

–Brillante.

–Pero ahora tú, mi chiquitín –dijo cogiendo al bebé. Se levantó la camiseta y comenzó a amamantarlo. Instantáneamente, se tranquilizó.

–Qué idea me acaba de dar –dijo Gabe, dirigiéndose a la cocina en busca de una lata de cerveza de la nevera.

–Ojalá pudiera yo hacer lo mismo –dijo siguiéndolo, con el niño aún acoplado a ella.

–Lo siento. ¿Quieres que te haga un té o algo?

–Tengo agua.

Durante un momento, los tres permanecieron en silencio sobre el sofá. Finalmente, Gabe suspiró, se puso en pie y comenzó a preparar la cena.

–¿Qué tal el caso?

–Todo es muy extraño. Muy, muy extraño.

–¿Ah, sí? ¿Conseguiste hablar por fin con ese tal Noah

Wallace?

–Qué va. No solo no responde a mis llamadas. Noah Wallace ha desaparecido.

–¿Desaparecido?

–Aja. El tío pasó ayer por ocho cajeros sacando la máxima cantidad permitida en cada uno de ellos. No contesta al teléfono, el registro de su apartamento no revela nada y nadie lo ha visto en los sitios a los que solía ir. Vamos a tener que comprobar las cámaras de vigilancia de todos esos cajeros pero no tengo muchas esperanzas.

–Así que es el culpable.

–No sé. Si huye se está incriminando. Vamos a cursar una orden de captura contra él. Eso sería interesante. O tal vez el viejo culturista lo cogió y le obligó a darle su número secreto. O quizás ha huido por miedo. Hay muchas evidencias circunstanciales pero...

–Frunció el ceño—. Odiaría pensar que fue él. ¿Sabes? Parecía un buen tipo.

–Nunca se sabe.

–Je. De todos modos, aún falta lo mejor. ¿Recuerdas el vehículo de alquiler robado? –Al ver que no cambiaba de expresión, dijo—. May. Fue vista en un todoterreno de color dorado. Resultó ser un coche robado. Una mujer llamada Bridget Mason informó de su desaparición en Nevada. La llamo para hacerle unas preguntas y resulta que ha sido asesinada.

–¿Qué?

–Asesinada en su casa. Pero está resuelto. Saben quién lo hizo: Joellen O'Hanlon.

–No puede ser. –El crimen de O'Hanlon y su posterior huida había tenido un gran eco en la prensa y en la televisión, de modo que

la Sra. McKenzie estaba familiarizada con el caso—. ¿O sea que la mujer que alquiló el coche mató a Joellen O'Hanlon?

—Se mataron la una a la otra.

—Pero creía que eso había pasado en Montana.

—Bingo.

Hubo una pausa. Gabe bebió un trago de su cerveza. El bebé emitió un pequeño sonido de hartazgo mientras su madre lo apoyaba sobre su hombro y comenzaba a darle palmaditas en la espalda.

—Espera, estoy confundida.

—La cosa es así: Joellen O'Hanlon y su hijo matan a una anciana en el Sur y desaparecen de vista durante meses. Los Mason, Bridget, Theodore y su hijo Lance, se van de vacaciones a Nevada y alquilan un Bronco. El vehículo es robado. Tal vez por el viejo culturista. Sea como sea, ese tipo se presenta en San Luis del Este y tira a Noah Wallace por la ventana y luego, supuestamente, rapta a May Carter en el Bronco robado. Mientras tanto, Bridget vuelve a Montana. Aparece O'Hanlon y se carga a Bridget.

—No tiene sentido.

—No eres la única que piensa eso. ¿Qué tal si ponemos las noticias? Tengo curiosidad por ver qué van a decir de lo último.

—¿Lo último?

—Sí. ¿Has oído lo de la estación de bombeo de San Luis del Este? Bueno, ¿adivinas a quién encontraron allí, esposado e inconsciente?

—¿A Noah Wallace?

—No. A un tipo grande, musculoso y con pelo blanco. Y cuando comprobamos sus huellas, salió el nombre de Timothy Grady.

Su esposa parpadeó confusa y frunció el ceño.

—¿Me tendría que decir algo ese nombre?

—Asesinó a cinco mujeres en los años cincuenta. Desapareció de un sanatorio de Los Ángeles durante el terremoto de la Noche del Diablo y todos dieron por sentado que había muerto. Pero resulta que está vivo y en buena forma. Y parece peligroso.

—¿Crees que podría ser tu culturista?

Él se encogió de hombros.

—Mañana traeremos al tipo de la gasolinera. —Sacudió la

cabeza—. Y todo esto sin mencionar lo de Lynn Culver en Illinois. Es increíble. Este caso no para de crecer y de volverse cada vez más enrevesado. Ahora solo falta que esté relacionado con esas prostitutas que fueron mutiladas en la Costa Este.

—Sí, o con ese tipo que encontraron en el Sur con las piernas y los brazos cortados.

El timbre sonó. La cena estaba servida.

* * *

Kevin, el batería de una banda de *rock and roll*, estaba tirándose a una chica preciosa. Estaba particularmente excitado por un pensamiento: Me estoy tirando a una chica preciosa porque soy batería de una banda de *rock and roll*.

Estaban en el apartamento de Kevin. Él estaba echado sobre la cama y ella estaba encima, completamente desnuda y, vaya, era increíble. Tenía los pechos grandes y el pelo largo y espeso y, por encima de todo, era gimnasta. Parecía demasiado bueno para ser verdad.

Y, por supuesto, no lo era. La mujer que estaba sobre él no era una verdadera mujer. Era Sabriel, que podía ser llamada «falsa» en muchos sentidos. El cuerpo que habitaba no era su cuerpo. Ni siquiera era el de Christina, a menos que se considerara desde el punto de vista más material. Los senos eran de carne real pero ninguna mujer los habría desarrollado de ese tamaño de forma natural. Ella tampoco. Pero, ¿qué sentido tiene ser un demonio del deseo si no puedes alterar las leyes de crecimiento de los pechos?

Lo único que no era falso era su gozo.

—Estoy tratando de decidir cómo hacerlo —dijo con un hilo de voz, mientras clavaba suavemente sus uñas sobre el pecho de Kevin—. Me podría poner así, de rodillas, y menearme así...

—Ufff —dijo él. Podía sentir cómo los labios de su vagina acariciaban su glande. Joder, era como si le besaran dulcemente...

—Pero es demasiado ramplón —dijo—. ¿Y qué tal si hago un *split*?

Apoyó una mano junto a la cadera de Kevin y la otra detrás de

su espalda e hizo un *split* perfecto. Era como si estuviera flotando a centímetros del cuerpo del batería, con las piernas estiradas y los dedos de los pies en tensión. Nunca había visto a una mujer tan excitante, a no ser en las fotos de las revistas.

–Oh, nena...

Estaba desesperado por poseerla y a Sabriel le gustaba eso. Christina sentía un profundo desprecio por Kevin el batería y a Sabriel también le agradaba eso.

–O podría tumbarme sobre ti sin más. –Con un movimiento elegante y delicioso lo hizo. Estaban vientre contra vientre y sus fabulosos pechos estaban al alcance de su boca si flexionaba el cuello, mientras sus musculosos y perfectos muslos lo rodeaban. Entonces, Kevin levantó el pubis para introducir el pene en su vagina.

–Vamos –musitó–. Te voy a follar...

Ella soltó una risita y dejó que lo hiciera.

–Oooh... ¡Qué grande es!

Sabriel sabía que Kevin se había cepillado a su ex novia Cindi hacía solo dos días y que se lo había ocultado. Sabía que era un tipo sin talento y poco brillante, sabía que su banda iba a tener un éxito enorme, y pronto, y todo debido a su actuación; ella era la que excitaba el talento del guitarrista y del cantante...

–Oh, qué dura, ah, ¡es como un árbol!

Ella hacía aflorar su talento. Y cuando todos creyeran que tenían su sueño al alcance de la mano, al final descubrirían que se los había estado follando a todos. Planeó que Kevin fuera el primero en enterarse, el primero en enfrentarse a los otros dos. Todos fracasarían con la miel en los labios. La banda se disolvería porque ya no podrían estar juntos.

Kevin era el más arrogante de todos y el que menos motivos tenía para serlo. Su vacilante sentido del ritmo era un verdadero problema y no solo en el dormitorio. Pero él nunca admitía que había hecho algo mal, nunca lo creía, nunca se permitía pensarlo. Era patético.

–Nena, eres el ángel de mi árbol de Navidad –Kevin susurró las palabras en su oído y entonces todo se torció.

Sabriel lo sintió la primera y no vaciló un instante; empujó al

batería contra la cama y retiró las piernas de debajo de su cuerpo, tratando de ponerse en pie para echar a correr.

Kevin lo vio primero porque eso estaba detrás de la espalda de Sabriel. Una línea gris. Pero mucho más que eso. No solo era gris, era lo gris en estado puro. Era una sombra. Era algo que absorbía el color de todo lo que lo circundaba y entonces se hacía más grande. Era como una fisura en una pantalla de cine mientras se proyecta una película, solo que la película era su piso.

Dio un grito cuando la criatura salió de allí pero no lo suficientemente potente para ahogar sus palabras:

–HE VENIDO A POR TI UNA VEZ MÁS, CORRUPTORA.

Algo más terrorífico que la cubierta de cualquier álbum de *Iron Maiden*, más repulsivo que la peor pesadilla de Marilyn Manson, algo que era huesos y ceniza y fuego y muerte surgió de la brecha y agarró a la chica y la arrastró dentro. La arrastró fuera del dormitorio de Kevin, fuera del mundo y fuera de su alcance. Entonces la grieta desapareció y se quedó a solas.

Kevin, el batería de rock, gritaba y gritaba.

–De modo que usted cree que su hijo está poseído –preguntó Gabe McKenzie a Matthew Wallace.

–¿Es eso relevante para la investigación? –Había un asomo de desafío en la voz del reverendo.

En ese momento, el abogado de Wallace dijo:

–No tienes por qué contestar a eso.

–Creo que es relevante. –Gabe se encogió de hombros–. No es una pregunta difícil.

–Quizás para usted no. –Suspiró el sacerdote–. Creo que Noah es esclavo del pecado, ciertamente.

–Tal vez sea porque yo solo soy católico pero, ¿no somos todos

esclavos del pecado?

–Sí.

Hubo otra pausa.

–¿Por qué lo expulsó de su iglesia? –preguntó Gabe. Matthew no dijo nada–. ¿Sabe dónde está ahora?

–No tengo ni idea.

–¿Ha oído hablar alguna vez de Timothy Grady?

Matthew pensó.

–No lo creo. Tengo buena cabeza para los nombres.

–¿Y del Picahielos de Hollywood?

Los ojos del reverendo se abrieron más.

–Oí que lo arrestaron en San Luis del Este –dijo el sacerdote. Gabe esperó–. ¿Cree que ese tiene algo que ver con mi hijo?

El párroco estaba desconcertado, con la cara pálida y Gabe se dio cuenta de que estaba temblando.

–Dios mío –susurró Wallace. Gabe esperó. En un buen interrogatorio había que saber cuándo permanecer callado–. Escuche, hay unos muchachos que están en grave peligro. Leotis Grant, Renee DeVries, Chasney Shaw...

–Espere, todos esos... estaban a cargo de su hijo, ¿verdad?

–No sé cómo... –El rostro del sacerdote estaba descompuesto–. Estaba tan ciego. ¡Fui un maldito estúpido!

–Matthew, te recomiendo que te tranquilices –dijo el abogado.

–Jugó conmigo todo el tiempo. No sé qué relación tiene con... con Grady o qué hizo en California. No lo sé.

–Matthew, todo cuanto digas puede ser tenido en cuenta, por favor, tómate un minuto...

–Sé tan poco... ¡Señor! Podría ser que... que George Lasalle no quemara aquella iglesia y que Gaviel lo coaccionara para que se declarara culpable.

–¿Quién? –preguntó Gabe.

Pero Matthew parecía que ya no le oía. Había comenzado a temblar de nuevo y Gabe vio en él los signos del miedo en estado puro. Había visto a personas con una pistola en la sien y a otros con un agujero en las tripas. Conocía los signos del terror y el reverendo los presentaba todos.

Y de pronto su expresión pasó del pavor a la cólera.

–¡Maldito seas! ¡Maldito seas en el Infierno! ¡Que Cristo y sus ángeles te reduzcan a la nada! ¡Que el Señor Todopoderoso erradique tu presencia maligna! ¡Que el Cielo...!

–¡La entrevista ha finalizado! –dijo el abogado, poniéndose de pie bruscamente y sacando a Matthew fuera de la habitación. El predicador continuaba desvariando.

–No abandone la ciudad –dijo Gabe mientras los dos hombres salían.

Durante unos momentos, permaneció allí sentado. Tomó algunas notas. Se preparó una taza de café. Entonces pidió a Zola Wallace que hiciera el favor de pasar.

–Me imagino que esto habrá sido muy duro para usted –le dijo.

–No se preocupe –respondió ella–. Si puedo ayudarle en algo... Con tal de encontrar a mi hijo o a la pobre hijita de los Carter.

–Se lo agradezco –dijo él. Se aclaró la garganta y le hizo algunas preguntas de precalentamiento. Le preguntó acerca de Grady y se percató de que su confusión parecía sincera. Le preguntó acerca de Lasalle; no parecía saber más de lo que debería. Él dejó escapar un suspiro–. Para lo siguiente, le ruego que me disculpe por adelantado...

–Ahora va a hablar de mi marido, ¿verdad?

–Sí.

–De acuerdo. Después de que él... Después del espectáculo de aquel día, no creo que pueda sentirme mucho más avergonzada.

Gabe le dijo que le gustaba más interrogar a criminales que hablar con las víctimas. O como mínimo, le desagradaba menos. Pero no era así. Le preguntó:

–¿Cree usted que May Carter podría haber sido la amante de su marido?

–En absoluto.

–De acuerdo.

–Su amante era Gina Parris y yo habría sabido si hubiera hecho hueco para una tercera mujer. –Su voz resultaba bastante amarga.

–Muy bien... Entonces...

–La Srta. Parris es la directora de nuestro coro desde hace doce

años. Tiene una voz adorable.

–Sra. Wallace... Lo... Lo siento otra vez...

–No pasa nada. Le hablaré con claridad: May Carter no se habría liado con un hombre casado. Punto final. Y menos con mi esposo. Era una buena chica.

Su voz se quebró en la última frase.

–Vale.

–¿Cree que podrá encontrarla?

–Creo que al final la encontraré.

–¿Viva?

Abrió la boca y luego la cerró. A aquella mujer ya la habían mentido demasiado.

–Si Tim Grady está implicado, lo dudo mucho.

* * *

Sabriel se debatió al principio, cuando Usiel la sacó del mundo que conocía y la introdujo en otro. Pero cuando vio dónde estaba, cuando se percató de adonde la había arrastrado, perdió todas sus fuerzas. Y mientras los vientos de la muerte y la pérdida se revolvían, ella se giró y se abrazó a él.

–Si querías verme, podrías haberme llamado –dijo.

Él no dijo nada. Se limitó a batir el viento con sus alas astrosas. De pronto un edificio, una desgarrada mansión barroca, sin terminar, con el aspecto de la típica casa con fantasmas, se materializó en la bruma. Con un impulso más, llegaron a la puerta de entrada.

Ella lo soltó en cuanto Usiel se posó en el suelo. Desnuda, Sabriel se acurrucó en las jambas de la puerta.

–Ahora me matarás, ¿verdad? –Podría haber mantenido la compostura, pero decidió que agacharse era mejor, que ser débil y vulnerable era mejor.

–No me tientes. –Usiel se despojó de su apariencia de ángel y pareció humano una vez más. Pero mientras hablaba, su herramienta de liberación apareció en su mano, tejida con sombras amenazantes.

Vacilante, ella se puso en pie.

–¿Puedo ponerme algo de ropa?

–Creía que la desnudez era tu estado preferido.

–Ya veo –levantó el mentón y le miró fijamente–. Vas a violarme primero.

–¡No seas absurda! –Él se dio la vuelta y Sabriel notó que se había enfadado, pero eso estaba bien, la ira actuaba en su favor. Se metieron en la casa y él pasó a otra habitación y regresó con una manta estampada.

–¡Toma! –Se la lanzó y ella la recogió–. Debería matarte –masculló mientras ella se aderezaba un pareo improvisado.

–Entonces hazlo ya. Joder, la incertidumbre ya me está matando, aunque tú no lo hagas.

Él se echó a reír. Era la primera vez que oía su risa de humano. Había cierto tono triste y amargo en ella. Su guadaña desapareció y sacudió la cabeza. Con un gesto, la invitó a pasar al salón cuya magnificente chimenea de mármol estaba destrozada y vacía y cuyos tresillos y asientos estaban agujereados y desgarrados. Se sentaron.

–Lu... Alguien que he conocido me dice que no confíe en ti –comenzó a decir Usiel–. Pero no confío en él.

–Ya. ¿Es que siempre va a ser así? Lo que acabas de decir resume todos los encuentros entre tres... de nuestra especie. –Estuvo a punto de decir «demonios» pero se calló a tiempo–. Hay variaciones, aburridas y tediosas variaciones, pero siempre es lo mismo; X le dice a Y que no confíe en Z, pero Y no confía en X.

–¿Por qué debería confiar en ti?

–Ya lo hicimos en el pasado.

–Pero tú eras diferente antes de la guerra. Ahora eres como una extraña.

–Lo mismo podría decir de ti. Si tienes tantas dudas, ¿por qué no me dejas en paz y ya está? Parece que no hay término medio entre mi muerte y tu confianza.

Él se encogió de hombros y apartó la vista y Sabriel supo que podría sacar provecho de su soledad.

–Echas de menos lo que antaño tuvimos, ¿verdad?

–¡Claro que lo echo de menos! –Se giró hacia ella y sus ojos refulgían–. ¡Echo de menos el Paraíso! ¡Echo de menos el mundo immaculado! ¡Echo de menos el cálido trato con el Todopoderoso y

echo de menos una existencia armoniosa!

–¿También añoras la prohibición? –preguntó. Él permanecía callado. Hizo la pregunta de nuevo–. ¿La echas de menos? ¿Echas de menos el decreto que nos ordenaba ocultarnos de la humanidad? ¿Era eso mejor que tu Edén armonioso?

–Quizás sea estúpido mirar al pasado –murmuró.

–¡Quizás sea estúpido suponer que todo se ha perdido! ¡Quizás sea una estúpida al pensar que mi viejo amigo, el Trono de los Apartados, pueda existir aún en el negro corazón del Segador de Almas! Quizás ya no quede nada más que guerra. Guerra sin fin, demonio contra demonio, hombre contra hombre y Dios contra todos nosotros...

–El Señor no es el enemigo de nadie.

–¿Ah, no? ¿Quién fue el que sacudió el mundo? ¿De quién era la mano todopoderosa que aplastó dimensiones con el mero contacto de su luz? ¿Quién dictó la maldición que castigó a los hombres con la muerte, la debilidad y trajo la decadencia al cosmos entero? ¿De quién era la mano, Uziel?

El Segador de Almas la miró en silencio unos instantes.

–¿De verdad piensas eso de Él?

–¿Qué otra cosa podría pensar?

–¿Alguna vez se te ocurrió, se os ocurrió pensar que la mano de Dios sobre el mundo no era para aniquilarlo sino para cogerlo cuando cayera?

* * *

Gabe se sentó en su mesa con una taza del excelente café de Juanita y miró el reloj de su muñeca. Aún no eran las once de la mañana y el día ya había sido agotador. Había empleado una cantidad de tiempo impresionante para conseguir el permiso para hablar con Tim Grady esa tarde. Era como tratar de fijar una cita con el Presidente; todos querían hablar con el Picahielos. Si no eran los periodistas, eran los policías de San Luis del Este; si no eran ellos, era la policía de San Luis con teorías sobre casos sin resolver. Si no eran ellos, era el abogado de oficio designado para defenderlo o el fiscal del

distrito o el psiquiatra que debía dilucidar si estaba en condiciones para ser juzgado o el médico al que habían pedido que averiguara cómo un hombre de setenta años podía ganar veinticinco kilos de músculo en menos de un año. Gabe estaba contento de que ningún poli de Nevada hubiera metido las narices. Por ahora.

Después de muchos intentos y una gran sarta de impropiedades contra el sistema telefónico de Los Ángeles, que aún seguía fastidiado cuatro meses después del terremoto, pudo hablar por fin con el Dr. Gould, que había tratado a Grady durante años. Gould no dijo nada halagüeño. Hacía que el Picahielos de Hollywood pareciera una mezcla entre Ed Gein y Harry Houdini, con las habilidades pugilísticas de Mike Tyson para aderezar el conjunto.

–Si él raptó a aquella mujer, está muerta –dijo Gould fríamente–. Hubo una época en la que Grady estaba lo suficientemente despierto para actuar con astucia, pero ya en sus últimas actuaciones no dejaba pasar mucho tiempo entre la captura de la víctima y su eliminación. He visto cómo ha ido degenerando con el transcurso de las décadas, hasta el punto de que la mera visión de una mujer le provocaba un violento frenesí. Una vez fue un hombre inteligente e incluso encantador. Ahora, no sería injusto llamarlo infrahumano.

–Entonces, ¿cómo pudo escapar?

–Bueno, estábamos planeando una investigación al respecto cuando los cimientos del sótano se vinieron abajo. Aparentemente, estábamos sobre una falla no detectada previamente. Durante el terremoto, el complejo simplemente dejó de existir. La Agencia Federal de Control de Emergencias acordonó la zona y el edificio fue declarado en ruinas y salvamos cuantos informes pudimos... Creo que están siendo archivados en Sacramento. De todos modos, la plantilla está desperdigada. Muchos incluso han dejado el Estado.

–Ya veo. –Gabe frunció el ceño y dio unos golpecitos con el bolígrafo sobre la mesa–. Entonces, ¿ha dicho que estaban planeando una investigación cuando se produjo el seísmo?

–Correcto.

–¿De modo que él escapó antes de hacerla?

Hubo una pausa que, a pesar de la estática producida por la

conferencia a larga distancia, parecía muy incómoda.

–Sí –admitió finalmente el Dr. Gould–. En realidad nunca llegamos a resolver qué pasó exactamente. Grady estaba en la enfermería al cuidado de dos enfermeros cuando escapó y, después, atacó a una mujer cerca de una estación de tren. La policía cree que saltó a un vagón y abandonó la ciudad en él.

–Eso es lo que creen ahora, querrá decir.

–Sí. –El Dr. Gould dejó escapar una tos nerviosa–. Los dos enfermeros eran Charles Rodríguez y Mitch Berger. Puedo facilitarles sus direcciones de contacto si lo desea. Aunque no puedo asegurarle que sean las actuales.

–Se lo agradecería.

Después de colgar, Gabe fue al baño. Cuando volvió, tomó más notas:

GRADY: Anciano que mata a cinco mujeres en los cincuenta; todas blancas, todas con cuerpo de modelo. Lo encierran. «Degenera hasta convertirse en un ser infrahumano». Intenta escapar. Descargas eléctricas. Por fin escapa a los setenta. Se zafa de dos enfermeros, Rodríguez y Berger. Ataca a una mujer. Salta a un tren. Roba un Bronco. Conduce hasta San Luis. Rapta a May. Vuela por los aires una estación de bombeo. Se convierte en un gigante musculoso en algún momento.

Se golpeó los dientes con su bolígrafo y frunció el ceño. Contempló sus notas como si fuera un enrevesado crucigrama de los domingos.

Pasan meses entre su huida y el rapto de May. ¿Dónde estuvo? ¿Qué estuvo haciendo? ¿Qué tiene que ver la estación de bombeo? Repostó gasolina camino al Oeste. ¿Dónde la llevó? ¿Cómo escapó? ¿Le ayudaron Rodríguez y Berger?

Sacudió la cabeza, descolgó el teléfono y llamó a Las Vegas.

* * *

Thomas estaba en el Rocket Bar, acariciando una cerveza de media mañana, cuando oyó la voz de Sabriel en su cabeza. Dio un respingo.

–Thomas.

–Eh, jefa –dijo–. Quería que supieras que lo siento, o sea, sí, la cagué, pero fueron las drogas, ¿sabes?

–Sí, vale...

–Esa tía tenía una maría fuerte de cojones y, bueno, estaba volado. Te conseguí un coche nuevo para, en fin, compensarte.

–Thomas, eso no tiene importancia ahora...

–O sea, no es un coche nuevo, está usado, pero mola mucho. Es un viejo El Dorado y el tío me dijo que está en muy buen estado.

La camarera que pasó a su lado se sorprendió enormemente al ver a un joven hablando consigo mismo sobre un coche. Supuso que estaba hablando por un móvil con manos libres.

–¡Thomas! ¡Cierra la puta boca!

–Vale. Eh... ¿Qué pasa?

–He sido raptada, eso es lo que pasa. No sé cuánto tiempo más voy a poder hablar.

–¿Qué? ¿Quién...? O sea, ¿quién podría...?

–El Segador de Almas. Me agarró y me arrastró al más allá.

–¿Eh?

–¡El más allá! ¡El... el lugar al que van los espíritus, los fantasmas, los muertos! ¡Estoy atrapada y no puedo salir!

–Pero yo... ¿Qué podría...?

–¡No lo sé! Llama a otros demonios, a ver si pueden... Mierda, me ha oído, ¡está volviendo!

–¿Otros demonios?

–No puedo decirte sus nombres, él lo oirá. ¡Ya los conoces! ¡Ya sabes sus nombres!

–¿Sabriel? ¿Sabriel?

No hubo respuesta.

–Putra mierda –susurró. Se mordió el labio, se puso de pie, luego se sentó de nuevo, bebió un largo trago de su cerveza y bajó la vista hacia la mesa–. Atrapada en el más allá. ¿Qué demonios quiere decir eso?

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Se produjo una escena tensa cuando el barman pensó que estaba tratando de marcharse sin pagar. Abonó la consumición, dio una buena propina a la camarera, se subió al coche y se encendió un porro para ayudarle a pensar. No le

ayudó mucho.

Vale, tengo que rescatarla. Inmediatamente, pensó frunciendo el ceño. Un momento, ¿por qué debería rescatarla? ¡Me convirtió en un repugnante monstruo de feria y me echó en mitad del descansillo en pelotas!

Echó otra calada y se reclinó en su asiento, con los ojos perdidos en la contemplación.

Quizás tendría que dejar que se pudriese allí. «Más allá», joder, además, ¿qué se supone que tengo que hacer? Se lo merece. Siempre jodiendo a la gente. Que ahora la jodan a ella.

Mientras la suave y adormecedora droga pasaba de sus pulmones a sus venas, se dio cuenta de lo gracioso que era todo aquello. Dejó escapar una risita estúpida.

Debe de estar muy desesperada. O sea, debe de estar muy pero que muy desesperada si me llama a mí. Si el único amigo con el que puede contar es el tipo al que ató y mató de hambre en su sótano...

Pero nada más pensar eso, sintió una oleada de culpabilidad. Después de todo, fue él quien asaltó su casa. Su reacción fue absolutamente cruel, desproporcionada, pero aun y todo...

Se sentía estúpido pero, cuando oyó la voz de Sabriel en su cabeza, se sintió bastante aliviado. Ella ya era parte de su vida. Una gran parte, realmente. Hizo que dejara su abominable empleo y, bueno, es cierto que a veces la chica era insoportable pero... pero...

Pero no podía evitar recordar la vez en que ella le mostró su verdadera forma y la gloria que desprendía. Había sido la visión más magnificente, magnética y mágica de toda su vida y quizás incluso había valido la pena. Quizás valieron la pena todas las torturas y los gritos y las ataduras, con tal de saber que algo así era real.

Suspiró. Si la abandonaba en aquella cárcel de muertos, ¿qué sería de él? Quizás sería más amable con él si le salvaba el culo.

Además, si no hago nada, podría matarme.

Oh, sí. Eso. En una ocasión, cuando necesitaba energía, drenó sus fuerzas hasta que cayó redondo al suelo y eso que estaba muy lejos de ella. Si estaba en apuros, en verdadero peligro, podía succionar todo su ser de nuevo. ¿Por qué no? Maldición.

Vale, así que la rescato y me convierto en un tipo decente, un

caballero blanco, con la armadura brillante y todo ese rollo. Y, si no, probablemente ella me mate. Dejó escapar un suspiro. Parece que la elección es fácil, ¿verdad?

–¿Gaviel? –dijo.

–¿Quién me llama?

–Gaviel, soy yo. Tom. Thomas Ramone.

–Hombre. ¿Cómo te va? ¿Te trata bien tu jefa?

–Bueno, en realidad, quería hablarte de ella. Parece que vino alguien y la cogió.

–No me sorprende mucho. Ir, coger, marcharse, botar, sudar... Y todo en el mismo día, ¿verdad?

–No, quiero decir que alguien se la ha llevado. O sea, la ha raptado. Se la ha llevado al... Eh... Ella dijo al más allá.

–¿Qué?

–Alguien, no sé, la cogió y se la llevó a un mundo de fantasmas, a un sitio adonde van los fantasmas. Eso es lo que me dijo.

–Entonces fue un Halaku. Y apuesto a que ha sido el Segador de Almas.

–¡Sí! Sí, ese es el tipo; ella dijo que la cogió y... y que te pidiera ayuda.

–Genial. No puedo hacer nada por ella.

–Pero...

–No... puedo... hacer... nada. Lo siento, Thomas, pero así son las cosas.

–¡Es que, si no la saco, se me puede caer el pelo!

–Lo siento mucho pero sentirlo no me va a dar de repente el poder de abrir una brecha en los muros de la vida y llegar a las tierras del más allá, ¿verdad? Lo siento, lo siento de veras pero no puedo hacer una mierda y ella debería saberlo. Pero, oye, dame tu número de móvil y te llamaré si se me ocurre algo.

Thomas suspiró y se lo dio. Entonces dijo:

–Eh... ¿Hasmed?

–¿Qué? ¿Quién es? ¿Sal?

La voz que resonaba en la mente de Thomas era muy diferente. Era menos suave y tenía un fuerte acento de Jersey. Lo podía notar aunque estuviera dentro de su cabeza. El hecho de que eso ya no le

asustara era parte del circo en que se había convertido su vida en los últimos meses.

–No, soy... soy yo, Thomas. ¿Te acuerdas de Florida?

–Ah, sí. Tú. Vale. ¿Qué quieres?

–Sabriel necesita tu ayuda.

–Y los que están en el Infierno necesitan un pijama de verano. ¿Porqué debería ayudarla?

–Eh... No lo sé. Igual podría... eh... Bueno, ya sabes que tiene poderes y eso...

–Un trato genial. ¿Te tengo que recordar que la última vez que me ofreció sus «poderes y eso» se puso a temblar como una gallina y echó a correr en cuanto las cosas se pusieron feas?

–Yo no... O sea...

–Así que ahora está en apuros y viene suplicando mi ayuda, ahora que se le chamuscan los pelitos del cono. Que le den. Tengo mis propios problemas.

Quemando sus últimos cartuchos, Thomas dijo:

–Pero Gaviel dijo que tú la ayudarías...

–¿Eso dijo?

–¿Que yo dije qué?

Esta última era la voz de Gaviel, sobrepujando a la de Hasmed en la mente de Thomas. Eso le asustó mucho y comenzó a sentir pánico. Había demasiadas voces en su cabeza.

–Bueno, pues se equivocó. No sé en qué estaría pensando, pero yo ya no me dedico a ayudar a la gente porque sí –dijo Hasmed.

–Si pronuncias mi nombre en vano, Thomas, harás que me disguste. Que me disguste y me enfade –advirtió Gaviel.

–Mira, lo... lo siento, pero uno de vosotros tiene que ayudarme. Vamos, hombre, no puedo enfrentarme al Segador de Almas yo solo, ¿verdad?

–¿Qué? ¿El Segador la ha cogido? Chico, ya puedes empezar el proceso de duelo –dijo Hasmed.

–¿Con quién estás hablando, Thomas? Si estás tratando de alistar a alguien para que se enfrente con el Segador, lo tienes muy jodido –intervino Gaviel.

–¿Alguno de vosotros podría decirme, aunque sea, cómo... no

sé, llegar a ese mundo de fantasmas donde está metida?

–Un Halaku podría llevarte, si fuera lo bastante fuerte, pero, Thomas... Es inútil. Ninguno de los Asesinos se enfrentaría con el Segador solo porque tú se lo pidieras, especialmente estando en su terreno, donde podría darles una paliza como si fueran cachorros desorientados. No tienes nada que ofrecerles; ni siquiera tu alma. Como ya eres el esclavo de Sabriel, no vales nada para los otros demonios. Date por vencido –dijo Gaviel.

–Te diré cómo ir a las tierras de los muertos. Muere. Irte a la mierda en primer lugar es opcional. Y si quieres encontrar una forma rápida de morir, empieza a tocarle los huevos al Segador de Almas. Incluso te daré su nombre para que puedas conjurarlo. Se llama Usiel. ¿Me oyes, Usiel? ¡Este es el sonido de mi voz desentendiéndose de esta mierda!

* * *

Hasmed no estaba de buen humor cuando Thomas lo invocó y las noticias no hicieron que se alegrara. De hecho, estaba bastante sorprendido. La imagen de la traicionera Sabriel en peligro debería de haberle hecho sonreír. No obstante, sintió repulsa.

Sentía mucha repulsa esos días.

No tenía mucho que hacer. El asalto al furgón blindado había arreglado sus problemas financieros, Rico no le atosigaba pidiéndole que consiguiera más dinero... Pero, a pesar de todo, ese había sido su primer trabajo de verdad y había salido realmente mal. Sabía que no había sido por culpa suya; esos estúpidos del otro coche no siguieron sus instrucciones.

Eso no importaba. Tenían amigos, los amigos hablaron y, aunque Rico no estaba totalmente en contra de él, tampoco lo perdonaba del todo.

Además, nadie estaba ansioso por trabajar con un tipo en cuyo último golpe murieron el cincuenta por ciento de los implicados.

Tenía tiempo para él mismo y al principio era genial pero pronto comenzó a pesarle la inactividad. Como hoy, se pasaba el día sentado en su apartamento, leyendo y reprimiendo aún los instintos fumadores

de Harvey Ciullo. La invocación había sido una distracción al principio.

Vodantu ya no le incordiaba. Por el momento. Aparentemente las cosas le iban bien a la Piedra de la Desesperación, el nuevo favorito de Vodantu, y eso hacía que Hasmed no se sintiera muy cómodo.

La investigación del asalto al furgón blindado estaba en un callejón sin salida, el dinero había sido bien lavado, a Tina le iba bien en su encantadora escuela infantil, Boyer estaba bajo control, Roscoe estaba contento... Todo iba bien. Excelentemente bien. Pero no era suficiente.

Eso era, en realidad. No era suficiente.

¿Qué narices es lo que quiero?, se preguntó Hasmed. ¿Ayudar a la gente? Ros y Boyer no tienen ninguna queja, eso seguro. ¿O quiero hacer daño a la gente? No, no quiero. Nada de eso. Mira a esos pobres bastardos del furgón o a esa zorra estúpida del aparcamiento. Mierda. ¿Qué quiero? Quiero no querer nada. Vaya, qué profundo.

Lo que le molestaba en realidad era pensar que Gaviel fuera a ayudara Sabriel. Más exactamente, lo que le molestaba era pensar que Gaviel se sentía decepcionado porque él, Hasmed, no se embarcaba en esa peligrosa cruzada.

Él es así. Leal, valiente, noble. Vaya mierda.

Hasmed frunció el ceño con más fuerza y sintió cómo las lágrimas pugnaban por salir.

No ha cambiado nada desde la Guerra del Cielo.

¿Por qué cambié tanto yo?

Los dedos de Hasmed tamborilearon sobre la mesa y sintió el impulso de coger un cigarrillo y el encendedor. Estuvo a punto de levantarse para ir a buscar una pasta de arroz, pero no. No tenía hambre. No iba a comer solo para satisfacer los persistentes hábitos orales de Ciullo.

Demonio, mafioso, padre soltero. No me extraña que tenga una crisis.

Fue en ese momento cuando sintió la segunda invocación del día.

—¿Hasmed?

—¿Quién es ahora?

—¿Has... Hasmed del Azote Maldito?

–Vas a sentir ese azote en el culo si no te identificas.

En lugar de decir su nombre, el invocador desconocido comenzó a decir algo, algo que era casi el lenguaje de los ángeles, pero no del todo. Hasmed se incorporó en su sofá y desplegó su mente, tratando de encontrar a su interlocutor...

Las palabras seguían fluyendo; Hasmed casi podía desentrañar su significado. Algo sobre retener a los malditos, sobre la invisibilidad y el sigilo...

Pero el demonio estaba enfocando su mente; ese tipo estaba muy lejos, a kilómetros de distancia al Sur y al Oeste. Estaba captando su localización. Era un lugar cálido, con arena...

Y de pronto nada.

–¿Quién es? Maldita sea, ¿quién es?

Pero no hubo respuesta. El invocador había cortado la comunicación.

* * *

–Llámale bastardo –dijo Sal Macellaio. Barney lo miró con ojos asustados–. Vamos. Este tipo me odia y no me ha hecho nada, lo cual quiere decir que no puede hacer nada. Y si no puede hacerme nada a mí, que maté a su hermana, es lógico pensar que tampoco podrá hacerte nada a ti.

–Eres... Eres un bastardo –dijo Barney balbuceando, con los ojos apretados.

No pasó nada.

–¿Has sentido alguna cosa?

–No –dijo y la palabra salió disparada. Había estado aguantando la respiración.

–¿Seguro?

–Estoy seguro. –Barney abrió los ojos–. Funcionó, funcionó.

–Vale. Buenas noticias. –Sal miró la libreta con las palabras del hechizo y frunció el ceño.

Brujería. Que Jesucristo me perdone.

–¿Mataste a su... su hermana?

–Hermanastra, pero olvídale. –Sal se aclaró la garganta y se

sintió como un estúpido—. Probaré yo con el siguiente.

Bajó la vista para mirar la notas una vez más. Entonces dijo:

—¿Vodantu?

* * *

—Hola —dijo Halcón Negro O'Hanlon u Oscar Black.

—Hola —contestó Lance Mason sin levantar la vista.

—¿Te importa que me sienta?

—Haz lo que quieras —contestó. Blackie se sentó—. ¿Así que tú eres uno de los inversores de todo esto?

—Supongo que podría decirse que sí.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Qué... qué es todo eso? —dijo señalando con la mano.

Lance estaba realmente sorprendido, anonadado incluso, al ver qué le había pasado al campamento que había dejado no mucho tiempo atrás. En su última visita, solo había dunas, pinos y unos pocos coches aparcados. Ahora, había tres pequeñas cabañas, un edificio más grande que contenía algo así como barracones, unos baños, un tanque de agua, un generador... y vallas. Vallas por todas partes. La exterior era de alambres de espino pero había otra cerca, esta hecha con paneles, que rodeaba las cabañas y que tenía una puerta con candado y postes clavados en la tierra para asegurar la sujeción. Rodeaba todos los árboles y casas y no parecía ni decorativa ni acogedora.

—¿A qué te refieres?

—O sea... Vamos, yo me fui de aquí hace unos pocos meses, cuando no había nada. Ahora hay todas estas casas y... tenéis electricidad y teléfono. ¿Para qué?

—¿Para qué crees tú que es?

—¡Mi padre no me lo quiere decir!

—Si tu padre no te lo quiere decir, ¿realmente crees que yo debería decírtelo?

Lance le miró a los ojos y frunció el ceño.

—¿Cómo te llamabas?

–Oscar Black.
–¿Y no nos hemos visto antes?
–No lo sé. No creo.
–Es que me suenas... No sé. No puedo recordar.
–Quizás tenga un acento parecido o algo así.
–Odio estar aquí –dijo en voz baja. Blackie apenas pudo oírlo.
–Quizás te vayas acostumbrando.
–¿Acostumbrarme? Mi padre dice que va a ser mi profesor particular. Aquí. En mitad de ninguna parte, sin nadie con quien jugar y con toda esa gente rara y maloliente que viene y se va. ¿Qué tipo de vida es esta?
–No es tan mala –dijo Blackie–. Mira, hay una razón para toda esta privacidad. O sea, la gente que has visto tiene mal aspecto, ¿verdad? No les gustaría que el resto viésemos lo hecho polvos que están, ¿verdad?
Lance se rascó la cabeza.
–Supongo que no.
–Los estamos ayudando. Tu padre cree firmemente en ello. Es... Es muy bueno con... eh... Eso. No es fácil. Pero es importante. Hay que hacerlo.
–No parece muy seguro de ello.
–Claro que estoy seguro –dijo Halcón Negro pero su voz parecía vacilante e incluso su dulce y hermoso rostro artificial parecía atribulado.

* * *

Gaviel conducía por San Luis del Este con el rostro inexpresivo, pero en su interior estaba inquieto.

Nada.

Pasó al lado de vendedores de crack, yonquis y cuarteles de mañosos.

Nada aún.

Anteriormente, había sido incapaz de visitar la ciudad sin percibir la esencia de su adversario sobre prácticamente todas las cosas, envolviendo las calles como una nube de vapor pestilente. ¿Ahora?

No había ningún rastro del Enemigo, ni siquiera en los lugares en los que su influencia había sido intensa.

Gaviel tenía sus sentidos desplegados pero, por el momento, la ciudad parecía libre de cualquier presencia sobrenatural. Quizás algún fantasma por aquí y por allá, pero nada anormal.

Con un pequeño esfuerzo, cambió sus canales mentales. En lugar de rastrear lo que existía, se abrió a lo que había sido y a lo que podría ser.

Lo que detectó no le sorprendió, pero le desagradó lo suficiente para fruncir levemente el ceño. Dio al intermitente y se dejó guiar por sus sentidos hasta una esquina donde Grant Dagley estaba intimidando aun trío de jóvenes pandilleros.

–No me importa –estaba diciendo Dagley–. Hay un nuevo jefe en la ciudad, así que más os vale ir os acostumbrando. Eso o escribir un testamento para que vuestros amigos de mierda no se líen a tiros por vuestras pertenencias.

–Sheriff. Qué sorpresa –dijo Gaviel.

Dagley se giró y entornó los ojos. Entonces se volvió hacia los crios y les dijo:

–Ya está. Largo.

Mientras le obedecían refunfuñando, Dagley se acercó al coche nuevo de Gaviel mirándolo inquisitivamente.

–Creo que no te recuerdo.

–La última vez que hablamos, me tiraste por una ventana. Ah, pero tenía un aspecto diferente entonces. –Al ver la reacción que el sheriff trataba de ocultar, Gaviel sonrió amablemente–. Podemos hacer esas cosas, ya sabes.

–No me digas.

–¿Dónde está tu amigo el gigante?

–¿No lees los periódicos? ¿O es que leer es algo que no podéis hacer?

La sonrisa de Gaviel se trocó de manera imperceptible en una mueca socarrona.

–Así que estás solito. Paseando por estas calles tan peligrosas. Un humano podría resultar herido.

–Estoy protegido. ¿Y tú no tienes una especie de pacto de no

agresión con mi jefa?

–Eso creía yo, hasta que empezó a meter las narices en San Luis del Este.

–¿A qué te refieres?

–Me explicaré. Y, como favor personal, usaré palabras cortas y hablaré despacio. –La sonrisa se desvaneció de su rostro cuando dijo: – Me... privasteis... de... mi... presa –Dagley se encogió de hombros –. Algunos de mis compañeros no podrían imaginar un agravio mayor.

–Vaya. Lo siento. –La falta de sinceridad de Dagley era flagrante –. No vi que llevara una etiqueta con tu nombre.

–Tu señora está siendo tremendamente hostil.

–Eh, tal vez deberías marcar más claramente tu territorio. A mí me parece que estás furioso porque ella hizo lo que tú no pudiste.

–Esa es una peligrosa afirmación, sheriff.

–Oh, mis disculpas. Es que no te imagino a ti metiéndote en ese agujero de mierda con una mochila llena de explosivos. ¿O tenías planeado esperar a que se muriera de viejo?

–Mira, te lo advierto...

–No, yo te lo advierto a ti. Avitu quiere hacer esto y lo va a hacer. Tus opciones son ser destruido, subirte al barco o apartarte de su camino.

Con eso, Dagley se dio la vuelta y se alejó caminando.

La expresión de Gaviel no cambió. Pero un tendero que estaba cerca se quemó los dedos al encender un cigarrillo, un coche que pasó al lado sufrió una violenta explosión en los pistones y la llama del fogón de un piso cercano se elevó hasta el techo con blanco resplandor antes de menguar y recobrar su tono azul.

Gaviel estaba lívido. Le enfurecía que Grant pudiera humillarlo con tal impunidad. Le enfurecía aún más que aquel humano tuviera razón.

* * *

En cuanto a Grant, su apabullante seguridad era una mera impostura.

Avitu le había ordenado que liberara a Tim Grady tan pronto como fuera posible, pero no se le ocurría cómo hacerlo. Había estado hablando con sus (pocos) contactos en la prisión donde estaba encerrado Grady y le habían dicho que el tipo estaba más vigilado que la esposa de un jeque del petróleo. Se le consideraba un preso con altas probabilidades de evasión, por lo que estaba bajo vigilancia permanente. Se le había apartado del resto de los presos, por el daño que pudieran causarle; o él a ellos. Cuando Dagley dejó caer la idea de trasladar a Grady a su prisión por razones de seguridad, se rieron a carcajadas.

–Mira –le dijo un jefe de vigilancia–. No me importa cuántas cajas de whisky le mandes al superintendente ni cuántos votos vayas a conseguir por tener al Picahielos de Hollywood en tu cárcel, pero eso no va a suceder. Vamos. Son los federales los que están encima del tío, no nosotros. Y nadie va a trasladarlo después de lo que hizo. Y si lo hicieran, no te lo entregarían a ti. Especialmente, con todas esas historias que circulan sobre ti en Springfield.

–¿Y cuando vaya ajuicio? ¿No sería buena idea cambiarlo de lugar?

El otro negó con la cabeza.

Dagley informó de su fracaso (tenía más miedo de las repercusiones que originaría ocultarlo) y Avitu le obsequió con un par de forúnculos en la parte baja del escroto. Le picaban y supuraban cada vez que caminaba o se sentaba.

* * *

Mientras el encarcelamiento de Grady estaba resultando un infierno para Grant Dagley, a Rosemary Nevins le parecía estar en el Cielo.

La rocambolesca historia cautivó a los tabloides americanos, hasta el punto de desbancar a Joellen O'Hanlon de la portada del *Enquirer*. Con la excusa de ser una amenaza para la seguridad pública, incluso los periódicos serios cubrían la noticia de forma en absoluto superficial. En al menos la mitad de los artículos, se citaban las víctimas del Picahielos de los años cincuenta.

Rosemary era recordada. Era maravilloso. Suponía que la fama debía de ser algo parecido. Era como estar viva.

(No era como estar viva, ni siquiera se parecía, pero Rosemary ya había olvidado la auténtica sensación de la vida).

Vagó sin ser vista por las redacciones de los periódicos. Encontró al hombre que estaba buscando y fue difícil de controlar, fue difícil colarse en su interior y darle un meneo, pero ahora tenía el poder suficiente. Miles de ojos veían su foto y miles de voces pronunciaban su nombre. Eso le confería poder, el poder para ser aún más fuerte.

Su oficina era luminosa y alegre y era complicado pensar en fantasmas allí dentro, por muy solo que estuviera uno. Pero Rosemary era fuerte. Ella lo impulsó y él decidió poner una foto suya en la primera página de la sección «En perspectiva» del domingo. Decidió que sería un buen contrapunto para el artículo sobre las consecuencias del encarcelamiento de los dementes peligrosos.

De hecho, incluso sin necesidad de presión, decidió colocar dos fotos, una al lado de la otra. La primera era de un anuncio publicitario donde se veía a Rosemary con un vestido elegante, mirando a la cámara con ojos picarones. La segunda era la foto de su cadáver en la escena del crimen.

Rosemary estaba emocionada con todo eso pero no podía quedarse a mirar. Tenía que regresar a la cárcel a tiempo para la siguiente entrevista de Tim. Si todo salía según lo previsto, armaría una buena.

* * *

–Bueno. May Carter. ¿Adónde te la llevaste? –dijo Gabe McKenzie. Tim Grady no respondió nada–. Quizás no la recuerdes. –Gabe arrojó una foto suya sobre la mesa que había entre los dos. Tim ni siquiera la miró–. Tengo un testigo ocular que la sitúa contigo en un Bronco dorado el día en que desapareció. –Ninguna respuesta–. Te haces el duro, ¿eh? No te lo reprocho. La cárcel puede ser bastante dura y, en fin, apuesto a que un manicomio puede ser incluso peor. Bajo las circunstancias adecuadas, claro. Como por

ejemplo entregarte de nuevo al Dr. Gould. –Gabe miró de reojo al gigante silencioso del otro lado de la mesa. El agente del FBI se puso en pie y comenzó a caminar—. Deberías oír la voz de Gould cuando habla de ti, amigo. Me imagino que se lo pasaría de miedo yéndose de *picnic* mientras tú te freías. ¿No crees? Había oído que la terapia con descargas eléctricas estaba ya desacreditada pero un tipo con la pierna totalmente destrozada sin duda podría rescatarla para un caso especial como el tuyo.

El prisionero ni siquiera cambió de expresión. Gabe observó los ojos de Grady cuando caminaba a su lado y no se sorprendió de que estuvieran completamente inmóviles.

¿Me estará escuchando?, se preguntó Gabe. Pero le había costado sangre, sudor y lágrimas conseguir esa entrevista y no iba a desperdiciarla, maldita sea.

–Mira, Grady. Yo podría ponerte las cosas fáciles. ¿La estación de bombeo? No me importa una mierda. ¿Aquellas mujeres de los cincuenta? Demonios, si hubieses estado cuerdo, probablemente a estas alturas estarías ya en libertad bajo vigilancia. Lo único que me importa es May Carter. Si tengo que pasar por encima de todos los pies planos de la zona para encontrarla, joder, lo haré. Ayúdame a encontrarla y haré que las cosas sean más fáciles para ti. Cooperera y el FBI te protegerá. Podríamos decir que eres demasiado peligroso para ser trasladado, por ejemplo. Sí, eso es. Si tienes aunque solo sea una neurona en activo, no querrás volver a California. Con Gould. Así que dame alguna pista sobre Carter y seremos amigos. ¿Me entiendes?

No hubo ninguna reacción. Gabe reprimió el impulso de alumbrar con su linterna los ojos de Grady solo para asegurarse de que sus pupilas se contraían.

Y entonces creyó haber oído algo.

Gabe se crispó y miró a su espalda. No pudo evitarlo. Pero no había nadie.

Grady también reaccionó. Levantó la cabeza de golpe y sus labios comenzaron a temblar.

La cabeza de Gabe se giró para observarlo.

–¿Por fin empiezas a despertarte y oler el café? Dime algo. ¿Rodríguez y Berger están en el ajo? ¿Te ayudaron a salir? Hazme

caso; esos no se quedarían calladnos por ti. ¿Y Joellen O'Hanlon?
¿Qué tiene que ver en esto?

Grady comenzó a dar resoplidos y a jadear y Gabe frunció el ceño. De pronto comenzó a pensar en el reverendo Wallace. Después de un instante, comprendió por qué. Grady mostraba los mismos signos de terror.

–¿O'Hanlon? ¿Es eso lo que te asusta? ¿Y qué hay de su hijo, Halcón Negro? ¡Háblame, Grady! ¡Ayúdame a encontrar a Carter y te protegeré! Sea lo que sea, yo puedo protegerte.

–Ughhh... –Grady comenzó a emitir un sonido quejumbroso y apagado. McKenzie permaneció en silencio, esperando. Esperando que el viejo hablase. Pero Grady no habló. Siguió gimiendo mientras su cabeza se movía hacia atrás y hacia delante y sus ojos giraban alocadamente.

–¿Y qué hay de los Mason? ¿Theodore, Bridget y Lance? ¿Cuál es su relación?

Grady levantó las manos, como si fuera a emprender el vuelo o a escudarse la cara, pero solo pudo alzar la izquierda. La derecha estaba asegurada con una cadena más corta. Ciegamente, como un animal, comenzó a tirar de sus esposas.

–... Diiii mi noooooombre...

Esta vez, Gabe no se dio la vuelta; no iba a dar la espalda al Picahielos de Hollywood, aunque el gigante estuviera encadenado. Pero sí miró de reojo hacia atrás, buscando la fuente de esa voz, pero no vio nada.

–¡Ah! ¡Aaah, aaaah!

–Los Mason. Los O'Hanlon. La estación de bombeo. May Carter. ¿Cómo casa todo eso, Grady? ¿Cuál es la conexión? ¿Cuál es la conexión?

–... Diiiiilooo...

–¡Rosemary! –gritó Grady–. ¡Rosemary! ¡Rosemary!

Se tiró de la silla al suelo, retorciéndose el brazo salvajemente con las esposas, pero ni siquiera lo sintió. Se arrastró debajo de la mesa y siguió gritando.

–¡Rosemary! ¡ROSEMAAAARY!

* * *

–¿Adónde fuiste cuando saliste de aquí? –preguntó Sabriel.

–No es de tu incumbencia –contestó Usiel.

–¿Buscando ángeles leales a Dios y al Cielo?

–Quizás rastreando el Infierno buscando a más como tú.

Ella se encogió de hombros.

–He conocido a tus tres amas de casa. La Condesa parece interesante. Las otras dos me son indiferentes.

–Pues me temo que tendrás que quedarte con todas. ¿O es que no has visto lo que hay allí afuera?

–Ah, ya lo he visto. Pero quizás podría correr el riesgo. Si me aburro mucho.

–Nunca regresarías al mundo físico. Ni en un millón de años. Tu Casa no tiene los rudimentos necesarios para comprender esos tránsitos.

Ella dejó escapar un suspiro.

–Eres un pesado, ¿sabes? Me aburres.

Durante un momento, permanecieron sentados. Entonces él dijo:

–Toma. Te he traído esto.

Era una bolsa con comida rápida de un puesto del metro de Nueva York. La incongruencia de la situación hizo que ella se echara a reír.

–Muchísimas gracias –dijo Sabriel. La comida le repugnaba profundamente, todo el proceso de la ingesta. Pero, al mismo tiempo, sabía que lo necesitaba.

–Creo que ahora entiendo más cosas –dijo Usiel por fin.

–¿Me entiendes mejor a mí? ¿A nosotros?

–A todos vosotros. Los demonios. Los caídos.

–Fenomenal.

–Entiendo cómo podéis aceptar la adoración de la humanidad.

Ella levantó una ceja.

–¿Eh? ¿Así que tú... también lo has hecho? Solo te falta matar demonios para devorar sus almas. –Al ver su expresión, se rió de nuevo. Una carcajada musical de deleite –. ¡Ya lo has hecho! ¿No?

No dijo nada.

–¡Es maravilloso! Poco a poco te estás volviendo cada vez más perverso. ¿Lo hiciste todo tú solo? ¿O tienes un maestro del deseo?

–No sé ni por qué hablo contigo –dijo poniéndose en pie.

Su risa lo acompañó fuera de la casa y en la tormenta. Él replegó las alas, cruzó el umbral y volvió a ser un mero humano, caminando por los bosques del norte de Montana.

–Lucifer –dijo.

–¿Qué?

Él hizo una pausa, iluminado por la luz que se filtraba por las hojas de los árboles.

–¿En qué me diferencio de ellos?

–Tú nunca te rebelaste. Recuérdalo. Cuando todo te parezca confuso, confórtate con el pensamiento de que tú nunca quisiste transgredir Sus órdenes.

–¿Pero eso es suficiente? En tu ejército había gente que nunca llegó a luchar, ¿verdad? Defensores que nunca alzaron sus armas contra los ángeles o los hombres. ¿Cómo puedo ser yo mejor que ellos?

–Eres mejor porque ahora son perversos y están enloquecidos. Esos amigables protectores envenenarían a la humanidad en un instante si tuvieran la oportunidad.

–¿Cómo puedes saberlo?

–Bueno, lo sé.

–Pero yo he sufrido las mismas torturas que ellos. ¿Cómo puedo saber que ellos no...?

–¿No sienten arrepentimiento como tú? No puedes. Pero puedes juzgar sus acciones y las acciones de mis antiguos seguidores son absolutamente viles. ¡Son una plaga sobre la Tierra, Usiel! Obsérvalos si no me crees. Mira a tu amiga Sabriel. Te traicionará en menos de un año si le das la oportunidad.

–¿Y todos los que te suplican que seas su guía? ¿Son todos despreciables? ¿Todos, sin reserva?

Hubo una pausa.

–Yo observaré a mis seguidores –dijo Lucifer por fin–. Mi «Ejército», por así decirlo. Digamos que durante un año. Y si, en mi nombre, son justos, misericordiosos y una bendición para los mortales,

me revelaré a ellos y los guiaré. Pero si son crueles, egoístas y una maldición para la humanidad, permaneceré oculto con todos los ardides de que disponga. ¿Qué te parece? ¿Es un buen trato?

–Condenarías a los pocos que quisieran arrepentirse junto con la multitud que no lo haría.

–No tengo otra opción. No puedo dejar que miles siembren el caos solo porque uno pueda llegar a arrepentirse. Me enfrento a un aguacero. No puedo evaluar cada gota.

–Creo que te equivocas con Sabriel. Te equivocas... o podrías equivocarte.

–¿Crees que puedes salvarla? Adelante. Es algo noble. Es un riesgo. Pero sería un hipócrita si condenara las buenas intenciones por ser arriesgadas. Pero has de saber lo siguiente: en estos momentos está llamando a sus aliados.

* * *

–¡Gaviel! –susurró Sabriel–. Creo que ya lo he descubierto.

–Y eso, exactamente, ¿por qué me habría de interesar?

–¿Porque después de devorarme a mí tú serías el siguiente plato?

–Sin lugar a dudas, ningún ministro del Señor se rebajaría a cometer un acto así de sórdido.

–¡Ya lo ha hecho, Gaviel! Si no, ¿por qué me capturaría sin matarme inmediatamente? ¡Está tratando de averiguar mi Nombre Verdadero para poder consumirme!

–Vaya, vaya... Eso explica sus acciones con bastante claridad.

–¡Exacto! Tiene espías en esta casa escuchando, observando. Probablemente espera que le diga a uno de mis vasallos mi Nombre Verdadero para que me conjure y me saque de aquí.

–Y cuando lo hagas... Ñam, ñam, ñam...

–¡Ni siquiera puedo usar mis poderes aquí! Podría seguir mi rastro fácilmente...

–Es todo un dilema. Pero si crees que una invocación podría liberarte, ¿por qué no ordenas que la hagan sin usar tu Nombre entero?

–El único esclavo que tengo es Thomas. ¿Realmente crees que tiene las condiciones mentales para hacer eso? Si va a invocarme, tendrá que tener todas las facilidades que pueda.

–Sí, un par de meses trabajando en una librería ocultista no le servirá de mucha ayuda. Aún no entiendo qué quieres que haga yo.

–Mira, odio admitirlo. En serio. En serio, odio decir esto pero tú eres más listo que yo. ¿No puedes pensar en algo?

–Con adularme no conseguirás nada. Pero si apelas a mis propios intereses, tal vez lleguemos a un acuerdo. Pensaré en ello. Por ahora, es todo lo que puedo hacer.

* * *

Gabe sabía, evidentemente, que Rosemary era el nombre de la última víctima de Tim Grady. Pero, ¿qué relación había entre una mujer muerta hacía más de cincuenta años, una reina blanca del encanto, y una higienista dental negra del siglo XXI?

A menos que se tratara de otra Rosemary.

Siguiendo una corazonada, Gabe comenzó a escudriñar sus informes sobre Rosemary Nevins. Imprimió su foto y la clavó en el panel de corcho al lado de la de Joellen O'Hanlon.

–Nada –masculló. No se parecían en nada. Vale, dos ojos, una nariz y una boca, pero aparte de eso... Rosemary era exuberante, de pelo rojizo y rizado, con rasgos faciales bien definidos y labios carnosos. Joellen estaba en la frontera entre la mediocridad y la fealdad. Rasgos indefinidos, abultadas bolsas debajo de los ojos y una mirada recelosa y profunda, como la que tendría alguien que espiese desde dentro de un contenedor.

–¿Gabe? Estabas buscando a un tipo llamado Mitch Berger, ¿verdad?

–Sí. ¿Qué le pasa?

–Ha desaparecido.

–¿Desaparecido?

–Bueno, nadie lo ha visto desde hace un par de semanas. No se ha presentado a sus citas con el fisioterapeuta, no ha pagado el alquiler y el dueño del piso dice que su buzón está lleno a rebosar.

Incluso tiene allí los cheques del seguro médico.

–Genial. Esto es genial. ¿Y Rodríguez?

–Oh, él desapareció hace meses.

Gabe puso una mueca de disgusto y pensó en darse de cabezazos contra la pared.

–¿Hay algo más que deba saber?

–Bueno, hoy han dado luz verde a la autopsia de Lynn Culver. La amante del reverendo Wallace, Gina Parris, metió la cabeza en el horno y murió. Zola Wallace no para de llamar para saber si hemos averiguado algo ya. Y, aparentemente, a pesar del escándalo, La Hora del Poder de Jesús ha alcanzado los mayores niveles de audiencia de toda su historia.

* * *

Gaviel estaba sentado en su nuevo apartamento. Estaba perfectamente inmóvil. Su mente estaba muda pero atareada. Estaba visualizando a Sabriel, a Dagley, a Usiel... y a Matthew, Thomas y muchos más.

Las formas de su mente no eran simplemente imágenes, ya que los sentidos de Gaviel no estaban limitados a la mera percepción visual. Cada imagen mental contenía sus impresiones acerca de su potencial, sus debilidades, sus aciertos, sus errores y sus relaciones con los demás.

Las contempló en silencio y, cuando hubo acabado, dijo:

–Hasmed.

–Gaviel.

–¿Te has enterado de la captura de Sabriel?

–Sí. Una pena, ¿verdad?

–Yo podría ser el siguiente. –Su voz mostraba una calma imperturbable.

–Podría ser cualquiera de nosotros.

–Tengo un plan. Un buen plan, creo.

–Oye, Gaviel, no... No puedo. Ojalá... Pero tengo responsabilidades. ¿Sabes? Tengo obligaciones.

–¿Y todo eso te hace feliz?

El sonido del suspiro de su amigo resonó en su mente. La tristeza de Hasmed era palpable.

–No puedo mentirte. No soy feliz en absoluto. Pero no sé qué puedo hacer yo.

–¿A quién sirves y por qué?

–Ya conoces a mi señor de antaño. Él posee mi Nombre Verdadero.

–¿Sigue aún en el Pozo?

–Sí.

–Entonces, no parece una dificultad insuperable.

Hubo una larga pausa.

–¿Crees que podrías librarme de él?

–Creo que si sigue aprisionado, será incapaz de forzarte.

Otra pausa.

–Tienes un plan, ¿eh?

–Mejor que un plan. Una estrategia.

–Si hubiera alguien más...

–No hay nadie más. Solo yo. Gaviel. Señor del Sol de Estío y héroe de los Bosques de Espina Negra. Ya me conoces, Hasmed. ¿Estás conmigo?

–Qué diablos. Sí, estoy contigo. No tengo nada que perder.

Pero, Gaviel, una cosa...

–¿Sí?

–Prométeme que... que no te decepcionarás demasiado.

–¿Decepcionarme?

–He cambiado mucho.

–¿Acaso no hemos cambiado todos?

* * *

Halcón Negro y Gwynafra no hablaban mucho en su siguiente viaje a los Laboratorios Rothschild. ¿De qué iban a hablar?

–¿Crees que sería buena idea que me tirara a Lance?

–preguntó Gwyn, sin venir a cuento de nada.

–¿Cómo?

–No es feliz. Podría ayudarle a alegrarse un poco.

La idea de que una estatua animada, bailarina de strip-tease, se trajinara a un crío solitario y confuso de catorce años era tan extravagante que Blackie no sabía por dónde empezar.

–No –dijo finalmente.

–¿Por qué no?

–Es una mala idea. Confía en mí. –Siguieron conduciendo un par de kilómetros más–. Teddy se pondría como una furia si lo hicieras –añadió mientras las puertas se abrían.

Ninguno de los dos sintió nada cuando la diablesa Shadrannat se posó sobre la camioneta. Cuando pararon en un semáforo en rojo, se adhirió a la puerta de atrás con las manos y los pies y reptó por debajo del vehículo hasta quedarse allí aferrada.

Mukikel no estaba muy lejos. Había dejado a Mitch y a Chuck en un hotel con instrucciones precisas de no alejarse mucho. No creía que ninguna fuerza demoníaca fuera a acosarlos en serio. Aunque fueran perseguidos, el hecho de estar lejos de la Guerrera de la Ponzña y la Señora del Otoño haría que fuera más difícil dar con ellos. Sin embargo, estaba intranquila. No estaba desobedeciendo las órdenes de la Princesa pero las estaba ejecutando de forma bastante laxa.

–Mukikel, he cruzado las puertas.

–Bien –dijo la diablesa a su amiga–. Si pasa algo raro, házmelo saber.

Shadrannat se soltó de los bajos de la camioneta en cuanto el vehículo torció la esquina. Al caer al suelo, se transformó. Ahora su piel tenía el color de la tierra, al igual que su pelo y su camiseta *Levis Silver Tab*. Estaba perfectamente camuflada. Como sus machetes.

Las cámaras de la esquina estaban bastante erguidas. Enfocaban a la valla y al terreno circundante más que a la base del edificio sobre el que estaban colocadas. Mientras cambiaba su pigmentación a rojo herrumbroso y gris industrial y comenzaba a trepar por los mugrientos muros, Shadrannat estaba bastante segura de que nadie la observaba. Ese gordo cabrón del Desafío le había regalado un peine después de prometerle que la haría invisible a las cámaras y a los espejos, pero no estaba dispuesta a correr ningún riesgo; especialmente, si era tan fácil hacer las cosas bien.

Saltó la repisa con la agilidad de una salamandresa y se colocó por encima de la cámara.

El tejado no estaba vigilado. Había hablado con las moscas y las avispas y sabía que no había ninguna cámara allí. La puerta de acceso al tejado estaba cerrada, por supuesto, pero de todos modos ella nunca había pensado usarla.

A pesar de lo que Hollywood tiende a mostrar, los conductos de ventilación no son lo suficientemente anchos ni fuertes para soportar el peso de un héroe de acción musculoso. Apenas podía hacerlo Shadrannat y eso que estaba en el cuerpo de una adolescente estrecha de huesos y mal alimentada. Incluso su peso habría sido suficiente para derrumbar el conducto si no lo hubiera ajustado de forma que pudiera caminar sobre el agua de una piscina dejando únicamente ondas sobre la superficie.

Los guardias sabían que colarse por los conductos no era viable así que los ignoraban. Pero los que contrataron a esos guardias...

Gwyn y Blackie tenían un problema con uno de los sacrificados. Pamela había practicado la lobotomía, muy a su pesar, y había dañado el ojo antes de completar la ceremonia. El Árbol pudo sanar su lesión, por supuesto, pero el sacrificado aún recordaba el dolor y no había dejado de gritar y revolveerse desde su purificación. Blackie había sugerido drogarlo, pero Gwyn dijo que Rothschild insistía en la limpieza de los sujetos de investigación.

Mientras el sacrificado los obligaba a hacer una parada para atarlo, Shadrannat se encontró con un fantasma.

Había sentido que se acercaba algo pero no había sido capaz de determinar su naturaleza hasta que el espíritu se materializó.

–¿Eres una persona? –preguntó el fantasma.

Shadrannat desenfundó sus machetes nada más sentir la presencia, pero sospechó que serían de poca ayuda contra un espectro.

–¿Qué quieres decir? –dijo calmadamente, aunque había recelo en su voz.

–Bueno, me conjuraron y me ordenaron que guardara este edificio –dijo el espíritu–. Mis órdenes específicas fueron: «No dejes que ninguna persona no autorizada entre en este edificio sin alertar a

los guardias». En un principio me dijeron: «No dejes que entre nadie», pero les pedí que concretaran mejor mi tarea y me hablaron de roedores, empleados, otros espíritus incorpóreos, etc., pasando así de lo general a lo particular.

A medida que hablaba, el fantasma se hizo más nítido, adquiriendo la forma de un hombre gordo con un peluca cubierta de polvo y una toga negra.

–Fuiste abogado, ¿verdad? –preguntó Shadrannat.

–En vida era juez.

–Y has sido obligado a ser vigilante en contra de tu voluntad.

–Así es.

–De modo que, si te convengo de que no soy una persona, ¿no harás nada?

–Eso es. Mis «dueños» han mostrado de forma patente un desprecio absoluto hacia mi persona. Si puedes procurarte un argumento sólido, entonces no tendré inconveniente alguno en permitir que continúes tu camino sin alertar a los nueve guardias y a los dos doctores.

–Vaaaale... ¿Qué es una persona?

–Un individuo humano.

–Entonces, caso cerrado. Ningún humano podría moverse por estos endeble conductos de ventilación sin que se derrumbaran.

–Un ser humano no, pero una persona fantasmal como yo obviamente sí podría.

–Pero yo no tendría cuerpo si fuera un fantasma.

–Los fantasmas pueden poseer cuerpos.

–Mmmm. Pero, si estoy viva, no puedo ser un fantasma, ¿verdad?

–Cierto, muy cierto. –La miró fijamente–. Pareces más viva que la mayoría de la gente. –Había cierto tono de envidia y tristeza en su voz.

–De modo que, si no soy un fantasma ni un humano, no debo de ser una persona, ¿no es así?

–Bueno, no ha sido un argumento muy ortodoxo pero lo aceptaré. Vas a matar a los guardias, ¿verdad?

–No tiene por qué ser necesariamente así. La idea inicial era

que podría amedrentar a todo el que se cruzara en mi camino.

–Me haría muy feliz que los mataras.

–Veré qué puedo hacer.

–Si sigues arrastrándote hacia delante y luego giras a la izquierda y después a la derecha, aparecerás en el conducto que está sobre la sala de los monitores de vigilancia. Generalmente, hay tres hombres dentro pero, si te apresuras, podrás llegar allí antes de que regrese el tercero de la máquina expendedora.

Efectivamente, consiguió hacerlo antes de que volviera el tercero. Normalmente, eliminar a dos humanos silenciosamente no supondría un gran problema, pero tenía que salir del conducto antes de que pudieran entrar en acción, de modo que tenía que ser rápida. Era casi un reto.

Mientras pensaba en el juez muerto, les rompió el cuello a los guardias. Luego volvió a colocar sus cabezas hacia delante y los sentó de nuevo en sus asientos. Oyó pasos que se acercaban mientras trepaba por la pared y se colgaba del techo, justo encima de la puerta. Sus machetes estaban aún envainados pero sus otras armas estaban a punto.

–Es un cargamento muy escaso –dijo el Dr. Clark–. Recordad que podemos aceptar todos los que nos traigáis.

–Eh, os traemos a estos tipos como un favor –dijo Blackie–. Sois vosotros los que queráis otra entrega tan rápido. Encontrar a gente que...

–¿Sr. Black? ¿Estamos listos ya? –interrumpió Gwyn.

–Lo estamos haciendo tan rápido como podemos –dijo Blackie mirando al Dr. Clark con una mueca de desprecio en los labios. Clark emitió un gruñido como respuesta.

La diablesa Shadrannat tenía cuatro agujones, uno en la cara externa de cada muñeca y otros dos en los tobillos. Cuando entró el tercer guarda, su pierna de niña se abalanzó sobre él y la púa se le clavó en la garganta.

El veneno que había elegido esta vez no era necesariamente ponzoñoso. Era una proteína vasoactiva que los mosquitos usaban para hacer que la sangre fluyera durante la punción. La diferencia era que, mientras que la cantidad inoculada por un mosquito es mínima,

Shadrannat inyectó media copa de líquido. Convulsionó el torrente sanguíneo del guardia haciendo que se le abrieran todos los vasos. Su cara se volvió roja brillante y luego blanca, a medida que toda la sangre se le concentraba en los pies. Después, se desmayó.

Shadrannat pensó en matarlo, pero se limitó a coger su pistola, meterla en su graciosa mochila junto con las armas de los otros dos guardas y una bolsita con semillas. Entonces miró a su alrededor hasta que vio el botón de apertura de la puerta. Lo pulsó.

–Mukikel, es más complicado de lo que creíamos –susurró–. Hay un conjurador de fantasmas implicado. Afortunadamente, el fantasma que me he encontrado es un tarugo. –Estuvo en silencio un segundo, luego habló de nuevo–. No, aún estoy actuando con sigilo. Tú ten cuidado con los fantasmas.

Silenciosa como un mosquito arrastrándose, cruzó el pasillo a gran velocidad.

Lo que encontró en el edificio la sorprendió. Curiosamente, no había nada de lo que uno esperaría encontrarse en un centro de investigación médica. Ni siquiera había material suficiente para conformar un laboratorio. Además, no había gente; exceptuando a los guardias.

Nueve guardias y dos doctores, dijo él. ¿Qué tipo de laboratorio de investigación es este?

Se encontró con un centinela más pero saltó los ocho metros del pasillo mientras él aún estaba cogiendo aire para gritar. Si hubiera querido, podría haberlo embestido con fuerza suficiente para romperle las costillas pero aún prefería actuar con sigilo, de modo que cruzó los brazos frente a su rostro formando una equis y cayó sobre él con los dos agujones. Sus pies se posaron con la gracilidad de una mosca sobre la pared que quedaba enfrente y, también como las patas de una mosca, la mantuvieron allí adherida mientras inculaba otro veneno de insecto en el cuello del humano. Esta vez el efecto era hinchar la zona afectada, haciendo que le brotaran instantáneamente en el cuello dos bubones del tamaño de pelotas de béisbol. Le comprimieron la traquea, silenciándolo y robándole el oxígeno, mientras caía al suelo.

No había espacio en su mochila para una cuarta pistola, de

modo que correteó hacia el baño y la depositó en el lavabo.

Después, dio con las escaleras y bajó al piso de abajo. Allí fue donde encontró a la gente.

Estaban en una habitación alargada y de techo bajo tras una puerta cerrada. Tenía un cerrojo considerable. Si hubiera tenido que manipularlo o arrancarlo valiéndose de la fuerza bruta, le habría llevado mucho tiempo.

Los humanos estaban en hamacas. Estaban atados con correas. Estaban desnudos, cubiertos únicamente por mantas raídas. Cuando entró, se encontró con un fornido enfermero que estaba mirando hacia la puerta. Echó a correr hacia un polvoriento botón rojo que había en la pared.

Maldita sea, pensó Shadrannat. Debería haber vuelto a utilizar los conductos de ventilación. Supongo que eso es una alarma.

Sacó un arma, vació el cargador sobre el enfermero y la dejó caer en cuanto oyó el chasquido del gatillo. Algunas de las balas dieron en el blanco, otras erraron y otras impactaron sobre los prisioneros postrados en las camas. El enfermero no llegó a dar la alarma, pero ya no importaba. Ya se había oído bastante ruido.

–Querida Mukikel, ya estoy al descubierto. –Se produjo un agudo sonido metálico cuando desenvainó los machetes–. Entramos en la fase dos.

–Enseguida estoy contigo.

Los filos de sus armas refulgían y las carcacas gritaban (porque aquellas personas eran carcacas; podía sentirlo), pero solo se limitaba a cortarles las ataduras. Trataron de incorporarse vacilantes y algunos cayeron al suelo al fallarles las rodillas. Tenían llagas en el cuerpo y los labios agrietados... No había monitores ni gráficos ni nada que indicara que aquellos pacientes estaban bajo observación. Sin embargo, estaban claramente debilitados por su postración.

¿Sería ese tipo uno de los dos «doctores»? , se preguntó. Entonces un guardia cruzó la puerta y Shadrannat dejó de preocuparse por ello.

El machete de su mano derecha relampagueó en el aire al ser arrojado mientras lo dotaba de un impulso especial. No hizo que ganara más velocidad sino que optó por que su impacto fuera el

equivalente a quince kilos. Lo partió literalmente en dos mientras ella saltaba al techo.

Los hombres que llegaron después fueron más cuidadosos; asomaron la cabeza varias veces y en diversas posturas antes de entrar y pasar cautelosamente al lado de la masa sanguinolenta que fuera su antiguo compañero. No prestaron especial atención al techo y, aunque lo hubieran hecho, no habrían buscado una niña perfectamente camuflada. Un guardia, aterrorizado, disparó algunas balas sobre los pacientes que no cesaban de aullar y caminar dando tumbos. Esa fue la gota que colmó el vaso.

Maldita sea mi suerte, pensó, si me he tomado todo este puto trabajo para permitir que vengan dos mercenarios de mierda y se carguen toda la mercancía.

Se metió el segundo machete entre los dientes y empuñó un arma en cada mano. Cuando levantaron la vista, Shadrannat ya estaba corriendo hacia ellos por el techo apuntándolos con sus pistolas. Una vez más fue generosa con la munición, una vez más acertó aproximadamente un tercio de los disparos y una vez más fue más que suficiente para derribar a los mortales.

Con una elegante finta, cayó al suelo, cogiendo el machete con la mano en el aire.

–Vamos –dijo señalando la puerta–. Con brío. Salgamos de aquí. –Las carcasas la ignoraron–. ¡Lo digo en serio! ¡Vámonos! ¡Móved el culo, joder! –Se apartaron de ella–. Mukikel, ¿dónde estás?

–Cruzando la verja de la entrada.

–Estáte atenta a los guardias, aunque creo que he atraído su atención. –Shadrannat envainó el machete limpio mientras se hacía con el sanguinolento. La empuñadura estaba pringosa por la sangre. Le gustaba así–. Las carcasas están en una habitación del ala este del edificio... a unos treinta metros de la puerta principal. He contado ocho carcasas, pero tres tienen heridas de bala y probablemente no sean de utilidad.

Cogió una pistola nueva y la introdujo en su mochila; ese guardia tenía una arma propia, algo mayor que las de los demás y más reluciente. Entonces recogió del suelo una escopeta sin culata y la puso a punto.

–Las carcasas están como dormidas. No me hacen caso.

–Yo me ocuparé de eso.

–Estoy sellando la puerta –dijo mientras lo hacía–. Aunque no servirá de mucho. Voy a ir al Sur a buscar más. Deben de quedar dos guardias y uno o dos doctores.

Corrió a lo largo de la pared y se encaramó al techo, adquiriendo el mismo color gris opaco y blanco apagado del pasillo. Llegó al área de descarga y allí comenzó a ponerse la cosa fea. Llegó frente a un par de puertas dobles, sujetó el machete entre los dientes y abrió una suavemente. Entonces retiró la mano cuando un disparo de escopeta impactó sobre la puerta, mellando su superficie metálica y empujándola hacia atrás de nuevo.

Ahí dentro hay alguien nervioso, pensó, mientras arqueaba sus brazos armados con aguijones. Entonces vio una sombra.

Uno de los guardias, probablemente el que había disparado, se estaba acercando cautelosamente hacia la puerta, con la intención de rematar a su presa. Podía ver la silueta de su escopeta, del mismo tipo que la que ella empuñaba.

Sus ojos se detuvieron sobre un conducto de ventilación que había al otro lado de la sala. Estupendo.

El plan del guardia era, obviamente, asomarse por la puerta y volver a resguardarse, pero no tenía la velocidad necesaria. La primera secuencia de la acción, la de asomarse, pudo llevarla a cabo, pero entonces el aguijón de la muñeca izquierda de Shadrannat se fue a clavar en su sien. Esta vez era veneno de araña; más que suficiente para matarlo.

–Mukikel, queda un guardia –susurró.

–Yo acabo de llegar a la habitación de las carcasas. ¿Quieres replegarte?

–También podríamos hacer una buena limpieza –dijo, reptando por el conducto de ventilación.

–De acuerdo. Ten cuidado.

En la siguiente habitación, ojeando por una rejilla, Shadrannat vio a un hombre con uniforme, otro iba trajeado y otro llevaba una bata de médico. También había una mujer exuberante con traje de negocios y tres carcasas más atadas con ligaduras.

(Estaba viendo al último guardia, a Blackie, al Dr. Clark y a Gwyn, aunque no sabía sus nombres).

Apretó la escopeta contra su cuerpo para acercarla a la rejilla sin que rozara con la base del conducto y tuvo que hacer una complicada contorsión para sacar una pistola sin hacer ruido alguno. Pero los que estaban allí, pensaba ella, aún estarían parcialmente ensordecidos por el disparo del guardia muerto. Apuntó al último centinela, se puso en posición de tiro y entonces desplegó sus sentidos para disponer de más información.

Levantó una ceja. Como esperaba, los mortales que estaban atados eran carcasas. Pero la mujer del traje tenía la huella de un demonio, fuera del modo que fuera. Y no estaba viva en absoluto; solo era un depósito ambulante de poder infernal. Incluso del doctor emanaba un aura sobrenatural. El único humano ordinario era el tipo del subfusil. Genial.

Desde la lejanía, Shadrannat oyó la voz autoritaria de Mukikel. Pensó en replegarse pero tres carcasas más le facilitarían mucho las cosas en su relación con la Legión del Desafío. Y, además, solo permitiría que quedaran allí enemigos sobrenaturales si estuvieran muertos y bien muertos.

Decidió matar al guardia primero y, al dispararle a través de la rejilla, se abrieron las puertas del Infierno.

La mujer dirigió la vista hacia ella nada más abrir fuego; Shadrannat había esperado al menos un momento de confusión mientras trataban de localizarla. La adversaria parecía desarmada pero cerró la mano en un puño, echó atrás el brazo y luego arrojó su mano a través de la habitación.

Shadrannat había visto cosas muy raras en la guerra pero esta era nueva. Además, esa cosa nueva atravesó la rejilla y le golpeó en la cara con la fuerza de una roca impulsada a cien kilómetros por hora. Shadrannat tenía un espíritu combativo pero la carne era solo carne, así que perdió el conocimiento a causa del impacto. Solo fue una pérdida de conciencia momentánea pero fue suficiente para romper el hechizo sobre la gravedad. La base del conducto se partió y la diablesa cayó al suelo.

—¡Blackie! ¡Sal de aquí! —gritó la mujer y, por las ondas de su

voz, Shadrannat supo que se estaba acercando. Se obligó a abrir los ojos a tiempo para ver cómo a la mujer le crecía otra mano de su muñón terroso mientras cargaba contra ella. Shadrannat trató de saltar a un lado pero el peso de Gwyn aumentó hasta llegar a una tonelada y su inercia era enorme. El pequeño cuerpecito de la niña fue aplastado contra la pared y Shadrannat gimió mientras recomponía sus huesos y restablecía su sangre.

La mujer cogió a la niña de los hombros y la estrechó en un abrazo de oso, con la escopeta atrapada entre los dos cuerpos, con el cañón boca abajo e inservible. Abrazar a la Guerrera de la Ponzaña habría sido un gran error para un humano. Shadrannat liberó sus dos piernas y rodeó con ellas los muslos de la mujer, clavando los dos agujones de sus tobillos...

Pero intentaban punzar una dureza pétrea. No hicieron nada más que rasgar el elegante traje de oficina de color ocre de la mujer.

Shadrannat pasó al plan B. Usando el mismo poder que le permitía pegarse a las paredes, hizo que sus hombros se volvieran sobrenaturalmente resbaladizos y se liberó de la presa de la mujer. Al caer al suelo, liberó su pierna izquierda pero se aseguró de que la derecha siguiera en contacto con su oponente. También divisó su pistola caída y la recogió.

Cuando Shadrannat se zafó de ella, su adversaria trató de pisarla mientras estaba en el suelo pero la diablesa se apartó fácilmente de su camino. Era combate infernal elemental. La lucha demoníaca avanzada había enseñado a Shadrannat a aumentar la fuerza de un pisotón, triplicándola, de modo que el pie se hundiera en el suelo; eso fue lo que hizo el pie de piedra de Gwyn.

Shadrannat se dio cuenta entonces de que el de la bata de médico había recogido el subfusil del guardia muerto y estaba corriendo hacia la pared, buscando un buen ángulo para disparar. Ella apoyó el pie contra la otra mujer y se impulsó con fuerza. Resbaladiza como un jabón mojado en la pila de la ducha, salió despedida hacia la pared, disparando su escopeta mientras volaba. Las postas hicieron poca mella en la mujer pero el doctor lanzó un alarido. No cayó al suelo ni nada, pero Shadrannat esperaba que, al menos, se volviera más temeroso.

Al girar la cabeza, la diablesa vio al hombre trajeado («Blackie», según parecía) detenerse en lugar de seguir corriendo hacia la furgoneta. Estaba mirando a la mujer de piedra con una máscara de incertidumbre en el rostro.

–¿Gwyn? –dijo.

Arqueando el brazo y disparando del revés, Shadrannat le descerrajó un cargador entero. Solo observó durante un momento cómo caía, percatándose de que había impactado en la cadera, el vientre y en ambos muslos; le había causado un excelente destrozo. Aunque fuera demoníaco, eso lo detendría un rato.

Pero al disparar a Blackie, la mujer dejó escapar un grito. No era un grito de rabia sino de terror puro y primario. Haciendo una finta y poniéndose en pie, con una pistola en cada mano, Shadrannat vio la expresión de alarma en el rostro de Gwyn. Durante un segundo tuvo tiempo para pensar en amenazar al humano y conseguir así algo de ventaja, pero entonces Gwyn se desprendió de su antebrazo izquierdo y lo empuñó como su fuera un garrote.

La Guerrera de la Ponzña se hizo a un lado y la furgoneta se abolló a causa del enorme impacto. Entonces, los cinco dedos de la mano derecha de la estatua salieron despedidos como proyectiles de honda, pero con fuerza asesina. Tres impactaron sobre Shadrannat (en el hombro, la espinilla y el muslo), mientras esta apretaba el gatillo de la escopeta y advertía que la recámara estaba vacía.

Tal vez debería haber contado la munición de la escopeta antes de empezar este jaleo, pensó mientras arrojaba el arma como un bumerán. Lo dotó de peso extra y vio cómo la mujer de piedra se agrietaba al recibir el impacto. La estatua animada seguía corriendo hacia ella mientras le volvían a crecer las partes perdidas. Tal vez ahora era un poco más pequeña pero eso apenas tenía importancia ya que el doctor también se había puesto a disparar y Shadrannat estaba a punto de ser destruida por los dos. Metió las manos en la mochila. En la mano derecha tenía la pistola reluciente. En la izquierda, una semilla extraída de una bolsita de celofán.

Su plan era saltar sobre «Gwyn» mientras esta la intentaba embestir e introducir la semilla en el oído de la estatua animada. Mientras hacía esto, dispararía sobre el doctor.

Para entender por qué una semilla en un canal auditivo sería un ataque efectivo, es necesario conocer la antigua posición de Shadrannat en la jerarquía celestial.

Al ser un ángel de la naturaleza, Shadrannat tenía dominio sobre las bestias del campo (los insectos en particular) y las plantas terrestres. Con un esfuerzo de su voluntad, podía hacer que una semilla germinara, creciera y alcanzase sobrenaturalmente un tamaño enorme; todo ello en cuestión de segundos. Una semilla como esa crecería con fuerza normal, una fuerza fácil de ignorar, mientras empuja pacientemente un edificio un octavo de centímetro al año o agrieta un acantilado de piedra con el transcurso de los siglos. Pero el poder de horadar la tierra está en todas las semillas. Eso es lo que había usado para abrir la puerta; después, haciendo que brotara un matorral, la selló.

De modo que, cuando introdujo la semilla y le ordenó crecer, la cabeza de Gwyn estalló como un melón maduro. Las raíces se hundieron con fuerza en el pecho y el vientre de la mujer, despedazándola y reduciéndola a polvo inerte. Esa parte le salió a la perfección.

Pero Shadrannat no consiguió elevarse lo suficiente en su salto, por lo que la última embestida de Gwyn le rompió las dos piernas. Y cuando apuntó con su arma al doctor, se dio cuenta de que este debía de ser enormemente resistente, porque estaba de pie y encañonándola con su subfusil.

Abrió fuego con el arma automática mientras ella apretaba el gatillo una vez. Los dos dieron en el blanco. El disparo de Shadrannat atravesó el cuello del doctor. Las balas del subfusil despedazaron el torso de la niña.

Cuando el humo se aclaró, el único sonido era la voz vacilante de Blackie:

–Avitu... Avitu, por favor...

Langdon Hagen no tenía ninguna expectativa cuando sonó el teléfono. Durante semanas había estado muy tenso siempre que sonaba el teléfono o el timbre de la puerta, siempre que venía alguien a verle mientras trabajaba. Durante semanas, estuvo aterrizado pensando que sería la policía o algo peor. Temía que alguien se hubiera enterado de la Cosa.

Así era como Hagen lo llamaba en su cabeza. «La Cosa». No quería denominarlo de forma más específica, ni siquiera en su propia mente, porque eso significaría pensar en ello y no le gustaba pensar en la Cosa.

La Cosa era (había sido) un grupo, formado por seis miembros, y ninguna persona sensata habría pensado que tenían algo en común. Pero tenían demonios en común. Eso era lo que no podían contar a sus esposas, hijos o padres. Se juntaron para afrontar esos asuntos y esa era la Cosa; la cosa silenciada, la cosa no mencionada, la Cosa sobre la que no se podía pensar y que mediaba entre ellos.

Ahora eran cuatro. Tres, en realidad; Jill no contaba porque estaba en la cárcel. Habían capturado a esa criatura, ese monstruo, Rabbadün, y después todo se fue al carajo. De algún modo, la policía se enteró y, de algún modo, hubo un tiroteo y, de algún modo, Manny y Ros fueron abatidos. La policía relacionó a Jill con la granja (de algún modo), pero ella no dijo nada.

(Todos habían hecho el juramento de no hablar de la Cosa. Parecía razonable y bastante fácil. Particularmente para Langdon, al que ni siquiera le gustaba pensar en ella).

Y el día que sonó el teléfono, ya se había acostumbrado a oírlo. Casi podía pensar que la Cosa había desaparecido, como si nunca hubiera existido.

—En el Café de Gilly —dijo la voz al otro lado de la línea. No parecía alguien que confirmara una cita ni nada por el estilo. Era una voz severa y áspera, muy apropiada para frases del tipo de «paga el rescate» o «ven solo».

—¿Perdón?

—¿Eres Langdon Hagen? —La voz pronunció mal su apellido y

aplicó un dilatado gruñido sobre su nombre de pila.

–¿Quién es?

–No es de tu incumbencia. Ve al Café de Gilly, a las doce en punto. Siéntate en la mesa junto al teléfono.

–Oiga...

–Ven solo. –Allí estaba.

–Creo que será mejor que...

–Rabbadün.

–¿Qué?

Click.

Langdon echó un vistazo a la esquina inferior de la pantalla de su ordenador. Eran las 11:40.

–¿Sherry? Me voy a comer.

–Muy bien, Sr. Hagen.

El Café de Gilly no estaba lejos. Solía comer allí con frecuencia, lo que le hacía pensar que el que había llamado conocía sus hábitos. Y conocía la Cosa.

Cuando entró en el local a las 11:58, el teléfono comenzó a sonar. Tuvo que correr para cogerlo.

–¿Diga?

–¿Langdon? –La voz era la misma y el gruñido también.

–¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

–Estás metido en un buen lío, ¿verdad?

–No sé de qué me está hablando.

–Rabbadün. No te preocupes, se ha ido para siempre, gracias a vosotros. Alguien quería cargárselo, ¿eh? A ti y a tus cinco colegas os dieron una palmadita en la espalda.

Cinco. Mierda. Langdon se metió un dedo en la boca y comenzó a morder la uña. La voz continuó.

–No me interesa especialmente saber quién es tu patrón o qué es lo que persigues tú. Pero, como parece que sabes un montón sobre matar demonios, tengo otro más para ti.

–Oiga, yo no...

–Se llama... Eh... «La Salvadora de las Estrellas Fugaces».

Joder, qué poético, ¿eh? Está en Argentina, que es a donde vas a ir.

–Ar... ¿Cómo?

–A menos que quieras que ayude a esos estúpidos policías a pescaros. Sería tan fácil como sumar dos y dos. Son cuatro, ¿sabes?

–Creo que está usted desvariando.

–Mueve los deditos y verás.

Langdon bajó la vista a los listines que había bajo el teléfono y vio un gran sobre pegado sobre las Páginas Amarillas.

Dentro había fotos de él, de Jill y del resto del grupo. Saliendo de la granja y entrando a ella. Las fotos tenían puesta la fecha. No eran muy claras, pero... lo suficiente. También había una llave.

–La llave abre una consigna en la estación de autobús.

Consigna 666, como podrías imaginar. Eh, ¿lo pillas?

–Sí, lo pilló –dijo Langdon, mientras la frustración y la cólera comenzaban a vislumbrarse en su voz–. ¿Qué voy a encontrar allí?

–Tres billetes para el último autobús a Miami y una carta de presentación para Harudo; él os llevará a Argentina. Cuando lleguéis allí, se os dará dinero, pistolas y todas las cosas que necesitéis para encargáros de la Srta. Estrella Fugaz.

–¿Y cómo esperas que me «encargue» de ella? ¡Ni siquiera sé hablar español!

–Supongo que deberías haber pedido algo a cambio de tu alma, ¿no?

–Creo que tienes una impresión equivocada de mi «patrón»

–dijo Langdon agriamente. Se pasó el teléfono a la otra mano, alejando el rostro de los otros comensales–. ¿Y si me niego?

–Bueno, las prisiones no están tan mal. De todos modos, a mí me la trae floja. Te estaré vigilando así que supongo que pronto sabré qué decides.

Click.

* * *

A kilómetros de distancia, Lee Boyer Jr. sonrió al colgar el teléfono y abrió una lata de *Enfamil*. El estúpido lo iba a hacer. Lo intuía. Dio un trago largo y vivificante y después invocó a su señor.

* * *

–Está en marcha –dijo Hasmed a Gaviel. Su voz era muy suave; Tina estaba durmiendo en el asiento de al lado. La niña había sufrido un verdadero torbellino emocional. Odiaba la idea de dejar Atlantic City pero, ya que había estado allí menos de un año, no se puso tan histérica como cuando dejó Nueva Jersey. La noche anterior tuvo una violenta pataleta y saber que el Sr. Paum también los acompañaría solo la calmó parcialmente. Pero hoy estaba ilusionada y encantada de volar en avión por primera vez en su vida. Y una vez que las vistas se hicieron anodinas, blancas e indefinidas y desaparecieron las fascinantes imágenes de granjas en miniatura, lagos y ciudades, Tina cayó dormida.

–Me alegra oírlo. ¿Puedes darme los detalles?

–He reunido a un equipo de pringados; vasallos de alguien o algo así. No sé. Es la mitad del grupo que reventó a Rabbadün. Mi mejor hombre los va a conducir a Argentina.

–¿Es allí donde está la Salvadora de las Estrellas Fugaces?

–Sí. Le costó mucho adaptarse. Tuvo problemas de pasta desde el primer día. Desde entonces solo ha tenido dinero suficiente para comer.

–¿Realmente crees que esos tres esclavos pueden con ella?

–Lo que yo creo es que le apretarán las tuercas de modo que mi hombre pueda presentarse para acabar el trabajo. Estoy muy tranquilo al respecto. Mientras no venga a por mí, estoy contento. –Hasmed cerró el puño–. El que sí me preocupa es la Piedra.

–Dijiste que estaba en Guam, ¿no?

–Es lo último que sé de él.

–Invócale y averígualo.

–Eh... No sé lo que mi señor le habrá contado de mí. Podría sospechar algo.

–Ya no tienes señor, ¿recuerdas?

–Pero tendré una señora.

–No lo veas de ese modo. Piensa que es como... ser mecido dulcemente en el regazo de tu antigua compañera.

–Sí. Lo que tú digas. Te veo en Las Vegas.

* * *

–Gabe, ¿estás bien?

–Estoy bien –dijo, restregándose los ojos–. Es el nene. Maldita sea. Un cólico. ¿Sabes qué es un cólico? Creo que eso es lo que tiene.

–Lo siento...

–Eh, no tienes porqué decir eso, Juanita. Tú no eres laque se ha pegado berreando toda la noche, ¿verdad? Me tomaré una taza de café y estaré bien.

–Durante unos quince minutos –dijo Juanita mientras se levantaba a prepararle una taza.

–Eres un ángel.

Con el café en la mano y sentado en su escritorio, Gabe echó un vistazo a sus notas y decidió que ya era una hora adecuada para hacer la primera llamada del día.

–Experiencias en el Desierto, ¿en qué puedo ayudarle?

–Sí, yo... eh... ¿Es el 555-4220?

–Sí.

–¿Quién es usted, por favor?

–¿Quién es usted?

–El Agente Especial Gabe McKenzie del FBI. –Se produjo una larga pausa–. ¿Y usted es?

–Pete... Mortenson.

Gabe entornó los ojos y comprobó su detector interno de embustes. Llegó a la conclusión de que aquella pausa era sospechosa pero no concluyente.

–Bueno, Sr. Mortenson, me gustaría hablar con Theodore Mason, por favor.

–Vale, eh... O sea, claro. Le... eh... ¿Quién decía que era?

–Gabe. McKenzie. Del FBI, ¿recuerda?

–Cierto, lo siento. Soy un poco despistado. Voy... voy a buscarlo.

Gabe frunció el ceño mientras esperaba. Mucha gente se asustaba al oír «FBI»; personas que, probablemente, se han llevado sin pagar algunas medias de la tienda o que han fumado hierba en la

universidad. No obstante... Ese tipo no parecía un recepcionista y esa cosa llamada «Experiencias en el Desierto» aparentemente solo tenía un teléfono.

–¿Diga?

–¿Es usted el Sr. Mason?

–Sí. ¿Usted es del FBI? –Mason parecía receloso. Muy receloso. También muy educado, como un abogado a la defensiva. Gabe se alegró de tener a punto su detector de embustes.

–Correcto.

–¿Puedo preguntarle de qué se trata?

–¿Su esposa fue asesinada recientemente y quiere saber por qué le llama el FBI? Vamos, Sr. Mason –a Gabe se le erizaron los pelos de la nuca pero mantuvo su voz bajo férreo control–. Usted alquiló un *Chevrolet Suburban* de color dorado, con número de matrícula VOR 4893...

–Sí. Lo robaron. Mi esposa... –Se oyó un sonido y Gabe sospechó que no era de la línea telefónica–. Creía que mi esposa ya había dado parte de ello.

Los instintos de Gabe escudriñaron esa última frase como sabuesos tratando de hallar el rastro de un zorro pero... No. Parecía limpia. El tipo parecía realmente destrozado por la muerte de su esposa. Se lo decía la textura de su voz.

–Sí. Bueno, resulta que, posiblemente, ese vehículo se haya utilizado para cometer un crimen federal.

–¿Quiere decir...? ¿Quiere decir después de que nos lo robaran?

–Exacto.

–¿Qué podríamos saber nosotros de eso?

–¿Conoce a un hombre llamado Timothy Grady?

Larga pausa.

–No lo creo.

El «embustómetro» mental de Gabe hizo: *¡Ding!*

–¿Sabe quién es Tim Grady?

–Eh...

–¿Lee los periódicos, Sr. Mason?

–¡Ah! El... el tipo de... eh... ¿Era Luisiana? ¿Fue él...? ¿Fue él el

que nos robó el coche?

–Sr. Mason, en su denuncia, la Sra. Mason declaró que usted fue el único que vio a un tal «Fred Alliston» y habló con él. El hombre que, supuestamente, se fue con su coche. ¿Es eso correcto?

–Mmm, bueno, yo... Birdie... O sea, Bridget, mi esposa, mi... Ella no vio a Fred Alliston. No lo creo. Estábamos... Estábamos de acampada y... eh... ¿Podría repetir la pregunta?

La aguja del indicador de Gabe había llegado ya a la zona roja. *No sé cuál es el color de su suciedad, pensó. Pero este tío no está limpio.*

–Hábleme de Fred Alliston. –Una frase rotunda y concreta. Le proporcionó a Mason una buena cama para follarse a sí mismo.

–Fred Alliston... Mmmm. No sé si ese era su nombre, su nombre real, ya sabe. Él... Su coche se averió cerca de nuestro campamento allí en el desierto y dijo que le habían llamado para decirle que su hija estaba muy enferma y me pidió que por favor le prestase nuestro coche para estar con ella.

–¿Y usted se lo prestó?

–Bueno, en fin, era... era bien entrada la noche y no estaba... Ya sabe. Mi mente no estaba muy despejada...

–¿Y estaban acampados en mitad del desierto?

–Es un paisaje muy bonito. Muy primitivo.

–Primitivo. Ya. De modo que permitió que ese desconocido cogiera su coche alquilado.

–Eh, sí.

–Que tenía dentro los documentos de su mujer y los cheques de viaje.

–Entonces no sabía que estaban dentro. –Mason pretendía agarrarse a lo que fuera. Gabe lo presionó de nuevo.

–¿Dejó que se lo llevara teniendo en cuenta que era su único vehículo y estaban en mitad del desierto? ¿Se quedó voluntariamente aislado en el desierto con su mujer y su hijo confiando en un completo desconocido?

Hubo una larga pausa.

–Tal vez yo no sea un hombre muy listo –dijo finalmente Mason.

–Ya. ¿Y se le ocurre por qué una fugitiva federal iba a salir de su

escondite para matar a su esposa en particular?

–Tal vez fuera una víctima casual. Realmente, no... O sea, nunca antes había coincidido con Joellen. Joellen O'Hanlon. Y mi esposa tampoco.

Embustero, embustero, embustero.

–Muy bien. Haré que alguien de la oficina de Las Vegas se presente allí para que usted le facilite una descripción de Fred Alliston.

–¿Y qué tal si voy yo a la ciudad? Estamos... O sea, no tenemos mucho trabajo.

–Sería muy amable por su parte.

–Oiga, sé... Sé que puede estar pensando que yo... Bueno, no sé qué está pensando. Pero si hay alguien más involucrado en la muerte de mi esposa... –Allí estaba de nuevo ese dolor, esa aflicción viva y descarnada–. Quiero que lo encuentre. Que lo atrape. ¿Sabe? Sea ese Fred Alliston o Tim Grady o... o quien sea.

–Aprecio su apoyo. Una última cosa. ¿Le suena el nombre de May Carter?

–No. –Directo, rápido, decidido... ¿Honesto?

Tuvo que pensar con más detenimiento lo de Grady.

–Pues nada. Que pase un buen día.

–Igualmente.

* * *

En el desierto, en el árbol, el espíritu de Avitu se despertaba paulatinamente. A medida que lo hacía, su poder crecía, hundiendo sus raíces en la tierra y rozando los vientos con las ramas. Cuando su Sumo Sacerdote se asustó, ella sintió su temor. Cuando Blackie, su supuesto heredero, fue herido, pudo llegar a él inmediatamente y curarlo. Cuando Gwynafra, su instrumento más útil, fue despedazada inesperadamente, también lo sintió.

Su poder estaba creciendo; con cada sacrificio, se hacía mayor. Pero aunque se iban construyendo edificios e instalaciones y levantando vallas sobre las arenas que eran casi su propia carne, ella se sentía cada vez más acorralada por los contratiempos. Su sacerdotisa de antiguo linaje, muerta. Otro ministro de la línea de

ascendencia sagrada, prisionero. Sus armas eran arrancadas de sus manos antes incluso de estar lo bastante despierta para poder emplearlas...

Mientras repasaba el catálogo de sus bajas (Tim, Joellen, Gwynafra), escuchó una vez más el zumbido de mosquito de Gaviel del Sol de Estío.

–Avitu, Guardiania de los Vientos Gemelos y Árbol de la Ignorancia, yo te saludo.

No tenía lengua con la que contestar pero, a pesar de ello, hizo que se oyeran sus palabras.

–¿QUÉ TE LLEVA A PRONUNCIAR PALABRAS TAN CORTESES?

–Nada, excepto la sincera honestidad. Has completado muchos de mis objetivos en San Luis del Este antes de que yo pudiera hacerlo. Por eso me porto como un caballero.

–GAVIEL, ENCUENTRO DIFÍCIL DE CREER QUE, DESPUÉS DE NUESTROS CONFLICTOS, ME INVOQUES CON ÁNIMO DE CAMARADERÍA.

–¿Es tan difícil de aceptar? La negativa a enfrentarse a los hechos es un defecto humano. Lo que quiero es, simplemente, estar en el bando correcto.

–¿MI BANDO ES AHORA EL CORRECTO?

–Tu bando es el bando ganador.

–AHORA SE MUESTRAN TUS VERDADEROS PREJUICIOS; NO TE IMPORTA LA MORALIDAD, SOLO EL PODER EN SÍ MISMO.

–Digamos, más bien, que reconozco la realidad del poder en sí mismo. Eso es mucho más educado, ¿no crees?

–¿ACASO LOS QUE TIENEN PODER PRECISAN DE CORTESÍA?

–*Touché*. Sin embargo, mi oferta de lealtad sigue en pie. Tratar de hacer las cosas solo en un mundo tan extraño y peligroso como este es bastante estúpido, a pesar de lo poderoso que pueda llegar a ser uno. Ahora me doy cuenta de ello.

–¿ME ENTREGARÁS TU NOMBRE VERDADERO?

–No.

Hubo una pausa.

–SI CAREZCO DE ESA GARANTÍA, ¿POR QUÉ DEBERÍA BRINDARTE MI PROTECCIÓN A CAMBIO DE TUS SERVICIOS?

–Tengo cosas que tú quieres.

–LO DUDO.

–¿Ah, sí? ¿Qué tal uno de los Corruptores, atado e indefenso, al servicio de tu voluntad? Yo me he beneficiado en gran medida de su poder para moldear la carne. Dada la predilección de tus esclavos por los homicidios, imagino que podría serte de utilidad.

–¿DE QUIÉN ESTÁS HABLANDO?

–De alguien por el que sufriste un golpe de Vejovis –dijo Gaviel. Eones atrás, en la Guerra contra el Cielo, Avitu y Gaviel habían combatido juntos en una gran batalla contra el arcángel Vejovis. Muchos de su especie se habían unido a ellos, incluidos el Azote Hasmed y la Corruptora Sabriel.

–¿Y ELLA ESTÁ BAJO TU PODER?

–Aún no. Pero está prisionera. Su única esperanza radica en ser conjurada. Y, como sabes, lo que puede conjurarse también puede ser atado.

–¿ME VENDERÍAS A TU ANTIGUA CAMARADA COMO ESCLAVA ENTONCES?

–Creo que queda bastante claro que sí. –El tono de Gaviel revelaba cierta impaciencia–. Solo tú te beneficiarías de sus servicios. Además obtendrías mi cooperación voluntaria y la estimable ayuda de mi viejo amigo el Caballero del Azote Maldito. Tres servidores demoníacos. ¿Qué te parece el trato?

–NO ME GUSTA.

–¿Por qué no? No es la primera vez que hacemos negocios juntos. ¿No te satisfizo lo de May?

–EN EL FONDO TÚ NO ME ENTIENDES, ¿VERDAD, GAVIEL? ¿CREES QUE ACEPTÉ EL SACRIFICIO DE MAY POR PURA VANIDAD? ¡LO HICE PARA SALVARLA DE TI! ¡REPARÉ SU ALMA PARA IMPEDIR QUE LA SIGUIERAS MANCILLANDO Y CORROMPIENDO UN DÍA MÁS!

–¿Y estás convencida de que hiciste lo justo?

–LO ESTOY.

–Entonces tal vez harías bien en atarme con una correa más

corta, para que no continúen mis excesos amorales.

–SI ME CONVIRTIERA EN CÓMPLICE DE TUS ACCIONES DEGRADANTES, ME DEGRADARÍA A MÍ MISMA.

–Entonces, libera al mundo de mi maldad. O falta a tu juramento y atácame. O ignórame y deja que me extienda como el cáncer. –De nuevo, se produjo un silencio mientras los dos demonios cavilaban –. Es más, te haré el trato aún más apetecible. Acepta mis condiciones y rescataré a tu servidor Grady.

* * *

Más allá del espacio mundano, Usiel el Segador observaba.

Zisithras el Asharu, el demonio que estaba observando Usiel, podía notarlo. Sabía que estaba siendo vigilado, pero no sabía cómo, desde dónde o por quién.

Usiel no sabía el nombre mortal del emplazamiento de Zisithras ni le importaba. El Asharu estaba en un hospital y era uno de los pobres. Zisithras había encontrado a un niño desesperado, demasiado joven para tantas desgracias, y lo había poseído. Ahora el demonio estaba junto a la fuente de ese dolor, el tío agonizante de su carcasa. Los padres del niño ya habían muerto. Ahora el hombre que lo había criado tenía la misma enfermedad, el mismo mal que era tan común en su región; común entre los pobres, curiosamente.

Usiel observaba la escena y se preguntaba qué haría Zisithras.

Los Asharu eran ángeles de la curación. O lo fueron. Si ese rebelde podía controlar sus poderes, si podía huir de su propia desazón para sentir el dolor de los otros... Si el demonio podía hacerlo, podía sentir empatía..., entonces la curación sería un acto trivial, tan sencillo como para un humano encender una cerilla. Pero si el demonio era incapaz de hacerlo, si no lograba desprenderse de su propio dolor para calmar el de otros, entonces su poder no le daría la capacidad de sanar. Corrompido, un Asharu solo podía hacer daño.

Quizás Zisithras fuera a matar a su tío. Tendría bastante sentido. Las almas de los poseídos permanecen en el interior del cuerpo y pueden ser un gran problema si se hacen fuertes. Matar a aquel hombre sería el último clavo del ataúd de su anfitrión, el último golpe

de la adversidad, que haría de ese joven espíritu una presencia débil y desamparada.

(Si Usiel supiera que eso iba a pasar, tendría que aparecer allí, empuñar su guadaña, defender a la humanidad y destruir al demonio. ¿Pero era lícito que se adelantara al crimen? Si actuaba con demasiada precipitación, ¿no sería ese un acto de maldad? ¿Podía permitirse conceder al demonio el beneficio de la duda? ¿Se atrevería a afirmar que era malvado? ¿Se atrevería a negarlo?).

O tal vez el demonio pretendía curar al tío del niño y convertirlo en su esclavo. También ese sería un plan inteligente; al actuar como un ángel, uno podría estar alimentando el demonio de su interior. Usiel conocía ahora el precario equilibrio de esas acciones. Amarlos lo suficiente para ayudarlos, pero sin llegar a utilizarlos, sin llegar a nutrirse de ellos, sin llegar a robar sus almas. Conocía esa mezcla de amor y egoísmo demasiado bien.

(Si esa era la intención de Zisithras, ¿cuál sería la mejor respuesta de Usiel? ¿Matar al demonio que salvaría una vida? ¿O dejar que se fuera, tras robar un alma a Dios? ¿Acción? ¿Inacción? Cada una de ellas tenía sus peligros).

Su esperanza, apenas creída, era que el demonio curara al humano y se marchara. Que diera sin recibir nada a cambio. Que fuera, aunque fuese solo por un momento, el ángel curador que había sido una vez.

(Esa era la posibilidad más improbable pero, si el demonio actuaba así, Usiel se regocijaría. Pero una parte de él, vindicativa, egoísta y débil, esperaba que el demonio obrara mal, que Lucifer tuviera razón y que la esperanza fuera vana. Una parte de él esperaba que los caídos estuvieran verdaderamente más allá de la redención y que sus decisiones fueran simples una vez más).

Zisithras se acercó a la cama. Usiel observaba.

* * *

–No espero que me creas pero no se nos pidió que te espiáramos.

–No te creo –dijo Sabriel con una sonrisa. La Condesa era

divertida. Las otras dos, bueno, sin más, pero la actitud de la Condesa atraía a Sabriel mientras que su vida y su historia atraían a Christina.

–¿Te sientes halagada? –preguntó la mujer muerta.

–¿Halagada por que me haya raptado? Apenas.

–Deberías estarlo.

–Es muy romántico, ¿no te parece? –Esta era Minnie, la colono, o, en la mente de Sabriel, «La Reina Paleta».

–No seas ridícula –replicó Liz–. Ya hemos discutido esto antes. ¡Una mujer no necesita a un hombre para ser feliz!

–Pero, sin lugar a dudas, es una gran ayuda –dijo la Condesa, con una breve sonrisa.

–¡Una mujer no necesita que un hombre la defina!

–Pero sin un hombre, solo puedes definirte en unos pocos aspectos –objetó Minnie–. No hay tantas cosas que puedas hacer sola.

–En tu época no, pero ahora una mujer puede ser médico o soldado o incluso madre sin necesidad de la ayuda de un hombre.

–Qué maravilla –dijo la Condesa–. Podéis recoger las flemas de pacientes febriles o caminar por trincheras embarradas con un rifle, como un hombre. Habéis llegado muy lejos, cariño.

–Tal vez puedas ser madre sin un hombre –dijo Minnie–, pero no puedes ser esposa. Y eso es una de las mejores cosas que recuerdo. Siento mucho que te perdieras eso, Lizzie, pero...

–¿Señoras? ¿Por favor? –dijo Sabriel–. Escuchar cómo reinventáis los engranajes del feminismo es bastante divertido pero tengo algunas preocupaciones más. Como, por ejemplo, ¿por qué me raptó ese demonio?

–¿Realmente lo consideras un demonio? –dijo Jennifer.

–Del mismo modo que yo también lo soy. Transgredió las leyes de Dios y fue arrojado al Infierno.

–Pareces muy lista –dijo la Condesa–. Me sorprende que no puedas adivinar sus motivos.

–¿Crees que está enamorado de mí? –preguntó Sabriel.

–Los hombres hacen toda clase de estupideces por amor –dijo Minnie, encogiéndose de hombros.

–¡Él no es un hombre!

–Parece un hombre. A veces. Actúa como un hombre.

–Minnie, no creo que este sea un caso de «Si grazna, es un pato» –dijo Liz–. Todos hemos tratado con cosas que parecían humanas y no lo eran. ¿Recuerdas?

Ante ese comentario, Minnie apartó la vista y asintió. Sabriel sintió que su corazón se aceleraba y se preguntó si podría ponerlas de su parte.

–Entiendo vuestra posición –dijo–. O sea, él apareció por aquí y os rescató. O, al menos, pareció que fue así.

–¿Estás acusándolo de haber planeado todo esto?

–Solo sé que puede invocar y comandar espíritus –dijo Sabriel, encogiéndose de hombros–. No sé si premeditó sus movimientos de una forma u otra. Probablemente no. ¿Porqué lo haría? Si os hubierais resistido, podría haberlos controlado y ya está.

–Podría haberlo intentado –dijo Minnie, mientras se le ensanchaban las ventanillas de la nariz.

–Muy bien, así es como ves tú las cosas –dijo la Condesa.

–Nos advirtió de que tratarías de ponernos en contra de él –dijo Elizabeth.

–Haced lo que queráis –dijo Sabriel–. Si yo estuviera en vuestro pellejo, no estaría ansiosa por cruzarme con un ser tan peligroso, poderoso e impredecible.

–¿Impredecible?

–¡Evidentemente! O sea, salir de aquí y cogermelo como lo hizo... no es que tenga precisamente la impronta de una mente estable, ¿verdad? ¿Elizabeth? ¿Qué crees tú? Algún día se le podría ocurrir de repente descuartizarme y arrojar mis pedazos al viento y no tendría forma de impedirselo. Y tampoco vosotras, claro.

Podía sentir cómo afloraba en ellas la aprensión. En la Condesa mucho menos; ella tenía una cabeza fría sobre los hombros. En ese momento, la puerta se abrió de golpe.

–Ah –dijo Sabriel–. Nuestro Heathcliff infernal regresa a Cumbres Borrascosas.

Se levantó del sofá y se dirigió al vestíbulo.

–Chico –dijo–, espero que los caballos estén bien atados.

–Claro –contestó él–. He traído la cena.

–Genial. ¿*Burger King* o *McDonald's*?

–En realidad, es comida libanesa. ¿Te gusta el *falafel*?

–Más que nada en el mundo –dijo, mientras el estómago de Christina gruñía por anticipado.

Mientras comían, ella dijo:

–¿Cuál es mi papel en todo esto?

–¿Perdona?

–Obviamente, tienes algún plan para mí; por eso me raptaste. Llevo aburriéndome aquí mucho tiempo y tengo curiosidad por saber qué me depara el destino.

–El destino.

–Bueno, o tú. ¡Vamos, escúpelo! ¿Qué quieres de mí? –no pudo evitar cambiar de postura para mostrarle su escote e insinuar una posible respuesta a su última pregunta.

Él desvió la mirada.

–No lo entiendes, ¿verdad? ¿Crees que lo que quiero es... es usarte? ¿Utilizarte?

–Ah, ¿me hiciste un favor al raptarme?

–Sabriel, ¿podrías dejar de actuar así un minuto?

–¿Cómo?

–¿Podrías dejar de ser... provocativa e irónica, dejar de estar a la defensiva, dejar de fingir y flirtear?

–O sea que deje de hacer de súcubo.

Él dejó escapar un suspiro.

–Recuerdo cómo eras.

–Yo también recuerdo cómo era –dijo finalmente y él levantó la vista. Era la primera vez en eones que oía su voz libre de artificios. Habló con el mismo tono de tristeza y aturdimiento que brotaba cuando conversaba con Thomas y que hacía que este sintiera lástima por la diablesa, a pesar de su crueldad. Usiel la miró y ella dejó caer los hombros, mientras se miraba los nudillos con semblante apesadumbrado.

–¿No te gustaría volver a ser así?

–¡Ese yo está muerto! ¡La guerra lo mató, Usiel! ¡Tú, Miguel y los ophanim y los malhim y todo el Ejército Celestial! Diez mil años de tortura y sufrimiento mientras contemplaba cómo se degradaba el

mundo... ¡Eso me mató!

–Ah, ¿y el Ejército de Lucifer no tuvo nada que ver con eso?

–¡No me importa! ¡No me importa si teníamos razón o no! ¡Ya no tiene ninguna importancia! Lo que importa es que no puedo olvidar lo que he visto y lo que he hecho y lo que he sido. No puedo olvidar cómo eran los humanos entonces y verlos ahora tan... ¡Es horrible! Es algo absolutamente repelente y desasosegante, ¡y ahora yo soy uno de ellos! ¡Siento náuseas de mi propia piel! ¡Estoy atrapada dentro de algo que odio y no puedo salir! Así que no me hables de volver a ser la antigua Sabriel, por favor. Me encantaría girar las manecillas del reloj y regresar al Edén, ¡pero el Edén ha desaparecido, Sabriel ha desaparecido y la humanidad ha caído!

Hubo una breve pausa, aunque el silencio no era absoluto. El gemido del viento en el exterior y el repiqueteo trémulo de las juntas sueltas resonaban en la habitación mientras cenaban. Entonces un tercer sonido apagado se unió a los otros dos.

–¿Estás llorando? –preguntó Usiel suavemente.

–¡No! –gritó ella, mintiendo claramente. No era consciente de ello. Su precioso rostro se había enrojecido y las lágrimas le caían por las mejillas. Se levantó súbitamente y salió corriendo de la habitación. Él también se puso en pie.

–Deja que se vaya –le susurró Minnie al oído–. Déjala a solas un momento.

Mientras dudaba sobre qué hacer, sintió el cosquilleo de una invocación.

–¿Quién es? –espetó. Su expresión pasó de la preocupación al desprecio más amargo–. Ah, eres tú. ¿Qué quieres?

Minnie le preguntó con quién estaba hablando pero él le ordenó silencio con un gesto.

–Debes de estar de guasa –dijo. Pero siguió escuchando lo que le decía aquella voz. Minnie, en silencio, vio cómo la seguridad de su rostro se desmoronaba progresivamente.

–Sabes menos de lo que crees –dijo–. No soy tu aliado y eres un estúpido si crees que podríamos serlo –dijo poniéndose a la defensiva. Esta vez su voz revelaba enojo.

Sus ojos se entornaron, mientras permanecía en silencio unos

instantes. Después dijo:

–Tal vez debería matarla antes –su voz era fría y cruel pero Minnie pudo constatar por la expresión de su rostro cómo le horrorizaba la acción que había descrito.

–¿Crees que puedes engañarme? –dijo. Entonces escuchó algo más. Sus ojos se abrieron por completo de sorpresa y preocupación.

–¿Quién te ha dicho eso? –Ahora estaba realmente intranquilo–. Ahora estás tratando de convencerme de nuevo. Pero no lo vas a lograr.

Sin embargo, algo en su voz le dijo a Minnie que ya lo había hecho. Su postura se relajó poco después y entonces frunció el ceño.

–¿Ya has... acabado? –preguntó ella. Él gruñó–. ¿Quién era?

–No importa. Déjame solo.

–¿Quieres que...?

–Quiero que me dejes solo.

–Muy bien. –Se alejó silenciosamente, como solo podía hacerlo un fantasma.

* * *

Mitch Berger había pasado por unas experiencias realmente desagradables. En su antiguo trabajo como auxiliar en un sanatorio, había oído a paranoicos desvariar sobre conspiraciones que controlaban no solo al gobierno sino las propias ideas que la gente tenía acerca de la realidad. Había oído a violadores en serie describir sus crímenes con minucioso detalle y notoria apatía. Había escuchado cómo asesinos musculosos le gritaban que lo matarían a él, a su familia y al tipo que cavara su tumba. Cosas de chiflados.

Había sobrevivido al Terremoto de la Noche del Diablo en Los Ángeles y había visto a Satán en persona. Todos los días daba gracias a la bruma causada por las drogas que le protegieron de él y todos los días maldecía en secreto a los demonios que habían borrado esa bruma de su recuerdo.

Lo que estaba viendo ahora quizás incluso era peor.

No tenía esa impresión de flagrante irrealidad que rezumaba Lucifer (lo cual, en cierto modo, era un alivio), pero por la misma razón

era más difícil para su mente desentenderse de la presente visión y esperar a que desapareciera. Podía comprender lo que estaba sucediendo aunque no quería hacerlo. Su mente podía aprehenderlo, pero no podía dejarlo marchar.

–Esto va a llevarnos mucho tiempo y va a ser difícil pero tú puedes hacerlo –dijo Mukikel–. Tengo fe en ti –dijo a Chuck mientras clavaba su mirada afilada sobre Mitch.

(Le había ofrecido a Mitch la oportunidad de participar, pero el humano debió de haber dejado traslucir miedo y repulsa en su cara).

–Estoy listo –contestó Chuck.

Eso era lo que lo hacía todo tan horrible. Chuck. Chuck y el conocimiento de que todo aquello era real. Sin esa convicción, resultaría incluso tronchante; el hombretón Charles Rodríguez, el duro más duro de los guardas del sanatorio, con una caperuza compuesta por miles de alas de libélulas, estaba haciendo un extraño dibujo sobre la arena del desierto con azúcar y, en el centro del mismo, había puesto un montón de flores, de un par de cientos de pavos de valor. Charles Rodríguez estaba conduciendo una cabra blanca y una cabra negra al sacrificio. Era Charles Rodríguez el que se aclaraba la garganta y canturreaba cosas raras en un idioma del que nadie había oído hablar.

Parecía una escena sacada de una película de terror mala de serie B. Solo que Mitch sabía que todo era real. Que todo era de verdad.

Y Chuck. Eso era lo peor, peor incluso que la realidad. Chuck. Chuch, un tío hecho y derecho, cuyo buen juicio y coraje y todas esas virtudes habían salvado la vida de Mitch durante el peor día de su vida. Chuck, el hombre decente. Su salvador.

Chuck estaba convocando un demonio.

Comenzó a entonar un cántico que no cesaba de repetir una y otra vez y el nerviosismo de Mitch estaba empezando por fin a menguar. Entonces todo cambió. Hasta entonces, todo había sido ruido, solo bla bla bla, pero ahora podía sentir... algo. Algo que pugnaba por salir, algo que se entrelazaba con el aire. Ese idioma era más que palabras; eran palabras pronunciadas por una voz humana pero el poder estaba allí. Mitch no podía seguir su significado y más

tarde ni siquiera recordaría los sonidos. Pero sintió que, al lado de aquello, el lenguaje humano era tan fortuito e inútil como el zumbido de los grillos.

Lo escuchó y su mente se embotó. Lo escuchó porque no podía evitarlo. El sol reptó hasta el horizonte y se desvaneció y él ni siquiera se percató de ello. No podía pensar. Aún podía sentir el miedo y el terror pero no podía pensar.

–Eso es. Lo estás haciendo genial. Sigue así –dijo Mukikel, permaneciendo junto a Mitch pero mirando intensamente a Chuck.

Los insectos del desierto comenzaron a unirse al cántico.

–Sí. Siente el poder. Tráela, Chuck. Tráela de vuelta.

Había adoptado su otra forma, en la oscuridad, su forma de alas de hojas rojas y superficies brillantes y Mitch ni siquiera lo había advertido. Ni siquiera eso pudo despertarlo del hechizo del ritual.

(Horas antes, Mitch le había preguntado a Mukikel por qué no lo hacía ella misma. Le explicó que solo los humanos podían convocar a un demonio del Infierno. Nadie sabía por qué).

Las líneas de azúcar se estaban llenando de hormigas, moscas y arañas cuando Chuck sacó un cuchillo de monte normal y corriente y degolló a la cabra negra. La sangre se derramó mientras el zumbido se hacía más fuerte.

–Es la hora –dijo Mukikel. No estaba hablando con Mitch ni con Chuck. Se había vuelto hacia la puerta trasera de la camioneta y se estaba dirigiendo a la mujer desnuda de su interior. Era rubia, de belleza corriente, pálida y delgada. Sus ojos parecían vacíos y ausentes. Había estado en Rothschild; era una de las carcasas –. Métete dentro de los círculos y tumbate sobre las flores –dijo Mukikel e incluso alguien con mente habría obedecido esa orden. La carcasa avanzaba como dormida, dejando huellas de sangre de cabra después de pisar el charco sanguinolento.

Chuck cortó el cuello de la segunda cabra y, en lugar de sangre, brotaron gusanos. La mujer se tumbó en el suelo y Mitch comenzó a vomitar.

Vio una segunda forma sobre la mujer carcasa, una forma de manos brillantes y alas de mariposa, una forma que ya había visto una vez antes. Entonces fluyó como cera derretida y la mujer se incorporó.

–Heee vueeeelto –dijo con voz apagada y nasal, pero humana.

–Bienvenida, Shadrannat –dijo Mukikel.

Chuck se desmayó. Las dos diablasas se adelantaron para ayudarlo y Mitch salió del trance para atender a su amigo.

–¿Va a ponerse bien?

–Solo está exhausto –contestó Mukikel, que ya era de nuevo una mujer normal. Le dirigió otra mirada penetrante–. ¿Seguro que no quieres hacer la invocación de mañana? Yo te enseñaré; y no solo la invocación. Quiero atar a Buniel. Él sería tu sirviente, Mitch. Y no podría desobedecer.

La idea no era tentadora. Era terrorífica. Mitch rehusó el ofrecimiento con la cabeza. Mientras trataba de hacer que su amigo recobrara la consciencia, se negó a hacerlo.

* * *

Blackie se sentía incómodo. Tenía dolor de estómago y eso no era agradable. La diosa le había curado; *jplim!*, y ya está y debería de sentirse perfecto. Pero su estómago le seguía doliendo porque no podía olvidar que había sufrido un disparo.

–¿Estás bien? –preguntó Teddy, tal vez por quinta vez.

Y esa era otra. Su... padre. Blackie no estaba acostumbrado a tener un padre y Teddy lo había ignorado bastante desde el primer día. Pensó (con esperanza pero también con miedo) que todo cambiaría con Lance en el complejo pero Teddy seguía igual de distante.

Supongo que aún está furioso porque mi madre mató a su mujer, pensó, tocándose recelosamente el vientre perfectamente curado.

–Estoy bien –dijo.

–Parece que aún te duele.

Blackie asintió.

–Sí, aún duele.

–Es psicosomático.

Blackie no tenía ni idea de qué significaba eso.

–Supongo –dijo.

–¿Has oído hablar alguna vez de amputaciones con dolores

fantasma?

–Mmmm...

–Personas que han perdido un brazo o una pierna tienen la alucinación de que sienten dolor allí. Es como un limbo de indeterminación, ¿te das cuenta? Imaginan dolor en una parte del cuerpo que ya no podrán volver a tener.

–Vaya.

–Es la maldición de la consciencia. Sentimos dolor incluso donde no podemos sentirlo, porque pensamos que debemos padecerlo.

–¿Crees que lo de mi estómago es algo así? ¿Es un dolor fantasma?

–Eso creo.

Blackie lo digirió durante unos instantes.

–Entonces, no se puede hacer nada, ¿verdad? No puedes deshacerte de un dolor que no... no es un dolor real.

–Exacto –Teddy estaba mirando por la ventana y su voz parecía triste. Se giró hacia su hijo–. Ese es nuestro dilema, Halcón Negro. Tenemos que permanecer conscientes. Ese es nuestro destino. Tenemos que soportar todos sus dolores fantasmas. Odio verlo, odio ver mi...

Entonces dejó de hablar.

–¿Cómo le va a Lance? –preguntó Blackie.

Teddy parecía sorprendido.

–Está... bien, supongo. Aún echa mucho de menos a su madre.

–Teddy, yo... eh...

–Quizás debería irme.

–Es duro perder a alguien, lo sé. Incluso a alguien que... Mira, mi madre actuó mal, ¿vale? Supongo que... Bueno, era mi madre y yo la quería. Nunca me trató mal. Siento lo que hizo y si pudiera volver atrás y...

–Ella creía que estaba haciendo lo correcto –dijo Teddy, con voz plúmbea.

–No creo que eso excuse nada –dijo Blackie–. Pero ella... Ella, bueno, también lo hizo por Lance. Y estuvo mal, estuvo muy mal pero ella pensaba... Mi madre creía de verdad, ¿sabes? En Avitu. Creía que

traerá Lance aquí era importante, que... que eso le ayudaría. Y eso.

–Pero no le va a ayudar –dijo Teddy y aunque sus ojos estaban dirigidos hacia Blackie, estaban fijos en algún punto a un millón de kilómetros de distancia. Un lugar distante donde ocurrían cosas tristes, cosas que nunca podría cambiar–. Está condenado a ser consciente, como tú y yo. Es un sacerdote de sangre. Está destinado a seguir prisionero.

Estuvieron en silencio durante un momento.

–Han llegado nuevos sacrificios desde Fresno –dijo Teddy. Sus ojos estaban enfocados de nuevo, centrados en el aquí y el ahora.

–¿Qué se supone que haremos con ellos después? O sea, no podemos... Sin Rothschild no podemos... procesarlos.

–Eso no importa. Ya se nos ocurrirá algo. Encontraremos una solución. –Bajó los ojos y entonces puso una mano sobre el hombro de Blackie–. Lo importante es esto: no han sido purificados. Y creo que tú deberías hacer el ritual esta vez.

La consternación de Blackie era tan intensa que, por un momento, se olvidó por completo de que le dolía el estómago.

* * *

–Vaya –dijo Shadrannat sentada en la cama de una habitación de hotel mientras templaba una humilde guitarra acústica–. Este es muy diferente. –Punteó una posible introducción para la canción «Imagine».

–¿Ah, sí? –preguntó Mitch–. ¿En qué sentido?

–Bueno, ella es músico, para empezar. Eso está muy bien.

–¿Y tú... lo sabes todo de ella?

–Puedo recordar partes. La mayoría es memoria muscular.

–Genial. –Se rascó el brazo. Esta nueva versión de Shadrannat le ponía los pelos de punta.

Era media mañana y Mukikel había salido al desierto con Chuck al alba. Llevaron consigo otra carcasa, un hombre esta vez, e iban a conjurar a Buniel usando llamas, prismas y un cuchillo hecho de oro. Ya se habían marchado cuando Mitch se despertó. Shadrannat estaba haciendo estiramientos contra la pared que estaba cerca del televisor.

Lentamente, se inclinó hasta que su cabeza tocó el suelo y luego, con la cara roja, gruñendo, y los músculos temblando, se irguió de nuevo. Una contorsión china; Mitch había visto hacerla a tíos en el gimnasio pero nunca a una mujer tan flacucha y enclenque como la nueva carcasa de Shadrannat.

–Además, este cuerpo está maduro sexualmente. Es todo un avance, comparado con la otra.

–Y que lo digas –contestó Mitch. Aunque no lo hizo a propósito, se apartó un poco de ella. Se aclaró la garganta–. Bueno, eh, ¿y cómo se convirtió en una...? ¿Cómo lo llamáis? ¿Una carcasa?

–La lobotomizaron.

–¿En serio? ¿Le hicieron un lobotomía frontal? –Mitch sabía de lobotomías frontales completas por su trabajo en el sanatorio.

–Sí.

–¿Y por qué se lo hicieron? O sea, no parece lo bastante mayor como para haber sido terapéutico.

–Se lo hizo un demonio.

–Debería haberlo sospechado. Entonces, veamos, ¿un demonio la lobotomizó para que fuera más fácil para un demonio poseerla?

–Es una buena deducción pero es falsa. Un demonio la lobotomizó porque ese demonio, una criatura llamada el Árbol de la Ignorancia, creía que era lo correcto. Que era ético.

–¿Eh?

–Es una larga historia. –Shadrannat se apretó los nudillos y comenzó a puntear la guitarra de nuevo–. El Árbol se horrorizaría si supiera que hay un demonio dentro de su humano sacrificado. Y a esta mujer le encantaría horrorizar a ese demonio. Donde las dan, las toman. Eso es.

–¿Cómo se llamaba?

–Jennifer Arliss. Eh, ¿quieres algo para almorzar?

* * *

Sal encendió un cigarrillo, dio dos caladas y lo arrojó al suelo. Estaba esperando.

Nunca se había considerado un hombre impaciente. Hay una

palabra para los criminales impacientes: «presidiario». Podía tener los nervios de acero mientras vigilaba, esperaba, reunía información y se preparaba para la llegada del momento oportuno. Todo eso era como rellenar crucigramas.

Lo que realmente le tocaba las narices era estar plantado en la calle esperando a que un tío se decidiera. O, en este caso, un demonio.

A Sal le daba malas vibraciones ese tal «Vodantu», pero no pasaba nada. Estaba acostumbrado a ignorar esas cosas. Hacerlo con demonios era lo mismo, solo que diez veces más difícil. Cada vez que lo hacía, necesitaba una ducha después y le entraban ganas de ir a la iglesia.

Pero una vez metido en harina, hablar con un demonio del Infierno era como conversar con un capo de la mafia en la cárcel. No era exactamente igual, pero se le daba un aire. Como un mafioso encarcelado, el poder del demonio era limitado, pero seguía teniendo mucha influencia. Como un capo enjaulado, sus lujos perdidos eran una fuente evidente de desazón. Y, como todos los jefes, ya fuera en la cárcel o fuera de ella, trataba de actuar a su antojo.

Sal había hecho el Ritual de Rebluhé, pero no se engañaba; sabía que colgar el teléfono a señores infernales, especialmente a aquellos que tenían a chiflados como Hasmed haciendo barrabasadas en la Tierra, no era el modo más seguro de jugar a ese juego, pero imaginaba que Vodantu no tomaría la falta de respeto muy a pecho si había una pequeña posibilidad de que Sal le consiguiera algo que él quería. Solo tenía que jugárselo todo a esa carta; mientras mantuviera esa promesa, ser un poco molesto haría que Vodantu lo respetara, no que lo odiara.

Todo eso suponiendo, claro está, que Vodantu no fuera un demente.

—Mira, nada de adoraciones. Eso no va a pasar. ¿Me entiendes? Eso está fuera de discusión.

—¿OSAS DESAFIARME?

—Vamos. Tal vez tú tengas todo el tiempo del mundo, pero, ¿podríamos dejarnos de tonterías y llegar al tema del *quid pro quo*?

—¡NO SOY UN MERCADER, MORTAL! ¡NO CREAS QUE

PUEDES REGATEAR CONMIGO!

–Todo lo que digo es que yo puedo ayudarte y tú puedes ayudarme o, si quieres, lo dejamos, no nos ayudamos mutuamente y allá cada uno con sus problemas. ¿Tan estúpida te parece la idea de que podamos llegar a un acuerdo?

–MI INCALCULABLE PODER ESTÁ MÁS ALLÁ DE TU COMPRENSIÓN, MORTAL. PUEDO OTORGAR A MIS ESCLAVOS Y SIERVOS CUALQUIER DESEO QUE PUEDA CONCEBIR TU MENTE.

Sal decidió seguir por ese camino.

–¿Cualquier deseo, eh? Bien, te diré lo que deseo. Deseo vengarme de los bastardos que mataron a mi hijo.

–JÚRAME LEALTAD Y ANIQUILARÉ A TUS ENEMIGOS ANTE TUS OJOS.

–¿Aunque esos enemigos fueran tus propios soldados?

Hubo una pausa.

–¿DE QUIÉN ESTÁS HABLANDO?

–Sé el nombre de uno de ellos pero no lo quiero decir. Ya me entiendes. No conozco el del otro, pero sé que es uno de los tuyos. Esos dos descuartizaron a mi hijo, Scott. De hecho, te lo sacrificaron a ti.

–LO RECUERDO.

Sal tragó saliva y estuvo a punto de cortar, de hacer el Rebluhé. Se planteó entregarse a la policía, presentar evidencias que incriminaran a ese saco de mierda de Pudoto y abrazar la religión en la cárcel antes de que la Familia se lo cargara por soplón... Pero Hasmed... Tenía que atraparlo. Y si eso significaba condenarse para condenar a otro, bueno, ese era el estilo de la Mafia. Su estilo.

–Entonces supongo que recordarás a los dos bastardos que lo hicieron, ¿no?

–Sí.

–¿Y me los entregarías a cambio de mi ayuda?

–AMBOS SON LEALES SERVIDORES. LOS DOS HAN PRACTICADO LOABLES SACRIFICIOS EN MI HONOR.

–Sí, genial, pero, ¿qué más da? Ellos son los que tienen que servirte a ti y no al revés.

–SON SIRVIENTES MENORES, PERO PUEDEN CURVAR EL TIEMPO, RETORCER EL ESPACIO, SANAR Y HERIR A MORTALES CON UN SOPLIDO, ENLOQUECER A HOMBRES CON UNA PALABRA. ¿QUÉ PUEDES OFRECERME TÚ QUE SEA DE MÁS VALOR?

Sal inspiró profundamente y deseó que su información fuera correcta. El Código de la Lealtad Diabólica lo decía. Marvin Morris y el Texto de Wormwood lo decían. La Dra. Roark decía que la mayoría de las tradiciones lo corroboraban. Pero si todos ellos estaban equivocados, se la iba a cargar con todo el equipo.

–Puedo sacarte del Infierno con un conjuro.

* * *

Había mal ambiente en el coche mientras Mukikel regresaba del desierto con Chuck y Buniel. Buniel estaba enfadado, muy enfadado, porque su nuevo cuerpo era enclenque, débil y macilento, y porque había necesitado la ayuda de un mortal para salir del Infierno. Más aún, estaba absolutamente sorprendido de que Charles tuviera la osadía de atarlo. ¡Él, un Diablo de la Primera Casa, esclavo de un mortal, de un saco de tripas! Pero, quizás, su mayor cólera iba dirigida contra Mukikel, su nuevo superior, que le había ordenado revelar su Nombre Verdadero a ella y a Chuck a cambio de su libertad. Se justificó diciendo que él había transgredido órdenes específicas en Los Ángeles, pero eso no hacía que se sintiera mejor. Es más, sus melosas palabras solo conseguían avivar las llamas de su interior.

No me entiende, pensó mirándola furiosamente desde el asiento de atrás. Ella y los otros blandengues de la Legión de la Liberación, los gorriones que no tienen pelotas para el trabajo real, para las batallas de la Victoria. Son tan mierdas como los del Desafío. Necesita tenerme controlado porque sabe que soy mejor que ella.

Mientras resoplaba y apretaba los puños allí sentado, un débil olor a metal caliente y a papel seco comenzó a inundar la camioneta.

–Buniel –dijo Mukikel con la voz ligeramente autoritaria de una maestra de escuela–. Para ya.

–No sé a qué te refieres.

–Tal vez sea un accidente –dijo–, pero creo que estás a punto de provocar un incendio.

Entonces se dio cuenta de que era cierto y se sobresaltó. Si ella no lo hubiera advertido, los papeles de la guantera y el relleno de sus asientos podrían haber prendido espontáneamente. Ella tenía razón y eso hizo que se enfadara más.

Se encontraron con la Devoradora Shadrannat y con el otro saco de carne en la *Casa Internacional de los Panqueques*. Al menos Buniel sí podía respetarla a ella. Había luchado a su lado en la guerra, durante la primera batalla de Shenrizar y alababa su ferocidad.

–¿Qué se siente al ser libre otra vez? –preguntó ella.

–Si llamas a esto libertad...

Shadrannat asintió y se inclinó hacia él. Mukikel se había ido al baño y, cuando Shadrannat habló de nuevo, lo hizo en antiguo acadio.

–(Estás resentido por el hechizo de atadura).

–Eh... ¿Cómo dices? –preguntó Mitch.

–Es privado –le dijo Shadrannat. Él frunció el ceño y le dio a Chuck un codazo en el costado. Este se encogió de hombros y siguió mirando el menú, con expresión serena.

–(¿No estarías tú resentida?) –contestó Buniel–. (O sea, ¡míralo!).

–(¿No es mejor estar ligado a un mortal que estar encarcelado por el Todopoderoso?).

Buniel seguía con el ceño fruncido pero admitió que ella tenía algo de razón.

–(Sé que te toca las narices, pero este humano es crucial. Nuestro gran general se ha revelado a este hombre, ¡una distinción de la que ninguno de nosotros podemos presumir! Nuestros enemigos, los traficantes de Los Ángeles, conocen su importancia).

–(No hace falta que me hables de los traficantes de LA).

Mitch estaba mirándolos con el ceño fruncido, después de haber entendido «Los Ángeles» y «LA» entre toda aquella palabrería en lengua extranjera. Buniel lo miró fijamente hasta que Mitch desvió la mirada.

–(Sé que los combatiste con valor. Luchaste con ellos hasta la muerte y esa es la razón por la que queríamos que vigilaras a

Rodríguez) –dijo Shadrannat. Al oír ese nombre, Mitch los miró de reojo otra vez y luego bajó la cabeza–. (Es muy valioso. Y necesitamos alguien que se arriesgue a regresar al Infierno por él. Solo tú has demostrado tal lealtad).

–(Soy leal al Ejército, no a un mortal).

–(Y por eso te ató Mukikel. Pero no la tomes con ella. Tenía que decidir entre tu dignidad y la seguridad de la operación, y eligió. Tal vez no te guste su elección, pero ahora ella es tu superior. Además, si caes de nuevo, él tiene el conocimiento necesario para convocarte una vez más y la atadura le da una razón para hacerlo sin miedo. Sí, desvelar tu Nombre es un sacrificio, pero a la larga, es algo bueno).

–(Ya me he sacrificado mucho, Shadrannat).

–(Entonces, ¿qué más da un poco más? Todos hemos padecido mucho, pero, ¿no merece la pena? ¡Ahora somos libres! ¡Ahora podemos volver a ver a nuestro líder! ¡Ahora podemos continuar la lucha!).

–Admiro tus sentimientos, pero convendría que bajaras la voz

–dijo Mukikel sentándose al lado de Chuck.

Shadrannat levantó la vista y vio que había gente en otras mesas que estaba empezando a mirarla con curiosidad.

–¿De qué estabais hablando? –preguntó Mitch.

–De asuntos demasiado complicados para humanos –dijo Mukikel con voz suave, como si lo supiera todo y no quisiera entrar en ello–. No hace falta que te preocupes por eso.

Shadrannat y Buniel lo sintieron; sintieron la sutil llamada que su líder hacía a la sangre de Mitch, elevando los niveles de endorfina, estimulando dulcemente los centros de placer de su cerebro... Nada complicado, nada especial. Solo lo bastante para hacer que cediera. Para educar su obediencia hacia ella.

–Buniel –dijo Shadrannat–, ¿quién es tu anfitrión? ¿Cómo se convirtió en carcasa?

–Bailey Sanger –dijo Buniel, con los labios arqueados de repulsa–. Un borracho. Le embaucaron con promesas de un olvido nihilista y le persuadieron de que entregara su soberanía. Era débil. Era enojoso. Era despreciable. –Estuvo a punto de escupir sobre la mesa al pronunciar aquella palabra–. Supongo que al tuyo le pasó lo

mismo, ¿no?

–Oh, no. Jennifer Arliss... fue coaccionada. Creo que vio a esa diablesa en su momento de mayor debilidad. La vio cuando acababa de despertar.

–Entonces, ¿es una Arraigada? –preguntó Mukikel aguzando la mirada.

–¿Una...? –preguntó Mitch. Chuck le hizo un gesto para que se callara.

–No estoy segura –dijo Shadrannat–. La mayoría de los Arraigados están en tumbas de piedra o metal pero este está ligado a un ser vivo... Como nosotros –dijo mirando a Buniel y Mukikel–. Pero no hay humanidad en ella. Está atada a un árbol del desierto, un pino muy viejo. Sus raíces se hunden en las profundidades de la tierra, sus ramas arañan el cielo y su corazón está vinculado a épocas pasadas. Está viva como nosotros, pero es inanimada como ellos. No sé muy bien qué es ella.

–Es una amenaza –dijo Buniel–. Eso sí que está claro. ¿Aún no se lo has dicho a la Legión de la Victoria?

–Vosotros dos sois los primeros en saberlo –contestó Shadrannat.

–Convoca a la Victoria y la barreremos del cielo y arrancaremos sus raíces de la tierra.

–¿Estás seguro de que eso es sensato?

–Si no hubiera ningún inconveniente –dijo Shadrannat–, a Jennifer Arliss no le importaría ver cómo se consume.

–¿Crees que no hay ningún inconveniente? –preguntó Mukikel.

–¿Dudas de nuestro poder? –inquirió Buniel.

–Sí –dijo. Buniel cogió aire para una réplica encendida pero en ese momento les sirvieron la comida. Para cuando la camarera se hubo ido, Mukikel ya tenía un argumento preparado–. Incluso un león majestuoso puede ser abatido por un grupo de hienas. La Victoria cuenta con nuestros mejores guerreros, pero estáis siendo acosados en Los Angeles, en el Tíbet, en Brasil... ¿Necesitamos otro frente más en esta guerra?

–Dijiste que era débil, Sha... «Jennifer». Si retrasamos nuestro ataque, lo único que haremos será darle tiempo para recobrar su

poder.

–Tal vez lo más sensato sea informar de esto a tus antiguos compañeros –dijo Mukikel–. Nuestra misión ahora es proteger a Mitch y a Chuck y nuestro deber es encontrar al Lucero del Alba. Esa criatura no tiene relación con ninguna de las dos tareas. Que la Victoria decida sí quiere atacar.

–Eso podría ser complicado –dijo Shadrannat.

–¿Sí?

–El Desafío –dijo Buniel con voz amarga–. ¿Crees que interferiría?

–Son cortos de miras. Es más probable que vean esta... cosa... solo como un recurso. Una fábrica de carcasas.

–¿Por qué no las fabrican ellos? –preguntó Mitch. Mukikel se rió.

–Amigo mío, los actos de ese Árbol resultan odiosos a nuestra causa. Arrojamus el guante para conseguir que el hombre se conociera a sí mismo. ¿Qué señor del Desafío, incluso su archiduquesa, traicionaría a Lucifer arrebatándoles ese regalo?

–Mukikel sacudió la cabeza–. No, no podemos emular los crímenes de esta criatura, por mucho que nos convenga.

–¿Pero tú crees que... harían oídos sordos? ¿Que lo ignorarían? ¿Que serían cómplices en silencio? –preguntó Buniel.

–¿Con tal de abastecerse? –Se encogió de hombros–. ¿Quién puede saberlo? Además, siempre podrían decir que su trabajo no es combatir a Arraigados.

–¡Entonces que lo haga la Victoria!

–Sí, la Victoria sin ayuda del Desafío. Sin respaldo, equipo, apoyo y protección. Una espléndida idea –dijo Mukikel.

–Todos sabemos lo que les ocurre a los listillos de la Victoria que se enfrentan al Desafío –dijo Shadrannat con voz lúgubre.

–Si esa cosa es tan peligrosa –preguntó Mitch–, ¿por qué estamos tan cerca de ella?

Mukikel le sonrió.

–Muy buena pregunta –dijo–. Enseguida nos iremos. En cuanto reciba confirmación de Durdiel de que tiene las carcasas a buen recaudo... –Se calló, escuchó y sonrió–. Sí... Ya podemos partir hacia

el lago Meade, donde está el Señor de los Senderos. Puede llevarnos a Canadá, donde tenemos una fortaleza mejor. –Eché un vistazo a su reloj–. De hecho, creo que deberíamos ponernos en camino.

–Yo pago –dijo Shadrannat.

–Vale. Yo voy a llenar el depósito de la camioneta. Chicos, ¿queréis algo para llevar? Hay una tienda en la estación de servicio.

–Sí, pero antes voy a cambiar de agua al canario –dijo Chuck dirigiéndose a los servicios.

Mitch miró a su alrededor mientras el resto del grupo se levantaba. Shadrannat no le quitaba ojo de encima mientras pagaba la cuenta. Con una mueca de repulsa, comenzó a caminar hacia la camioneta. Estaba a unos cuatro metros de ella cuando oyó a Buniel que gritaba algo en ese peculiar idioma. Antes de que pudiera pensar siquiera en darse la vuelta, sintió cómo el escuchimizado cuerpo de Bailey Sanger se abalanzaba sobre su espalda. Antes de que pudiera preguntarse el motivo, su camioneta estalló. Con Mukikel dentro.

* * *

Después de un día ajetreado, repleto de invocaciones calladas y secretas, Sabriel y Usiel estaban disfrutando de la cena. Este había encontrado un establecimiento de comida para llevar en el que por un precio módico preparaban un delicioso *picnic* para dos personas con vino, platos de porcelana y tenedores de plata auténtica, aunque más pequeños de lo normal. Todo ello dispuesto en una cesta de forma muy ingeniosa, con pan fresco, fruta madura y una botella de un vino soberbio.

La habían vaciado sobre la enorme mesa de roble del comedor de la mansión y la Condesa revoloteaba de aquí para allá, despejando platos y llenando copas mientras ellos hablaban. Liz interpretaba a Vivaldi, suavemente, en una esquina. Tocaba sobre el recuerdo de un violonchelo, con un arco hecho de su propia carne de fantasma, transformada.

–¿Cómo puedes defender la mortalidad? –preguntó Sabriel pero sin su ira habitual, sin dolor. Miraba a Usiel fijamente y, a menos que su expresión fuera falsa, parecía realmente interesada en su punto de

vista; la perspectiva del otro bando de la guerra.

–¿Cómo puedes tú condenarla? –dijo como respuesta alzando su copa de vino.

–La humanidad fue creada para la inmortalidad.

–La humanidad también fue creada para el conocimiento de sí. Y, sin embargo, cuando les fue otorgado, en lugar de aceptarlo, en lugar de ganárselo... bueno, acabó convirtiéndose en un don impuro, ¿no es así?

–¿Pero dónde está lo bueno de la muerte?

–¿Cómo puedes contemplar un mundo en declive y preguntar eso? Sí, los vivos temen a la muerte y vosotros... los caídos... teméis ese desconocido...

–La región no descubierta –dijo, con una tibia sonrisa, jugando con el cuello de su copa de vino. Él frunció el ceño ligeramente.

–¿No era eso de una película de *Star Trek*? –preguntó Usiel.

–También es una cita de Shakespeare –dijo dulcemente–. Pero perdona mi interrupción.

–Bien, vale... Bueno, o sea, fíjate en el mundo. Se ha vuelto tan limitado, tan sucio, tan gris... ¿Qué destino podría ser peor para la humanidad que estar atrapados aquí, sin morir, para siempre? ¿Qué podría ser peor que no conocer nunca nada más?

–¿Y estás seguro de que hay más?

–¡Tú conociste el Edén! ¡Sabes que el mundo puede ser mucho más de lo que es, porque lo fue!

–De modo que cuando nosotros arruinamos el mundo, ¿Dios creó una puerta para salir de él?

–Una puerta a través de nuestras tierras.

Sabriel bebió un buen trago de vino mientras cavilaba y luego se humedeció sus perfectos labios. Usiel también había comprado un vestido para ella, un encantador traje de noche de terciopelo rojo. Se había equivocado completamente con la talla pero ella lo solucionó fácilmente.

–Debería de haber supuesto que un Asesino sabe cómo defender a la muerte.

Usiel puso una mueca de desagrado ante el título «Asesino» pero no la corrigió.

–Bueno, si no fuera por la muerte, no tendríamos trabajo –dijo con una ligera sonrisa.

–Entonces, ¿por qué fuiste condenado, si la muerte es tan maravillosa, si es la salida de un mundo en ruinas?

Él bajó la vista a su plato y Sabriel se preguntó si había ido demasiado lejos.

–Quizás –dijo al fin–, si algo hemos aprendido..., es que los bienes más grandiosos pueden ser los males más calamitosos cuando se reciben demasiado pronto.

En Grecia, muchos meses antes, Sabriel había seducido a un muchacho virgen de quince años. Se llamaba Janos. Pensó en él, asintió y levantó su copa.

–Brindo por eso.

Después de la cena, bailaron. Usiel la acompañó a su alcoba y le dijo:

–Pase lo que pase, quiero que sepas esto: siento haberte hecho daño.

Su respuesta fue casi un susurro.

–Pase lo que pase, si te hago daño, lo siento.

Puso las manos a ambos lados de su cara y le besó en la mejilla.

Esa misma noche, más tarde, después de que ella hubiera abandonado las tierras de los muertos, Usiel se dio cuenta de que mientras que su declaración se refería claramente al pasado, la de ella abarcaba el presente... y el futuro.

* * *

–Tú relájate, lee las palabras, sigue el dibujo. Lo estás haciendo bien. –Gaviel estaba manejando los remos del bote, pero aun así brindó una sonrisa a Thomas.

Tom estaba en la parte de atrás de la embarcación con un montón de bolsas de hielo compradas en un supermercado.

–¿Hago otro círculo aquí? –preguntó Tom. Gaviel asintió.

Había un dibujo. Gaviel lo había dibujado cuidadosamente en papel cuadriculado. Era bonito. Había un gran círculo con otros tres círculos en su interior y en aquellos había muchas rayas, figuras y

garabatos. Estaban haciendo el círculo grande en la superficie del agua con cubitos de hielo y sal. Los círculos pequeños estaban trazados únicamente con sal. En la hoja de papel, al lado de cada círculo había un embrollo de letras; eran palabras escritas fonéticamente que no le decían nada a Thomas, pero que tenía que pronunciar mientras hacía los círculos. Y tenía que hacer los círculos bien, o Sabriel seguiría presa.

Hizo el círculo y murmuró las palabras mágicas mientras pensaba en el viaje de vuelta desde ese pequeño y lóbrego agujero de agua; una laguna pantanosa de Missouri a kilómetros de ninguna parte con una charca aneja. El sitio perfecto para hacer ese tipo de vudú extraño a medianoche.

El viaje hasta allí había sido muy divertido. Era un día despejado, cálido, quizás un poco caluroso; el tiempo perfecto para el nuevo coche de Gaviel, que era un descapotable. Cruzaron la autopista como una exhalación, mientras el viento hacía imposible escuchar la radio. A Gaviel no le gustaba la música. Le encantaba meterse con el *jazz*.

–Todas las razas de la humanidad han inventado algo inútil y complicado –dijo–. Como el *jazz*. Escucha a Mingus, Parker o Coltrane; no tiene ningún interés, excepto que es difícil. Como un crucigrama. Créeme, Thomas, el único propósito del *jazz* es mantener ocupadas las mentes de jóvenes brillantes que, de otro modo, causarían problemas. En Europa es el ajedrez; la misma cosa, la misma cosa sin sentido.

–¿Ah, sí? ¿Y en Asia?

–Las ceremonias y la filosofía.

Durante un momento, Tom lo miró, tratando de averiguar si hablaba en serio o estaba bromeando. Evidentemente, no podía descubrirlo.

–Pero, un momento –dijo Thomas al fin–. El *jazz* no es ni de lejos tan antiguo como el ajedrez.

–¿Y qué?

–¿Cómo es que los negros no han hecho, no sé, grandes cosas? O sea, sus mejores lumbreras no estaban distraídos por el *jazz*.

–¿Quieres saber por qué? ¡Porque *bwana* no dejarnos!

Gaviel lo miró de reojo un instante y ambos rompieron a reír a carcajadas.

¿De qué más habían hablado? Thomas le contó muchas cosas, toda su vida; los robos en casas, los conciertos, los porros de hierba... También le comentó cómo había conocido a Sabriel. (La diablesa ya le había advertido de que no pronunciara los nombres de los demonios; le previno sobre las escuchas indiscretas). Thomas lo contó con gracia; contó que había sido hecho prisionero y que había sido torturado y parecía gracioso. Los dos se rieron mucho. Gaviel había traído una bebida extranjera llamada «*Shy*» o «*Chai*» o algo así. Sabía muy bien con esas exquisitas patatas con cierto gusto a jengibre. Se comieron toda la bolsa. Cuando acabaron, Gaviel la tiró por la ventana.

–¡Idiota! ¡Recicla! –gritó Thomas instintivamente sobre el estruendo del viento contra el parabrisas.

Gaviel se echó a reír, meneando la cabeza. Después de unos instantes, Tom también rompió a reír. Pero cuando se comieron el último de los *Donettes* glaseados, Gaviel metió la caja bajo su asiento para tirarla a una papelera más adelante.

–Bueno, Thomas, el último círculo.

Tom tragó saliva y comenzó a dibujar el trazo final. Sus labios estaban secos pero sabía que no podía vacilar con esas palabras, no podía titubear; joder, era como sujetar un pedazo de plutonio. ¿Quién sabe qué consecuencias podría tener una cagada en la invocación de un demonio? Su corazón latía con fuerza, pero Gaviel lo estaba mirando y todas las palabras fueron pronunciadas correctamente.

–Estupendo. Ya ha pasado lo más difícil. Ahora todo va a ser un paseo.

Gaviel comenzó a remar hacia la orilla y Thomas sintió una inmensa sensación de gratitud. Nunca antes nadie había creído tanto en él.

Para la última parte, Thomas tenía que desnudarse, pero no le parecía algo raro. Bueno, tal vez lo era, pero no destacaba dentro de la rareza general de toda esa locura. Así que se desvistió, se puso en pie y leyó página y media de jerigonzas que no le decían nada. Era algo como gu-gu ga-ga, como balbuceos de bebé, pero, en mitad de la

parrafada, el lago comenzó a helarse.

No se congeló por las orillas, como sucede en invierno. Se heló donde Thomas había soltado los cubitos; un anillo de hielo rugoso e irregular se formó en la superficie, resplandeciendo en la moteada luz de la luna. La sal también emergió. Flotaba y formaba figuras y círculos brillantes dentro del anillo helado, como escarcha en una ventana, solo que esa escarcha tenía tres espirales de trazos intrincados, como huellas digitales o paneles de circuitos.

–Sigue –le animó Gaviel, y Tom lo hizo.

Cuando acabó el cántico, Sabriel estaba allí, en medio del anillo. No como Christina, con sus pechos generosos y sus pecas, no como Angela o Penthesila o alguno de las otras identidades que había asumido. Tenía la apariencia de Sabriel, el ángel de alas de arco iris y cabellos de cascada. Thomas la contempló en silencio.

–La atadura –dijo Gaviel. Thomas seguía embobado–. ¡La atadura! –masculló Gaviel.

–¿Qué? –bramó la aparición del lago. El pálido cuerpo de Thomas se estremeció y se le puso la piel de gallina.

–¡Átala, Thomas! ¡Hazlo ahora! ¡Esta es tu única oportunidad!

–SI OSAS ENCADENARME, SUFRIRÁS HASTA QUE TU ALMA EXHALE SU ÚLTIMO ALIENTO.

–¡Es un farol!

Estuvieron hablando de eso la noche anterior y Gaviel hizo que todo le pareciera muy razonable. Tom asintió con el ceño fruncido y pensó: Sí, ¿y por qué no? ¿Por qué debería ser su juguete para el resto de mi vida? ¿Por qué debería seguir dejando que sea mi jefa, que me tome el pelo, que me trate como si fuera su puto criado?

Anoche, todo tenía sentido. Al verla ahora, la idea de tratar de dominarla... Era como tratar de meter el océano en una celda.

–¡Ánimo, Thomas! ¡Esta es tu última oportunidad! ¡Puedes hacerlo! ¡Confía en mí!

Y Thomas comenzó a leer la página siguiente, que tenía como cabecera la palabra «atadura», escrita con las retorcidas letras de Gaviel.

En el anillo de hielo, la diablesa Sabriel alzó sus alas y rugió.

Buniel nunca había visto a Mukikel realmente cabreada. Se dio cuenta de que así le gustaba más.

–Ese Sanger –masculló–, ¿recuerda algo sobre las defensas del Árbol?

–Recuerda vallas, gente y perros pero no vio una sola pistola.

–¿Eso es bueno o malo? –dijo Mukikel volviéndose a Shadrannat. La Devoradora se encogió de hombros.

–Podría ser bueno o malo. Quizás sea débil y no tenga armas de fuego o sea demasiado primitiva para entender a los blancos y sus palos de trueno. O tal vez sus defensas sobrenaturales son lo bastante poderosas y las pistolas no aportarían nada.

La bomba del coche era tosca pero había sido efectiva. Quienquiera que lo hubiera planeado no había despertado la alarma en los sentidos de los demonios. Por lo tanto, debió de haber sido alguien normal. Eso quería decir que era una organización poderosa pero, en última instancia, los humanos solo eran humanos.

Si Buniel no hubiera oído cómo murmuraban en su sueño los explosivos de la bomba, si hubieran reventado con todo su calor y su luz, habría sido mucho peor. No pudo impedir que se despertaran pero los confundió, los asustó, les robó la mayor parte de su poder. Gracias a él, Mukikel solo estaba chamuscada, no incinerada. Gracias a él, Mitch solo estaba herido, no muerto. Gracias a él, los tanques de gasolina de la estación de servicio no se habían unido al coro de llamas.

–Buniel, me has convencido. Ahora es el momento de atacar.

–¿Ahora? ¿Te refieres a ahora mismo?

–¿Por qué no?

Mukikel estaba gravemente herida. La bomba no explotó con mucha potencia, por lo que no resultó mutilada. No tenía huesos rotos pero su piel estaba quemada y rasgada. Su pelo se había consumido,

su camisa y su falda estaban chamuscadas y el plástico y el nailon de su sujetador y de su calzado se habían derretido, formando regueros de materia fundida sobre su carne abrasada y humeante.

Buniel la había sacado a rastras del vehículo en llamas mientras Shadrannat alejaba a Mitch y a Chuck. Ahora, contemplando aquellos ojos brillantes en una cara ennegrecida, el demonio recordó la caída de Kasdejá, la brutal y enloquecida resistencia que había llevado a cabo la Casa de los Diablos aún cuando se había perdido ya toda esperanza.

–Contraatacaremos inmediatamente –dijo ella–. No saben que está con nosotros Buniel o nunca nos habrían atacado con fuego. Creerán que han acabado conmigo y esperarán, a lo sumo, que Shadrannat actúe por su cuenta.

–Mukikel... Tú misma dijiste que esa no era nuestra misión. Nuestra misión es proteger a los testigos.

–¿Y si Chuck hubiera estado conmigo? ¿Si Mitch hubiera estado tres metros más cerca? No. Claramente, este es un peligro real para nuestros objetivos y debe resolverse sin dilación.

–Ni siquiera sabemos cuáles son nuestros objetivos –dijo Buniel. Tenía la habilidad de pasar desapercibido a los mortales. Había llevado a su jefa herida al otro vehículo pero Mitch se había quedado al descubierto, así que los enfermeros lo metieron en una ambulancia y se lo llevaron volando a la ciudad. Chuck estaba con él.

–Chuck pronto se pondrá en contacto con nosotros –dijo Mukikel–. Me deben algunos favores que pueden serle útiles. ¡X'Dorvu! ¡Escúchame!

Mientras Mukikel hacía sus invocaciones, Buniel se llevó a Shadrannat aparte y le dijo:

–¿Habla en serio?

–Oh, sí.

–Pero, ¿atacar a un Arraigado? ¿Sin ningún plan, ni estrategia, ni ayuda? Es... la locura más...

–A nuestra señora le gustan sus planes, sus estrategias y sus determinaciones –dijo Shadrannat–, hasta que le salen mal. Y entonces... Bueno, ya lo verás. Tiene un don para la improvisación. Yo creo que le asusta. Siempre piensa qué podría haber salido mal,

incluso después de una misión exitosa. Y por eso siempre trata de hacer predicciones y estimaciones para no tener que darle vueltas después. Cuando las cosas se ponen feas, siempre se le ocurre algo.

–Sonrió–. Es muy gracioso, una vez que te acostumbras a ello.

–Chuck me ha invocado –anunció Mukikel–. Están los dos en el Centro Médico Universitario y he ordenado a X'Dorvu que lleve allí a Toctagán.

–Uff –dijo Shadrannat.

–Saben que siempre me cobro muy bien las deudas –dijo Mukikel con sorna. Miró a través de la luna tintada del coche y entornó los ojos–. Ahora, traedme un policía.

* * *

El nombre de la agente era Brenda Eisling y no podía pensar con claridad. Mukikel producía ese efecto sobre mucha gente. Eisling no podía pensar con claridad pero sabía que tenía que ir a... a... Bueno, no conocía el nombre del lugar pero conocía el lugar. Tenía que ir allí y... y... Tenía algo que ver con la camioneta en llamas, el vehículo que estalló en la gasolinera. Ella se fue cuando aparecieron los policías de la zona. No pasaba nada. No era... Ese no era el problema. El problema era el lugar. El lugar al que tenía que ir. Sí.

El lugar donde estaba el árbol.

Mientras la agente Eisling se dirigía al Norte por la autopista, hacia el polvoriento desvío que le llevaría (con el tiempo) hasta Avitu, Blackie y el resto de los miembros del complejo del Árbol, los tres demonios del Ejército de Lucifer conducían a campo traviesa, en dirección al Este. Shadrannat apoyó su mano sobre el salpicadero y la velocidad del vehículo alcanzó límites asombrosos, levantando una nube de polvo a su paso. Si el coche comenzaba a escorarse o tenía visos de volcarse, la diablesa anulaba el hechizo, volvían a controlar el vehículo y ella imprimía de nuevo el impulso mágico. Era algo sencillo para ella. La velocidad media era de unos 200 kilómetros por hora.

Cruzaron el desierto en línea recta hasta que divisaron la cerca del complejo asomándose por el horizonte. Eran las únicas criaturas pensantes en kilómetros a la redonda así que tenían libertad para

mostrar su verdadera apariencia. Mukikel abrió la capota del techo y se asomó, aún chamuscada y ennegrecida pero altiva y magnificente. Desplegando sus alas, se elevó en el aire.

Shadrannat fue la siguiente en salir, pero no lo hizo hasta que llegaron al recodo donde la cerca oriental se torcía hacia el Norte. Aún no estaban lo suficientemente cerca como para sentir al Árbol pero no era problema. No era un plan muy complicado. Mukikel por el Sur, Shadrannat por el Sudeste, Buniel por el Este. Buniel había perdido sus alas en la guerra pero el coche era tan rápido como Mukikel. La diablesa había salido antes pero la Devoradora era extremadamente veloz, por lo que se suponía que llegarían prácticamente a la vez, mientras que él lo haría poco después. Él era su arma secreta. Ese era el plan.

Brenda Eisling detuvo su ranchera frente a la verja y buscó un teléfono o un interfono. No había ninguno. Tocó el claxon. No pasó nada. Lo tocó de nuevo. Nada. Finalmente, encendió el altavoz de su vehículo y se anunció.

Mukikel estaba herida; herida más allá de su habilidad para sanarse por medio de la voluntad. Estaba tan herida que incluso su forma real presentaba heridas. Pero había estado peor y estaba determinada a saldar las cuentas mientras rasgaba el cielo con sus afiladas garras, una sombra negra y roja en un despejado cielo azul.

Las alas de mariposa de Shadrannat parecían frágiles pero la impulsaban con una fuerza y velocidad insospechadas. Fue la primera en encontrar resistencia. Una forma emergió de la tierra y esta vez no pretendía parecer humana. Tampoco tenía forma animal, solo era roca que se movía como si fuera de lodo y que surgía de la arena para atraparla. Era como una mano, un tentáculo y una ola, pero la diablesa se detuvo en seco y la criatura se giró pesadamente para intentar golpearla otra vez. La velocidad de Shadrannat era pasmosa y su control impecable. Como un mosquito que evita sin esfuerzo el matamoscas de un borracho, revoloteaba por aquí y por allá y, cuando el tentáculo sobrepasó su elasticidad y cayó, derramándose sobre la arena del desierto, pasó volando por encima de él sin ni siquiera volver la vista.

El ser se recompuso, adquirió forma esférica y rodó en pos de la

diablersa, pero su velocidad era mínima.

Los perros fueron a por Mukikel, pero ella estaba volando por encima de ellos. Ladraban y saltaban pero no podían hacer nada contra la intrusa.

Un hombre blanco con aspecto nervioso abrió la puerta a la agente Eisling.

–Siento haber tardado tanto –dijo–. No solemos tener muchas... Bueno, da igual. ¿Puedo ayudarla?

–¿Le importa que eche un vistazo?

–Mmmm... ¿Le importa que le pregunte por qué?

Buniel tenía mala puntería. Malgastó varias balas intentando disparar a los dispositivos de la valla electrificada. Pero, finalmente, se vio recompensado con una lluvia de chispas. Vacilante, estiró la mano para tocar los nudos de acero. Resopló, aliviado, cuando los tocó sin sentir dolor. Entonces volvió al coche con la intención de derribar la valla con una embestida.

El siguiente obstáculo de Mukikel no formaba parte del plan de defensa de Avitu. Era un hombre joven. Estaba jugando con los perros cuando, de repente, salieron todos corriendo, y no estaba preparado para la grotesca belleza que apareció detrás de una duna. Se quedó con la boca abierta.

–VE AL ESTE –ORDENÓ MUKIKEL–. CAVA BAJO LA VALLA Y SIGUE CAMINANDO.

Esas palabras, pesadas como martillos, erosionaron el pensamiento consciente de Lance con tanta rapidez como el punzón de lobotomías de su padre. Estupefacto, se dio la vuelta y obedeció.

En el portón de entrada, Teddy oyó la voz de su diosa en su mente. Le dijo que estaban siendo atacados; pero, lo que era más importante, le dijo que su hijo estaba en peligro.

–Entre –dijo al oficial de policía, mientras se daba la vuelta para correr hacia su coche–. Tengo... Eh... ¡Tengo que irme!

Atravesar una alta valla de metal con un coche resultó ser más complicado de lo que Buniel había esperado. Era como tratar de embestir una cama elástica; el vehículo salía rebotado. Si la tracción hubiera sido mejor, tal vez, pero no lo era, y el coche no valía una mierda en la arena del desierto. Escupiendo una maldición, cogió una

cizalla del maletero e invocó a sus compañeras para advertirles de que tardaría un poco.

–No hay problemaaa –dijo Shadrannat, justo antes de ver cómo una mano se abría paso entre la tierra. En el cuerpo de Jennifer, habría tenido que entornar los ojos para distinguirla con nitidez, pero su forma real tenía una visión perfecta y pudo ver al instante que ese no era un monstruo de piedra; era un cuerpo humano preservado en la arena del desierto y animado por una voluntad demoníaca. Los ojos compuestos de la diablesa podían ver cómo se alzaba, cómo el cielo se oscurecía con extrañas nubes de tormenta y cómo la roca rodaba hacia ella a su espalda, todo a la vez.

No se preocupó mucho por los zombis hasta que el primero se puso debajo de ella avanzando torpemente y explotó.

Blackie no había visto a Mukikel cuando apareció para llevarse a Shadrannat en el asalto a Rothschild. Aunque lo hubiera hecho, no la habría reconocido con su naturaleza real revelada. Pero le habían ordenado que atacara así que no tenía más opciones. Su padre le había llamado por radio y le había dicho que, aunque no pudiera oír la voz de la Diosa, esta sería capaz de actuar a través de su sangre sacerdotal; y que Blackie solo tenía que retener al intruso hasta que Teddy llegara allí.

Blackie estaba dubitativo hasta que Teddy le dijo que Lance estaba en peligro.

Al verlo, Mukikel lo tomó por un esclavo y le dio la misma orden que había dirigido a Lance. Pero, al contrario que aquel, Blackie solo oía las palabras y no sentía ningún impulso de obedecerlas.

Espero que esto funcione, pensó. Se mordió el labio y agitó sus manos hacia abajo violentamente.

La aparición que tenía delante fue atrapada por una súbita ráfaga de viento y oprimida contra el suelo del desierto. Blackie apenas podía creerlo. Con indecisión, se acercó lentamente.

Mukikel levantó su cara demacrada, manchada de sangre y arena, y lo contempló.

–¿NO ME OBEDECES? ENTONCES TENDRÉ QUE CONTARTE UNA HISTORIA.

Blackie alzó las manos, preparado para levantarla de nuevo y

volver a estrellarla contra la arena, pero sus palabras fueron más rápidas. Esta vez no eran simples palabras. Esta vez, cada sílaba contenía años de su dolor. En solo medio segundo, le habló de la Caída y de la Guerra de la Furia y de la venganza de los ángeles enloquecidos.

Él soltó un alarido, retrocedió y se tapó los ojos con las manos, así que no vio cómo los perros ganaban la colina y caían sobre ella.

Buniel atravesó la valla pisando a fondo.

Cuando el zombi explotó, no hubo fuego ni cualquier otro efecto ordinario de una deflagración. Era energía celestial. Distaba mucho de ser pura (era diabólica, burda y estaba corrompida) pero era real, era el poder sin desbatar que había sido extendido por todos los rincones del universo.

Shadrannat estaba herida y conmocionada y ya no podía seguir volando. Apenas logró recobrase lo suficiente para manipular su peso y caer como una pluma. Podía ver cómo se acercaban renqueando más cadáveres, mientras pensaba:

La Arraigada los llena de poder hasta que ya no pueden contenerlo. Diez litros de agua en un globo de un litro de capacidad. Bang. No es muy eficaz, pero algo es.

Impulsándose con sus alas, se apartó de ellos en el momento en que la roca animada coronó una duna y comenzó a rodar hacia ella.

La agente Eisling en circunstancias normales no habría permitido que aquel hombre saliera corriendo de ese modo pero en circunstancias normales tampoco habría llegado allí por propia iniciativa. En circunstancias normales, no lo habría hecho tan mal, en circunstancias... Pero, qué diantres, «normal» no era un adjetivo que se pudiera aplicar a ese día y su mente estaba tan enmarañada por las palabras de Mukikel que apenas había registrado la huida de Teddy. Se limitó a seguir conduciendo, tratando de encontrar el árbol mientras intentaba recordar en qué lugar del vehículo estaba guardada la manguera.

En realidad, el plan de Mukikel (si es que tenía uno) no contemplaba que Brenda fuera una parte crucial del ataque. Su esperanza real era que a la Arraigada se le ocurriera la estupidez de matar a la mujer policía, atrayéndose así un montón de problemas

mundanos, o que decidiera intentar disuadirla con elocuencia, lo que la distraería del acoso de los tres demonios. Mukikel no había previsto que en el complejo hubiera tanta gente pero, ya que era mejor que Avitu controlando humanos, eso significaba que había subestimado su propio papel en el ataque.

Sin embargo, no se detuvo a hacer esas reflexiones. Estaba siendo acosada por una jauría de perros. Ladraban mostrando los dientes mientras desgarraban la carne más dulce que habían probado nunca. Se peleaban entre sí por clavar los dientes en los miembros más jugosos pero ninguno de sus gañidos estaba tan rebotante de odio como el de la diablesa cuando rugió como respuesta. Era la misma oscura invocación que había usado para dejar fuera de combate a Blackie y, aunque los perros no podían comprender el abismo espiritual de las maldiciones que les lanzaba, el dolor físico se comunicó con bastante claridad. Aullaron, emitieron gañidos quejumbrosos y salieron corriendo.

Jadeando, batió un ala y se percató de que estaba quebrada como una rama. Dejó escapar un sonido siseante y se puso en pie, tratando de avanzar caminando en lugar de volar.

El sol se estaba ocultando mientras Shadrannat arrojaba un puñado de semillas al suelo; esta vez, eran de calabaza. Las desperdigó haciendo un arco con la mano y las parras apenas tuvieron tiempo de crecer antes de que la bola de fango virara hacia un lado y los zombis comenzaran a arrastrarse y renquear hacia el otro lado. Ella voló hacia atrás, zafándose de la maniobra envolvente.

De pronto lo sintió; sintió el aumento de poder en uno de los cadáveres titubeantes, tan intenso como una puñalada de dolor o un estremecimiento de placer. Y entonces el cuerpo estalló, dejando un cráter y un agujero en su muro vegetal. Una breve lluvia de cáscaras de calabazas verdes cayó sobre la arena.

Con un zumbido dio órdenes a las matas, indicándoles cómo crecer dentro del lodo viviente, cómo doblegarlo. Era un enfrentamiento entre el poder de hacer crecer cosas y el poder de animar el granito. Era una lucha libre y solo tenía un segundo para pensar, para planear; entonces sintió una vez más el incremento de poder en uno de los zombis. Iba a ser un buen truco...

Paso uno: aumentar la inercia del zombi de la bomba de relojería. En lugar de avanzar un par de pasos a lo largo de la barrera antes de volverse a ella, se abalanzó hacia delante precipitadamente y solo consiguió detenerse a tres metros a la izquierda de la diablesa.

Paso dos: ordenar a las matas que empleasen toda su fuerza y que crecieran a la derecha, empujando a la roca en esa dirección.

Paso tres: dar un salto hacia atrás, para salir del radio de la explosión, mientras el zombi explosivo de Avitu destruía al ser de tierra animada.

Los dos últimos zombis (por cierto, ¿qué hacían enterrados ahí?) eran demasiado lentos para atraparla, demasiado lentos incluso para escapar de las matas restantes, que se afanaban en envolver sus tibias y peronés. Sus huesos eran débiles. Avitu podía dejar que se debatieran infructuosamente contra el abrazo de las plantas o podía destruir los matorrales sacrificando a sus peones. Era lo mismo.

Shadrannat sonrió satisfecha. Solo ligeramente magullada, remontó el vuelo y se alejó de allí.

A Buniel no le estaban yendo las cosas igual de bien. Había empezado a sentir la presencia del Árbol cuando Avitu enfocó su poder sobre la tierra que estaba justo delante de él y la animó. El terreno se alzó, formando un muro viviente bajo el eje delantero de su coche. A máxima velocidad, el vehículo voló y se estrelló contra el suelo.

Afortunadamente, Buniel tuvo un segundo para reaccionar antes del impacto y lo empleó para cambiar de forma. Siendo una columna de fuego en lugar de un saco de huesos y sangre, era mucho más resistente a los golpes. Aun y todo, le dolió, y mucho, pero no perdió la conciencia y pudo salir del jeep y comenzar a sanarse mientras cargaba contra el árbol. El monstruo de tierra estaba justo a su espalda.

Pero fue la agente Brenda Eisling quien llegó hasta Avitu en primer lugar. Aminoró su ranchera, aparcó y tiró de la palanca que abría la tapa del depósito de gasolina. Entonces salió del deteriorado vehículo con total tranquilidad y comenzó a extraer el combustible y a traspararlo a una lata de plástico de diez litros.

Avitu no estaba muy segura de qué hacer con Eisling. Por un

lado, aquella mujer representaba una clara amenaza. Por otro lado, todos sus sacerdotes coincidían en que encargarse de ella podía tener graves consecuencias. La mejor opción era, según parecía, que se marchara sin recibir daño alguno y entonces dejaría de ser un problema.

Una brisa sopló entre las ramas de Avitu y, aunque no sintió nada, de pronto Brenda había contraído un tumor cerebral. (Crear un tumor cerebral en lugar de un cáncer de pulmón o de ovarios fue una sugerencia de Grant. Creía que la lesión en el cerebro serviría como excusa para todas las cosas raras que la agente pudiera decir).

Otra pequeña ráfaga de viento le provocó narcolepsia. Sin decir una palabra, se derrumbó sobre la tierra y quedó dormida. Al caer, volcó la lata de gasolina. El combustible comenzó a derramarse, empapando sus ropas y la arena.

Mientras, Teddy detuvo su vehículo y contempló a la criatura que avanzaba hacia él. Se preguntó si debía intentar detener a esa... cosa. Pero, ¡Lance! Lance estaba en peligro. Lance ya la había visto.

–Avitu –susurró–. ¿Qué debo hacer?

Pero su Diosa estaba demasiado ocupada consultando con los otros, demasiado ocupada tratando de comprender el moderno concepto de «fuerzas policiales del Estado» y no podía aconsejarle.

–TÚ –siseó la aparición–. VE... AL ESTE. CAVA BAJO... LA VALLA. LUEGO SIGUE... CAMINANDO.

Como Blackie, Teddy no se vio competido a obedecer. Pero Avitu le había dicho que Lance se estaba dirigiendo a ese punto, así que llegó a la conclusión de que la discreción era la parte más valiosa del valor.

Después de todo, pensó, si Lance y yo morimos, solo quedarán Blackie y Tim con sangre sagrada en las venas. Y Tim es tan débil... No quería siquiera pensar en la posibilidad de que Tim Grady tratara de reproducirse.

Mientras apartaba de su mente tales pensamientos, vio a Blackie acurrucado en el suelo, sollozando. Los perros estaban a su alrededor, lamiendo su cara y gañendo. Teddy, bajó la velocidad, pensando en ayudar a su compañero sacerdote, pero Lance era tan joven y la verja estaba electrificada...

Se dijo a sí mismo que recogería a Blackie a la vuelta.

En cuanto la Devoradora vio el Árbol, comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia.

Ya estamos aquí, pensó pero, de algún modo, las palabras que brotaron de la boca de Shadrannat eran de Jennifer.

–¿Meeeeee recueeeeeeerdas, zoorrarraaaa?

Un aplastante muro de viento la embistió, impulsándola hacia el suelo, pero la diablesa estaba preparada para ello. Decidió seguirle el juego y aprovecharse de la situación; se detendría un segundo antes de estrellarse, se anclaría en el aire y arrojaría su machete...

El arma impactó contra el árbol con increíble fuerza; Shadrannat aumentó su impulso de modo que tuviera la inercia de un motor de seis válvulas en lugar de la de un pedazo de acero de kilo y medio. Se hundió hasta la empuñadura pero, aparentemente, hizo poco destrozo.

Después de todo, no era una persona lo que había ensartado; era un árbol que llevaba de pie más de dos mil años.

Comenzaron a caer rayos y Shadrannat podía oler el ozono antes de esquivarlos, apenas con tiempo. Entonces el zumbido de su voz se oyó de nuevo, conjurando a las semillas; en este caso, a las seis pepitas de calabaza adheridas al mango de su machete furiosamente arrojado.

Germinaron, serpenteando a ciegas en busca de tierra. Dieron con ella bastante rápido; el arma estaba clavada cerca de la base del pino y ahora sus seis sirvientes vegetales estaban horadando la tierra, buscando las raíces de Avitu, empujándolas hacia arriba con intención de desarraigarlo.

Al carecer de boca, Avitu no podía gritar, pero un ensordecedor trueno estalló en los aires mientras ordenaba que un rayo cayera cerca de su base, una terrible llama bífida que redujera las matas a cenizas y que fundiera el machete. La escoria de metal ardiente lamía la corteza del árbol, mientras el arma se iba licuando. Avitu se había incendiado a sí misma, había dejado expuesto el corazón de su duramen, había aniquilado un tercio de sus raíces pero había conseguido salvar el resto...

Eso la había distraído lo suficiente para permitir que Shadrannat se acercase. Un golpe de leñador hundió su segundo machete diez

centímetros en aquel pino robusto y antiguo y sus últimas semillas cayeron al suelo al tiempo que cogía aire para enardecerlas...

Pero las semillas, el arma y la propia diablesa fueron repelidas por orden de Avitu; el viento que había invocado arrancó las espinas de sus ramas y las escupió con fuerza suficiente para apartar incluso a la poderosa Shadrannat y, por supuesto, a sus semillas, que se diseminaron y perdieron por los alrededores. La guerrera mariposa fue oprimida contra el suelo, sobre sus alas, formando un blanco fácil para el siguiente rayo.

Entonces Mukikel apareció a la vista tambaleándose.

–ODIOSO Y ENLOQUECIDO ASHARU –gritó–, ¡TE CONDENO EN NOMBRE DE LUCIFER!

Sus palabras, como armas, contenían el veneno del Infierno y eran aberrantes; royeron el árbol como gusanos en la madera, corrompiendo y corroyendo no solo la materia sino la energía que hacía que fuera un todo, atacando la vida (o pseudo-vida) de Avitu ligada al pino. Los vientos aullaron, cayó un rayo y la capitana Mukikel se desplomó inmóvil sobre la arena del desierto.

La Devoradora gritó el nombre de su superior y echó a correr; el viento era ahora demasiado fuerte y le impedía volar. Corría hacia su amiga, sin prestar atención a la siguiente descarga eléctrica...

Una tercera voz se unió al combate; esta hablaba el lenguaje de la combustión.

Mientras echaba un vistazo por encima del hombro hacia su perseguidor de piedra, Buniel habló y la gasolina se incendió. Brenda no tuvo tiempo de gritar, ni aire con el que chillar mientras ardía en llamas; todo el oxígeno fue consumido por el voraz fuego que trataba de alcanzar las ramas del árbol, lamer las gotas de lluvia de su superficie y llegar a la madera seca y propia de un desierto de su interior. El demonio habló y los rescoldos del humeante cuerpo de Avitu que circundaban el metal derretido se despertaron de nuevo y comenzaron a arder.

El siervo de piedra del Árbol cayó sobre Buniel y se lo tragó, pero de pronto se deshizo en polvo.

El olor a ozono que advertía de la inminente llegada de un nuevo rayo envolvió a Shadrannat y Mukikel pero se desvaneció

súbitamente.

La ranchera ardía. La agente Brenda Eisling ardía. El Árbol ardía. Pero el demonio Avitu ya no podía sentir la tierra entre sus raíces ni el viento entre sus ramas.

Buniel se acercó vacilante hacia sus compañeras de armas, mientras su forma de fuego se apagaba como una cerilla bajo la lluvia. Pasó la lengua por los magullados e hinchados labios del cuerpo de Bailey Sanger y se detuvo.

–Oh, oh –dijo y su tono hizo que Shadrannat, ahora aparentemente solo Jennifer Arliss, levantara la vista y la apartara de su señora y amiga. Hizo que ignorara también el pitido de los truenos en su oído–. Charles me está invocando. Han cogido a Mitch.

* * *

A un millar de kilómetros de distancia, en Calgary, el Lucero del Alba bebía un whisky doble de malta mientras espiaba a tres guerreros del «Ejército de Lucifer».

Estaba perfectamente concentrado en cuatro cosas a la vez. Él podía hacerlo.

Una parte de él estaba observando la refriega en el desierto, analizando con frialdad las tácticas empleadas por uno y otro bando. Pensaba que Shadrannat había demostrado bastante ardor guerrero; los otros tres algo menos. Avitu, en particular, debería haber contraatacado con mayor presteza, en su opinión; o debería haber lanzado un ataque preventivo. Si él hubiera sabido que era tan débil... pero siempre había algo más acuciante, más urgente, más peligroso. Ahora, por supuesto, ya no tenía sentido involucrarse personalmente. Era mejor esperar, observar y ver cómo se sucedían los acontecimientos.

Ese era el segundo tema de su mente: el futuro de Avitu, especialmente en lo tocante a Usiel el Segador. Esa relación tenía bastante miga, gracias a los tejemanejes de Gaviel y Sabriel, que lo enredaban todo como arañas revoltosas. Sería interesante.

El tercer asunto le preocupaba mucho porque no sabía con seguridad qué hacía en su mente.

Era un recuerdo y Lucifer no era una criatura que tendiera a la nostalgia de forma natural.

Pero, aun y todo, seguía pensando en Juan. Juan fue un teólogo, monje y sacerdote que vivió siglos atrás. Antes de que Lucifer renunciara a ser adorado. En la época en la que el Adversario aún estaba interesado en encontrar mentes agudas con espíritus fuertes, las mejores para subyugar a su servicio.

Juan no era Juan el Bautista ni San Juan Evangelista ni ninguno de los papas que llevaron su nombre. Vivía en un opulento monasterio y era rechoncho y delicado y llevaba algunas joyas. Parecía anodino pero su mente igualaba a la de Duns Escoto o incluso a la de Tomás de Aquino. Si Lucifer no se hubiera cruzado en su camino, este Juan podría haber alterado el curso del pensamiento cristiano.

Lucifer se reveló y tentó a Juan, el cual lo rechazó. Todo fue muy interesante. Más que en señor y esclavo, se convirtieron en... bueno, no en amigos, pero sí en compañeros precavidos. Lucifer le contó cosas sobre el hombre del desierto.

–Es casi todo como lo cuenta la Biblia –le dijo a Juan el Lucero del Alba–. Un rabí ayunando en el desierto. Le ofrecí comida y la rechazó. Le ofrecí protección y la rechazó. Le ofrecí poder y lo rechazó. Un buen hombre, supongo. Sabio, piadoso y de intachable integridad. Pero, ¿Dios? ¿Cómo podría haber sido Dios? Yo conozco a Dios. O, al menos, lo conocía. Y no lo sentí en la presencia de vuestro Mesías.

–¿Solo era un hombre?

–Sí.

–Si también era Dios, ¿podría habértelo ocultado?

–¿Y por qué lo haría? –preguntó Lucifer, aunque ya se le habían ocurrido instantáneamente una legión de motivos.

Juan se encogió de hombros y entonces dijo:

–Cuando me hablaste de tu guerra, me dijiste que el Señor asoló el mundo.

–Sí.

–¿Parece el tipo de actuación que haría Él?

–No.

Juan asintió y luego preguntó:

–¿Qué puede sacrificar un ser infinito?

–Un ser infinito puede hacer sacrificios eternamente.

–O puede sacrificar su condición de ser infinito.

Lucifer meditó sobre ello. Sintió un escalofrío.

–No... –susurró.

–¿Y si esa convulsión en el mundo, que enloqueció a los cielos, según decías, y las arrojó al caos, según decías, y que trajo la muerte al mundo... Y si era Dios haciéndose mortal? –Lucifer no dijo nada–.

¿Y si Dios amó tanto el mundo que decidió dejar de ser Dios para salvarlo?

–Amigo, has perdido el juicio.

–Si tuviera que decidir entre virtud infinita y poder infinito, ¿podría un ser de bondad sin límites elegir lo que le pluguiera, incluso...?

Juan nunca acabó su pensamiento porque el Diablo lo mató.

Después, Lucifer mató a todas las personas con las que había hablado Juan el último año de su vida.

Después, incendió el monasterio hasta sus cimientos y propagó una terrible plaga por la región, para que los hombres y mujeres de la zona tuvieran algo en que pensar aparte de en filosofía.

Pero, aun y todo, el pensamiento de Juan vivía dentro de él. ¿Y si...?

–¿Y si Dios está muerto? –susurró Lucifer para sí–. ¿Y si solo la intervención de los hombres pudiera hacer que viviera de nuevo?

Tal reflexión hizo que se estremeciera.

El cuarto pensamiento que ocupaba su mente era el destino de sus supuestos seguidores, los llamados luciferinos. Las palabras de Usiel habían conseguido intranquilizar al Adversario. ¿Podía él condenarlos? Dios había arrojado al Segador al Infierno por pensar de ese mismo modo. Pero, ¿debía ser su señor? ¿Podría llegar a perdonarse si lo hiciera?

¿Especialmente si Dios se había sacrificado a sí mismo?

Lucifer frunció el ceño, bebió un trago y siguió observando. Ser el enemigo de Dios era problemático, pero no era tan aterrador como no tener un Dios al que temer.

Juzgaré a los luciferinos a partir de la actuación de estos

luciferinos en concreto, pensó mientras contemplaba a Mukikel, Shadrannat y Buniel. Y juzgaré a los caídos...

Una sonrisa cruzó sus facciones, que hoy eran de mediana edad, hermosas y un tanto femeninas.

Si Charles Rodríguez hubiera visto esa sonrisa, habría ponderado su piedad, su tristeza y su bondad.

Si Mitch Berger hubiera estado allí para verla, la habría descrito como plúmbea, fría y exenta de piedad.

¿Quién mejor que un siervo de Dios, leal a Él a pesar de su castigo? Juzgaré a todos los caídos a partir de Usiel.

Cinco días después de que Avitu ardiera, Gabe McKenzie seguía viendo una cinta de vídeo. Se la había llevado a casa, aunque no descubriera nada nuevo allí y supiera que su Samsung VHS de cinco años de antigüedad no iba a revelar nada que pudiera ocultarse al Laboratorio de Análisis de Imágenes del FBI. No sacaría nada en claro y él lo sabía pero seguía viendo la cinta.

Al igual que la señora McKenzie.

Era la cinta de una cámara de vigilancia de la prisión donde Tim Grady estaba retenido mientras varias agencias y oficinas trataban de ponerse de acuerdo sobre cuál de los juicios debía celebrarse en primer lugar.

La celda de Grady era minúscula. La cámara ofrecía una imagen distorsionada porque sus lentes curvadas le permitían cubrir cada palmo de la habitación con la excepción quizás de los quince centímetros cuadrados correspondientes al espacio de la pared que ocupaba la cámara.

No era una cinta entretenida. Grady estaba sentado. Los segundos se sucedían en el reloj digital gris que había en la esquina de la imagen. 17:25:02. 17:25:03. 17:25:04.

–Ahora viene –dijo Gabe en cuanto llegaron a las 17:25:05.
Grady ni siquiera había parpadeado.

La pantalla quedó en blanco durante unos segundos y, de pronto, el Picahielos había desaparecido.

17:25:12.

–¿Cortó alguien la corriente del edificio? –preguntó la Sra. McKenzie. El bebé comenzó a respirar ruidosamente y a efectuar pequeños conatos de llanto.

–No. Y nadie entró en la celda; las cámaras del pasillo funcionan bien y lo confirman, al igual que las de la sala de guardia. Además, todas están provistas de baterías.

–¿Alguien podría haber...? –Dejó la frase sin acabar porque el bebé estaba comenzando a llorar en serio. Bajó la vista, se levantó la camisa y le dio de mamar a su hijo.

–La pared de atrás es maciza. La cámara lo capta todo. Ninguna persona puede entrar en ese lugar si no es por el pasillo o a través de las celdas adyacentes, cuyas paredes tienen veinte centímetros de espesor. Pero las paredes estaban intactas. Nadie cruzó el pasillo. La alarma sonó dos minutos después de... de eso. No pudo ir muy lejos. No entiendo nada.

–Se ha esfumado en el aire –murmuró su mujer.

Estuvieron en silencio un momento. Gabe rebobinó la cinta y la vio de nuevo.

–Tal vez aparezca May, aunque él se haya ido –dijo su esposa. Gabe no dijo nada.

–Crees que está muerta, ¿no es así? –preguntó delicadamente la Sra. McKenzie–. Solo esperas encontrar sus restos.

Gabe se encogió de hombros.

–Después de ver esto..., todo es posible.

El teléfono sonó. Gabe estaba cansado pero se levantó. Su mujer oyó su parte de la conversación.

–McKenzie. Sí. ¿Ah, sí? –Ella podía percibir interés y sorpresa en su voz–. ¿Cuándo? ¿Cómo, los dos? ¿Aún están ahí? –Una pausa–. ¡Maldita sea!

Estuvo en silencio, escuchando, durante largo tiempo. Dirigió una mirada a su mujer y a su hijo y ella sintió una amarga sensación.

La expresión de su marido no era feliz.

–Déjame que lo hable con... Sí... Vale, un segundo. –Tapó el auricular con las manos y se humedeció los labios.

–Vete –dijo ella. Su marido parpadeó sorprendido–. No eres el único de esta casa capaz de adivinar cosas. ¿Dónde están? Da igual. Cuando vuelgas, me lo cuentas. Si crees que te ayudarán a encontrarla, vete.

–Sí –dijo al auricular–. Puedo ir a Las Vegas. ¿Mañana? –Miró de reojo a su mujer–. Sí, muy bien. Sí. Tú también. A ver si cerramos el caso de una vez. –Colgó el teléfono–. Mitch Berger se registró en un hospital la semana pasada. Apparently, estaba cerca de una gasolinera cuando esta estalló.

–¿Mitch? Ese era...

–El guarda que estaba de servicio la noche que Grady escapó. El tipo que desapareció. Y, ¿a que no imaginas quién iba con Berger en la ambulancia?

–Yo diría que Noah Wallace.

–Bzzzt. El otro guarda de Grady desaparecido, Charles Rodríguez.

–¿Así que te vas a Las Vegas?

–Eso parece.

El bebé parecía calmado. Su garganta trabajaba tenazmente y sus ojos estaban cerrados.

–Lo siento mucho –dijo Gabe.

Ella suspiró.

–Gabe –dijo–, te amo por ser el tipo de hombre que se iría tan lejos solo para encontrar a May Carter.

Asintió y le dirigió una pequeña sonrisa. Era triste, no feliz.

–Te amo por ser el tipo de esposa que aguanta que me vaya tan lejos.

–Hala, haz las maletas.

* * *

El viaje de Grant Dagley a Las Vegas estuvo cargado de dificultades mucho mayores.

Avitu lo invocó tan pronto como fue atacada y enmudeció cuando el árbol ardió. Se permitió abrigar alguna esperanza. Así que, después de acabar el bourbon que guardaba en la guantera, decidió invocarla. Después de todo, si no contestaba... bueno, sería libre de una vez para siempre, ¿verdad? ¡Libre para siempre! Libre de matar a ese gilipollas de mierda de O'Hanlon, libre de encerrar a Tim Grady sin temor a represalias o, si se diera el caso, libre de matar a ese puto chalado «en defensa propia». Joder, le darían una maldita medalla si se cargara al Picahielos. Sus problemas con el Fiscal del estado desaparecerían, se desvanecerían...

La euforia era tan intensa y jubilosa como esperanzada fue su invocación:

–¿Avitu?

–GRANT DAGLEY.

Todo se fue a hacer puñetas.

Él también.

Avitu quería que abandonara Illinois. ¡Abandonar Illinois! Así, de repente... ¡Que se marchara! Después de haberse pegado treinta malditos años labrándose un porvenir, ahora que era el rey de la montaña, ¡venía ella y le pedía que lo abandonase todo, que levara anclas y que moviera el culo hasta Las Vegas!

Él opuso resistencia.

Ella le explicó que su complejo en Nevada precisaba de su ayuda, precisaba de sus conocimientos de seguridad y de leyes.

Dagley contraatacó con el argumento de San Luis del Este. La cosa iba muy bien, pronto podría cosechar los frutos, le dijo.

Las cosas habían cambiado. Ya no tenía sentido expandirse cuando ni siquiera podía mantener lo que tenía. Una vez que Las Vegas estuviera bajo control, quizás podría volver a Illinois, pero ella lo necesitaba lo antes posible.

Dagley propuso algunas soluciones alternativas. Ella devoró parte de su alma. Él compró un billete de avión tan pronto como tuvo aire para hablar por teléfono.

Las cosas se pusieron aún más feas.

–No te preocupes, Grant –dijo Gaviel el Diablo, aparcando su maldito descapotable enfrente de la casa de Dagley–. Tengo una

amiga que va a hacerte todo esto de la huida mucho más fácil.
¿Sabriel? Vamos dentro y pongamos una cara nueva al sheriff, ¿lo harías?

La mujer del asiento de atrás dirigió una mirada fulminante contra los dos hombres que había en el coche mientras salía de él.

–¡Cómo me tocáis las narices con mi propio poder! –dijo mientras cruzaba el umbral de la casa de Dagley.

(Después de la muerte de su esposa, Grant no había dejado que nadie entrara en su casa, a excepción de un par de tipos que habían venido a comprobar los contadores y un exterminador de insectos. No era una casa lúgubre. No era la cámara de los horrores de Ed Gein; solo un desordenado piso de soltero. Pero no le gustaba que entrase gente allí. Sin embargo, ahora estaban ese maldito mierda de Gaviel, una piba con mala leche y un ratero mustio con expresión nerviosa y ojos de yonqui).

–Podríamos tener una fascinante conversación sobre el poder y la posesión –dijo Gaviel, curvando el labio–. Dices que es tu poder.

–Se giró al hombre de pelo largo y le dijo–. Thomas, haz que cambie la cara de Dagley. Debe ser repulsivo.

Grant retrocedió, poniendo el sofá entre él y la mujer, pero Gaviel apuntó que proporcionarle una nueva identidad era deseo de Avitu y que odiaría tener que informarle sobre su actitud...

Dagley gritó. Había permitido que ella lo tocara, pero aun así gritó cuando sintió el cambio.

–Oh, cierra el pico –dijo ella molesta. El sheriff sintió cómo su voz se volvía cada vez más ronca hasta enmudecer.

–Entonces, este podría ser el poder de Thomas –dijo Gaviel con voz pedante–, ya que tiene mando sobre su uso. Pero Thomas no puede resistirse a mis hechizos. Así son las cosas, Sabriel; tú podrías ordenarle que te liberara. Si supieras cómo. Y si Thomas no te hubiera prohibido ejercer cualquier influencia sobre él.

–Según tu consejo, claro.

–Según mi consejo, sí. Entonces, ¿es este poder mío? Parece que, en verdad, así es. Pero yo solo soy un instrumento en manos de la Guardiania, en manos del Árbol.

Grant, un grotesco Hombre Elefante, se tocó la cara y rompió a

llorar. El sonido se asemejaba al maullido de un gato.

–Quizás sea demasiado –dijo Gaviel, de pronto con hastío en la voz–. O sea, no queremos venderlo a un circo ambulante. Feo, pero no tanto. –Le brillaron los ojos–. Por ejemplo, ¿por qué no le haces negro?

* * *

Hasmed el Azote estaba jugando a las tragaperras. Deambulaba de casino en casino, pasando el tiempo y esperando a su viejo amigo. Jugó a la ruleta un momento y, en cuanto descubrió el funcionamiento de la máquina, se aburrió. Tina estaba conociendo a su nuevo tutor. Roscoe estaba en el gimnasio, poniéndose al día con algunos colegas que lo habían conocido como boxeador no como un patético y tembloroso deshecho.

Encontró un lugar donde solo había máquinas tragaperras; el letrero de la entrada decía: «¡Donde el que tiene calderilla es el Rey!». Era deprimente. Le apetecía sentirse deprimido.

Se había fundido treinta dólares y estaba jugando con las últimas monedas del bolsillo cuando advirtió que alguien lo estaba observando.

–Saca una foto, caraculo –gruñó–. Durará más.

El hombre se dio la vuelta y se marchó. Hasmed siguió jugando intranquilo mientras esperaba a Gaviel.

El sujeto que lo vigilaba no volvió pero le dijo a su amigo Sal que había visto a otro demonio. Cuando Barney se lo describió, Sal fue a buscarlo en persona.

* * *

–¿Hubieras tenido esclavos?

–¿Qué?

–Si hubieras vivido en el Sur profundo –dijo Sabriel–. Si hubieras tenido dinero, si hubieras tenido una plantación, ¿habrías tenido esclavos? ¿Los habrías explotado? ¿Habrías violado a las esclavas para conseguir más esclavos?

–¡No! –Thomas se revolvió en su asiento, apartando la vista de ella.

Estaban en el aeropuerto y todo se había complicado; pero la situación ni era peligrosa ni interesante. Era aburrida. Como hacer la declaración de la renta.

Gaviel había supuesto que sería más simple y más digno para ellos alquilar un *jet* privado en lugar de pasar por innumerables puestos de control de seguridad antes de poder embarcar y también decidió que Dagley debía ser el que pagara. Eso significaba que Sabriel tenía que deshacer la labor que había obrado en él (Dagley había insistido en ese punto y así fue mucho más fácil retirar los fondos de sus numerosas cuentas bancarias) y también suponía que el *sheriff* tenía que cancelar el billete de avión que ya había reservado. Ahora Grant y Gaviel estaban tratando de dilucidar si podían llevar el deportivo de Gaviel en el compartimiento de carga.

Sabriel y Thomas esperaban, sentados en el estrecho asiento de atrás del coche del demonio.

–¿Por qué no?

–Mira, no sé a dónde quieres ir a parar con todo esto, pero no es lo mismo.

–¿Porque no soy humana? ¿Crees que Scarlett O'Hara consideraba humanos a sus esclavos?

–No es lo mismo porque, si no lo hiciera, me matarías.

Ella soltó un bufido.

–Ya. Buen pretexto. Y estás en lo cierto; si me soltaras ahora, serías un puto yonqui muerto. Pero podrías haberte limitado a ordenarme que no te hiciera daño. Podrías haber negociado todas las particularidades que hubieras querido, todo ese rollo del «no me hagas daño». Pero, ¿servirte hasta que mueras? ¿Necesitabas tanto control sobre mí para sentirte a salvo? Lo siento, Thomas. Creo que fue Foghat el que dijo una vez: «no me lo trago, jefe».

–Oye, Gaviel dijo...

–Ah, Gaviel te dijo que me esclavizaras. Si te dijera que saltases de un puente... Bueno, también sé que responderías a eso. Ni siquiera recuerdas cómo te dominó en casa de Dagley, ¿verdad?

–No lo hizo...

–Claro, cree lo que quieras.

–¡Deja de interrumpirme!

Sabriel se giró hacia él, abrió la boca y la cerró. Después enrojeció de ira. Thomas podía oír cómo rechinaban sus dientes.

–Como desees –susurró la diablesa.

–Mira la cosa es así. Es como coger a un tigre por la cola, ¿me sigues? No puedes tenerlo sujeto pero tampoco puedes soltarlo. Por eso he hecho esto. ¿Crees que tenía otra opción, joder, después de que tú me torturaras y me desfiguraras y amenazaras con matarme devorando mi alma? ¡Vamos, hombre! O sea, ¿por qué debería sentirme mal al tener bajo control a una amenaza constante?

–Violar a una asesina es tan despreciable como violar a una monja –replicó–. Ahí es a donde quieres llegar, ¿verdad?

–¿Qué?

–Vamos. Los dos sabemos que sí. –Se giró a Thomas, con el semblante triste pero con una postura provocativa–. Puedo ser lo que desees. Tú ya lo sabes. Estoy bajo tu dominio. Yo también lo sé. –Hoy era de una belleza exótica, morena, voluptuosa, con manos suaves y anchas y una gargantilla. Sus ojos, almendrados y oscuros, húmedos y afligidos, lo miraban fijamente. Se soltó los primeros botones de su camisa–. Vas a pedirme que asuma cualquier forma monstruosa que se te ocurra como castigo y yo me arrastraré y me humillaré y entonces los dos sabremos quién es el jefe.

–¡Déjalo! –gritó–. ¡Estáte callada! No te muevas. ¡No hagas nada!

Ella obedeció. Thomas apartó la vista, se reclinó sobre el asiento y dejó escapar un dilatado suspiro, exasperado y agitado como estaba.

–Jesús, no voy a hacerlo. Joder, solo porque todos los tíos que hayas conocido... O sea... ¡Deja de mirarme! –Ella desvió la mirada–. Deja de ser tan guapa. Fea no, solo... solo alguien corriente. –Sabriel asintió y accedió–. Es más, sé un tío. ¿Puedes ser un tío? Sé un tío normal. –Se transformó–. Muy bien. –Permanecieron en silencio un tiempo–. Puedes volver a hablar, si quieres.

–¿Qué quiere mi señor que diga?

–¡Oh, Jesucristo!

–¡Oh, Jesucristo! –repitió.

–Quédate callada otra vez. No hables a menos que tengas algo interesante que decir.

Estuvieron en silencio hasta que vino a buscarlos Gaviel. Tampoco hablaron durante todo el vuelo.

* * *

–¡Pamela, eh! ¿Cómo te va?

Pam Creed dio un respingo y sus manos se estremecieron delante de ella. Entonces vio una cara familiar y se relajó.

–Ah, hola... Eh...

–Sal.

–Sal...

–Bueno, la última vez que hablamos te dije que me llamaba Pete –dijo, esbozando una sonrisa torcida. La había seguido hasta el casino y se había acercado a la barra–. Me preguntaba si me podrías decir el nombre de tu jefe.

–Un segundo, me dijiste que te llamabas...

–Sí, te mentí. Oye, tú bebes martini, ¿verdad? Dewey, ¿podrías...? Gracias. Y dos Miller's para mí y para Barney –dijo señalando a sus espaldas. El camarero se alejó y Pam se giró para ver al otro hombre. Sus ojos se abrieron como platos.

–¡Tú!

–No vamos a hacerte daño –dijo Barney con las manos por delante, tratando de imprimir calma a su voz.

–Habla por ti –dijo Sal educadamente. Luego se echó a reír–. Era broma, Pam, tranquí. No seas tan sosa. ¿Dónde se mete Gwyn últimamente?

–¿No lo oíste?

–Pues no.

–Se... fue.

–¿Se fue? ¿Cómo que se fue? ¿Se mudó? ¿O se fue al otro barrio?

–Se fue –susurró.

Sal se encogió de hombros.

–Ya, bueno, nunca me cayó bien. Y, en realidad, ella no era tu jefa, ¿verdad?

–No sé lo que...

–El demonio –dijo Barney, inclinándose sobre ella, con ojos desquiciados y agresivos–. Te acostaste con ella, ¿verdad? Te lo hiciste con ella y sentiste la intoxicación de sus secreciones vaginales.

–¡Barney, por favor! Corta ya con lo de las secreciones, ¿vale?

–Sonrió a Pam–. Solo un nombre. Eso es todo, ¿de acuerdo? Di su nombre y ya no me verás el pelo.

–Oye, no... Yo... no debería...

–Es una ironía, ¿verdad? –dijo Sal amigablemente, rodeándola con su brazo y apartándola de la barra y los taburetes. Ella se resistió pero, de todos modos, se fue con él porque la alternativa era montar una escena, ponerse a gritar y echar a correr. Parecería una loca. Todos los del trabajo la consideraban ya una chiflada. Si no le hubiera molestado esa impresión, lo habría hecho...

–Podrías llamarla –dijo, inclinado la cabeza sobre ella, sin dejar de sonreír–. Podrías pedirle que te ayudara, ¿eh? Pero, si lo haces, descubriré su nombre. Y eso es lo único que quiero. Así que adelante. Quieres ayuda, ¿verdad? Di su nombre y me largo de aquí. Me esfumo. O... –Se encogió de hombros–. No sé. Supongo que la otra opción es ir haciendo cosas hasta que pidas ayuda, ¿me sigues?

–No te conviene saberlo –susurró Pam–. Puedes pensar que sí... Pero en realidad no te conviene. No lo entiendes. Gwyn era solo... solo la... la punta del iceberg.

–Lo sé, cariño, lo sé. Pero tengo que hablar con ella. De verdad. Este amigo mío está un poco caliente.

Era de locos. Estaban en público, pero ella tenía una abrumadora sensación de desamparo. No podía hacerles nada hasta que ellos no hicieran algo. Y, una vez que lo hicieran, ya sería tarde para ella. Estaba atrapada.

Miró a uno y otro. Uno estaba enfurecido, rabioso. El otro era frío como el hielo, alegre, despiadado.

–Avitu –dijo súbitamente–. Ayúdame, protégeme, por favor. Hay dos hombres que...

Y con la misma rapidez con la que llegaron, Sal y Barney

desaparecieron.

* * *

–Langdon está muerto –musitó la voz en la mente de Hasmed–. Y también esa putita de Irene.

–Entiendo –susurró el demonio a su teléfono apagado–. Dime algo importante.

–La Salvadora está frita.

–¿Con «frita» quieres decir de mala leche o qué?

–Frita. En el Infierno, jefe. Te lo garantizo –dijo Lee Boyer Jr. Hasmed dejó escapar un suspiro de alivio–. Sí. ¿Y quieres oír algo divertido? La tía que queda, ¿Dez?, resulta que ahora va de Rambo. Creo que no llegó a ver al verdadero Rabbadün. No sabía a qué se estaba enfrentando. Ahora la tía está comprando un montón de cacharros y armas al estilo de Expendiente-X, para cazar demonios. Está como una puta regadera pero está preparada.

–Solo queda uno –dijo Hasmed, humedeciéndose los labios.

–Sí. La Piedra del nosequé.

–De la Desesperación.

–¿En Guam? ¿Y qué cojones está haciendo en Guam?

–Apuesto a que ya lo averiguarás.

–Sí, lo averiguaré –convino Lee–. ¿Sabes qué? Estas movidas pueden ser bastante divertidas.

–¿Te hace falta más dinero?

–Pregúntamelo otra vez cuando llegemos a Guam.

Hasmed cortó la comunicación y mentalmente se resignó a perder a su vasallo. Sus sentimientos al respecto eran confusos. Por una parte, Boyer le había estado nutriendo todo ese tiempo y el tío estaba lo bastante loco como para creer sin condiciones. Pero Hasmed tenía una sensación inquietante. Beber del alma de Boyer era como estar a mitad de un gran trago de leche antes de percibir el sabor rancio y darse cuenta de que está pasada.

Soltó un gruñido, intranquilo, y volvió a la mesa. Hoy, *blackjack*. Estaba perdiendo.

Dondequiera que se sentara el tipo de la horrible cicatriz, las

gafas de sol y la gorra de los Cubs, los jugadores comenzaban a recoger las cosas e irse. Algunos decidían hacerlo conscientemente; en una ciudad tan llena de luz y de cosas bonitas, la gente no quería ni mirarlo. Para otros jugadores, era algo inconsciente. Tal vez sentían una pesadez propia de una indigestión o cansancio o un frío inexplicable. Y no era algo súbito ni dramático. Todo era perfectamente casual. El hecho es que la zona de su alrededor tendía a vaciarse de gente hasta que los únicos que quedaban eran él y el crupier y tal vez alguna camarera que pasaba por allí.

En el piso de abajo y a cien metros de distancia, pasaba lo contrario. Un hombre cruzó el umbral de la puerta y la multitud se congregó a su alrededor. Y, una vez más, algunos decidieron conscientemente seguir a aquel atractivo desconocido un tiempo. Y otros sintieron sin más una inexplicable calidez; no como el bochorno polvoriento de un desierto sino una calidez interior, como un brillo de satisfacción, aunque no tuvieran nada de lo que estar satisfechos. De algún modo, solo su proximidad hacía que la gente se sintiera más sabia, más fuerte y más atractiva. Los hombres querían estar a su lado. Las mujeres querían estar debajo de él.

Cuando subió la escalinata y se aproximó al solitario jugador de *blackjack*, la gente lo rodeó, como un torero en una capea.

Los dos se habían percibido antes; lo habían hecho a medio kilómetro de distancia.

Hasmed acabó la mano y se giró para mirar a Gaviel.

Gaviel estaba de pie, inmóvil, relajado y con el semblante inexpresivo.

Hasmed quería hablarle. Es más, quería emplear el Lenguaje Verdadero, como el viento habla a los árboles para mecerlos, como la luz habla al agua y la transforma en nubes errantes. Quería dar explicaciones y pedir disculpas y explicar por qué se disculpaba.

–Viejo amigo –dijo en lugar de eso.

Gaviel lo abrazó.

–Amigo mío –susurró. Los admiradores de Gaviel dejaron escapar suspiros y murmullos. No sabían qué había pasado pero intuían que era algo importante.

Hasmed estaba llorando.

* * *

–No te ofendas, pero olvídalo –dijo Sal, levantando la ceja mientras pensaba: Joder, ¿qué coño pasa con los demonios? No puedes hablar con ellos sin que piensen que quieres ser su jodido adorador...

–Si no quieres hacer un pacto, ¿por qué me has invocado?

–¿Por qué no dejamos ese rollo de amo y esclavo? Yo solo te he dicho que soy un nombre de negocios. He pensado que tú y yo podríamos hacer un trato.

–¿Qué clase de negocios?

–Digamos que comercio con... bienes y servicios difíciles de obtener.

–¿Qué servicios me ofreces?

–Bueno, por ejemplo podría sacarte del Infierno.

–Ya estoy fuera de él.

Sal se mordió el labio y estuvo a punto de iniciar el Ritual de Rebluhé pero entonces pensó que la vida era corta y que tenía que seguir en la brecha mientras la pelota estuviera en el campo de juego.

–Muy bien, me alegro por ti. ¿Qué es lo que quieres?

–Me interesa la seguridad.

–¿Seguridad? ¡Joder, yo soy tu hombre! ¿Qué necesitas? ¿Perros? ¿Pistolas? ¿Sensores de movimiento?

–¿QUÉ PUEDES HACER CONTRA DEMONIOS? ¿CONTRA UN RABISU, QUE PUEDE RASGAR LA CARNE CON UNA PALABRA, O UN NAMARU, QUE PUEDE HACER LO MISMO CON LAS MENTES? ¿QUÉ SEGURIDAD PUEDES OFRECER CONTRA AQUELLOS QUE ESCULPEN LA TIERRA SIN MÁS HERRAMIENTA QUE SU MENTE Y QUE DOMINAN LA TORMENTA Y EL TRUENO?

Sal reflexionó cuidadosamente.

–Solo hay una cosa que pueda valer contra ellos –dijo–.

Información.

Hubo una larga pausa.

–Comienzas a interesarme.

–Conjurarlos, atarlos, todo ese rollo... Eso podría joderles los

planes a esos Rabisu y Namaru, ¿verdad? Tengo algunos contactos, gente que se muere por conseguir nombres con los que jugar. No puedo prometerte que esa chusma vaya a dominar por completo a tus enemigos pero seguro que no te vendrá mal, ¿eh?

–¿Y qué quieres a cambio?

–Bueno, me estoy iniciando en toda esta mierda de los rituales demoníacos y tal, pero lo que me gustaría tener es algo así como una segunda opinión. Alguien que me chivara las preguntas de mis deberes, ¿me sigues?

–Me pides un gran favor.

–Venga, hombre. Vosotros podéis cambiar la apariencia de la gente, dar la vuelta al mundo volando en un abrir y cerrar de ojos, volveros invisibles y hacer que la gente se ponga enferma y no sé qué cojones más. O sea, echar una ojeada a un ritual y decir «Si sale del círculo, te va a morder el culo» no es gran cosa en comparación con eso de joder la mente con una palabra. Puede que no tenga mil años, pero no nací ayer.

Sal se inquietó al pensar que tal vez había hablado con demasiada arrogancia. Sus ojos se movían nerviosamente, escudriñando todos los rincones de su habitación de hotel, donde Barney estaba absorto con una *GameBoy* y una botella de ginebra.

–De hecho –dijo Sal–, voy a darte alguna cosita para probar mi buena voluntad.

* * *

–Él creía que los Cubs iban a ganar –dijo Hasmed, encogiéndose de hombros.

–Alguien debería haberle dicho que los Campeonatos del Mundo no son un juego de niños –dijo Gaviel.

Gaviel no había podido llevar el deportivo en el avión, así que había alquilado un Jaguar mientras un chófer contratado traía su vehículo por la autopista. Dagley había alquilado otro coche, un Ford Explorer, por supuesto, y se había ido directamente al complejo con Sabriel y Thomas. Gaviel se había quedado atrás para recoger a Hasmed y Tim Grady.

Cuando estuvieron los tres, Grady se sentó en silencio en el asiento de atrás, con su voluminoso cuerpo inmóvil, contemplando el desierto y casi sin parpadear.

–Vi a los muertos –dijo–. Vi que todo estaba muerto.

Los dos demonios lo ignoraron. De vez en cuando, decía alguna cosa extravagante e inusitada, pero ellos pasaban de él.

–Espero que estés bien –dijo Hasmed después de un par de kilómetros en silencio.

–¿A qué te refieres?

–A todo en general. –Hubo una pausa–. ¿Cuánto crees que ha cambiado ella?

–Mucho.

–Como tú y yo, supongo.

–Sí.

Hasmed contempló las señales e indicadores de la autopista y luego dijo:

–Es bastante gracioso.

–Sí –dijo Gaviel sin sonreír.

–Me refiero a que yo era su comandante.

–Yo también me refería a eso.

Hablaron de sus carcasas durante un tiempo.

–Ella venía a por mí –dijo Tim Grady.

Ellos lo ignoraron.

De pronto Gaviel se enderezó en su asiento.

–¿Sientes eso?

Hasmed miró a su alrededor, entornando los ojos.

–Sí.

–¿Qué crees que es?

–No sé.

Los dos escudriñaron el interior del coche, tratando de ver la entidad que habían sentido. Gaviel miró por encima de su hombro derecho brevemente y luego frunció el ceño con fuerza.

–Ahí detrás, creo.

Hasmed se giró del todo para observar el asiento de atrás.

–Ah... Sí.

–¿Crees que es un agente de tu antiguo jefe?

–No lo creo. Lo veríamos si fuera uno de los nuestros.
Probablemente no tenga nada que ver con él.

–Entonces, tal vez sea un conjurador de fantasmas.

–O uno de sus siervos.

Gaviel se encogió de hombros. Hasmed continuó mirando hasta que la sensación se diluyó.

* * *

El fantasma de Rosemary Nevins dejó el coche y comenzó a volar siguiendo la carretera, pensando cómo podía ser que la sintieran pero que no pudieran verla. No era algo muy agradable.

Pero había visto la noticia de la fuga de Grady en todos los periódicos y ahora era famoso en todo el país. La película sobre su asesinato estaba saliendo ya en DVD.

Cuando era mortal, deseaba cosechar fama. Ahora, de fantasma, el deseo era mucho más intenso.

* * *

–¿Cómo está? –preguntó Blackie tímidamente. Levantó la vista hacia su padre, vio los ojos enrojecidos de Teddy y rápidamente desvió la mirada de nuevo.

Estaban enfrente de la cabaña. Blackie estaba apoyado contra la pared, al lado de la puerta, cobijándose en la sombra. Teddy cruzó el umbral, cerró la puerta y se sentó en el bordillo, sacudiendo la cabeza.

–Viene y se va. Tienes que entender que él... él no está protegido como yo. Ni siquiera como tú. Esa cosa fue... fue lo primero que... experimentó –inspiró ruidosamente y su voz revelaba cómo se esforzaba en mantener la calma–. No ha aceptado a Avitu y... y ese monstruo, esa cosa... Al verlo sin protección...

–Ya.

–Su consciencia –espetó Teddy–. Esa criatura la ha infectado. Ha agravado la fiebre de su mente. Parece estar bien a ratos, horas a lo sumo, y luego, de repente, se levanta y... y trata de ir a la verja.

–Pero esa orden acabará por borrarse, ¿verdad?

–¡Avitu no puede borrarla! –gritó Teddy–. No puede... no puede restaurar su conciencia, sería... –Sacudió la cabeza y dejó escapar una carcajada extraña y desesperada–. Sería inconcebible.

–¿Y si hiciera... lo que tú hiciste? ¿Si se hiciera, bueno... sacerdote?

–No creo que sea posible. Creo que el daño ya está hecho. Además, no querría.

–¿Cómo que no querría?

–Traté... Traté de explicarle todo lo referente a la Diosa. No...

–Teddy se humedeció los labios–. No sirvió de nada. Dijo: «Quieres entregarme a uno de ellos para que me devore». Eso es lo que cree, que Avitu y... y lo que vio... Cree que son lo mismo y que yo... que yo, su padre... Cree que yo...

Blackie se agachó y rodeó a Teddy con un brazo.

–Oye, yo...

–Como tú –dijo Teddy repentinamente, dirigiendo una mirada gélida a su hijo mayor–. Tú tampoco la has aceptado.

Blackie se puso en pie y dio un paso atrás.

–Es que... O sea, me es muy difícil. Yo no tengo sueños como los tuyos o los de ma... Como los que tenéis vosotros.

–Ahora es más importante que nunca –dijo Teddy con mirada vehemente–. La muerte del Árbol... o sea, la muerte física... ha sido muy dura para la Diosa. Ha perdido gran parte de su poder para actuar libremente sobre el mundo. ¡Ahora su último y más importante vínculo somos nosotros, los sacerdotes de sangre pura! Tim la tiene al igual que la voluntad de servir pero no es tan nítida como la mía o la de tu... tu madre. –Teddy hizo una pausa, mordiéndose el labio–. O la tuya.

–El joven no dijo nada–. Halcón Negro, es tu destino. Sabes que es tu destino, ¿verdad?

–Deberías llamarme Oscar –dijo Blackie, observando una nube de polvo que se divisaba por encima de la verja. Alguien se estaba acercando.

Teddy permaneció sentado en silencio un momento, contemplando la arena entre sus pies.

–¿Cómo puedo hacer esto a mi propio hijo? –preguntó.

–Estás haciendo lo que consideras correcto.

Teddy levantó la cabeza. No habló inmediatamente pero su postura cambió. Un instante antes estaba hundido en la desesperación, pero ahora parecía que una nueva energía enderezaba su espalda, relajaba sus hombros y borraba la ansiedad de su semblante.

–Lance necesita ser sacrificado –dijo.

–Espera –dijo Blackie.

–No, lo veo claro. Es verdad. Ahora no vale para sacerdote, la... la maldición, la locura se ha cebado en él. Nunca aceptará... Nunca podrá comprender cuan importante es. Ha de ser voluntario. Yo no puedo hacerle sacerdote. Y si nunca será sacerdote, ¿por qué debería sufrir? –Teddy se puso en pie y se giró hacia la puerta.

–No, deja... Deja que lo haga yo –dijo Blackie. Teddy se dio la vuelta lentamente–. Podría ser más... bueno, más fácil. Para mí. Y para ti. Y, o sea... Ya es hora, ¿no? Es hora de tirarme a la piscina. Es hora de hacerlo, de hacerme sacerdote –tragó saliva–. De aceptar a Avitu por entero.

Teddy escudriñó sus ojos y luego abrazó a su hijo.

–Podemos hacerlo esta noche –susurró.

Entonces se oyó un claxon, y los ojos de Blackie se abrieron en cuanto oyó una voz familiar que gritaba:

–¡Eh! ¿Nos queréis abrir?

* * *

Thomas no pudo evitar fijarse en que el tipo alto y moreno no dejaba de mirar a Dagley. Se presentó como Oscar Black y dijo que el hombre que estaba con él era Teddy Mason, el Sumo Sacerdote, una frase que hizo que Thomas soltara una risita, lo que le acarreó una mirada fulminante. Y cuando el *sheriff* dijo que se llamaba Grant Dagley, la cara de Black se descompuso. No era una expresión normal. Parecía que estaba completamente ausente. Casi como un muerto con los ojos abiertos.

–¿Tienes algún problema? –preguntó Dagley a aquel tipo.

–No, no, es que... ¿Qué haces aquí?

–Tengo el placer de servir a mi señora, Avitu –dijo sin

molestarse en ocultar la sorna –. Estos dos necesitaban escolta y supongo que yo hago de guardaespaldas en todo este tinglado.

–Muy bien –dijo Teddy mirando de reojo a Thomas y a Sabriel–. Estaba al tanto de vuestra llegada. Vosotros dos sois...

–Soy Sabriel –dijo ella–. Este es mi amo, el gran hechicero Thomas Ramone.

–Corta el rollo –le dijo con mirada aviesa.

–Discúlpame, amo. ¿He hablado cuando no debía?

–Lo que... Bah, olvídale. Oye, ¿dónde ponemos nuestras cosas? Gaviel dijo que nos quedaríamos por aquí.

–Al menos por ahora sí, creo. No tenemos unos... mmm... barracones muy lujosos. También están las otras dos cabañas, supongo...

–Mi amo y yo nos quedaremos con una –dijo Sabriel– y el sheriff puede quedarse con la otra.

Oscar Black susurró algo a Teddy al oído.

–Bien. Muy bien. Un segundo. ¿Nos excusáis un momento? –Él y Oscar tuvieron una pequeña conversación–. Oscar va a hacer una consulta y luego os llevará a vuestros aposentos. Perdonad la tardanza.

Oscar se fue apresuradamente mientras Teddy iniciaba una charla intrascendente; ¿qué tal el viaje? Bien. ¿Hace mucho calor? Sí, pero es un calor seco... Entonces regresó el otro tipo con semblante molesto.

–¿Todo en orden?

–Sí, ella se aloja en el edificio. –Oscar cogió unas maletas y echó a andar.

–¿Sr. Dagley? ¿Quiere instalarse antes de empezar?

Los ojos de Grant miraron de reojo a Sabriel y a Thomas. Tom percibió cierto desprecio.

–No, prefiero empezar el trabajo. A ver qué tenéis.

–Bueno, creo que podemos comenzar por el perímetro de seguridad.

Teddy hizo una pausa y luego se giró hacia el Sr. Black.

–Cuando dejes el equipaje, lleva a Thomas al Árbol.

Algo en el modo de decirlo hizo que Thomas se inquietara, pero

no supo concretar qué era.

* * *

Mitch Berger iba ya por la tercera pastilla contra el dolor.

Las llevaba consigo desde aquel extraño día en que Shadrannat y Mukikel fueron a buscarlo. Era lo único que le quedaba de sus visitas al fisioterapeuta que intentaba enderezar su pierna de nuevo. Había adquirido la costumbre de llevarlas encima. Estaban dentro de una pequeña cápsula de su llavero y no se había molestado en vaciarla cuando dejó de tomarlas.

Tenía once píldoras cuando huyó del hospital.

Escapar de allí no fue difícil. Había sido enfermero en un sanatorio de máxima seguridad así que sabía cómo funcionaba la vigilancia y en qué fallaba. Sabía que no había mucho riesgo. Los pacientes con quemaduras generalmente no eran yonquis o chiflados y no acostumbraban a levantarse de la cama y huir. Pero eso fue justo lo que hizo él.

Cogió el llavero, salió de la cama tambaleándose y bajó al recibidor. Vigiló a las enfermeras y ordenanzas hasta que descubrió el vestuario. Entonces se coló dentro y se agenció un polo y unos pantalones Haggar.

Las quemaduras estaban principalmente por los brazos. Se había girado al oír el grito de Buniel así que también se había chamuscado una oreja y parte del cuello. La ropa le había protegido las piernas y el pecho, pero había levantado instintivamente las manos, por lo que tenía quemaduras rosas desde los codos hasta las palmas de las manos.

Sabía que las heridas no eran graves porque lo habían puesto en el pabellón de los «estabilizados» y estaban hablando de darle de baja en dos días.

Mitch no quería volver con Mukikel y Shadrannat. Gracias, pero no.

Solo había sesenta centavos en el bolsillo del pantalón, pero era suficiente para llamar a un taxi. Hizo que le sacara de allí a toda pastilla y luego echó a correr. El conductor le gritó pero no salió en su

persecución.

Mitch estaba seguro de que el taxista llamaría a la policía, así que tenía que darse prisa. No quería usar sus tarjetas de crédito; sabía que la pasma podía rastrearlas y, joder, ¿quién sabe qué podía hacer un demonio?

Fue caminando hasta la estación de autobuses, donde le costó alrededor de una hora y media dar con un yonqui. Le ofreció probar una de sus pastillas analgésicas y él a su vez se tomó otra; sentía que sus brazos estaban aún ardiendo. Entre los vapores de la droga, negociaron: seis pastillas por el precio de un billete a Austin.

Mitch se repantingó sobre un incómodo banco (bueno, sería incómodo si el aturdimiento provocado por la pastilla no lo hubiera insensibilizado) y echó un vistazo por debajo de sus vendajes. Entonces se percató de que estaba atrayendo la atención de los que estaban a su lado. Se sentó y se mordió el labio. Estaba convencido de que Mukikel y Shadrannat podían aparecer por allí en cualquier momento.

Pero el autobús llegó antes que ellas.

Todo esto había ocurrido cinco días atrás y desde entonces no había pasado nada especial. Hasta hoy, quizás. Mitch tenía una prima en Austin, alguien más allegado físicamente que emocionalmente, pero cuando Mitch se presentó con quemaduras en ambos brazos y sin dinero, decidió acogerlo de buen grado y no hacer preguntas. O, al menos, no tomárselo a mal cuando sus preguntas quedaban sin responder.

Ahora, Mitch estaba conduciendo un coche prestado. Se dirigía a una pequeña ciudad, elegida prácticamente al azar, con la única virtud de tener un banco y estar a cuatro horas de Austin. Llamó a su antiguo casero en Los Ángeles, llamó también a un amigo de la ciudad y consiguió que el primero le entregara toda su correspondencia a su colega. Entonces hizo que este le enviara todos los papeles a un apartado de correos en esa ciudad con banco.

Nadie le dijo nada cuando cogió el paquete y se hizo con los cheques. Y el dinero era suficiente para poder ir tirando un par de meses; el tiempo suficiente para curarse los brazos y conseguir algún trabajo sin contrato. Si es que podía cobrar los cheques sin que lo

pillaran.

¿Qué podía salir mal?

* * *

La cabaña era desnuda y práctica. El suelo era de cemento sólido, había una hilera de hamacas y armarios, las ventanas no tenían persianas y los lavabos no tenían agua.

–Para el verano tendremos agua –explicó Blackie, en el papel de Oscar–. Pero, por ahora, usamos la caseta de las duchas. Ah, los... eh... servicios los hemos pasado al venir aquí.

–Como en un campamento de verano –murmuró Thomas.

–Me temo que será algo así –dijo Blackie encogiéndose de hombros.

–Entonces... cuando vea el Árbol...

–¿Deseas que vaya contigo, amo? –preguntó Sabriel.

–Deja de llamarme así, ¿quieres?

–Perdóname.

–Creo que es... Eh... Se supone que tienes que ir solo –dijo Oscar.

–Sería una negligencia por mi parte permitir que mi amo se enfrente a un peligro sin mí –dijo Sabriel.

–Yo... Mmmm...

–O podrías invocar a otro de tus aliados diabólicos para pedirles consejo si sospechas del mío –dijo con voz dulce y rebosante de docilidad.

Thomas la miró de reojo y dijo:

–Gaviel. El Árbol quiere que vaya a él... eh... sin Sabriel. ¿Crees que debería? ¿Sí? ¿Tú? Vale.

Se encogió de hombros.

–¿Ese es otro... de nuestros invitados? –preguntó Blackie, sintiendo un hormigueo en el estómago. Estaba acostumbrado a ver a Teddy invocando a Avitu, y también a Tim... Bueno, Tim estaba tan ido en todos los sentidos que las invocaciones no resultaban extrañas en él. Pero ver cómo ese tipo nuevo invocaba a un demonio y tan repentinamente...

Avitu y su padre confiaban plenamente en las buenas intenciones de esa gente pero Blackie tenía sus dudas.

Sobre todo cuando se presentaron con el hijo de perra de Grant Dagley. Blackie había ido a la biblioteca de Las Vegas y había localizado el lugar en el que su madre fue violada. Consiguió que el bibliotecario le ayudara a averiguar quién era el *sheriff* de aquella zona y se sorprendió al descubrir que su asaltante era el oficial al cargo; y que estaba siendo investigado por corrupción. Lo de la corrupción no le sorprendió, pero le agradó que alguien lo estuviera investigando. Envío una carta anónima con información sobre el cobertizo de Dagley y siguió los periódicos locales pero, aparentemente, Joan Pratt y su equipo no juzgaron creíbles las acusaciones.

Y ahora... allí estaba, en mitad de ninguna parte, y el pedazo de mierda no había reconocido a Halcón Negro O'Hanlon, gracias a los esfuerzos de los mejores y más escrupulosos cirujanos plásticos de Las Vegas.

¿Sería fácil? Sí, el tío era policía e iba armado pero no tenía motivos para sospechar de «Oscar Black».

Pero no tenía sentido y no le gustaba; el *sheriff* parecía saber todo lo referente a Avitu.

–Eh. –La voz de Thomas Ramone devolvió a Blackie al presente—. Esperaba que tuviera un aspecto... diferente.

–Bueno, hasta la semana pasada, lo tenía.

–¿Qué ocurrió la semana pasada? –Con cierta precaución, Thomas se acercó, miró las raíces calcinadas, el tronco carbonizado y la escoria metálica renegrida, solidificada también entre el árbol y el suelo.

–Tuvimos invitados no deseados.

–Joder.

–Sí –dijo Blackie al tiempo que pensaba: Pues no sabes ni la mitad. Yo soy el que acabó enterrando a una mujer policía del Estado de Nevada en mitad del desierto.

Entonces volvió a pensar en Dagley. Aún queda sitio para uno más.

–Entonces... yo...

–Acércate y toca el Árbol. –Volvió la cabeza y dijo—. No

pretendo parecer irrespetuoso, Sr. Ramone, pero... O sea, ¿no está... familiarizado con estas cosas?

–¿Porque se supone que soy un hechicero de la leche?

–Thomas soltó un bufido–. Es una larga historia pero... mmm... abreviando, la respuesta es no. De modo que, ¿qué va a ocurrir?

–Bueno, podría hablar contigo sin más. O podría llevarte a un sitio.

–¿Eh?

–Ella tiene... otros espacios. Una parte de ella está en esos otros espacios. –Blackie bajó la vista al suelo y se rascó la cabeza–. Es difícil de explicar.

–Apuesto a que sí.

–Está el Espacio Azul, que es... bueno, en realidad, no se puede describir.

–Pero es azul.

–Pues en realidad no. O también están las nubes. Ese es casi normal excepto que estás sobre nubes. O puede meterte dentro de la tierra, pero creo que solo hace eso cuando quiere... eh... preservar a alguien.

–¿Preservar?

–Es como estar en animación suspendida. Yo estuve así un tiempo. Ni siquiera... Ni siquiera sientes pasar el tiempo.

Thomas se volvió hacia él con los ojos muy abiertos y cara de pavor.

–No estoy seguro de...

Y entonces el hechicero se desvaneció.

Blackie esperó un poco y luego se fue a ver qué hacía May en el edificio. Estaba un poco asustada de las otras dos víctimas de sacrificio en potencia y ellos a su vez también estaban algo desconcertados con la presencia de May, así que hizo lo que pudo para calmar a todos. No sirvió de mucho.

Cuando regresó al Árbol, el subyugador de demonios estaba sentado en el suelo, con los ojos desorbitados y respirando pesadamente.

–¿Está bien, Sr. Ramone?

–Estoy... Joder, ¿qué era eso? O sea, tío, ¿qué era eso?

–El Espacio Azul, creo adivinar.

–¡Se supone que la gente no puede ver esas cosas! O sea, es... ¡es la leche!

Parecía estar a punto de llorar.

–Mi pa... El Sumo Sacerdote dice que acabas acostumbrándote. A él le gusta, dice que está empezando a sentirlo como... la forma natural de pensar.

–Joder, ojalá fuera yo tan «sumo» como vuestro Sumo Sacerdote de las narices.

Blackie reprimió una carcajada. Desde el suelo, Thomas levantó la vista y se miraron pensativamente. Para su sorpresa y confusión, el hechicero también parecía débil y asustado.

–¿Quieres echarte un porro?

Blackie parpadeó perplejo. Le llevó unos segundos asimilar el ofrecimiento de aquel desconocido.

–¡Claro! –dijo.

* * *

Gaviel tocó el claxon en cuanto llegaron a la verja. Esperó mientras Hasmed tamborileaba con los dedos sobre el salpicadero. Gaviel había conseguido un brillante Jaguar plateado que ahora estaba cubierto de polvo.

–Tendré que llevarlo a lavar mañana –dijo Gaviel.

–¿Para qué? –preguntó Hasmed–. No vas a usarlo en cuanto llegue tu otro coche.

–Un coche como este merece estar limpio. Me buscaré algún sacudidor para viajar por aquí y dejaré el descapotable para la ciudad.

–¿No vas a quedarte aquí?

–Esta noche sí, pero no veo por qué debería malgastar todo mi tiempo en una polvorienta finca donde ni siquiera abren la puerta.

–Tocó el claxon de nuevo.

–Supongo que dependerá de Avitu, ¿no? O sea, dónde quedarnos –dijo Hasmed. Entonces levantó la cabeza–. ¿Sí? Vale, ¿puedes enviar a alguien a abrirnos?

Los tres esperaron.

–A la mierda –dijo Hasmed–. Abriré yo la puta verja.

Mientras soltaba la cadena, tuvo un extraño recuerdo. No era parte de su propia memoria, provenía de su cerebro. Del cerebro de Harvey. A Hasmed le costó un minuto situarlo.

Harvey abrió una verja como esta el día que murió.

Sintió un singular escalofrío pero se lo sacudió de encima y volvió al coche.

* * *

Hasmed no se molestó en volver a cerrar la verja así que aún estaba abierta cuando Sal y Barney llegaron allí veinte minutos después.

* * *

En el perímetro vallado, el deslavazado discurso sobre seguridad de Grant fue interrumpido una vez más.

–Perdón –se disculpó Teddy–, pero Avitu me está hablando.

–¿Otra vez? –Grant soltó un bufido.

–¿Qué ocurre, mi señora? –Teddy escuchó y su rostro se arrugó–. ¿No iba a hacerlo Blackie? –Frunció el ceño–. Bueno, le llamaré otra vez. Y quizás debería empezar a volver al complejo ya. Supongo. Sí. –Otra pausa–. Por supuesto. Estoy seguro de que no es nada. No, es obediente. De hecho, ¡va a convertirse en sacerdote esta noche! –Teddy esperó y escuchó una vez más–. Lo haré.

–¿Tenemos que volver? –preguntó Dagley.

–Eso me temo. He tratado de llamar al móvil de Blackie pero no contesta. Trataré de probar con el busca, pero, si no tiene su móvil encima, dudo de que tenga lo otro. Lo siento.

–Esto me parece una puta chapuza, si permites que te lo diga. La irritación cruzó el rostro del Sumo Sacerdote.

–Estamos un poco desorganizados, sí, pero...

–Bueno, no esperéis estar seguros de verdad mientras vuestra desorganización os impida tomaros en serio la seguridad.

–Todo está bajo control.

–Vale. Pero menos mal que yo he traído pistolas. A partir de ahora, quiero que todos vayan armados dentro del complejo.

–Meditaré tu sugerencia –dijo Teddy–. Ahora, si no te importa...

* * *

Después de un momento de indecisión, Halcón Negro dejó el móvil y el busca en la cabaña de Lance, mientras Thomas sacaba la marihuana de la maleta. Entonces los dos salieron al desierto, se embadurnaron de crema protectora y comenzaron a fumar.

Al principio intercambiaron las típicas historias; la primera vez, la peor, el mejor colega... Thomas le habló de cuando fue arrestado y se presentó fumado delante del juez.

–Te lo aseguro –dijo Thomas entre las carcajadas de Blackie–. Si no hubiera estado fumado, el tipo aquel me hubiera tirado el libro. Pero tal y como estaba, supongo que no parecía culpable. ¿Sabes? El juez me dejó libre sin cargos.

–¿Cómo acabó mezclándose con demonios un tipo como tú?
–Blackie hizo la pregunta antes de reflexionar sobre ella.

Thomas se tumbó sobre la arena y se quedó mirando el cielo despejado unos instantes.

–Bueno, decidí entrar en una casa. Estaba convencido de que la propietaria había salido esa noche, porque su coche no estaba allí. Pero resultó que lo había llevado a reparar.

Le contó la historia y al principio parecía graciosa pero, conforme iba avanzando, se hacía menos divertida. Blackie reía menos y escuchaba más.

–Jesús –dijo en un cierto punto de la narración.

Cuando Thomas acabó, estuvieron en silencio un tiempo. Entonces Blackie le contó cómo había conocido al Árbol. Se dejó muchas cosas en el tintero, por supuesto; todos los asesinatos de su madre, por ejemplo, su verdadero nombre, el empleado de la gasolinera al que vapulearon... El esbozo que quedó fue suficiente para que Tom sacudiera la cabeza con empatía.

–Joder –dijo.

Entonces Blackie preguntó a Tom cómo había llegado a dominar

a Sabriel y Tom se lo contó. Para cuando el porro estuvo prácticamente consumido y el aturdimiento del THC comenzó a diluirse, ya eran amigos.

* * *

–¿Y tú quién eres? –preguntó Sal, entornando los ojos.

–Soy un servidor de Avitu –dijo Tim.

–Ya. Creía que un tipo llamado Thomas iba a negociar este asunto. Una especie de contratista independiente.

Tim se quedó callado, como si estuviera escuchando.

–Thomas no está disponible. Yo puedo encargarme de esto.

–Vale. Pero no intentes jugármela, ¿está claro?

Comprensiblemente, Sal tenía dudas acerca del primer ritual de «invocación segura» que Vodantu le había dictado. Se lo enseñó a la Dra. Roark que estaba intranquila pero excitada, y esta detectó que contenía unos pocos «errores». Volvió a hablar con el príncipe demonio y le dijo: «Buen intento». Le proporcionó un ritual «corregido», que a Roark le parecía «ortodoxo». Tenía las dos versiones, la incorrecta y la válida, impresas y grapadas. A Sal ese tal «Tim» le parecía bastante estúpido, pero le entregó las páginas.

Tim las miró con rostro inexpresivo.

–Esto está mal –dijo señalando con el dedo.

Sal mantuvo su cara de póquer pero reconsideró su valoración. Tim había encontrado el mismo error que Roark, solo que lo había hecho en segundos. A la mujer doctorada le había costado una hora.

–Esta versión está bien –dijo Tim poco después.

–Y con «bien» quieres decir...

–Conjuraré al Neberu que desees y lo atará a una estructura. Se verá impelido a obedecer cualquier orden pactada, especialmente la orden de no hacerte nunca daño, ya sea directa o indirectamente.

Sal desplegó una amplia sonrisa.

–Ha sido un placer hacer negocios contigo.

El rostro de Tim no revelaba nada.

–¿Y el adorador que prometiste?

–Está en el coche. –Pero cuando llegaron al vehículo, Barney

no estaba allí.

–Mierda, maldito chiflado –gruñó Sal. Miró a Tim, que seguía inexpresivo–. Lo siento. Yo encontraré a esa rata. Le dije que esperara en el coche...

Encontrarlo no fue difícil. Había dejado huellas claramente impresas en la arena. Estaba de pie junto a la puerta de una cabaña con expresión de júbilo extático.

–Makiko –dijo jadeando, mirando al interior.

–¡Lo que faltaba! –dijo Sabriel arrugando la nariz en señal de desagrado y sorpresa–. ¿Al final te las has arreglado para encontrarme?

–Te presentí –dijo Barney–. En cuanto nos acercamos, lo sentí. Olí tus secreciones.

Ella meneó la cabeza y chasqueó la lengua.

–Vaya, realmente impresioné a tu niño interior, ¿eh? Bueno, lo siento, nene, pero esta ventanilla está cerrada.

–¡Tienes que hacérmelo! –gritó Barney, abalanzándose sobre ella y Sal no había imaginado que aquel chalado fofo pudiera moverse tan rápido. Sal avanzó un paso hacia él pero una de las fornidas manos de Tim le retuvieron.

El mañoso midió las fuerzas del psicópata e hizo cálculos mentales.

–Escucha, colega... –dijo, pero entonces enmudeció.

Barney había agarrado a Sabriel de los hombros y ella se había echado a reír. Y, de repente, se había liberado de la presa... fluyendo, como agua de un vaso desbordado. Se disolvió y asumió la forma de una pequeña muchacha japonesa.

–Esto es lo que quieres, ¿verdad? Pero, ¿porqué debería hacerlo? ¿Eh? ¿Tienes dinero? ¿Poder? No tienes nada, así que no puedes tenerme. Lo siento –de nuevo volvió a oírse el tintineo de su risa. Era adorable. Barney intentó cogerla una y otra vez, desesperándose cada vez más.

–¿Servirías a Avitu a cambio de lo que quieres? –preguntó Tim. Barney se giró a él, con los ojos hinchados de loca esperanza–. ¿Servirías a Avitu por gozar de esta criatura?

–¡Sí! ¡Para siempre!

La mujer multiforme se quedó inmóvil y Sal nunca había visto una expresión de terror igual. Había matado a un hombre indefenso con un taladro eléctrico pero aquel tipo no parecía tan asustado como ella.

–No –susurró Sabriel pero Tim comenzó a hablar. Era ese extraño idioma balbuceante que Sal había oído por vez primera de labios de Hasmed. Tim Grady pronunció el nombre que Thomas había articulado en la laguna, el nombre que había repetido sobre la sal y el hielo y el grito de desespero de Sabriel se unió a las carcajadas de gozo de Barney.

Sal contempló la escena con la piel de gallina.

–Creo que nuestro negocio ha concluido –dijo Tim.

* * *

Fue una mera coincidencia que Hasmed no viera cómo volvía Sal al coche. El demonio tenía otras cosas en la cabeza. Había un crío trastornado arañando la puerta de una de las cabañas y Gaviel había empezado a hablar con él. Al parecer, el chico se llamaba Lance.

Hasmed observaba con escaso interés los intentos de Gaviel por desenredar los cables cruzados del muchacho. Entonces fue invocado por Lee, que estaba desesperado y suplicaba ayuda contra la Piedra de la Desesperación. Hasmed no podía ofrecerle nada salvo una muerte rápida. Sabía que ese maldito gángster lactante probablemente estiraría la pata contra la Piedra, pero esperaba que Lee no revelara su Nombre en el último momento. ¿Pero qué se podía hacer? Nada. Nada salvo absorber todo el alma que pudiera antes de que la Piedra se lo cargase. Una pena, pero aún tenía a Paum y Tina.

Hasmed se marchó al baño mientras Gaviel seguía hablando con Lance.

–¿COMPRENDES? NO TIENES QUE IR A LA VERJA.

–No, no... no tengo que ir a la verja.

–NO TIENES QUE SEGUIR CAMINANDO HACIA EL ESTE.

–No tengo que seguir caminando hacia el Este. –Lance soltó una risita y sacudió la cabeza–. Sí, claro, es una locura.

–Y nunca viste un ángel o un demonio. –La voz de Gaviel era

ahora normal pero el tono de mandato aún estaba presente, aunque oculto—. Probablemente fue una alucinación provocada por el calor.

—Sí. Estaba jugando fuera con los perros y eso... —Lance se calló y una pequeña sonrisa de felicidad floreció en sus labios.

—Bueno, ¿qué juegos tienes en esa *GameBoy*? —preguntó Gaviel, pero entonces sonó el teléfono. Se excusó y se fue a contestar—. ¿Diga?

—Hola, ¿puedo hablar con...? Mmmm... ¿Quién es?

—¿Puedo preguntarle quién es usted?

—Me llamo Jim... Tompkins. Soy de... eh... la compañía eléctrica, ¿sabe? Queríamos hacerle una pregunta sobre... la factura de ese sitio.

—Me temo que yo no sé nada al respecto.

—¿Ni siquiera sabe a nombre de quién hemos de enviarla?

—No, lo siento.

—¿Y la dirección?

—No estoy seguro de dónde reciben las facturas pero puedo averiguarlo y hacer que luego le llame alguien, Sr. Thompson... ¿No?

—Tompkins. Jim Tompkins. Entonces, ¿le doy mi número de teléfono y la dirección?

Gaviel apuntó la información y, a petición de su interlocutor, la leyó en voz alta. Entonces se despidió educadamente y colgó el teléfono.

Al otro lado de la línea, un perplejo Gabe McKenzie hizo lo mismo.

* * *

Gabe había estado rastreando la pista de Mitch Berger. Había conseguido reconstruir sus movimientos hasta la estación de autobuses de Las Vegas. El taxista había facilitado a la policía una buena descripción y un tipo grande con vendajes por todo el brazo y por el cuello llamaba la atención, incluso en Las Vegas. Entonces el antiguo casero de Berger llamó para informar de la recogida del correo. La oficina de Los Ángeles no movió un dedo para encontrar al tipo que recogió las cartas pero dejó de tener importancia una vez que

se cobraron los cheques. Se encendió una luz en el Oeste. Eso hizo que esa noche descartara todos los autobuses que se dirigían al Este y al Norte. Uno de los autobuses al Oeste llevaba a Austin y Mitch tenía una prima allí. Cuando Gabe la llamó, parecía nerviosa y reservada y eso fue suficiente para que el agente reservara un vuelo a Texas.

Solo había llamado a Teddy una última vez con la intención de atar algunos cabos sueltos. Se quedó perplejo cuando oyó a Noah Wallace contestar el teléfono. Le desconcertó bastante pero mantuvo al tipo al aparato, grabó la llamada y luego la comparó con las antiguas cintas de la entrevista con Wallace y, maldita sea, era él.

Gabe salió de la oficina sin decir palabra a nadie y fue a una biblioteca. Necesitaba pensar, necesitaba tranquilidad y necesitaba revisar sus notas.

Una hora después, regresó a la oficina, canceló su vuelo a Austin y comenzó a mover los hilos para solicitar un asalto.

* * *

En las tierras de los muertos, el Segador de Almas desplegó sus alas e invocó su guadaña.

–Sabriel –musitó–. ¿Ha llegado la hora?

* * *

En esos momentos, el sol estaba comenzando a hundirse en el horizonte.

Thomas había vuelto del desierto completamente quemado por el sol y cuando entró en su cabaña, se quedó perplejo ante lo que vio allí; perplejo y disgustado. Echó a Barney a patadas, bofetadas y empujones y, mientras Sabriel le explicaba lo que había sucedido, él la escuchaba, horrorizado:

–Le diste mi Nombre –dijo Sabriel–. Y ahora soy tan esclava suya como tuya.

–Oye, yo no... no se lo di. Estaba... Fue ese Espacio Azul, ese lugar, no podía... ¡Era como si pudiera leerme la mente! O sea, ¿qué

se supone que...?

–No podrías haber hecho nada –dijo Sabriel, arrastrando la voz–. Estás indefenso ante ella. Del mismo modo que estás indefenso ante Gaviel. Del mismo modo que yo estoy indefensa ante todos vosotros.

Tenía los hombros caídos y sus cabellos negros y lacios le cubrían los ojos.

–Sabriel, lo... Joder, lo siento mucho.

–No tienes que disculparte –dijo–. No se pide disculpas a los esclavos.

Teddy echó una fuerte reprimenda a Blackie. De hecho, nunca había gritado tanto ni se había puesto tan furioso con su hijo legítimo como con su hijo bastardo, a pesar de que el primero era mucho más problemático y pependenciero que el otro. Toda la ira y el resentimiento que guardaba dentro, todo el horror de la muerte de su esposa, toda la culpabilidad que sentía por dormir con su asesina... todo ello brotó de repente y una vez que empezó parecía que no tenía fin.

Los dos discutían con tanta vehemencia que Teddy no estaba de humor para escuchar a Lance cuando le dijo que tenía un nuevo amigo. Lo ignoró, considerándolo un momento de lucidez pasajera. Lo único que pudo acabar con aquella competición de gritos fue cuando Blackie comenzó a preparar la hoguera para el sacrificio.

–Quizás cuando te entregues por completo a tu diosa, seas más responsable –dijo Teddy, desabotonándose la camisa.

–Claro, lo que tú digas. –Blackie seguía cargando leña. Entonces se detuvo–. ¿Qué estás haciendo?

–Tenemos que estar desnudos para el ritual.

Blackie suspiró.

–Mira, ya sé que así es como aparece en los sueños pero, ¿te importa que me quede con la ropa puesta? O sea, ya va a ser bastante duro sin...

–¡Claro! ¡Joder, eres la persona más consciente que conozco!

Blackie supuso que ese era el insulto más despreciable que podía imaginar su padre.

Una vez que Blackie se libró de desvestirse, Dagley trató de hacer lo mismo pero Avitu insistió. Gaviel se despojó de sus ropas sin

problemas, las dobló y las puso en una pila sobre un banco, al igual que Tim y Teddy. Hasmed puso los ojos en blanco, sacudió la cabeza y siguió vestido, como Thomas y la pareja del primer edificio. En cuanto Blackie sacrificara a Lance, Teddy se haría cargo de su sacrificio. Sabriel le preguntó a Thomas si debía desnudarse o no y él le dijo que no.

May salió renqueando por la puerta que había quedado abierta. Entonces miró a Gaviel y se acurrucó en posición fetal, cubriéndose la cabeza y gimiendo.

Teddy sintió una punzada cuando vio a Dagley salir de la cabaña llevando a Lance. El chico estaba gritando, revolviéndose, pero Teddy sabía que todo aquello era para su bien. La voz de Avitu susurró dentro de él y dejó de llorar. Llorar era algo consciente, llorar era la maldición...

–La vara –musitó Blackie. No se le podía oír por encima de los chillidos de Lance pero su gesto era claro. Teddy le entregó un pedazo de madera delgado, afilado y sagrado; la astilla del cuerpo de Avitu que se usaba para procurar el alivio bendito...

Desnudo e impasible, Tim se sentó sobre Lance e inmovilizó sus brazos. Dagley se puso de cuclillas como un sapo y sujetó su cabeza.

–No pasa nada, hijo –susurró Teddy al oído de Lance–. Pronto te sentirás mejor. Pronto todo el dolor habrá desaparecido.

A la luz de la hoguera, el árbol calcinado parecía retorcerse y bailar.

Mordiéndose el labio, Blackie bajó la astilla hacia la cara de su hermanastro.

–¡Nooooo! –aulló Lance–. ¡Papá, no! ¡No le dejes!

Blackie lo observó. Todos estaban expectantes.

–Hazlo. Sabes que quieres hacerlo. Hazlo ahora –dijo Gaviel, perfumando sus palabras con la fuerza y el ardor que habían llevado a generaciones enteras a desafiar al Cielo.

Al oír aquella voz, Halcón Negro O'Hanlon se relajó visiblemente. Exhaló el aire, dejó caer los hombros y respiró de nuevo.

Entonces apuñaló al sheriff Grant Dagley en el ojo.

–¡Toma esto, violador!

Y entonces se abrieron las puertas del Infierno.

En aquel caos, nadie advirtió el sonido de motores aproximándose.

Dagley soltó un grito e intentó levantarse, pero Blackie le propinó una buena patada en la cara antes de que pudiera protegerse con los brazos.

–¡Halcón Negro! ¿Qué estás haciendo? –gritó Teddy.

Gaviel comenzó a reírse disimuladamente.

Tim se levantó y agarró a Blackie, inmovilizando sus brazos y levantándolo pero Halcón Negro pudo descargar una fuerte patada en la mandíbula de Dagley antes de que Tim lo apartara de allí.

En ese instante, Lance se puso en pie y echó a correr. Su padre trató de agarrarlo pero el chico estaba demasiado asustado, demasiado acelerado, demasiado escurridizo por el sudor del miedo.

Se oyó el disparo de una pistola.

Teddy se giró hacia el sonido y escuchó una segunda detonación. Vio a Tim tambaleándose envuelto en sangre. Blackie empuñaba una pequeña pistola, una de las muchas que había traído Dagley y Teddy se preguntó si esa era la razón por la que quería seguir vestido.

Entonces se reavivó la cólera. En ese momento, Blackie se convirtió en la encarnación de todas las equivocaciones cometidas a lo largo de su vida. No había querido a Blackie, no había querido acostarse con Joellen, no había querido tener disfunciones sexuales durante décadas y ahora Blackie estaba arruinando su sacrificio. Tenía sangre sagrada, su sangre, pero también la tenía Tim. La sangre sagrada estaba siendo derramada sobre la tierra.

Teddy levantó la mano, invocó el viento de Avitu y la pistola que descansaba entre las ropas de Dagley sesgó el aire y fue a parar a sus manos.

Gaviel se dio la vuelta y caminó hacia el Árbol con tranquilidad.

–Vamos a renegociar –dijo. Entonces desapareció.

Teddy nunca había disparado una pistola en toda su vida, pero estaba demasiado cerca como para errar el tiro. Apuntó directamente a la cabeza de su hijo pero este tenía el brazo libre y también encañonó a su padre. Un desafío a la mejicana.

–¡Maldito bastardo! –gritó Teddy.

–¡Tu bastardo! –replicó Blackie. Los dos hombres se miraron fijamente, con las pistolas tan solo a escasos centímetros de su cara.

Durante un momento, solo se oyó el crepitar del fuego, los improperios ahogados de Dagley, los gritos cada vez más lejanos de Lance y el débil rumor de los motores. De pronto, otro disparo.

Teddy cayó al suelo, con la mitad de la cara destrozada, y por un momento Blackie se preguntó si había disparado él; pero no, el orificio estaba a un lado de la cabeza.

Blackie sintió el caño de una pistola contra su nuca. Aún estaba caliente. De pronto, pudo ver a Hasmed de pie, a su lado, y oler la pólvora del arma del demonio.

–Sé inteligente –dijo Hasmed–. Tírala.

Blackie la tiró.

Lentamente, Grant consiguió ponerse en pie y se percató de que su cara no estaba herida y que su ojo estaba curado. Soltando un gruñido, se precipitó hacia sus ropas, en busca de la pistola que creía que seguía estando allí...

Tim también estaba curado y se levantó.

–Sabriel –dijo Tim con voz clara–. Mata a Hasmed.

–No –contestó.

Grady habló de nuevo, repitiendo el Nombre que había empleado antes. Ella se encogió de hombros y levantó el dedo corazón.

–¿Pero qué...? Eh... –balbuceó Thomas, mirando a su alrededor.

–Thomas, cariño, tal vez te convenga reírte ahora –dijo ella–. En cuanto a mí, creo que empezaré a matar a algunos sacerdotes.

Pero, entonces, ella también desapareció.

–¡MANOS ARRIBA! ¡SOMOS EL FBI!

* * *

–¡SABÍA QUE ME TRAICIONARÍAS! –gritó Avitu. Sus palabras, embravecidas y atormentadas, resonaron a través del tiempo, mientras las sombras y los reflejos que las conformaban reverberaban hasta formar su aserción definitiva.

Pero, como ese era el Espacio Azul, el Espacio Divino, no eran meras palabras. Aquí expresar ira y tomar venganza era la misma cosa. Sus palabras eran como cadenas, cuchillas o llamas, que envolvían a Gaviel. Pero ni siquiera ese símil haría justicia. Eran las palabras de un ángel, más reales que cualquier cadena, cuchilla o llama.

–MIENTES –respondió Gaviel–. SI LO HUBIERAS SABIDO, NO HABRÍA SIDO TAN FÁCIL. TENÍAS SOSPECHAS PERO PLANEÉ CUIDADOSAMENTE MIS MOVIMIENTOS –y no solo dijo la verdad; sus palabras eran la verdad, la verdad que estaba oprimiéndola.

–TUS PLANES NO SON NADA CONTRA MI PODER –Contestó–. TODO LO QUE HAS HECHO HA SIDO ENTREGARTE A MÍ.

Esa era su verdad, su poder. Gaviel no trató de negarlo. En lugar de eso, optó por usurparlo.

Su voz articuló frases que no eran meros artificios de sonido en el aire, sino olas en la fábrica de la realidad. Pronunció dos sílabas, la parte de su Nombre que ella había entregado a Gaviel. Las pronunció para hacerse con su poder, pero no era suficiente; eran dos porciones de un gran todo. Avitu lo rodeó, mientras crecía.

Y él siguió hablando, añadiendo a esas dos sílabas otras que había aprendido de Hasmed y que formaban un largo y complejo Nombre. Cada idea aislada se volvió en contra de ella y cada frase que las contenía dejó al descubierto sus secretos. Algunos de los conceptos eran erróneos, otros habían cambiado en el transcurso de los siglos, pero los componentes esenciales seguían siendo verdaderos. Ella seguía siendo, en el fondo, una Defensora; aún trataba de sanar y ayudar a la humanidad, por muy retorcidos y extraños que se hubieran vuelto sus medios. Y así, el Nombre que había aprendido de Hasmed, el Nombre que le había dado su comandante durante la Guerra, aún tenía el poder de dominarla y confinarla.

Era mucho. Junto con la astucia de Gaviel y su voluntad de valerse de sus esclavos, era casi suficiente. Pero la cristalina confianza de Gaviel se estremeció cuando pronunció la última palabra

y se dio cuenta de que no era suficiente para destruirla. Ni siquiera era suficiente para detenerla.

Lo aplastaría en minutos en lugar de en segundos, pero el resultado no se ponía en duda. El Árbol de la Ignorancia era demasiado fuerte.

Como muchos, Gaviel había llegado a Las Vegas planeando una buena jugada. Como la mayoría de aquellos, había perdido.

* * *

Sabriel estaba en las nubes. Avitu había tratado de derribarla y encerrarla en la tierra, pero Sabriel había conseguido navegar por las rutas secretas de la Diosa y escaparse durante una distracción del Árbol. Ahora se encontraba en la antigua prisión de Jennifer Arliss.

Contempló el rayo congelado y levantó la vista para observar el suelo, que ocupaba el lugar del cielo. Ese momento de tiempo congelado, la descarga de un rayo extendida hasta el infinito, era otro lugar más donde Avitu tenía oculta su alma. Sabriel sonrió en la soledad del espacio y desplegó sus alas.

De un bolsillo sacó una cápsula con semillas de mostaza amarilla en polvo. Las necesitaba para hacer el conjuro de atadura a Avitu. Comenzó a volar y a esparcir el polvo, urdiendo cadenas para el alma del demonio.

Gaviel le había dicho que Avitu sería derrotada rápidamente, por lo que Sabriel no estaba alerta cuando el rayo se desató y cayó sobre ella.

* * *

En Los Ángeles, Stuart Flaubert dio un bandazo con su coche para acceder a la siguiente rampa de salida, provocando una cacofonía de bocinazos. Trataba de cumplir la orden de regresar inmediatamente al Árbol. En Las Vegas, Pam Creed obedeció el mismo impulso, saltando del sillón de la peluquería y corriendo hacia su coche. Pero no tenían sangre sagrada, no podían sostener a la Diosa por completo.

Grant Dagley sintió cómo le invadía el poder y era una agradable sensación. Dejó de buscar un arma porque ahora él era un arma y, volviéndose hacia Blackie, golpeó el suelo con su puño.

La tierra se alzó y agarró al joven muchacho. Una ola de lodo lo rodeó, envolviéndole las piernas, los muslos y la cintura. Blackie levantó el arma, disparó, falló y luego el fango le cubrió los brazos hasta el cuello, oprimiéndole con la fuerza de una roca. Estaba siendo enterrado vivo.

Grant vio la pistola junto al cadáver del pobre infeliz de Teddy. Hizo que la ola se detuviera y avanzó lentamente hacia el arma.

–Voy a meterte esto por la boca y volarte los putos sesos –dijo bastante prosaicamente.

La mayor porción de poder fue a parar a Tim Grady, el Picahielos de Hollywood, el último de los sacerdotes sagrados de Avitu que había aceptado su santa tarea. Se volvió hacia el demonio Hasmed e invocó la fuerza de la tormenta.

Aunque en otra época fue un ángel de las tormentas, Hasmed se vio arrastrado por un torrente de viento y relámpagos. Se puso en pie, alado y terrible, pero Tim Grady ya no podía sentir temor. Su pobre mente trastornada solo podía responder a un par de cosas y una de ellas era la voluntad de su señora, Avitu.

Se estaban enfrentando dos demonios de la tormenta, mientras cada uno de ellos trataba de desplegar su poder a través de la estrecha abertura de un cuerpo y una mente mortales. Pero uno había regresado al mundo hacía menos de un año y el otro había reunido fuerzas durante siglos. Hasmed, antaño su comandante, se veía ahora claramente superado por ella. Avitu lo arrojó contra el suelo y el suelo se alzó para envolverlo.

Entonces, el viento se tornó hediondo cuando apareció el Segador de Almas. No dijo una palabra, pero levantó su guadaña apuntando a la nuca de Grady.

–¡No!

Usiel parpadeó confuso cuando un fantasma apareció delante de él, una mujer desnuda con cabellos rojos batidos por la tormenta de polvo.

–Es mío –gruñó Rosemary–. ¡Me mató y me pertenece!

Con un gáñido de fastidio, el Segador la atravesó con su guadaña y la conjuró para que entrase en él. Pero esa pausa fue suficiente; duró el tiempo suficiente para que Tim despertara la roca bajo los pies de Usiel y Avitu actuara a través de él e invocara al rayo. Fue tiempo suficiente para que Grant aullara blasfemias, mientras sus palabras deshacían la conexión entre el poderoso espíritu de Usiel y la vulnerable carne de Clive Keene, el mortal cuyo cuerpo contenía al más poderoso de los Asesinos. Avitu podía sentir la fuerza del Segador y sabía que su única esperanza era atacarlo con todo lo que tenía.

(Con una dolorosa y súbita tos, Stuart Flaubert giró una curva. Podía sentir cómo sus pulmones se hinchaban y se vaciaban pero no parecían estar haciéndole ningún servicio; seguía sofocado).

(Joeesha Murfee sintió la misma sensación, pero mucho más intensa y repentina. Menos valiosa para Avitu, su alma fue consumida para alimentar la batalla de la diablesa).

Hasmed se debatía pero Avitu era mucho más fuerte. A través de ella y de su sacerdote, los vientos que una vez fueron su vida lo estaban despedazando. Trató de pronunciar su Nombre pero ese no era un espacio puro en el que el pensamiento y la palabra fueran una sola cosa. Aquí necesitaba aliento y lengua y labios para hablar y su aliento estaba ahogado en el torbellino, su boca taponada por dedos de arena animada.

–¡Suelte el arma y levante las manos! –gritó el agente especial Gabe McKenzie a través de su megáfono. Le hacía falta para que se le oyera a través del aullido del viento. Sus subordinados habían encontrado a Lance y se estaban acercando a la hoguera, con las pistolas desenfundadas y los rifles a punto, mientras Gabe apuntaba a través de la tormenta de polvo al hombre desnudo y armado. Luego, como algunas personas solo hacían caso de la rudeza, dijo–. ¡Tira la puta pistola! ¡Tira la chingada pistola!

Y, entonces, al no tener otra opción, atravesó de un balazo la espalda de Grant Dagley.

Sabriel hizo una finta y comenzó a volar de forma errática, con el rayo de Avitu a escasos centímetros de ella. Ya había bailado con este rayo en el pasado, aunque esta vez no había rehenes con los que escudarse; esta vez el rayo estaba más cerca que nunca.

Y entonces de pronto el rayo desapareció, se desvaneció. Durante unos instantes, Sabriel se quedó desconcertada. Entonces levantó la vista, miró a su alrededor y vio cómo se restablecía el movimiento.

El tiempo había llegado al momento robado de Avitu. Un sol que había permanecido inmóvil durante siglos comenzaba a rodar una vez más.

Sabriel se preguntó si tendría tiempo para completar el hechizo antes de que aquel espacio se consumiese.

* * *

Dentro de la cárcel del corazón del Segador, Usiel hablaba con Rosemary.

–ELLA LO HIZO, ¿SABES? –le dijo–. GRADY SOLO MATABA PORQUE ELLA TENÍA CONTROL SOBRE ÉL. EL ES TU ENEMIGO PERO LA DIABLESA NO LO ES MENOS.

–Él hace que yo sea real –lloriqueó Rosemary–. ¡Me mantiene viva!

–NO. NO ESTÁS VIVA. Y NO PUEDES SER REAL. –La tierra se estaba endureciendo a su alrededor. Estaba atrapado, mientras los rayos le golpeaban como martillos una y otra vez. Extrajo poder de su querida Glenda, pero solo se atrevió a arrebatarle lo mínimo. No tenía mucho tiempo–. PUEDES SEGUIR SOMETIDA A TUS OFENSORES Y PERMANECER AQUÍ ATRAPADA. O PUEDES VENGARTÉ, ACABAR CON TODO ESTO Y SER LIBRE. MI FUERZA SE ESTÁ AGOTANDO, DE MODO QUE VOY A DARTÉ LA OPORTUNIDAD DE ELEGIR.

La expulsó de sí.

Durante un minuto, Rosemary dudó. Entonces se acercó a Tim Grady y le dijo:

–Mírame.

Tim Grady se quedó inmóvil. La tormenta comenzó a menguar. Un gemido se escapó de su garganta.

–Sí –dijo Rosemary–. Me recuerdas. Y es culpa tuya. Por tu culpa, yo tan solo soy un recuerdo.

Profundos sollozos de terror brotaron de la garganta del hombretón y su orina cayó sobre la arena del desierto. Víctima y asesino se miraron fijamente mientras ella trataba de mostrarle la verdad, mientras trataba de hacerle entender.

Detrás de él, el Segador de Almas se liberó de su prisión de piedra y alzó su arma de liberación.

–Lo siento –susurró Tim Grady. Sus lágrimas se derramaron sobre la tierra reseca. Un instante después, también lo hizo su sangre.

El equipo de asalto rodeó la fogata y el Árbol mientras la devastadora tormenta de polvo agonizaba. Hasmed y Usiel sintieron la presión de las miradas de aquellos humanos; presión que los obligó a asumir sus formas mortales.

Hasmed no quería ser visto por aquella gente, así que no lo vieron. Recogió la cabeza cercenada de Tim Grady y con su sangre comenzó a dibujar el sello de atadura de Avitu en la arena alrededor del árbol, salmodiando el encantamiento mientras lo hacía. Los agentes nunca miraban en su dirección y se apartaban de su camino instintivamente.

Usiel, que ya no era un espectro alado de la destrucción, sino un hombre corriente con aspecto cansado, avanzó hacia el tronco calcinado y se echó sobre él, asegurándose de que el anillo de su mano oprimiera la madera ennegrecida.

–¡MANOS ARRIBA! –ordenó Gabe. Usiel lo ignoró.

* * *

Sabriel completó el dibujo, un esbozo en amarillo de la runa roja que había trazado Hasmed.

* * *

En el espacio sin espacio, Gaviel sintió cómo menguaba aquella

presión inexorable y luego se venía abajo. No sabía qué había ocurrido pero sabía qué quería hacer. Un pensamiento, una palabra, un trazo; todo era la misma cosa, mientras se apoderaba de ese tercer espacio de la gran diablesa.

* * *

Usiel fue el último en actuar. Podía sentir cómo Avitu estaba siendo confinado y su misión era asestar el golpe final, usar su arma segadora y rajarla. Una vez abierta en canal, se saciarían como cerdos en una pocilga.

Incluso en ese momento, aferrado a aquel tronco destruido, se preguntaba por qué lo hacía. Gaviel le había deslumbrado con promesas de la riqueza del alma de Avitu y, por si eso no era suficiente, había dejado caer amenazas contra Sabriel. ¿Realmente tenía Gaviel su Nombre? ¿Estaría dispuesto a usarlo? Usiel aún no lo sabía. Al final, había optado por no arriesgarse.

Nada más tomar esa decisión, se repitió las palabras de Lucifer: «No puedo dejar que miles siembren la destrucción porque uno solo pueda arrepentirse». ¿Era Sabriel digna de ser salvada? Había seguido el plan de Gaviel voluntariamente, incluso con entusiasmo. Su venganza sobre Avitu significaba más para ella que la oportunidad de hallar la paz y de reconciliarse con Usiel.

Al final, practicó el corte.

Quizás, como Lucifer, intuía que Avitu era una amenaza demasiado seria para ser ignorada. O quizás llegó a la conclusión de que su fin era inevitable y él tenía tanto derecho a beneficiarse de su muerte como cualquier otro.

Pero lo más probable es que lo hiciera porque, como Gaviel, quería hacerlo. Y eso era algo que no quería reconocer. Quería matarla y robar su poder; era dulce y sabroso. La consunción le cautivaba y le fascinaba más de lo que le fascinaba Sabriel. Y la promesa de más, de forma inmediata y real, lo atraía más que cualquier nublosa posibilidad de salvación.

* * *

Sabriel devoró el conocimiento sobre las tormentas, disputando sus despojos con Hasmed, pero le pertenecía a ella por derecho propio; suyo era el movimiento del agua a través del viento y del viento sobre el agua. Se apropió de él, junto con las sensaciones de miles de años de lluvia nutricia sobre generaciones enteras de adoradores.

Gaviel adquirió el control de la piedra, asumiendo la potestad de sacudir la tierra y moldearla a su antojo, tal y como hizo Avitu para proteger a su tribu y destruir a sus enemigos.

Hasmed absorbió sus habilidades para alterar la carne de los hombres, el poder que había salvado a incontables bebés en partos difíciles, que había bendecido a su pueblo con salud en los inviernos más crudos y que había barrido a sus rivales con plagas pestilentes.

Y Usiel se hizo con la percepción de la humanidad; podía ver a través de sus ojos, seguir sus movimientos y sentir sus sensaciones. A través de ella, conoció Avitu el horror de la fatiga, el miedo y la mortalidad. Su desespero e impotente empatía la llevaron a declarar la guerra a la consciencia y a considerar que los hombres serían mucho mejores como bestias.

Fue un banquete succulento y todos saborearon cada matiz de su pasado.

Y entonces ocurrió lo inesperado.

* * *

—¿Está usted bien? —Gabe se aproximó cautelosamente, empuñando su pistola, al tipo que estaba abrazado al tronco calcinado. Entonces oyó un sollozo sofocado y se giró. Perplejo, se dio cuenta de que, por fin, había encontrado a May Carter.

* * *

Los participantes en el festín encontraron la memoria profunda de Avitu.

La habían desmantelado, habían consumido su existencia como diosa, como diablesa del Infierno, como guerrera contra Dios y, ahora,

cual perla diminuta sepultada en la carne podrida de una ostra muerta, encontraron el ángel que había existido antes de la caída.

Su pureza hizo que se detuvieran.

¿Podríamos salvarla?, se preguntó Hasmed. ¿Qué pasaría? Toda esa mierda rancia, todos esos miles de años de dolor han desaparecido y esto es lo que queda. Su parte más íntima y pura. ¿Qué pasaría si no siguiéramos adelante? ¿Nacería de nuevo como un ángel? ¿Ha quedado suficiente para poder salvarla?

Sabriel tenía pensamientos similares, porque, aunque había dicho a Usiel que su yo profundo había muerto, pues ella lo creía así, ahora veía a Avitu tal y como había sido, como un Ángel de la Vida renacido, no mancillado por las malas decisiones ni corrompido por la tragedia. Vaciló y trató de detener a los otros.

Pero Gaviel solo veía el tesoro máspreciado de una criatura que lo había desafiado, que lo había vencido, que le había robado el poder y los privilegios que él codiciaba. Avitu había herido su orgullo y eso eclipsaba cualquier pensamiento de misericordia. No sabía cómo salvarla pero, aunque lo hubiera sabido, habría dicho que no se lo merecía. Siguió adelante, expoliando el último reducto de su identidad.

Usiel se unió a él. Sabía que no estaba bien, que era cruel y despiadado. Pero no podía resistirse.

Sabriel se retiró disgustada y regresó al mundo físico convertida en bruma, deslizándose entre las armas, los hombres y las cenizas. Hasmed también abandonó el festín, sacudiendo la cabeza. Sin ser visto, caminó de vuelta hacia el coche.

Cuando Gaviel hubo consumido el último aliento de Avitu, se hundió en la tierra y esperó, aún con una sonrisa en los labios.

Y Usiel, ebrio de poder después de haber matado a una diosa, abrió los ojos.

—¡Alto! ¡Ponga las manos sobre la cabeza!

—Muy bien —dijo Usiel, mirando de reojo por encima del hombro.

Uno de los hombres del FBI comenzó a jadear y a agarrarse la garganta.

—¡O'Neil! ¿Qué te pasa? —preguntó Gabe. O'Neil no podía responder.

Usiel comenzó a darse la vuelta.

–¡De cara al árbol! –gritó Gabe. El detenido se encogió de hombros y le obedeció.

Otro agente más cayó. Este derramaba sangre por la nariz y por la boca y no podía dejar de toser.

–Estoy preparado para que me arreste. Si se atreve –dijo el demonio. Gabe miró a Usiel y luego a los agentes caídos y entonces se desplomó un tercero sobre la arena, presa de horribles convulsiones, mientras pataleaba impotentemente.

Una densa nube de vapor de agua envolvió al Segador y una voz resonó en su mente en lugar de en su oído.

–Usiel, por favor. Para.

–Muy bien, dulce Sabriel. Por ti. –Se dio la vuelta, ignorando la pistola de Gabe, y soltó un gruñido–. Mortales...

Sacudió la cabeza en señal de desprecio. Entonces se levantó una ráfaga de viento pestilente y desapareció.

EPÍLOGO

¿Cómo se podría castigar a una criatura que ha padecido la crudeza del Infierno? ¿Qué tormento podría compararse con la prisión del Todopoderoso?

Tal vez se podría amenazar con más de lo mismo, pero incluso los demonios sienten empatía y cualquiera evadido del Pozo se lo pensaría dos veces antes de enviar a alguien de vuelta a ese lugar. Especialmente si su anterior servicio había sido valiente y lúcido.

–Me siento decepcionada contigo, Mukikel –dijo la Princesa Nazathor.

Sus palabras eran más que palabras. Sus palabras contenían un sentimiento de tristeza y pesar tal, que un millar de poetas humanos habrían necesitado mil años para describirlo. En aquellas palabras

estaba el peso de un mundo arruinado.

Mukikel bajó la cabeza. Sabía que la Princesa no le haría daño, pero escuchar sus palabras la desgarraba por dentro.

–Perdóname –susurró.

Hubo un silencio. Entonces Mukikel susurró de nuevo y lo que brotó de sus labios era más que palabras. Se pronunció a sí misma, desnuda y vulnerable, sometiendo libremente su Nombre Verdadero como gesto de contrición. Sus palabras constituían el arrepentimiento definitivo.

La Princesa asintió y la Señora del Otoño, aún con quemaduras y dolores, se levantó y se marchó.

* * *

–¿Podemos hablar de esto ahora?

Sabriel miró a Hasmed, que se encogió de hombros.

–Claro –contestó.

–Vale –dijo Thomas. Entonces se calló y dijo de nuevo–. Vale.

Los tres habían estado conduciendo toda la noche para alejarse del complejo, parando solo en moteles para robar coches nuevos y en una estación de servicio, donde Hasmed se agenció pantalones y camisetas nuevas para los otros dos.

–Bueno... Bien... ¿Qué ocurrió?

–¿Va a ser esto como cuando alquilamos *Sospechosos habituales* y la vimos mientras estabas fumado? –dijo Sabriel–.

Porque si es así, ni siquiera me voy a molestar en empezar.

Estaba empezando a clarear y pararon en una gasolinera para repostar y en un Stuckey's para desayunar.

–Empecemos con lo de... Bueno, lo del lago.

–Todo mentira –dijo Sabriel.

–O sea que todas esas cosas...

–Un montaje.

–¿Y ese baboso que te folló en el campamento?

–¿Barney? –sonrió–. Solo es un pedazo de carne, Tommy.

Aunque fuiste muy caballeroso.

–Pero, ¿por qué?

–Porque imaginaron que Avitu fisgaría cualquier Nombre que tuvieras en la cabeza –dijo Hasmed, metiéndose una cucharada de insípidos copos de avena en la boca–. No tenías ninguna oportunidad de engañar a Avitu, así que tenías que creerte tú mismo la mentira para que colara.

–¿Así que en realidad nunca te controlé?

–Ni un solo segundo –dijo Sabriel, con una dulce sonrisa en el rostro.

Thomas se reclinó, tratando de digerir la noticia, junto con parte de una tortilla.

–¿Y qué hay del Segador ese? ¿Qué pintaba ahí?

–Gaviel lo metió en esto.

Thomas asintió de nuevo, cuestionándose brevemente algunos detalles que decidió obviar.

–Vale, bien... ¿Y lo de sacar los ojos?

–Gaviel se encargó de dar un empujoncito al Sr. Black para que lo hiciera –dijo Sabriel, sonriendo a Hasmed.

–¿Un empujoncito?

–Digamos que tiró de los hilos. Al igual que tiró de los tuyos todo el tiempo –dijo Hasmed, hurgando en su plato–. Estoy de fruta hasta el culo –musitó.

–¿O sea que sabía que Black iba a atacar a Dagley?

–Probablemente no –dijo Sabriel–. Lo más seguro es que pensara que iba a sacrificar al crío.

–Hubiera sido una gran distracción para el Árbol –dijo Hasmed–. El plan original era que yo o el Segador nos cargáramos a Black nada más ser investido sacerdote. En ese momento aún sería vulnerable y sería una buena forma de privar a Avitu de un montón de poder de un plumazo. Pero Black se achantó así que tuvimos que improvisar.

Thomas bajó la vista hacia su plato.

–¿Así que Gaviel le habría dejado hacerlo?

–Me temo que sí.

Tom apartó su plato.

–Disculpadme. –Se dirigió al servicio.

Los dos demonios comieron en silencio.

–¿Quieres el resto de mis galletas? –preguntó Sabriel.

–No –Jijo Hasmed–. Toda esta mierda es repugnante.

–Sí. –Apartó la comida–. No puedo creer que el Segador... ya sabes. Al final...

–¿Por qué no? Lo único que quería era ventilarse un alma grande y jugosita. ¿Por qué si no se habría juntado con una panda de lerdos como nosotros?

–Tienes razón. Supongo que igual esperaba más de él.

–¿El tío sacó a un psicópata asesino múltiple de la cárcel y esperabas más de él?

–Esos solo eran mortales –objetó Sabriel–. Con... nosotros... supongo que pensé que...

–Sí, bueno, todos nos hemos llevado un chasco.

–Así que tú...

–¿Con mi viejo colega? Joder, sí. –Hasmed desvió la mirada hacia la ventana, mientras el sol despuntaba por encima de la autopista. Un dedo frotó la cicatriz de su frente–. Creo que las heridas de Gaviel son mucho más profundas que las mías y no creo que llegue a curarse nunca.

Sabriel asintió y se excusó. De camino a los servicios, se cruzó con Thomas, que regresaba.

–¿Thomas? –dijo–. Cuando pensabas que eras mi amo, ¿por qué no te vengaste?

Se encogió de hombros.

–No sé.

–¿No se te ocurrió?

–Mi primera inspectora de la libertad condicional tenía un letrero en su oficina. Era una mujer agradable, con la que uno siempre tenía ganas de hablar, muy simpática, con caramelos en el despacho, quería ser trabajadora social... Y alguien le hizo ese letrero. Era una placa de madera con letras grabadas y decía: «El odio no te va a salvar. El odio no te va a ayudar. El odio no hará que te sientas mejor» –dijo encogiéndose de hombros–. Me pareció una mariconada, pero... aún lo recuerdo, no sé...

–¿Quieres que te libere?

–¿Liberarme?

–Si tú quieres, puedo liberarte del pacto.

Thomas parpadeó confundido.

–¿Eh?

–Ya no serías capaz de transformarte y ya no te pediría nunca nada. –Bajó la vista y jugueteó lánguidamente con un mechón de sus cabellos–. ¿Quieres que te libere?

Thomas dijo que sí. Más tarde, se sorprendió de que había tenido que pensárselo. Ella asintió.

–Muy bien. Ya está.

–¿Ya está?

–Sí. No se lo digas a Harvey, ¿vale?

–Claro.

Entonces entró en el lavabo de señoras.

* * *

Pasó el tiempo.

* * *

Cuando la escena del crimen se hubo calmado, Gaviel se alzó de su reposo de piedra. Una agente del laboratorio criminalístico se giró y vio a un hombre negro desnudo (¡Dios mío, era Noah Wallace!) caminando hacia ella al tiempo que decía:

–HOLA. ME VENDRÍA BIEN ALGO DE ROPA Y QUE ME LLEVARAS A LA CIUDAD, Y TAMBIÉN ALGO DE DINERO.

* * *

En la cueva de una montaña, en las tierras altas de la frontera entre Turquía e Irak, los nativos curdos rezaban a su nuevo dios, su Dios de la Muerte, suplicándole poder para rechazar a sus opresores.

–¡Usi-el! ¡Usi-el! ¡Usi-el! –canturreaban. Pero su señor no apareció hasta que no celebraron el sacrificio.

* * *

Los juicios que suscitó el culto al «Árbol de la Muerte» despertaron gran expectación en los medios de comunicación. Grant Dagley fue acusado de varios homicidios después de que Oscar Black aportara pruebas concluyentes y describiera lo que el *National Enquirer* bautizó como «El granero de las violaciones». La siguiente violación que experimentó Dagley fue la suya propia en la cárcel. No estuvo mucho tiempo allí, sin embargo. Soportar el poder de Avitu sin la protección de la sangre sacerdotal no era sostenible para un cuerpo mortal. Enfermaba con frecuencia, hasta que finalmente murió tres semanas después de que el fiscal general de Nevada accediera a la petición del estado de Illinois de que Dagley fuera juzgado por los crímenes que cometió en el ejercicio de su cargo antes que por los homicidios culturales. Joan Pratt, que ya había comenzado a recaudar fondos con vistas a presentarse a fiscal general de Illinois, fue cesada del cargo cuando se hizo pública la historia de que Oscar Black había hecho una llamada anónima en la que detallaba los horrores del cobertizo de Dagley y nadie le había prestado atención. Su sucesor empezó por procesar a los subordinados de Dagley por ser cómplices de las irregularidades fiscales de su jefe.

Oscar Black fue calificado como uno de los hombres más fascinantes del año. Nadie aportó pruebas concluyentes para demostrar que era Halcón Negro O'Hanlon y, por lo tanto, nadie pudo probar su participación en los crímenes de su madre. Black siempre aseguró que fue esencialmente un rehén en todo aquel asunto. Gabe McKenzie testificó que, cuando llegó al lugar, Black estaba recubierto de algún tipo de cemento de secado rápido y hubo que taladrarlo para liberarlo; testimonio que contradecía el de Lance Mason que aseguraba, entre lágrimas, que Black le había salvado la vida corriendo un enorme riesgo.

Durante años, los aficionados a los juegos de detectives elaboraron complicadas teorías que ponían en relación a Lance Mason, Joellen O'Hanlon, Grant Dagley y el decapitado Picahielos de Hollywood. Los relacionaron con docenas y luego con cientos de crímenes sin resolver y casos de abducciones. Pero ninguno de ellos llegó ni siquiera a acercarse a la verdad.

* * *

A Gabe McKenzie le tocó la desagradable tarea de llevar a May Carter a casa. Un doctor que la examinó llegó a la conclusión de que la lobotomía le había sido practicada antes incluso de que la policía supiera de su desaparición. McKenzie no pudo haberla salvado, por mucha prisa que se hubiera dado en encontrarla.

Era pobre consuelo.

* * *

Mitch Berger estaba viviendo en una barriada de la Ciudad de México y trabajando de jornalero cuando Mukikel y Shadrannat dieron con él.

No fueron amables.

* * *

Sal se mudó a San Luis. Allí, conoció a una criatura llamada la Piedra de la Desesperación y los dos encontraron "trabajo" en el Gateway Arch.

* * *

El reverendo Matthew Wallace se ofreció para officiar los ritos fúnebres de Leotis Grant y Renee DeVries. Los dos muchachos habían sido pupilos de su hijo desaparecido, Noah, y ambos habían muerto, súbita, dolorosa e inexplicablemente, la misma noche. Matthew fue el único que vinculó sus muertes y el único que pensó que estaban relacionadas con el asalto del FBI efectuado a cientos de kilómetros de distancia aquel mismo atardecer.

Los Grant y los DeVries rechazaron el ofrecimiento. Nadie quería oírlo. Nadie quería oír hablar de demonios.

* * *

Transcurrió más tiempo.

* * *

Pam Creed, que había sentido morir a Avitu, pasó de largo el complejo cuando vio las luces de las sirenas, dio la vuelta y se fue a casa, donde se cortó los rizos de sus cabellos. Se apuntó a una terapia y encontró trabajo en una compañía de seguros. Vivió una vida marginal durante un tiempo y luego se suicidó.

El otro sacerdote de Avitu que quedaba con vida, Stuart Flaubert, también sufrió un destino aciago. Siguió intentando practicar su fe, fue detenido por la policía y pasó el resto de sus días en la cárcel.

* * *

–La ópera acaba a las diez –dijo Sabriel, hoy Irene Wasserstein, mirando su diminuto y carísimo reloj–. Ven un poco antes y espérame.

–Sí, señora –dijo su leal esclavo Barney, mientras salía de la limusina para abrirla la puerta.

Cuando bajó del coche, era una gloria verla.

* * *

Hasmed estaba ayudando a Tina a hacer la última hoja de sus deberes cuando sintió una presencia. Trató de sacarla de la casa pero la presencia llegó hasta él demasiado rápido.

No se molestaron en llamar a la puerta. Un segundo antes, en la habitación solo estaban Hasmed y Tina, disponiéndose a huir, y, un segundo después, la sala se había llenado de gente.

Sal Macellaio lo miró detenidamente. Había perdido peso. Parecía que había perdido algo más, pero no podía determinar qué.

La Piedra de la Desesperación también estaba allí.

En medio de los dos, se materializó el príncipe demonio

Vodantu.

Tina gritó y ocultó su cara de algo que era todo ojos y alas de metal pulido. Su voz hacía temblar las ventanas.

–HASMED –DIJO–, MI SIRVIENTE ERRABUNDO.

–Tina, corre. –Hasmed rompió la ventana de un codazo y trató de levantar a su hija pero ella luchaba y se resistía. Estaba histérica y él sabía que, de todos modos, nunca podría escapar de la Piedra. No si quería atraparla.

–QUE NADIE DIGA QUE NO SOY PACIENTE Y COMPASIVO. TE VOY CONCEDER UNA OPORTUNIDAD MÁS. UNA OPORTUNIDAD MÁS DE RETORNAR A MI REGAZO, SOLO TIENES MATAR A LA NIÑA Y ME SERVIRÁS UNA VEZ MÁS, AUNQUE BAJO LA SUPERVISIÓN DE SALVATORE.

–No lo haré.

Hasmed no guardaba pistolas en casa pero sabía que, de todos modos, poco podían hacer contra Vodantu. Optó por probar con el viento, con una galerna de peste y corrupción. Eso hizo que Paum cayera presa de convulsiones pero esperaba que pudiera llegar a herir a Vodantu o, al menos, detenerlo.

Pero no.

Vodantu habló de nuevo y esta vez no eran meras palabras; era el emplazamiento del espíritu de Hasmed en el universo.

–CON TU NOMBRE TE SUBYUGO. DEPÓN TU INSOLENTA RESISTENCIA.

Hasmed no pudo hacer otra cosa que obedecerlo. Tina se había acurrucado, cogiéndose los pies entre sollozos.

Hasmed miró a Sal fijamente.

–Debes de estar muy orgulloso –dijo.

–MATA A LA NIÑA.

Una gota de sangre brotó de la cicatriz de la frente de Hasmed.

–No –dijo de nuevo.

–EXTRAORDINARIO. TUS AFECTOS IMPROPIOS HAN LLEGADO A DESFIGURAR TU NOMBRE VERDADERO. PERO, ¿POR QUÉ ME DESAFÍAS? CONOCES CUÁL ES SU SUERTE. SABES QUE ALGÚN DÍA MORIRÁ. ¿POR QUÉ ENFRENTARSE A LO INEVITABLE?

Hasmed alzó la mirada y una pequeña sonrisa torció sus labios.

–No puedo creer que vaya a morir protegiendo a un humano.

Pero así es.

–QUÉ NOBLE. MAS, QUÉ FÚTIL. ¿QUIERES QUE ESAS SEAN TUS ÚLTIMAS PALABRAS?

–¿Qué te parecen estas? –Echó atrás los hombros y desplegó las alas. Y esta vez la luz que despedía su rostro era pura e inmaculada–. TAL VEZ LA VIDA HUMANA TENGA VALOR. TAL VEZ MEREZCA LA PENA LUCHAR POR ELLA. HASTA EL ÚLTIMO SEGUNDO.

La voz mecánica de Vodantu pronunció de nuevo el Nombre Verdadero de Hasmed y esta vez la orden fue:

–¡DESTRUYETE!

Hasmed no podía hacer más que obedecer. Su relación con Tina era diferente, su relación con el mundo y la humanidad había cambiado drásticamente después de su evasión. Pero su relación con Vodantu era algo que no podía alterar ni obviar.

Se produjo un destello de luz y desapareció.

Entonces aquellos ojos se giraron hacia Tina Ciullo.

–¿Y QUÉ HAREMOS CONTIGO?

* * *

–Tío –dijo Thomas Ramone al entrar en su reducido y desordenado apartamento de Luisiana–, hoy el curro ha sido una puta mierda.

–Yo lo he pasado igual por aquí –contestó Halcón Negro O'Hanlon desde el sofá. Había varias latas de cerveza *Pabst* encima de la caja de naranjas que usaban como mesa–. Todo el día yendo a mear y quejándome. –Pasó una cerveza a su compañero de piso.

–Y la Honda sigue dando guerra, incluso con gasolina *premium*.

–A ver si el sábado podemos repararla.

Tom abrió la lata y se tiró en el sofá.

–Tío –dijo–, lo siento de veras.

–¿Por qué?

–Espera un minuto.

Segundos después, Blackie puso cara de asco y se tapó la nariz con los dedos. Tom se echó a reír.

–¡Estás podrido! ¿Has vuelto a pedir burritos para comer?

–Chile –dijo Thomas orgulloso–. ¿Quieres que encienda una cerilla?

–¡Si enciendes una cerilla, va a explotar toda la planta! ¡Joder!

Estuvieron en silencio hasta que se disipó la nube fétida de Thomas.

–Bueno, ¿qué ponen hoy por la tele?

–*Silent Night, Deadly Night 2* empieza a las ocho.

–¡Qué guay!

Comieron pizza calentada en el microondas y vieron la tele, mientras agradecían en silencio ser hombres libres.

{**Final**}